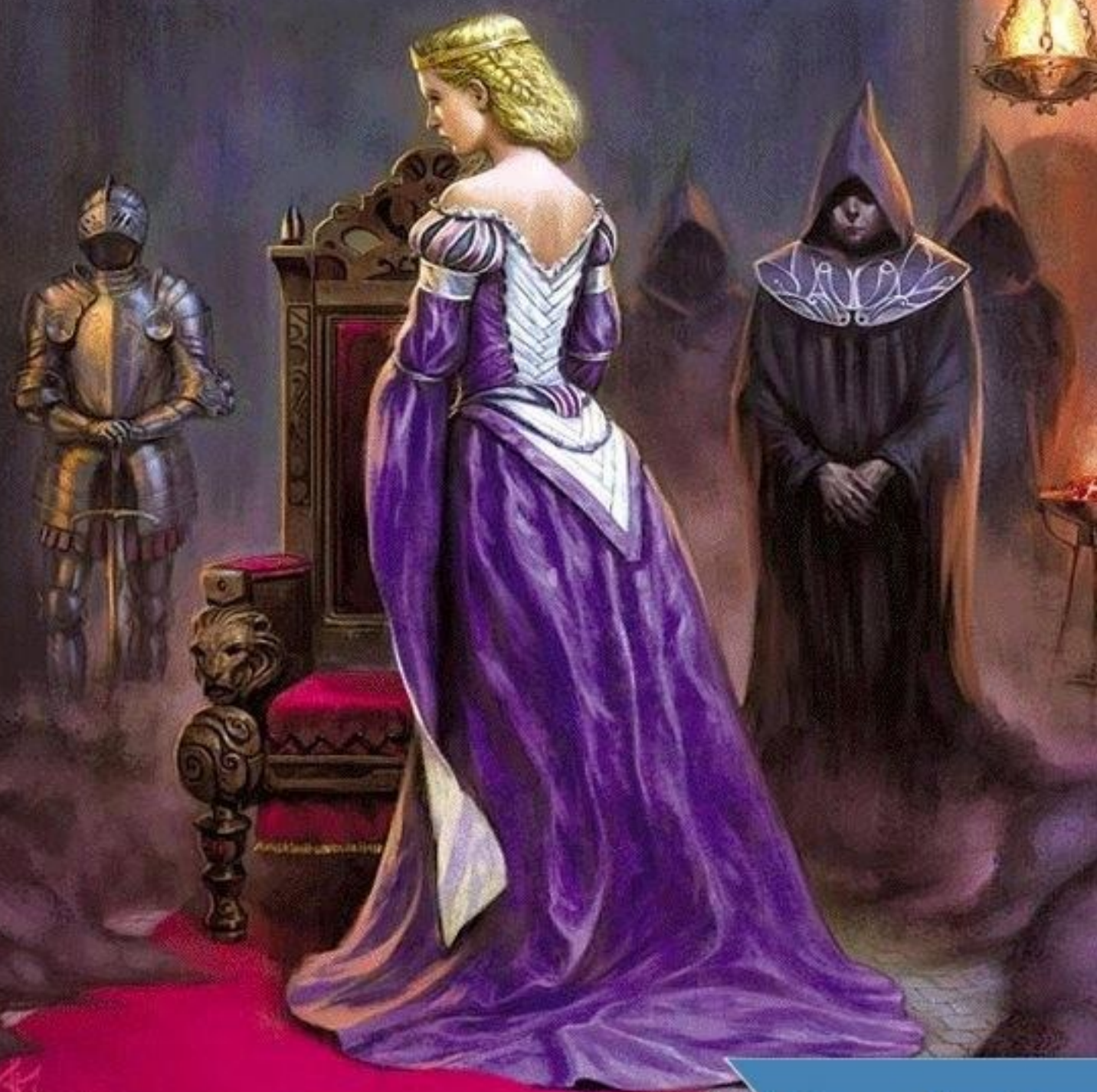


TIFFANY CALLIGARIS

LESATH

II. EL TROPO VACÍO



J. JACOBYNO

Lectulandia

«No me agradaba la idea de dejar a Lesath sin su reina, tenía miedo de que el Concilio se diera a conocer y tomara Lesath por la fuerza. Debía correr el riesgo, Lysha me había ayudado y si la dejaba aquí, pagaría con su vida por ello. Además ya era hora de que Lesath supiera la verdad». El camino de regreso a Saiph resultó más largo de lo esperado. Tras dos días de marcha, una misteriosa figura emerge de la oscuridad del paisaje. El grupo lo enfrenta con valentía, pero para proteger a sus amigos Adhara accede a ser llevada prisionera al castillo de Izar. Allí encontrará a una aliada inesperada, la reina Lysha, que le pedirá huir con ella. Adhara deberá actuar rápido, ya que el Concilio de los Oscuros no tardará en atacar de nuevo. Encontrar el Corazón del Dragón antes que ellos es la única alternativa.

Lectulandia

Tiffany Calligaris

El trono vacío

Lesath - 2

ePub r1.0

Ariblack 08.09.14

Título original: *El trono vacío*
Tiffany Calligaris, 2013
Diseño de cubierta: Sebastián Giacobino

Editor digital: Ariblack
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Elvio, Lis y Anthony.

A Joaquín.

A Marina y Alejandro.

A Magno.

LLAMAS OSCURAS

El camino de regreso a Saiph se había vuelto demasiado largo. Cansados, y con Talfan aún inconsciente, íbamos a un paso más lento del habitual. Habían pasado dos días desde nuestro encuentro con los warlocks en el pasaje de Elnath y Talfan aún no había reaccionado. Lo único que parecía reconfortar a Zul era que su corazón parecía latir con más fuerza a medida que pasaban las horas. No continuaría en aquel estado por mucho tiempo más. Su magia era un asunto diferente, era como si jamás hubiera existido. Zul ponía su mano sobre él de a ratos con la esperanza de sentir algún rastro de su poder, pero solo lograba aumentar su decepción.

Zada intentaba mantenerse fuerte frente a su hermano para no agregarle otra preocupación, pero cada vez que miraba a Talfan lo hacía con una profunda angustia. Comprendía por qué les importaba tanto, era como un padre para ellos; de no ser por él ninguno de los dos se encontraría con vida.

Me sentía frustrada por no poder ayudarlos. Estaba segura de que con medicina élfica Talfan reaccionaría, pero el tipo de hierbas que necesitaba no crecía en Lesath.

Aiden también se sentía mal por él, pero el hecho de que todos nos encontráramos con vida parecía mantenerlo de buen humor. De a momentos parecía relajarse y luego levantaba la guardia y se concentraba en nuestros alrededores. Habíamos sentido miedo al dejar Elnath, temiendo que nos siguieran. Seith y Sorcha aún continuaban allí afuera. Pero tras dos días de encontrar el camino despejado y silencioso, la idea parecía improbable. Habíamos matado a Sabik y Dalamar, éramos más poderosos de lo que se habían imaginado. De seguro eso había causado que se retiraran y estaríamos tranquilos por un tiempo.

Ansiaba poder llegar a Saiph para que mi abuelo supiera que me encontraba bien y con vida. No sabía cuánto tiempo podría esconder sus nervios de Iara, la incertidumbre de no saber si me encontraba viva o muerta debían estar acabando con él. Deseaba pasar más tiempo con ellos pero sabía que no era posible. Debíamos actuar rápido antes de que el Concilio de los Oscuros actuara. Si lográbamos encontrar el Corazón del Dragón, contaríamos con una ventaja.

Esperaba que Talfan despertara antes de que volviéramos a partir. Tenía el presentimiento de que el mago no se movería de su lado hasta que abriera los ojos o mostrara algún tipo de reacción.

En cuanto el sol comenzó a ocultarse nos apartamos del camino para armar las carpas y pasar la noche. Normalmente continuaríamos por un buen rato más, pero Zada insistía en que Talfan se recuperaría más rápido si no pasaba tanto tiempo arriba del caballo. No estaba de acuerdo con ella, en el estado en que se encontraba estar encima de un caballo o en el suelo no harían ninguna diferencia; pero Zul, al igual que su hermana, pensaba que tanto movimiento no podía ser bueno para él. Para mí,

ambos estaban equivocados, pero no dije nada al respecto.

Aiden armó las carpas intentando esconder su expresión de ansiedad mientras observaba el cielo. De seguro pensaba como yo y sabía que podíamos haber continuado por dos o tres horas más. Al fin coincidíamos en la forma de pensar. Me sentí tentada de acercarme pero no estaba segura de que fuera una buena idea. Había sido precavida de no mostrarme demasiado afectuosa con él, para no molestar a Zada. Sabía que vernos juntos le molestaba porque creía que lastimaba los sentimientos de Zul y no quería sumar razones a su angustia. Suspiré y me distraje sacándole la montura a Daeron. Tarde o temprano, y esperaba que fuera temprano, el mago iba a tener que confesar la verdad y terminar con esta farsa: era de Sorcha de quien estaba enamorado, no de mí. Quería confrontarlo al respecto pero no era un buen momento para hacerlo, con la situación de Talfan ya tenía carga suficiente.

Aiden me hizo un gesto para que me acercara a él, le sonreí y negué con la cabeza indicándole que estaba ocupada con Daeron. Pareció algo molesto por mi reacción pero no insistió. No era la primera vez que lo evitaba y estaba comenzando a notarlo. Era mejor que hablara con él antes de que sacara conclusiones erróneas. La mente de Aiden no siempre funcionaba bien y no me extrañaría si pensaba que mis sentimientos hacia él habían cambiado de la noche a la mañana.

—Iré a buscar ramas —dijo Zul—. Tal vez el calor lo reanime.

—No te alejes mucho —respondió Zada.

El mago asintió.

Zada y yo tomamos a Talfan y cuidadosamente lo llevamos hacia la carpa ya armada. Una vez dentro de ella lo apoyamos suavemente sobre una de las bolsas de dormir y lo tapamos. Si bien su expresión continuaba vacía, su piel ya no se encontraba tan pálida y había recuperado algo de color.

—No sé cuánto tiempo más lo soporte —dijo Zada—. Debe despertar.

—Lo hará —le aseguré—. En unos días se encontrará bien.

—Eso espero...

Comencé a gatear hacia afuera cuando Zada tomó mi ropa y tiró de ella.

—Espera... —dijo— Quiero agradecerte por lo que estás haciendo. Sé que has estado evitando a Aiden para no dañar a mi hermano.

Era a ella a quien no quería dañar. A Zul no podía importarle menos lo que hiciera con Aiden; no cuando había una malvada Nawa con el cabello del color del fuego que había hechizado su corazón.

—Zul no se encuentra bien y no lo hará hasta que Talfan despierte —respondí—. No necesita más preocupaciones de las que ya tiene.

No me gustaba mentir.

—Sé que te preocupas por él, tal vez... —Zada hizo una pausa— Tal vez confundes tus sentimientos...

Sus palabras me molestaron, sabía lo que insinuaba: que Zul y yo podíamos ser más que amigos. Zada era más perceptiva que el resto de los humanos, en verdad no podía creer eso. Estaba intentando manipularme.

—Sabes que no es así. Me caes bien Zada, pero no me agrada lo que intentas hacer —le respondí.

Zada debería ser problema de Sorchá, no mío.

—Lo siento —se disculpó—. Es mi hermano, no puedo evitar intentar ayudarlo.

Pasaría por alto su error solo porque sus intenciones eran buenas. Podía darle una pista sin revelar el secreto del mago.

—Sé que crees que conoces a tu hermano, pero lo que siente Zul por mí no es lo que tú piensas —dije con una mirada significativa.

—¿A qué te refieres? —preguntó sorprendida.

Me miró con curiosidad. La posibilidad de que estuviera equivocada con respecto a Zul le parecía remota. Pero no podía decir más que eso, ya había revelado lo suficiente. Le di la espalda y salí de la carpa sin decir nada, oí que me llamaba pero no le respondí. Era inteligente, podía sacar sus propias conclusiones.

El mago no tardó en regresar y en cuanto lo hizo, se dirigió hacia la carpa y permaneció allí el resto de la noche. Desde el día anterior se había recluido en sí mismo, sin pronunciar más de dos o tres palabras. Las últimas noches Zada y yo habíamos compartido una carpa dejándole la otra a Talfan, mientras Aiden y Zul dormían a la intemperie para hacer guardia. Sin embargo, esta vez sería diferente. Sabía que Zada me atiborraría de preguntas si pasaba el resto de la noche a solas con ella y quería evitarlo a toda costa. Tomé mi bolsa de dormir y la coloqué bajo un gran árbol cerca del fuego. El cielo se encontraba despejado y se podían ver las estrellas con claridad, era una buena noche para dormir al aire libre.

Aiden sonrió al verme allí y se acercó a mí con su bolsa de dormir. No estaba segura de que fuera una buena idea, Zada podría pensar que mis palabras eran mentira y solo las había dicho para justificarme. Estuve a punto de detenerlo cuando sus ojos encontraron los míos y las palabras me abandonaron. Su mirada era más cálida que el fuego y sus ojos color chocolate habían adquirido una tonalidad luminosa con el resplandor de las llamas. Era simplemente irresistible.

Se recostó a mi lado e intercambiamos miradas por un largo rato, el silencio era demasiado perfecto como para arruinarlo. No sabía qué pasaba por su mente, pero esperaba que encontrara en mí la perfección que yo veía en él.

Los elfos no me habían preparado para esto; era irónico, podía blandir una espada mejor que cualquier humano, podía conjurar hechizos, podía enfrentarme a un ser hecho de pura oscuridad como Seith, pero no podía resistirme ante la sensación que me envolvía cuando este humano se encontraba frente a mí.

Intenté aclarar mi mente, era una buena oportunidad para explicarle la situación,

no soportaba la idea de estar causándole daño. No podía imaginar mi reacción si Aiden comenzara a evitarme, tampoco quería hacerlo; era un terreno peligroso, no me encontraba lista para admitir que mi vida se encontraba completamente ligada a la de él.

Busqué las palabras correctas para que Aiden comprendiera lo que en verdad quería decir pero antes de que comenzara hablar, tomó mi rostro delicadamente entre sus manos y me atrajo acercando sus labios a los míos.

Un beso. Un beso y ya no respondía de mí misma, no podía pensar con claridad ni recordar nada. Un beso y era suya.

Permanecimos así un largo rato y, una vez que su rostro se alejó del mío, me llevé unos minutos controlar aquella abrumadora sensación que apenas me dejaba pensar. Siempre había pensado que mi madre había sacrificado demasiado para poder estar con mi padre, pero tras ese beso pude comprender por qué lo había hecho.

—Espero que te encuentres tan turbada como yo... —dijo Aiden jadeando.

Sus palabras fueron un alivio: yo tenía el mismo efecto sobre él.

—Turbada no comienza a describir... —respondí.

Sonrió aliviado y me tomó la mano. Sus miedos eran los mismos que los míos, éramos mas parecidos de lo que jamás hubiese pensado.

—Esto es lo que siento por ti —dije antes de que otro beso me hiciera perder las palabras—. Lamento la forma en que me comporté los últimos días. Zul y Zada temen por la vida de Talfan y no quiero hacerlos sentir peor de como ya se sienten.

Le había prometido al mago que guardaría su secreto pero a él le preocupaba la reacción de Zada, no la de Aiden. Aun así, no podía evitar pensar que lo estaría traicionando si revelaba su secreto. Sabía que Zul estaba avergonzado de tener esos sentimientos por Sorcha. Lo correcto sería explicarle que estaba enamorado de otra persona sin revelar de quién.

—Entiendo —respondió Aiden—. Pero no quiero hablar de ello. La noche es perfecta y por una vez quiero disfrutar de tu compañía sin preocupaciones.

Asentí con la cabeza y me acerqué a él acomodándome en sus brazos.

Tenía razón, la noche era perfecta.

A la mañana siguiente, me desperté sonriendo. Los brazos de Aiden aún se encontraban alrededor de mí y me moví cuidadosamente para evitar despertarlo. Encontré al mago a solo unos metros revolviendo las cenizas del fuego para asegurarse de que se estuviera apagando. Al verme me dedicó una corta sonrisa y se alejó adentrándose en el bosque. Su comportamiento estaba comenzando a inquietarme, no podía mantenerse aislado de todos. Lo seguí y lo miré de forma expectante alentándolo a que hablara conmigo, pero no dijo una sola palabra. Su expresión me recordó a Tarf; cuando el zorrito rompía algo y se escondía para que no

lo retaran, solía poner la misma expresión que el mago tenía ahora. Sonaba absurdo pero al pensarlo, me di cuenta de que sentía culpa.

—Entiendo que necesites estar solo, pero no puedes continuar sin comer nada ni hablar con nadie —dije.

El mago no me respondió.

—No fue tu culpa, Zul —agregué.

—Sí lo fue —espetó—. Debí darme cuenta de que Talfan no se encontraba en condiciones de enfrentarlos. Debí protegerlo.

—Luchabas por tu propia vida e incluso salvaste a Zada, no tuviste opción.

Me sentí mal por no haber asistido al viejo mago; la escena se revivió en mi mente, podía ver a Talfan volando por los aires y a Aiden luchando con Seith. No lamentaba mi decisión, sabía que de poder cambiar las cosas actuaría de la misma manera, ayudaría a Aiden en vez de a Talfan, pero aun me sentía mal por no haber hecho nada al respecto.

—Talfan está con vida y en algún momento va a despertar, eso es lo importante —dije—. Tal vez no recupere su magia, pero puede vivir sin ella.

—No es justo, él puso todas sus esperanzas en mí y lo defraudé... Perdió su magia a causa de eso —respondió Zul.

—Es su error, no el tuyo. Eres un buen mago, uno poderoso, pero no eres invencible. Pensar que podías derrotar a dos o tres warlocks tú solo fue poco realista de su parte —repliqué.

Estas palabras parecieron molestarlo, pero parecía más enfadado consigo mismo que conmigo. Talfan lo había presionado demasiado, ahora comprendía por qué Zul se esforzaba tanto por cambiar su apariencia cuando no se encontraba en Saiph, no quería que nadie esperara más cosas de él. Quería ser invisible y aparentar ser menos de lo que realmente era.

—Terminaste con uno de los warlocks y debes estar orgulloso de eso, pocos magos podrían lograrlo —dije—. Ahora regresa al campamento y come algo, a Talfan no le gustaría encontrarte en este estado deplorable cuando despierte.

La expresión del mago finalmente se suavizó y me siguió de regreso, su mirada se volvió más humana y menos distante.

—Te vi con Aiden —observó Zul.

—Lo siento. No quiero molestar a Zada, pero no pude evitarlo —respondí.

—No me refería a eso —replicó un poco más animado—. Debieron ser difíciles para ti todos esos años en Alyssian, me alegro de que seas feliz.

Sus palabras me tomaron por sorpresa.

—Gracias, Zul —respondí—. Tú también lo serás algún día.

—Sí, de seguro Sorcha me encontrará y me declarará su amor eterno —replicó con una mirada irónica.

No pude evitar reírme ante la forma en que lo dijo, le hice un gesto a modo de disculpa y comenzó a reír. Era la primera vez en días que escuchaba su risa. Parecía estar mejor, pero sus misteriosos ojos grises aún se veían algo turbios.

Al regresar a las carpas, encontramos que Zada ya estaba despierta y vino corriendo hacia su hermano a abrazarlo. Zul le sonrió y le devolvió el abrazo, al menos ya parecía más humano y no la estatua que había sido en los últimos días. Fui hacia Aiden, que me besó la frente de manera disimulada y comenzó a hacer todos los preparativos para continuar.

Una vez que los caballos estuvieron listos y Talfan bien sujeto a uno de ellos, continuamos nuestro camino hacia Saiph. Las horas se volvieron largas, al ir a paso lento el tiempo parecía no avanzar.

El sol había comenzado a esconderse, cuando creí distinguir una silueta a la distancia. Tras observar por unos segundos estuve segura de que se trataba de un hombre y se encontraba en mitad del camino. Observé a Aiden y a Zul, pero ninguno parecía haber notado su presencia. Zul estaba perdido en sus pensamientos y Aiden, a decir verdad, parecía aburrido. Toqué el hombro de Aiden que se hallaba delante de mí y me aclaré la garganta para llamar la atención del mago. Ambos se volvieron hacia mí y estiré mi brazo señalando al sujeto que se encontraba inmóvil unos metros delante del camino.

La actitud de ambos cambió drásticamente en cuanto sus ojos se posaron sobre la misteriosa figura. La mirada del mago se volvió peligrosa y tras una mirada rápida a Zada y a Talfan clavó sus ojos en el sujeto. Aiden llevó una mano hacia la espada y me indicó con la mirada que hiciera lo mismo.

Me concentré en la figura que ahora se hallaba a pocos metros de nosotros y que no tardaría en cortarnos el paso. No lo podía ver con claridad, llevaba una especie de túnica negra que lo cubría, a juzgar por su apariencia no parecía representar una amenaza. Aún no me encontraba lo suficientemente cerca como para saberlo con seguridad, pero no percibía magia en él.

El mago le indicó a su hermana que no avanzara más y que aguardara allí con Talfan. Zada se sorprendió con sus palabras, pero las obedeció sin dudar y tomó su arco y flecha. Avanzamos de manera cuidadosa aproximándonos al misterioso hombre que permanecía allí inmóvil. La forma en que se comportaba me inquietaba y tuve un mal presentimiento, su rostro se encontraba cubierto y la forma en que actuaba era extraña, tal vez acercarnos a él era una mala idea.

Daeron se detuvo de manera repentina; los caballos eran perceptivos y él lo era especialmente, de seguro había advertido algo peligroso. Fue allí cuando lo sentí, el tremendo y abrumador poder que rodeaba a aquel extraño sujeto. Era una sensación de lo más extraña y alarmante, hacía solo segundos era un simple humano, no percibía nada y ahora magia de lo más oscura y poderosa emanaba de él con una

claridad apabullante.

—Deténgase —grité.

Zul frenó a su caballo en seco con una expresión de horror, lo había sentido. Aiden me miró alarmado sin comprender a qué se debía mi reacción.

No soportaba encontrarme tan próxima a él. La imagen de Sorcha, Seith, Sabik y Dalamar cuando nos enfrentamos a ellos había sido perturbadora, pero lo que sentía ahora era mucho peor.

¿Quién era aquel ser? ¿Qué era?

—Retrocedan —dijo Zul con un hilo de voz.

En el momento en que Aiden tiró de las riendas de Daeron, una llama se prendió a los pies del maléfico sujeto y se dirigió a nosotros con una velocidad alarmante. Antes de que pudiéramos hacer algo nos rodeó y se ramificó entre nosotros separando a Aiden y a mí de Zul.

—Sujétate con fuerza —gritó Aiden acariciando el cuello de Daeron para mantenerlo calmado.

Puse un brazo alrededor de su cintura y con el otro levanté mi espada. Daeron era noble y fuerte, poseía el corazón de un león, el fuego no lo asustaría.

El mago gritó un encantamiento pero las llamas se reavivaron en vez de detenerse, no podía verlo a través de ellas, mas podía oír su voz mientras repetía el conjuro. Sonaba desesperado.

—Debemos buscar una manera de escapar, no podremos derrotarlo —dije.

—Pase lo que pase mantente junto a mí —respondió Aiden.

Las llamas nos mantenían cautivos, pero no se cerraban sobre nosotros. No quería matarnos, quería otra cosa. Una flecha pasó a centímetros de nosotros y se consumió en el fuego antes de llegar a su blanco. Miré hacia atrás, Zada se encontraba fuera de los círculos de fuego, pero no había nada que pudiera hacer.

—Aléjate, Zada. Toma a Talfan y vete de aquí —grité.

Pero era demasiado tarde, las llamas se extendieron hacia ella y la dejaron en el centro de otro círculo junto con Talfan.

—Zada, Adhara, Aiden...

La voz del mago sonaba ahogada y podía oír el relinchar de su caballo asustado. Debía hacer algo, si no apagábamos el fuego estaríamos perdidos. Mi espada no me serviría de nada, solo quedaba la magia y tenía poco control sobre ella. Sonaba totalmente irracional pero, tal vez, mi fuego pudiera extinguir al suyo o protegernos de sus llamas. Intenté olvidarme de la desesperación que sentía y respiré con calma, me concentré y apoyé mi cabeza sobre la espalda de Aiden. No podía permitir que algo le ocurriera, debía protegerlo. Me concentré con más fuerza y visualicé una llama, hasta que esta se prendió delante de nosotros y chocó contra las otras. En el momento en que ambos fuegos se encontraron, las llamas perdieron su color

anaranjado y se tornaron negras.

Los círculos de fuego se volvieron oscuros, era una imagen impactante y tenebrosa. El humo provocado por las llamas comenzó a cubrirnos; era espeso y denso, como si nos encontráramos en el medio de una nube.

«Puedes salvarlos, Adhara.»

Las palabras aparecieron en mi mente sin explicación alguna, la voz era clara y fría.

«Aléjate de ellos, adéntrate en el bosque y perdonaré sus vidas.»

Era Akashik. Debía serlo, Ailios había dicho que podía oírlo en su cabeza. Sentí miedo, no estaba acostumbrada a sentirlo, pero allí estaba aquella horrible sensación apoderándose de mí. No lo quería en mi mente, pero no podía ignorar sus palabras. Era a mí a quien quería y no tenía otra opción.

«Aléjate de ellos, adéntrate en el bosque y extinguiré el fuego.»

Quería callar sus palabras y, al mismo tiempo, eran la única esperanza que tenía de que Aiden y Zul vivieran. No sabía qué pasaría conmigo pero al sentir a Aiden en mis brazos lo hacía parecer menos importante, mientras él estuviera bien yo también lo estaría.

Debía actuar rápido, Aiden intentaría detenerme al darse cuenta de mi intención. Me obligué a calmarme y me entregué a mis instintos sin pensar.

—Te amo, Aiden.

Tras esas palabras le di un beso en la mejilla y me arrojé de Daeron de un salto para que no pudiera detenerme.

—¡Adhara! —gritó.

Intenté ir hacia el bosque, pero una pared de llamas oscuras aún se encontraba delante de mí.

«Ve hacia el bosque, cesaré el fuego y me iré.»

Su voz me incitaba, me persuadía. Una pequeña franja de fuego desapareció creando una apertura en el círculo para que pudiera salir. Mis pies se congelaron y me detuve frente a ella.

«Piensa en ellos, Adhara.»

No quería volver a escuchar su maldita voz, quería silenciar mi mente.

—¡ADHARA, NOOO...!

El grito de Aiden detuvo mi corazón. Debía hacerlo por él. Di un paso y atravesé el fuego, una vez fuera de él corrí hacia al bosque. Corrí sin estar segura de hacia dónde ir y cuando ya me encontraba a una distancia prudente me detuve y miré hacia atrás para asegurarme de que Akashik hubiera detenido el fuego. Las llamas todavía seguían allí pero, de un momento a otro, se extinguieron por completo. Respiré aliviada de que se encontraran a salvo. Levanté mi espada Glace y observé los alrededores. Era mi turno.

Escuché pisadas e intenté adivinar de dónde provenían, aguardé atenta, mi cuerpo comenzó a sentirse pesado y cansado, mantener la espada en el aire se volvió un esfuerzo. Magia, utilicé el hechizo que el mago me había enseñado para proteger mi mente. Ya era tarde para intentar liberar mi cuerpo pero, al menos, ya no oiría su maliciosa voz en mi cabeza.

Mi adversario se encontraba detrás de mí, podía sentirlo. Intenté darme vuelta pero, antes de lograr verlo, me cubrió con una gran capa negra y una fuerza invisible me arrojó al suelo.

Traté de moverme pero el cuerpo no me respondía, ya había experimentado aquel conjuro con anterioridad y sabía que no podía hacer nada para liberarme de él. En ese momento la desesperación me venció. La magia que me envolvía era familiar y al sentir un par de manos alrededor de mí levantándome y cargándome supe de inmediato que se trataba de él, Seith.

Intenté resistirme con más fuerza pero apenas conseguía moverme, era como si mi cuerpo se encontrara completamente exhausto y se negara a moverse. No era el mismo hechizo que había utilizado antes, pero era igual de desagradable.

Las voces de Aiden y de Zul resonaban a la distancia y ambos gritaron mi nombre una y otra vez hasta que ya no logré escucharlos.

¿Por qué me querrían solo a mí? Ailios ya no estaba con vida, no necesitaban alguien con sangre élfica.

Aclaré mi mente, Ailios me había confiado el pergamino que indicaba el camino hacia el Corazón del Dragón. El pergamino... no lo llevaba conmigo, se encontraba en mi bolsa de viaje en la montura de Daeron.

Seith se detuvo y me bajó, no sentía pasto debajo de mí sino madera. Aguardé sin comprender dónde me encontraba hasta que todo comenzó a moverse y escuché los cascos de un caballo. Debía tratarse de alguna especie de carreta.

Los nervios se volvieron difíciles de ignorar, no sabía hacia dónde me llevaba o qué pasaría conmigo.

EL CONCILIO DE LOS OSCUROS

La capa aún me cubría y todo se encontraba oscuro, había perdido la noción del tiempo. No podíamos continuar así mucho tiempo más, eventualmente el caballo se detendría a descansar. Quería mirar a Seith a la cara y demostrarle que no le tenía miedo. Al enfrentarme con él en Elnath, el duelo había resultado a mi favor, esta vez no perdería.

Esperaba que Aiden pudiera perdonarme, debía sentirse furioso conmigo. Una vez que las llamas desaparecieron de seguro comprendieron que era a mí a quien querían. Odiaba la idea de haberme entregado pero tras contemplar la situación comprendí que no había tenido otra opción. Akashik nos había tomado por sorpresa y todos desconocíamos la magnitud de su poder.

Akashik... Quería ver su apariencia para convencerme de que se trataba de un mortal y no de una criatura hecha de pura maldad. Los warlocks eran magos oscuros y vivían más que los humanos pero aun así no eran inmortales. Si no lográbamos matarlo el tiempo lo haría, ese pensamiento era alentador. Lo único que podía alargar su vida era el Corazón del Dragón y me aseguraría de que no lo encontrara, no llevaba el pergamino conmigo y aprendería a tolerar el dolor antes de repetir lo que se decía en él.

Además, Blodwen y Mardoc también eran parte del Concilio de los Oscuros y yo sabía algo que ellos ignoraban. Akashik los había traicionado; había observado sin hacer nada mientras el mago mataba a Dalamar y Ailios a Sabik. Él había envenenado la mente de Ailios haciendo que le quitara la vida a uno de los suyos. Eso haría que se volvieran en contra suyo. O Akashik terminaba con ellos o ellos con él, y en ambos casos se trataba de un warlock menos de quien preocuparnos.

Debía actuar con inteligencia, había una posibilidad de que Blodwen y Mardoc supieran de la intención de Akashik de deshacerse de los demás warlocks y estuvieran de acuerdo con él. La situación era como un juego de ajedrez, debía esperar a que hicieran su movida para que pudiera hacer la mía. A pesar de que era un juego inventado por humanos, los elfos también lo jugaban en Alyssian y eran excelentes en él. Dudaba de que existiera un ser con más paciencia que un elfo; probablemente se debía al hecho de que eran inmortales y el tiempo parecía no pasar para ellos. Por fortuna para mí, a pesar de no poseer su paciencia, era buena para el ajedrez. En mi opinión era una cuestión de estrategia y como me había enseñado Astran, mi maestro élfico, qué mejor estrategia que conocer la intención del enemigo antes de responder.

En caso de que los dos warlocks restantes estuvieran al tanto de las acciones de Akashik tal vez pudiera confundirlos y hacerles creer que también planeaba deshacerse de ellos. Aunque no me creyeran al menos plantearía una duda en sus

mentes, que ante el menor acto de desconfianza iría creciendo hasta convertirse en certeza.

Intenté moverme una vez más para quitar la capa de mi cabeza pero era inútil. Resultaba humillante que Seith se las hubiera ingeniado por segunda vez para mantenerme cautiva. En cuanto tuviera la oportunidad terminaría con él. Debía poner fin a su vida y ya no me avergonzaba lo que los elfos pudieran decir de mí. Seith no merecía vivir, solo traía oscuridad a este mundo.

La velocidad a la que íbamos disminuyó hasta que el caballo finalmente se detuvo. Oí pasos alrededor de mí hasta que la oscura tela se apartó de mi rostro y pude ver dónde me encontraba. Era de día y un gran prado verde se extendía frente a nosotros. Los árboles eran bajos en comparación con los del bosque y todo tenía un aspecto prolijo. Reconocí el paisaje, había estado ahí con anterioridad. Izar.

Había perdido por completo la noción del tiempo e incluso debí encontrarme inconsciente de a ratos. Debimos tardar al menos dos días en llegar allí.

—Debes estar hambrienta y cansada.

Su voz me enfurecía, levanté la mirada para encontrarme con los ojos de Seith. Había algo extraño en él, algo diferente, pero no podía descifrar qué.

—Y no haré nada para cambiar eso —continuó Seith—. Aguardaremos aquí hasta que sea de noche y nos escabulliremos en el castillo.

Me sentía mareada y hambrienta pero no me importaba, no le daría el gusto de pedirle algo o quejarme.

—Algún día acabaré contigo —respondí secamente.

Su mirada se sostuvo en la mía y llevó una mano hacia mi cuello. Sus ojos ya no estaban vacíos como de costumbre y por unos segundos creí ver algo nuevo en ellos. Odio.

—Créeme, acabaré contigo primero —replicó Seith.

Y tras estas palabras me soltó de manera abrupta y se alejó un poco. No lo comprendía. ¿Por qué me odiaba? ¿Qué había hecho para provocar algún tipo de reacción en él cuando hacía años que no sentía nada?

De seguro los warlocks debieron haberlo castigado luego de que me escapé la primera vez y en Elnath tampoco pudo detenernos. Tras ver la manera en que los warlocks habían tratado a Sorchá cuando entramos en las cámaras en el baile de máscaras, comprendí que el fracaso podía costarles sus propias vidas.

—¿Qué es lo que quieren de mí? —pregunté— Si buscan el pergamino no lo llevo conmigo, no les soy de ninguna utilidad.

—Concuerdo contigo, no nos eres de ninguna utilidad —dijo Seith—. Pero Akashik parece pensar diferente.

Su rostro aún parecía una máscara con una sola expresión, pero su voz escondía un dejo de frustración. Seith no parecía ser el mismo, era una buena oportunidad para

derrotarlo. Lo observé buscando alguna debilidad pero a simple vista no pude encontrar ninguna. Su mirada seguía fija en mí y había una nueva intensidad en ella, era perturbadora.

Me esforcé por moverme esperanzada de que su hechizo se hubiera debilitado, pero el cansancio aún era abrumador. Llevé las manos a mi rostro para correr un mechón de pelo y luego no volví a moverme. Necesitaba agua, podía soportar todo lo demás pero la sed se estaba volviendo difícil de ignorar.

—No te ves bien —comentó.

Sabía que se estaba burlando, no respondí. Sentía su mirada sobre mí, mantuvo su distancia hasta que se puso de pie de manera abrupta y tomó la capa arrojándola sobre mí nuevamente. Su reacción no tenía sentido alguno, no había nadie en la cercanía. ¿Por qué mantenerme oculta?

Fuera cual fuere la razón, permanecí así el resto de la tarde. Ya no me resultaba tan molesto como antes, al menos sabía dónde me encontraba y no ver a Seith era mejor que verlo.

El caballo comenzó a avanzar de nuevo, no tardaríamos mucho en llegar al pueblo. Escuché con atención durante todo el trayecto, pero ningún sonido se asemejaba a una voz humana. Debía ser tarde. De seguro Seith había aguardado hasta entrada la noche para que nadie nos viera.

Una vez que nos detuvimos me tomó en sus brazos, sin molestarse en retirar la capa que me cubría y me cargó hacia el castillo. No podía verlo, pero sabía que nos encontrábamos allí, aunque probablemente no en la entrada principal. Debía haber una entrada secreta por la que los aprendices de Nawas pudieran escabullirse.

Sus brazos estaban rígidos alrededor de mí y en una ocasión sentí su mano temblar levemente. Odiaba sentir su contacto pero sospechaba que la sensación era recíproca, ya que parecía ansioso por soltarme.

Todo se volvió oscuridad y misterio. Por primera vez en mi vida no sabía qué me aguardaba, no poseía ningún control sobre ello, lo que habría de pasar a continuación sería la decisión del Concilio de los Oscuros y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Seith retiró sus manos y me dejó caer, el golpe fue fuerte pero sabía que no era nada en comparación con lo que me esperaba.

—Seith —dijo una voz severa.

Este removió la capa y observé a mis alrededores impactada. Nos encontrábamos en medio de una gran sala en forma circular y alrededor de mí había cinco tronos, de los cuales tres se hallaban vacíos. Dos warlocks me observaban complacidos, reconocí a Blodwen del baile de máscaras, pero su rostro ya no poseía una expresión de compostura y gracia, era frío y malévolo. Ahí no era William Connaught, el consejero real, sino un cruel y poderoso mago oscuro.

Era la primera vez que veía al otro warlock, no parecía ser tan viejo como Blodwen, pero su pelo también era blanco y su rostro serio y despiadado. Solo quedaban dos opciones, Akashik o Mardoc, tuve el presentimiento de que era Mardoc. Ambos llevaban largas capas negras, parecían de terciopelo y tenían bordada una insignia plateada de dos dragones entrelazados.

—Bienvenida, elfa —dijo Blodwen.

Con toda la fuerza de la que fui capaz me puse de pie y lo miré a los ojos sin responder, no me intimidaban. A decir verdad me intimidaban un poco pero no lo demostraría.

—¿Qué hay del mago y del traidor? —preguntó el otro warlock.

—Escaparon —respondió Seith.

Zul y Aiden no habían escapado. De haberlo querido, Akashik podría habernos matado a todos. Por alguna razón Seith había mentido.

—¿Cómo te atreves a regresar sin ellos? —dijo Blodwen levantando el tono de voz— Te jactas de ser poderoso pero solo eres una desdicha para este Concilio.

—Lo siento —se disculpó Seith.

Algo andaba terriblemente mal. ¿Por qué Seith asumiría la culpa y se disculparía cuando Akashik fue quien los dejó ir? Blodwen lo había tratado de incompetente y en vez de contradecirlo se había disculpado.

El otro warlock se puso de pie y me dirigió una mirada furiosa.

—Tú y tus amigos pagarán por la muerte de nuestros hermanos.

Era Mardoc. Esto era lo que habían estado esperando, querían vengarse por la muerte de Sabik y Dalamar, lo que significaba que no sabían nada acerca de la traición de Akashik. El comportamiento de Seith comenzaba a cobrar sentido, de seguro se había aliado con Akashik y solo simulaba seguir las órdenes de los demás.

—Están ciegos, Sabik no murió por obra nuestra...

—Seith —una voz me interrumpió.

Un tercer warlock ingresó en la recámara y se sentó en uno de los tronos. Al igual que los demás llevaba la capa negra con la insignia de los dos dragones pero a diferencia de ellos la capucha cubría su rostro, Akashik.

—Nuestra invitada se encuentra en un estado deplorable —continuó Akashik—. ¿Acaso has perdido tus modales? Libérala de tu hechizo.

Mi cuerpo comenzó a aflojarse, era como si hubiese estado sosteniendo un gran peso y luego me lo quitaran. Gran parte de la sensación de cansancio se desvaneció, era un alivio poder moverme de nuevo sin que cada movimiento resultara agotador.

—Continúa hablando, elfa —lo interrumpió Blodwen.

No estaba segura sobre lo que debía hacer, si decía la verdad, Akashik lo negaría y perdería la única ventaja con la que contaba.

—Lo oíste. Habla, Adhara...—dijo Akashik.

Claramente era una advertencia, de lo contrario no nos hubiera interrumpido cuando lo hizo. Aguardaría hasta ver si se encontraba dispuesto a ofrecerme un trato a cambio de mi silencio. Dudaba de que me dejara ir pero al menos era un comienzo, de lo contrario no lograría escapar.

Blodwen me dirigió una mirada impaciente y aún había furia en la expresión de Mardoc, aparté mi mirada de ellos y aguardé sin decir una palabra.

—Parece haber perdido la voz —dijo Akashik intercambiando miradas con los demás warlocks—. Tal vez sea mejor ordenar en vez de preguntar: Ailios te confió un pergamino, entrégamelo.

No podía ver su rostro pero aun así levanté mi mirada hacia él.

—No lo llevo conmigo —respondí.

Intenté no demostrar la satisfacción que sentía para no provocarlos, pero mi tono de voz me delató. Haberme conducido hasta allí había sido en vano, no obtendrían el pergamino de mí.

—Seith.

Tras la palabra de Akashik, la mano de Seith se cerró en mi brazo y una terrible sensación de ardor se apoderó de mi piel. Me quemaba, su mano era como una llama.

—No lo llevo conmigo —repetí.

Soltó mi brazo.

—Dice la verdad —replicó Seith.

Blodwen maldijo y se puso de pie.

—La necesitamos con vida, siéntate —dijo Akashik—. No hay razón para alterarse, Blodwen. El mago y el traidor nos entregarán el pergamino a cambio de su vida.

El warlock tomó asiento aún mirándome con desagrado.

No permitiría que consigan el pergamino. Ailios había confiado en mí y no lo decepcionaría, debía escaparme antes de que encontraran a Zul y a Aiden.

—¿Qué hay de Sabik y Dalamar? —preguntó Mardoc—. Sus muertes deben ser vengadas.

—Coincido contigo, a pesar de no estar unidos por lazos de sangre aún somos una hermandad y sus muertes son una gran pérdida para este Concilio —dijo Akashik—. Seith no pudo recuperar sus cuerpos pero de todos modos mañana al atardecer haremos una ceremonia y brindaremos por ellos.

Ambos warlocks asintieron. Jamás había presenciado algo semejante, sus mentiras eran descaradas e insostenibles, proponía una ceremonia para recordarlos cuando él mismo se había encargado de que ambos murieran. Blodwen y Mardoc solo eran marionetas para él y estaban tan cegados en su búsqueda de poder y de inmortalidad que no podían ver a través de sus engaños.

—Los nobles y los guardias reales han notado su ausencia —dijo Mardoc—.

Debemos inventar algo, ambos cumplían roles de gran notoriedad.

—Evard Glaistig, comandante del ejército de la reina, y Larson Acmar, representante de los nobles en la corte, fueron víctimas de situaciones desafortunadas —dijo Akashik—. Larson fue asesinado en las afueras del pueblo, un ladrón lo apuñaló para quitarle su oro. Por supuesto repartiremos pergaminos con la descripción del ladrón y quien coincida con ella será colgado.

—¿Qué hay de Evard Glaistig? —preguntó Blodwen.

—Oí un terrible rumor con respecto a Evard —replicó Akashik—. Fue vencido por la fiebre, luego de tres días de dolorosa agonía.

La facilidad con la que Akashik continuaba cubriendo a todo Lesath con sus engaños no dejaba de asombrarme, en minutos había inventado excusas para justificar la muerte de quienes supuestamente eran dos figuras importantes en la corte.

—Gamon Gant es un noble ambicioso, de seguro pedirá a la reina reemplazar a Larson —observó Blodwen.

—Por fortuna para nosotros Gamon Gant es tan tonto como ambicioso, no nos resultará difícil manipularlo —respondió Akashik.

No sabía quién era Gamon Gant pero sentía pena por él.

—El puesto de Evard es más difícil de sustituir —agregó Mardoc—. No podemos perder control sobre el ejército real.

Blodwen asintió pensativo.

—Siempre creí que Zafir era un inútil pero dadas las circunstancias lamento su muerte —replicó Akashik—. De encontrarse aquí su facilidad para cobrar la apariencia de otras personas resolvería el asunto.

Seith dejó escapar una risa y no me fue difícil imaginar a qué se debía, él también consideraba que Zafir había sido débil.

—Zafir no es el único con facilidad para cambiar su apariencia —intervino Blodwen—. Tal vez no sea necesario reemplazar a Evard Glaistig...

Akashik levantó su mano indicándole a Blodwen que guardara silencio. Me intrigaba mucho su apariencia. ¿Por qué cubrir su rostro permanentemente? De seguro su aspecto no era muy diferente del de los otros warlocks: pelo blanco, rostro arrugado, expresión malévol.

—Seith, lleva a nuestra invitada a sus aposentos —ordenó Akashik—. Discutiremos este tema en privado.

Mardoc asintió y Blodwen dejó escapar una risa fría y sin gracia.

—No importa lo que escuche —dijo Blodwen—. No saldrá de este castillo con vida.

—Aun así —respondió Akashik en tono severo.

Seith me tomó del brazo y me arrastró detrás de él. Todo se encontraba en

sombras, las antorchas en la pared apenas iluminaban el camino. Continuamos por un pasillo hasta que nos encontramos frente a una vieja puerta de madera llena de polvo. Seith tiró de una manija de acero y tras abrirla me empujó adentro. El espacio era reducido, las paredes eran de piedra, no había ventanas y el único mueble era una pequeña cama junto a la pared. No estaba segura de si era una habitación o un calabozo. Me rehusaba a quedarme en aquel sucio y oscuro rincón del castillo. Fui hacia la puerta pero Seith se paró delante de mí impidiéndome el paso. De tener a Glace la situación hubiese sido completamente diferente, pero había quedado en la carreta y sería difícil llegar hasta ella.

—¿Qué crees que harán Blodwen y Mardoc cuando descubran que tú y Akashik están complotados para acabar con ellos? —pregunté.

Clavé mi mirada en la suya mientras decía cada palabra, quería provocarlo y que cometiera un error. Aquel destello de odio que había visto con anterioridad en los ojos de Seith reapareció. Retrocedió sin decir nada y cerró la puerta de un portazo dejándome en la oscuridad.

Permanecí quieta por un largo rato, no sabía cómo reaccionar o qué hacer, era como si el tiempo se hubiera detenido. De a poco comencé a moverme y a caminar por la habitación para ir acostumbrándome al espacio. En caso de tener una oportunidad para escapar, me sería favorable conocer esa pieza, lo cual no resultó muy difícil dado su reducido tamaño. La cama debía tener más polvo que la puerta, por lo que decidí no utilizarla. En cambio fui hacia la pared, coloqué mi capa sobre el piso y me senté sobre ella.

No sabía cuánto tiempo pasaría allí encerrada y eso me asustaba, no tenía la certeza de cuánto tiempo podría aguantar tales condiciones antes de perder la cabeza.

El silencio era lo único bueno, había pasado tanto desde que Akashik nos interceptó en el bosque que por primera vez me encontraba sola y tranquila para analizar todo.

Podía ver en mi cabeza todo lo ocurrido y pensé detenidamente en cada escena de todos los eventos que me habían traído hasta allí. Akashik era más poderoso de lo que habíamos imaginado y tenía un control asombroso sobre sus poderes, podía esconderlos al punto de ser imperceptibles y de un momento a otro desatar todo su potencial. Si Zul había sentido lo mismo que yo, sabía la terrible amenaza a la que nos enfrentábamos.

Akashik y Seith tenían un pacto, de eso también estaba segura, pero era un error pensar en ellos como una alianza, Akashik podía acabar con Seith en segundos. Ante tal desigualdad no había mucho que Seith pudiera hacer para rehusarse. Pero esa no era la razón por la que había aceptado. Seith ansiaba el poder más que ninguna otra cosa, al extremo de haber destruido sus emociones y todo sentimiento que pudiera jugarle en contra. Tampoco podía ignorar que Seith era notoriamente más poderoso

que Zafir y Sorcha, lo cual significaba que probablemente había sido Akashik quien le había enseñado a dominar la magia.

Los demás warlocks parecían más precavidos, más reacios a enseñarles demasiado, habían limitado su conocimiento en caso de que algún día se volvieran una amenaza. Akashik de seguro tomó la ambición de Seith a su favor y se aseguró su servicio y lealtad.

Los demás warlocks debían sospechar algo. De otro modo no se explicaba la desigualdad de poder entre ellos. A Blodwen no parecía agradarle Seith pero al parecer pensaba de la misma manera que Zafir, que veía a los aprendices de Nawa como un medio para alcanzar un fin, sin importarle lo que ocurriera con ellos. Solo les habían enseñado a utilizar su magia para que fueran sus ojos y oídos alrededor de Lesath.

Lesath... Los humanos se encontraban rodeados de mentiras, no había una reina con leales servidores que la ayudaban a pensar en el bienestar general, había una marioneta cuyo titiritero era una criatura tan manipuladora y calculadora que incluso engañaba a los suyos.

Alejé esos pensamientos de mi mente, no quería pensar en ello. Solo pensar en las oscuras intrigas que rodeaban a todos me causaba malestar, hacía que mi estómago se retorciera. O tal vez eran el hambre y el cansancio, sentía tantas cosas diferentes que era difícil decirlo.

Si bien me sentía cansada, no quería dormir. Pero parecía no tener opción: era dormir o pensar.

Relajé mi mente intentando olvidar dónde me encontraba, me liberé de todo pensamiento agobiante que insistiera en aturdir mi mente y me concentré en el silencio, fue entonces cuando la escuché. Podía ir la voz de Aiden, era débil, distante, y aunque al principio no lograba escucharla del todo, la misma palabra comenzó a repetirse en mi mente una y otra vez, podía ver su rostro mientras lo decía: ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?...

Abrí los ojos y llevé mis manos hacia el amuleto azul que colgaba de mi cuello, el hechizo de Zul había funcionado; él llevaba mi cinta para el pelo y yo el amuleto que me había regalado, de alguna manera podíamos comunicarnos. Fue como si un rayo de esperanza hubiera irrumpido en la habitación, Aiden se encontraba bien y quería saber adónde me habían llevado. Él y el mago se encontraban en alguna parte de Lesath y harían lo que fuera por rescatarme. Pero la esperanza se desvaneció, si venían por mí tendrían que entregarle el pergamino al Concilio y aun si lo hicieran no había ninguna garantía de que no nos mataran a todos. Blodwen y Mardoc querían venganza por la muerte de Sabik y Dalamar, lo cual sería sumamente conveniente si se encontrara dirigida al verdadero culpable, pero dado que su venganza era dirigida a nosotros de seguro no dejarían pasar la oportunidad de acabar con ellos. Y dudaba

que Akashik se lo impidiera, no sabía la razón por la que solo me había llevado a mí y los había dejado con vida habiendo tenido la oportunidad de matarlos, pero sabía con total certeza que una vez que obtuviera lo que quería eliminaría a todos aquellos que representaran una amenaza.

No podía decirles dónde me encontraba, sería como apuntarles el camino hacia su muerte. Me limitaría a hacerles saber que me encontraba bien, no quería darle a Aiden más razones de las necesarias para que se enfadara conmigo, quería que supiera que me encontraba con vida y relativamente bien.

Imaginé mi lazo para el cabello alrededor de su muñeca y repetí las mismas palabras una y otra vez: Bien, Vida, Bien, Vida, Bien, Vida.

Un ruido interrumpió mi concentración, eran pasos y cada vez se escuchaban con más fuerza. Pude oír mientras se detenían enfrente de la puerta, mi corazón comenzó a latir precipitadamente, no sabía quién era o qué quería pero no podía ser bueno.

La puerta comenzó a abrirse lentamente, la madera crujía con cada movimiento, podía sentir que mi sangre se helaba, mientras intentaba descifrar de quién era la silueta que avanzaba hacia mí.

En el mismo momento en que me puse de pie la antorcha que el sujeto llevaba en sus manos se prendió fuego revelando su identidad. Era un hombre, su rostro era atractivo y aún reflejaba algo de juventud, su pelo era negro, sus ojos oscuros e intrigantes. Su expresión era maliciosa y calculadora.

—Es hora de que me presente —dijo.

Reconocí su voz en el instante en que habló, Akashik. Lo miré atónita, dudando por primera vez de mi visión, su apariencia no se asemejaba en nada a la de los demás warlocks, creía que sería el más viejo de ellos pero parecía ser el más joven. Los demás aparentaban tener unos sesenta años y él alrededor de cuarenta. Su rostro no estaba arrugado y peor aún, era atractivo.

—Akashik.

Decir su nombre era como decir un maleficio, podía sentir el temor en mi voz. Fui hacia un costado para poner más distancia entre nosotros. Por fortuna el warlock permaneció allí y no avanzó.

—Debes perdonar a Seith, el muchacho no tiene modales —dijo Akashik haciendo una señal con su mano.

Oí más pasos y otra figura se acercó a la puerta. Era una chica joven, su cabello era largo, rubio y llevaba una tiara de oro sobre él. Era la reina Lysha.

Se acercó y me miró con curiosidad, en sus manos llevaba un canasto con frutas, una copa y un pequeño farol. Me sonrió tímidamente, depositó todo en el suelo, luego sus ojos se tornaron vidriosos y volvió su vista a Akashik.

—Eso es todo, Lysha —dijo el warlock—. Ve con Blodwen, él te explicará cómo proceder con respecto al funeral de Larson Acmar.

La joven dejó escapar un sollozo y pude ver dos silenciosas lágrimas que se desprendían de sus ojos.

—Obedéceme —dijo en tono severo.

Quería hacer algo, decir algo, pero sabía que no la ayudaría en nada. La reina asintió con la cabeza, salió de la habitación y cerró la puerta detrás de ella.

Con la puerta cerrada, el espacio parecía más reducido de lo que era, no soportaba encontrarme encerrada con él.

Lo analicé detenidamente, era imposible pero tenía la extraña sensación de que lo había visto con anterioridad, algo en sus ojos me hacía pensar que no era la primera vez que lo veía.

—Pareces confundida —dijo Akashik.

—No es la primera vez que veo tu rostro —respondí pensativa.

—La primera vez que cruzamos caminos fue en el baile de máscaras, chocamos y tú, hábilmente, esquivaste mi bebida.

La escena se revivió en mi mente a medida que iba escuchando sus palabras, podía ver sus ojos oscuros a través de un antifaz negro, había sido él quien se había dado cuenta de mi origen, no Seith.

—Eras tú —exclamé incrédula.

—En el momento en que te vi supe exactamente lo que eras, pero al parecer cometí un error; Seith me dijo que tu padre es un elfo y tu madre una mortal —comentó Akashik—. No eres una elfa del todo.

Asentí con la cabeza sin responder, no hablaría con él sobre mis padres.

—Tu madre ¿se encuentra con vida? —preguntó.

—Sí, aún vive —respondí—. Pero algún día morirá.

Jamás le diría que los elfos habían encontrado la forma de que viviera para siempre, prefería someterme a la peor de sus torturas antes de revelar su secreto.

—La mortalidad es un castigo amargo, Adhara. Es una pesadilla —continuó Akashik—. Mi padre fue uno de los warlocks más poderosos de todos los tiempos. Presenciar su muerte me resultó sumamente perturbador, incluso traumático. Ver a alguien tan poderoso como él ser derrotado por los años fue desalentador. En su entierro me prometí a mi mismo que no seguiría su suerte y poseo toda la intención de cumplir esa promesa.

Sentí odio. Akashik lamentaba la muerte de su padre solo porque significaba que si su padre había muerto a pesar de sus poderes, él también lo haría.

—Tarde o temprano tú también morirás —repliqué.

—Te equivocas, Adhara. Tú y tu madre humana morirán, yo lograré la inmortalidad. No me importa qué deba hacer para obtenerla ni a cuántos deba matar para lograrlo —espetó Akashik.

—¿Qué opinan Blodwen y Mardoc al respecto? —pregunté—. No parecían

contentos con las muertes de Sabik y Dalamar. ¿Cómo crees que reaccionarán cuando descubran que fuiste tú quien orquestó sus muertes?

Akashik sonrió, su rostro se volvió más malévolo. Le sostuve la mirada sin dejarme intimidar, era mi oportunidad para negociar.

—Guardaré tu secreto si logramos ponernos de acuerdo —dije.

Haría que me trasladara a una habitación cómoda, limpia y con ventanas. Allí me resultaría más fácil escapar, rompería la ventana y descendería por el muro. Podía utilizar fuego para derretir las rejas; por fortuna, el fuego era uno de los pocos hechizos que podía controlar.

—Dime, ¿cómo se encuentran tus abuelos? —preguntó Akashik—. No debe haber sido fácil para ellos dejar Naos.

Aquella sensación de miedo que había logrado controlar se volvió contra mí deteniendo mis pensamientos.

—Tu llegada a Lesath les causó serios inconvenientes, dudo que también quieras ser responsable de ponerle fin a sus vidas. No cometas el error de pensar que no los encontraré.

—¡No hables de ellos! —grité—. No te atrevas a...

—No te encuentras en posición de levantar el tono de voz —me interrumpió Akashik—. Olvídate de aquella ridícula acusación y yo me olvidaré de enviar a Seith a ejecutarlos.

Una mezcla de furia y dolor me recorrió apoderándose de mí, la esperanza de escapar del maldito castillo se desvaneció por completo.

—Eres un ser repugnante, Akashik —le espeté.

—¿Te crees tan diferente de mí, Adhara?

Lo miré sin dar crédito a lo que escuchaba. ¿Cómo podía compararme con él?

—Tú y yo somos completamente distintos —respondí.

—Tal vez, pero nuestros orígenes son similares —replicó Akashik.

Era un truco, quería engañarme.

—¿Conoces el origen de los warlocks?

No recordaba que los elfos lo hubieran mencionado.

—Hace cientos de años un elfo llamado Celaneo tuvo un niño con una humana, una hechicera llamada Gergana. Gergana era una maga poderosa que se sentía atraída por la magia negra, enamoró a Celaneo con la esperanza de que su hijo fuera aun más poderoso que ella e incluso inmortal. Pero, a pesar de que el niño poseía grandes poderes, no había sido bendecido con el don de la inmortalidad. Al igual que tú lucía como un elfo pero parte de él era mortal. El niño creció y junto a su madre buscaron el camino a la eternidad a través de la magia negra. Fallaron en su propósito pero lograron un tremendo poder que ningún humano había logrado antes, fueron los primeros en dominar la magia negra. Los elfos los repudiaron por entregarse a tal

oscuridad y Celaneo abandonó estas tierras lleno de humillación y jamás fue visto de nuevo —dijo Akashik—. El niño se llamaba Warlock y fue quien comenzó y continuó la línea. Se casó con una hechicera y le enseñó a sus hijos a canalizar y controlar magia negra. Mis ancestros solo elegían magos como pareja pero eventualmente no lograron encontrar más y tuvieron hijos con simples humanos, fue allí cuando comenzó a debilitarse el linaje al punto de que solo quedamos cinco.

—Estás tratando de engañarme —le espeté.

—Es la verdad, te diría que les preguntes a los elfos, pero ambos sabemos que no regresarás a Alyssian —respondió Akashik.

Quería creer que todo era una mentira, pero sabía que estaba en lo cierto. El primer warlock había sido hijo de un elfo y de una mortal, al igual que yo. Por primera vez en mi vida me sentí incómoda en mi propia piel, no quería tener ningún tipo de semejanza con ellos y sin embargo en cierto punto éramos iguales. En Alyssian los elfos hablaban de los warlocks como criaturas siniestras y oscuras, festejaban que la línea se hubiera extinto. ¿Qué pensaban de mí? Al comienzo se habían opuesto a que dejara Alyssian, tal vez pensaban que el mundo de los humanos me corrompería.

Reprocharía a mi padre por habérmelo ocultado. Cuando pensé en mis padres las palabras de Akashik se tornaron pesadas y sentí una opresión en el pecho: «Ambos sabemos que no regresarás a Alyssian». Planeaba matarme. Cuando lograra su cometido y no le sirviera de nada, me mataría.

—¿Por qué crees que los elfos se concentraron en desarrollar tus habilidades con la espada y no insistieron en que aprendieras a utilizar magia? —preguntó Akashik con una diabólica sonrisa—. Pero no estoy aquí para darte una lección de historia. Sé sobre ti y sé sobre Aiden Moor, el traidor...

—Aiden no es un traidor, ustedes destruyeron su vida y él fue el único con el valor para intentar recuperarla —repliqué.

—Aiden fue un error, lo supe desde el momento en que Sabik sugirió que fuera un aprendiz de Nawa —respondió Akashik—. Pero era prometedor como guerrero y no encontrábamos más humanos que poseyeran magia.

—¿Sabían que Aiden no era un mago? —pregunté sorprendida.

—Su falta de magia era tan evidente como la escasez de la tuya —rió Akashik sarcásticamente—. Su familia debía morir y Sabik creyó que sería un desperdicio deshacernos de él también.

Ignoré su comentario acerca de mi magia, era la menor de sus ofensas.

—Su familia comenzó a sospechar acerca de ustedes —adiviné. Tras escucharlos hablar en la cámara del Concilio era evidente que se deshacían de cualquier persona que representara un problema.

—Su madre sabía cosas que no debía saber —replicó Akashik—. Ahora

apreciaría que dejes de interrumpirme con preguntas irrelevantes y contestes las mías. El mago, Zul Florian, ¿qué sabes sobre él?

Aiden no sabía nada acerca de esto, creía que los warlocks habían cometido el error de pensar que poseía magia pero aún no se había manifestado. Mi mente se enfocó en Zul, era el único del que Akashik no sabía nada y si le daba información sobre él la utilizaría en su contra.

—No sé mucho acerca suyo—mentí.

—Encuentro placer en causar daño, incluso en algunas ocasiones lo encuentro un tanto adictivo —me advirtió Akashik—. No querrás enfadarme, Adhara.

Tuve el presentimiento de que las quemaduras que me había ocasionado Seith no serían nada en comparación con el daño que me provocaría Akashik si me rehusaba a hablar. Mientras mantuviera oculto el problema de autoestima del mago y su inconveniente amor por Sorchá, dudaba que pudiera utilizar el resto en su contra.

—Ustedes quemaron su casa cuando era un niño pequeño para tomarlo como aprendiz de Nawa y mientras creyeron que había muerto en el incendio, un mago lo rescató —dije.

Esta información perjudicaba más a Talfan que a Zul pero, tras el daño que había sufrido al enfrentarse a los warlocks, dudaba que le pudieran hacer algo peor.

—Lo sabía, tuve mis sospechas cuando supimos de su existencia hace dos años —replicó Akashik—. Ahora lo sé con certeza. Su magia es poderosa, hubiese sido una buena adhesión. El otro mago pagó por su interferencia, su magia se quebró.

Había estado en lo cierto, era posible que un humano perdiera su magia. Talfan se hallaba inconsciente porque el perder la magia era un proceso largo y doloroso, y su cuerpo pagaba el precio. Lo había leído hacía mucho tiempo en Alyssian, pero no pensé que fuera cierto.

—¿Qué hay de la joven de pelo negro que se encontraba con ustedes en el bosque? ¿Quién es ella?

Zada era el punto débil de Zul, no podía decir la verdad sobre ella pero tampoco podía inventar algo que no tuviera sentido o sabría que estaba mintiendo.

—Es la hija de Talfan.

No podía evitar poner a Zada en una posición de peligro, pero podía evitar que la utilizara en contra del mago.

—Algún día pagará por el error de su padre—dijo Akashik.

Zul se enfadaría conmigo por hablar de Zada, pero no tenía otra opción. De todos modos, Akashik no parecía estar interesado en ella.

—El mago parece determinado, lo oí mencionar a sus padres antes de terminar con Dalamar. ¿Qué crees que valore más? ¿Tu vida o su venganza? —preguntó Akashik.

Akashik era astuto, no solo buscaba saber más sobre el mago o especular cuán

lejos llegaría por detenerlos, también quería crear desconfianza entre nosotros, que dudara de él, que me sintiera sola y abandonada. Si intentaba manipularme, yo jugaría el mismo juego.

—Su venganza —respondí sin vacilar.

Este sonrió ante mis palabras, con un efecto contrario al que quería causar.

—Me resultaría más convincente si una expresión de horror acompañara tus palabras —se acercó dejando solo centímetros entre nosotros—. Tengo noventa años, no cometas el error de creer que te encuentras a mi altura.

Noventa años. ¿Cómo era posible? Su apariencia era la de alguien con menos de la mitad de esa edad.

El warlock se alejó de mí y fue hacia la puerta.

—La madre de Lysha, la reina Ciara, pasó sus últimos días en esta habitación, deberías sentirte honrada —dijo Akashik.

Y tras estas palabras, desapareció.

SECRETOS DEL PASADO

Me encontraba sola de nuevo, pero seguía pensando en sus palabras. No quería pensar en ello, no me importaba si el primer warlock había nacido de la misma manera que yo, no era igual que él, jamás lo sería.

Tomé el plato de frutas y la copa que Lysha había dejado y comencé a comer y a beber intentando dejar mis pensamientos de lado. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que comí una fruta detrás de otra sin poder detenerme. La copa contenía vino en vez de agua, pero no me quedó más opción que beberlo para calmar mi sed, por fortuna era más dulce que amargo.

Una vez que terminé, me senté sobre mi capa y cerré los ojos. Necesitaba descansar, no quería pensar en todo lo que había dicho Akashik hasta encontrarme descansada y con la mente clara, de lo contrario el cansancio me empujaría hacia pensamientos más oscuros e invitaría a la desesperación.

A pesar de que me encontraba agotada no me resultó fácil dormir, abría los ojos constantemente por miedo a que Blodwen o Mardoc decidieran matarme y se aparecieran frente a mí. Finalmente el cansancio me ganó y comencé a tener menos conciencia de mi alrededor hasta que me entregué al sueño.

El tiempo pasó y me desperté en varias ocasiones, hasta que no pude dormir más. El farol que había dejado Lysha aún se encontraba prendido, su débil llama luchaba por no extinguirse y era la única luz que había.

Me pregunté qué hora sería, era imposible saberlo, pero tenía el presentimiento de que era de día. Mis pensamientos se volvieron a Aiden, lo extrañaba, quería contarle lo que había dicho Akashik, que no se habían equivocado creyendo que poseía magia, que él no era la razón por la que habían matado a su familia. Su madre había sabido algo, algo que no debía saber y el Concilio fue tras ella y su familia como lo hacían con todos los que sospechaban algo.

—¡Seith!

El grito me tomó por sorpresa.

—¿Qué puedo hacer por usted, amo? —respondió la voz de Seith.

Fui hacia la puerta y permanecí en silencio, debían encontrarse en el pasillo.

—Puedes escuchar mis indicaciones y seguirlas —gritó el warlock—. ¿Alguna noticia de Sorchá?

—No —respondió Seith.

—Ha pasado más de una semana y no regresó a nosotros. Ayer te dije que fueras tras ella, ¿por qué aún te encuentras aquí cuando deberías estar buscándola? —replicó enfadado—. Sorchá falló en matar al mago y escapó. Decidió no regresar y hacerse responsable por sus acciones, ahora encuéntrala y mácala.

Era Mardoc, podía distinguir su voz. ¿Sorchá se había escapado? Tenía lógica, su

magia ya no funcionaba contra Zul y sabía que los warlocks la harían pagar por ello.

—Akashik me encomendó que aguardara aquí hasta recibir sus órdenes —dijo Seith.

—Asiste a Akashik en lo que necesite y luego encárgate de Sorcha —ordenó Mardoc.

Iban a matarla, Sorcha se encontraba en la misma posición que nosotros, debía escapar de ellos o arriesgarse a perder su vida. El mago se alegraría de saber que había escapado, que ya no seguía la voluntad del Concilio. Pero aun así no podíamos bajar la guardia, Sorcha no se había escapado porque lamentaba el mal que había causado sino que lo había hecho para protegerse, sabía que no podía matar a Zul y que los warlocks la harían pagar por su error.

¿Por qué había detenido su hechizo? Esa pregunta aparecía en mi mente con frecuencia. Su voluntad se había quebrado, una parte de ella no quería matar al mago pero no era porque sintiera algo por él. En el momento en que había intentado clavar la estalactita en su corazón y esta se desvió a último momento, su reacción había sido de furia.

Quería matarlo, no había dudas de ello. Pero, ¿qué la había detenido?

El mago tampoco había podido matarla, tal vez eso tuvo algún efecto en ella. Tal vez sí sentía algo por Zul.

Si Seith la encontraba, terminaría con ella, estaba segura de eso. Me pregunté qué haría el mago. ¿La buscaría para salvarla o no haría nada al respecto? Era difícil de saber, el mago estaba enamorado de ella pero al mismo tiempo se sentía avergonzado de sus sentimientos, Sorcha era malvada y él lo sabía.

La pregunta de Akashik se repitió en mi mente. ¿Qué crees que valore más? ¿Tu vida o su venganza? Sabía la respuesta, Zul era mi amigo y optaría por salvarme. Lo sabía y aun así podía oír una voz en mi cabeza incitándome a dudar.

Era obra de Akashik, quería que dudara, que desconfiara de él.

Aclaré mis pensamientos, Zul daría su vida por acabar con los warlocks, por liberar a Lesath de su mal y por vengar a sus padres. Daría su vida, pero no la mía. En verdad creía eso y no permitiría que Akashik me manipulara.

Comencé a pasear por la habitación, no soportaba encontrarme encerrada, estaba aburrida, me sentía amenazada y eso hacía cosas raras con mi mente. Jamás pensé que me encontraría en una situación así, no tenía opción ni escapatoria. Mi vida ya no se encontraba en mis manos, no tenía mi espada, no tenía la más mínima posibilidad de defenderme, me encontraba a merced de ellos.

No quería ni podía aceptarlo, en cuando tuviera la oportunidad me arrojaría sobre quien entrara en la habitación y me escaparía.

Miré la puerta, quería quemarla, tenía el impulso de hacerlo hace tiempo. Me obligué a calmarme, no me serviría de nada; si prendía fuego a la puerta no lograría

salir hasta que este se apagara y para entonces los warlocks me detendrían.

La desesperación aún era nueva para mí y todavía no había aprendido del todo a controlarla. Pensé en Alyssian, pensé en mis padres y en los demás elfos y pensé en cómo era antes de venir a Lesath. Era fuerte y desconocía el miedo y debía ser así una vez más si quería escapar.

Las horas se volvieron eternas, el tiempo no pasaba, me encontraba perdida en mis pensamientos cuando creí escuchar un ruido. Eran pisadas, pero eran tan sigilosas que apenas había logrado oírlas.

Me puse de pie y me acerqué a la puerta, mataría a quien pasase por ella si era necesario.

Silencio, pisadas y más silencio.

Podía sentir la ansiedad creciendo en mí y me deshice de ella. Oí mientras la puerta se destrababa y aguardé inmóvil mientras se fue abriendo hasta que el rostro de Seith se hizo visible.

Avanzó hacia mí y me planté frente a él sin retroceder un solo paso.

—Soy Adhara Selen Ithil y no me retendrás aquí.

Tras estas palabras me abalancé sobre él y lo arrojé contra la pared de un empujón. Intenté correr hacia la puerta pero me tomó por los brazos y me dio vuelta dejándome aprisionada contra el muro de piedra.

—Déjame ir —le ordené.

Me sostuvo con fuerza y por más que peleé, no logré moverme.

—Tú... Tú intentas arruinarme —dijo Seith.

Por primera vez, su expresión había dejado de ser vacía. Podía ver emociones en él, podía ver odio.

—Te encuentras constantemente en mis pensamientos —continuó Seith—. Has envenenado mi mente.

—¿De qué hablas?

No había utilizado magia contra él, no sabía cómo hacerlo. Zul, tal vez sabía que me encontraba aquí y había obrado en su mente. Era lo único que se me ocurría pensar.

—Te imagino constantemente, me condeno por hacerlo y aun así sigues apareciendo en mi cabeza —gritó Seith—. Las emociones hacen débiles a los hombres, me deshice de ellas y no me someteré a ellas de nuevo.

No podía ser, no podía creer sus palabras.

—¿A qué te refieres?

No lo creería hasta que lo dijera y aun así me resultaría difícil de creer. Sus manos subieron por mis brazos y se cerraron alrededor de mi cuello. Su presión era más fuerte que lo usual, podía sentir la fuerza en sus manos.

—Me atraes. Te encuentro atractiva, Adhara —dijo Seith—. No permitiré que

esto continúe, intentas arruinarme y te mataré antes de permitirlo.

Sus manos continuaron haciendo presión, le pegué intentando soltarme pero era inútil, era más fuerte que yo. Me esforcé por respirar pero apenas podía sentir el aire entrar en mí hasta que no pude respirar más. Fue allí cuando mi enojo se convirtió en miedo. No podía morir así. Intenté hablar pero las palabras no me salían, los warlocks me necesitaban con vida, no podía matarme.

Mi visión se nubló, no sabía cuánto tiempo aguantaría sin respirar. Aiden, no volvería a verlo...

—¡Seith!

Sus manos me soltaron y caí al suelo. Aire. Respiré profundamente, podía sentir el temblor de mi cuerpo, pero me concentré en tranquilizarme y respirar.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Seith bruscamente.

—Akashik solicita tu presencia —respondió la voz.

Levanté la mirada, era Lysha.

—Olvídate de lo que has visto, si le mencionas esto a alguien te cortaré la garganta mientras duermes —espetó Seith.

Arrojó a Lysha fuera de la habitación y tras darme una última mirada salió y cerró la puerta detrás de él.

Seith había intentado matarme, se sentía atraído hacia mí y había intentado estrangularme. Era lo único en lo que podía pensar. No sabía qué era más difícil de creer, que se sintiera atraído o que hubiese desobedecido a Akashik. Había arriesgado su propia vida para matarme.

Me encontraba en deuda con Lysha, de no haber sido por ella, no se hubiese detenido. Me puse de pie alarmada, iba a regresar. Se encontraba determinado a matarme y de seguro iba a regresar.

Fui hacia la cama y la golpeé una y otra vez hasta que logré romper una de sus patas y la tomé en mis manos. Era sumamente primitivo pero no me importaba, le clavaría una de ellas antes de dejar que volviera a atacarme.

Aguardé allí, la mirada fija en la puerta y me concentré en escuchar cada ruido. Me recordó la noche que habíamos pasado con Aiden y Zul en el sótano de la posada de Goewyn. Experimentaba la misma sensación de alerta y sabía que en cualquier momento podía encontrarme cara a cara con el peligro.

No debieron pasar más de dos horas cuando finalmente algo llamó mi atención. Esa vez oí los pasos desde lejos y al igual que la otra vez, eran sigilosos. Era Seith.

Tomé la pata de la cama con fuerza y me preparé para arremeterlo sin darle oportunidad para que reaccionara.

Los pasos se detuvieron frente a la puerta. Lo mataría y correría como nunca había corrido antes.

—Adhara.

Era la voz de una mujer.

—¿Lysha? —pregunté sorprendida.

La puerta se destrabó y la reina Lysha se asomó tímidamente. Para mi sorpresa llevaba mi espada. Se alarmó al ver el pedazo de madera en mano en mi mano y lo dejó en el piso.

—Si te quedas aquí te matarán, no puedo soportar más muerte —dijo Lysha—. Debemos darnos prisa.

Me entregó a Glace y me hizo un gesto para que la siguiera. La mayoría de las antorchas se encontraban apagadas, todo estaba oscuro. La seguí en silencio con la espada en el aire lista para acabar con quien se interpusiera en nuestro camino. La fortuna nos había bendecido, los aposentos se hallaban vacíos. Pasamos a un lado de la recámara con los cinco tronos y continuamos por otro pasillo hasta que salimos hacia la misma habitación por la que habíamos entrado durante el baile de máscaras.

Fui hacia la ventana pero Lysha me negó con la cabeza.

—No llegarás lejos a pie, debemos ir a los establos.

—Gracias Lysha, me encuentro en deuda contigo —dije—. Por detener a Seith y por ayudarme ahora.

—Puedes devolverme el favor, llévame contigo —me pidió.

—Eres la reina de Lesath, las personas notarán tu ausencia —le advertí.

Me sentía agradecida con ella pero si escapaba conmigo, el trono de Lesath quedaría vacío.

—Akashik me matará cuando sepa que te ayudé a escapar —dijo angustiada—. Por favor, Adhara. Jamás intenté escaparme porque no tengo adónde ir y no sabría cómo defenderme. Pero si me escapo contigo estaré a salvo.

No me agradaba la idea de dejar a Lesath sin su reina, tenía miedo de que el Concilio se diera a conocer y tomara Lesath por la fuerza. Debía correr el riesgo, Lysha me había ayudado y si la dejaba aquí, pagaría con su vida por ello. Además ya era hora de que Lesath supiera la verdad.

—De acuerdo —respondí—. Quédate cerca de mí, si nos descubren yo pelearé y tú corre, corre tan lejos como puedas.

Asintió con la cabeza y comenzamos nuestro camino hacia los establos. Salir del castillo no fue difícil, Lysha conocía pasajes secretos que se encontraban libres de guardias pero una vez que llegamos a los jardines debimos arrastrarnos por detrás de las plantas y los árboles para evitar ser vistas. El castillo contaba con más de diez guardias vigilando todas las entradas y salidas.

Los establos se encontraban en silencio. Miré alrededor, los caballos se veían pequeños en comparación con Daeron. La mayoría de ellos parecían dormidos, busqué hasta que vi un caballo negro que se encontraba despierto y alerta, era petizo pero sus patas parecían fuertes. Me apresuré a ponerle la montura y le indiqué a

Lysha que hiciera lo mismo. Eligió un caballo pero parecía tener problemas para asegurar la montura, no sabía cómo hacerlo, debía tener sirvientas que lo hacían por ella.

Me acerqué y la ayudé, comprendía que era la reina pero aun así era difícil creer que no supiera ponerle la montura a un caballo. En ese momento fue fácil entender por qué nunca había intentado escaparse, la hubiesen atrapado en cuestión de horas.

Salimos por la parte trasera de los establos caminando a un lado de los caballos para hacer menos ruido. Cuando dejamos atrás los terrenos del castillo montamos y galopamos con furia hasta las afueras de Izar. Allí me di cuenta de que no sabía hacia adónde debíamos ir, no sabía dónde se encontraban Aiden y Zul, y no conocía Lesath demasiado bien. Pensé detenidamente, necesitábamos un lugar seguro, un lugar donde pudiéramos esperar a Aiden y al mago. La cabaña que había pertenecido al padre de Zul apareció en mi mente, nadie nos había encontrado allí. Pero por más tentadora que fuera la idea la tuve que descartar, no sabía cómo llegar al bosque de Gunnar y aunque lograrse encontrarlo no podría luchar sola contra los Garms y Lysha resultaría herida o algo peor.

Pensé por un rato hasta que la cara de Goewyn apareció en mi mente. Zosma no quedaba tan lejos y sabía cómo llegar, Goewyn era de confianza, podíamos refugiarnos en su posada.

Tomé el amuleto que me había dado Aiden con una mano y sostuve las riendas con la otra. Despejé mi mente e imaginé mi lazo para el pelo atado a su muñeca: escape, Goewyn, escape, Goewyn, escape, Goewyn, escape. Repetí las palabras una y otra vez en mi mente hasta asegurarme de que el hechizo había funcionado.

El camino hasta Zosma era largo y me hizo extrañar a Daeron; el caballo negro parecía resistente y se esforzaba por mantener un buen ritmo pero no era veloz ni fuerte como Daeron. El galope me resultaba incómodo y me llevó un largo rato acostumbrarme a él.

Pasamos las primeras horas sin hablar, los warlocks ya debían haber descubierto nuestra fuga, debíamos poner toda la distancia que fuera posible entre nosotras e Izar.

Podía imaginar a los warlocks ordenándole a Seith que fuera tras nosotras. Seith. Aún seguía incrédula ante sus palabras. ¿Cómo era posible que sintiera algo por mí?

Imaginé la expresión de Aiden cuando le contara, podía ver la furia en sus ojos, era mejor no decir nada al respecto. De seguro ya estaría enojado por el riesgo que había tomado, no necesitaba alimentar su ira.

Además el hecho de que Seith me encontrara atractiva estaba lejos de ser un halago, había intentado matarme por ello. Siempre supe que era un ser maligno y carente de emociones, pero todas sus acciones habían tenido cierto sentido y, además, debía sumarle que la locura se había apoderado de él. Si me mataba antes de que obtuvieran el pergamino Akashik lo destrozaría, él lo sabía y aun así había corrido el

riesgo.

Los elfos solían decir que lo único peor que un enemigo inteligente era un enemigo demente y Seith claramente se encontraba más cerca de la locura que de la razón.

Continuamos avanzando el resto del día hasta que Lysha me rogó que nos detuviéramos a descansar. Estaba agradecida con ella por haberme ayudado pero no podía evitar verla como una especie de carga. Permití que descansara un par de horas e insistí en volver a partir antes del amanecer. No podíamos darnos el lujo de perder un solo segundo, luego de lo que había vivido atrapada en ese rincón de oscuridad en el castillo prefería morir antes que regresar allí.

Nos llevó dos días llegar hasta Zosma. Temí que Lysha no lo lograra, su estado era desastroso pero a pesar de su debilidad también había algo de fortaleza en ella. Parecía frágil por naturaleza pero tantos años de tormento bajo el control de los warlocks le habían dado la valentía para arriesgarse por su libertad.

Zosma era tal como lo recordaba, había una densa neblina cubriendo el pueblo y todo era gris y húmedo. Me detuve antes de adentrarnos en él y me aseguré de que la capucha cubriera mi rostro, fue allí cuando me di cuenta de que Lysha llevaba su rostro descubierto.

La alforja con mi ropa se encontraba en la montura del caballo y no tenía nada a mano con que cubrirla. Lysha era la reina, las personas la reconocerían. Le indiqué que me siguiera y miré los alrededores hasta ver un granero que parecía desierto. Fuimos tras él y desmonté mirando con inquietud a la joven reina.

—No puedes andar con el rostro descubierto, eres la reina —le espeté.

—Lo siento, dejamos el castillo con tanta prisa que no tuve tiempo de agarrar ninguna de mis prendas —se disculpó.

La examiné detenidamente, su vestido era refinado y llevaba joyas, todo en ella la delataba. Me obligué a tranquilizarme para evitar enfadarme con ella; no era su culpa, había pasado toda su vida entre las paredes del castillo, evidentemente no sabía cómo funcionaban las cosas fuera de él.

—Intentaré conseguir vestimenta y una capa, la posada de Goewyn queda del otro lado del pueblo y debemos pasar desapercibidas —respondí—. Quédate aquí con los caballos, si alguien te encuentra o pregunta algo, inventa un nombre y di que eres la sobrina de Goewyn de la posada «La oveja perdida».

Lysha asintió con la cabeza.

Escondí a Glace debajo de la capa y comencé a alejarme.

—Lamento ser tan torpe, sé que debes sentirte molesta conmigo —dijo Lysha—. No quiero ser un problema para ti.

Me volví hacia ella y vi que sus ojos azules se encontraban vidriosos.

—No debes disculparte, eres joven y has pasado la mayor parte de tu vida en

aquel castillo, es natural que te sientas algo desorientada —respondí—. Regresaré en poco tiempo.

Le sonreí de manera amistosa y continué caminando. Me resultaba irritante que no supiera cómo actuar pero me obligué a recordar que de no haber sido por ella no nos encontraríamos ahí. Debía ser paciente.

Caminé por diferentes caminos, la mayoría de las personas llevaban sus rostros cubiertos. Zosma era un pueblo para aquellos que no querían ser encontrados, tanto para criminales como para buenas personas que solo querían olvidar.

Me llevó un rato encontrar a alguien que vendiera prendas, era una mujer y llevaba un carro de madera con un gran número de vestidos y abrigos. Me acerqué a ella, llevaba un pañuelo alrededor de su cuello pero su rostro aun era visible. Se detuvo al ver que iba en su dirección y aguardó a que la alcanzara.

Era bueno encontrar a alguien con modales, la mayoría de las personas en Zosma parecían no poseerlos.

Cuando me encontré delante de ella pude verla con claridad. En el momento en que me miró y pude ver sus ojos sentí que mi corazón se aceleraba. Sus ojos eran iguales a los de... pero no podía ser posible.

La mujer se sorprendió ante mi reacción y me miró con curiosidad.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó.

—Lo siento, no quería asustarte. Es que me recuerdas mucho a alguien —respondí—. Necesito un vestido y una capa.

—Puedes ver lo que gustes, cuatro monedas por los vestidos y cinco por las capas —replicó.

Retiré la capucha de mi rostro cuidando que cubriera mis orejas y la observé detenidamente.

—Eres una joven muy bella —dijo la mujer—. Tengo un vestido color celeste que irá perfecto contigo.

—No son para mí, sino para mi sobrina. Tiene quince años —dije.

—Oh, ya veo —respondió.

Fue hacia el carro y tras revolver entre las prendas por un par de segundos sacó un vestido de simple confección color bronce y una capa. Por fortuna aún llevaba conmigo las monedas que el mago me había dado para el baile de máscaras. Saqué nueve monedas y se las entregué.

—Gracias. Ten cuidado, eres una linda joven y hay hombres peligrosos en Zosma —dijo la mujer.

Comenzó a alejarse pero no podía dejarla ir sin saber, era un riesgo que me encontraba dispuesta a correr.

—Aiden Moor —dije—. ¿Ese nombre significa algo para ti?

La mujer se detuvo en seco y tras unos momentos se volvió hacia mí, había algo

nuevo en sus ojos, tristeza.

—Aiden Moor era el nombre de mi hijo —respondió.

Mi corazón se detuvo ante esas palabras. No podía ser.

—Es imposible... —dije.

—¿Cómo sabes su nombre? Mi hijo murió hace muchos años—dijo la mujer conteniendo las lágrimas.

Antes de que pudiera responder llevó la mano hacia sus prendas y sacó una daga. Tras ver el arma no dudé en sacar mi espada y ambas nos apuntamos manteniendo cierta distancia.

—¿Te envían aquellos demonios oscuros? Siempre temí que algún día me encontrarían —dijo la mujer.

¿Demonios oscuros? Los warlocks. Bajé a Glace para demostrarle que no tenía intención de dañarla. Era más veloz que ella, si me atacaba podría levantar la espada a tiempo.

—Si te refieres a los warlocks, son mis enemigos —respondí—. Mi nombre es Adhara y tu hijo, Aiden Moor, se encuentra con vida.

La mujer me miró incrédula y cayó de rodillas con lágrimas en los ojos. Me acerqué a ella para ayudarla pero en su mirada había también algo de desconfianza.

Guardé la espada y le ofrecí mi mano para ayudarla a ponerse de pie.

—¿Cómo supiste que Aiden es mi hijo? —preguntó.

—Tiene tus mismos ojos —respondí.

La mujer dejó escapar un sollozo y tomó mi mano permitiéndome que la ayude.

—Pasé los últimos diecisiete años creyendo que mi hijo había muerto en un incendio —dijo intentando controlar su llanto.

—Los warlocks lo sacaron del incendio y... es una larga historia y no es un buen lugar para hablar —respondí—. ¿El padre de Aiden también se encuentra con vida? Él cree que los perdió en el incendio.

La mujer negó con la cabeza.

—Mi esposo sí murió en el incendio.

No podía esperar a que Aiden lo supiera, su madre se encontraba con vida, era imposible y aun así era verdad.

—Ven conmigo, voy hacia «La oveja perdida». Aiden sabe que me dirijo allí y vendrá en cualquier momento —dije.

—Eres un ángel enviado del cielo —respondió la mujer—. Gracias, Adhara. Mi nombre es Elana Rose Moor.

Asentí con la cabeza y le indiqué que me siguiera, aun me costaba creer que la mujer que se encontraba a mi lado era la madre de Aiden, pero todo tenía sentido. Sabía acerca de los warlocks y había permanecido escondida. Debió escaparse de Izar luego del incendio y era por eso que nunca había visto a Aiden.

Apresuré el paso, había dejado a Lysha sola durante mucho tiempo y debía encontrarse asustada. Al regresar la encontré en el mismo lugar donde la había dejado y por fortuna nada malo le había sucedido.

Corrió hacia mí al verme y me abrazó, fue extraño, su contacto me resultó molesto y la aparté de mí cuidadosamente para no lastimar sus sentimientos. Hacía mucho tiempo que nadie me tocaba a excepción de Aiden y de Zul, había olvidado lo inquietante que me resultaba el contacto con el resto de las personas.

—Ella es Elana y vendrá con nosotras —dije simplemente señalando a la madre de Aiden.

No había tiempo para explicar, hasta que no llegáramos a la posada de Goewyn no nos encontraríamos a salvo. Lysha se cambió de ropa y una vez que ocultó su rostro nos apresuramos y fuimos a paso rápido el resto del camino. Elana había amarrado el carro a su caballo e iba silenciosamente a mi lado. Su expresión era una mezcla de alegría e incredulidad. Lysha del otro lado, la miraba con curiosidad.

La neblina comenzó a volverse más espesa y no podía ver con claridad hacia dónde nos dirigíamos pero mi sentido de la orientación era bueno y, después de atravesar todo Zosma, pude encontrar la posada de Goewyn. Ver la antigua posada trajo muchos recuerdos, en cierta medida yo no era la misma persona que estuvo allí por primera vez. Antes, todo me había parecido nuevo y extraño y Goewyn me había resultado molesta. Pero ahora sentía una sensación de familiaridad y me encontraba aliviada de que hubiéramos logrado llegar hasta ella. Goewyn poseía un buen corazón y era una de las pocas personas de Lesath en las que podía confiar. Me detuve pensativa frente a la posada, con suerte Goewyn no la reconocería y podría inventar alguna historia con respecto a Lysha. En cuanto a la madre de Aiden no estaba segura sobre qué decir, sería extraño que Goewyn supiera sobre ella antes que Aiden.

No sabía cuánto tiempo tardarían en llegar pero podía sentir la ansiedad creciendo dentro de mí. Ansiedad... Rara vez la había sentido en Alyssian, la había experimentado en mis primeros días con la espada pero había aprendido a controlarla. Ahora la sentía constantemente, aun podía deshacerme de ella si realmente me concentraba pero desde que había conocido a Aiden y al mago la sentía con más frecuencia. El miedo y la ansiedad eran dos emociones humanas que hubiese deseado no experimentar.

Desmonté, Lysha y Elana me imitaron, atamos los caballos a un árbol cercano y fuimos hacia la puerta. Observé sus expresiones, ambas parecían nerviosas e inseguras de cómo actuar.

Goewyn sería una buena compañía para ellas; era gentil, servicial e incluso se las había ingeniado para agradarme. Golpeé la puerta. Silencio. Aguardé unos segundos y volví a golpear con más fuerza, esta vez pude oír pisadas. La puerta se abrió repentinamente y el alegre rostro de Goewyn apareció frente a mí. Me observó

sorprendida, sonrió y arrojó sus brazos alrededor de mí.

—¡Adhara! —exclamó.

Palmeé su espalda y le devolví la sonrisa.

—¡Qué alegría verte de nuevo!

—Gracias, Goewyn —respondí—. Yo también me alegro de verte.

No apreciaba el abrazo, pero genuinamente me encontraba contenta de verla.

—¿Aiden? —preguntó Goewyn.

Observó con curiosidad a mis dos acompañantes, que no se asemejaban en nada a Aiden y al mago.

—Nos separamos durante el viaje, vendrá pronto. Necesito tu ayuda, Goewyn. Necesito esperarlos aquí —le dije—. Ellas viajan conmigo y necesitarán habitaciones también.

—¡Por supuesto! —respondió Goewyn— Se ven cansadas. Por favor, entren.

La posada era tal como la recordaba, limpia, confortable y los muebles que la adornaban lucían antiguos pero de buen gusto. Nos encontrábamos a salvo, al menos por ahora.

Fui a un sillón cercano y me desplomé, sentía como si hubiera estado despierta durante días, finalmente tendría una buena noche de sueño.

—Goewyn ella es... Elana Rose —dije señalando a la madre de Aiden.

Elana me miró extrañada al notar que no había mencionado su apellido, luego recompuso su expresión y le ofreció la mano.

—Es un gusto conocerte, agradezco que nos brindes hospedaje —dijo Elana.

—El gusto es mío —respondió Goewyn.

Me encontraba a punto de presentar a Lysha cuando esta retiró su capa y antes de que pudiera detenerla, el grito de Goewyn llenó la habitación.

—¡Su alteza! —gritó cayendo de rodillas.

Corrí hacia ella silenciándola con un gesto.

—Nadie debe saber que se encuentra aquí —dije.

—Es la reina Lysha —exclamó Goewyn ignorándome—. La reina se encuentra en mi posada.

No sabía a quién quería estrangular primero, a Lysha por ser tan imprudente en revelar su rostro o a Goewyn por continuar gritando que era la reina.

—Goewyn debes escucharme detenidamente. Lysha, la reina, se hallaba en grave peligro y debió escapar —dije en tono tranquilo—. Nadie puede saber que se encuentra aquí.

—Oh, majestad, ¿nos encontramos bajo ataque? —preguntó asustada.

—No, es difícil de explicar, lo haré más tarde pero ahora debemos descansar —respondí.

Debía decirle la verdad, no había otra opción. ¿De qué otra manera podría

explicarle la situación sin que pensara que había perdido la razón o que había secuestrado a la reina?

—La serviré lo mejor que pueda, su majestad. Siéntase como en su casa —hizo una pausa y rió—. Quiero decir como en su castillo.

—Agradezco tu cortesía. No hace falta que me digas majestad, llámame Lysha.

Le ofreció su mano amistosamente, Goewyn la tomó pero no pudo evitar hacer algo similar a una reverencia.

—Nadie puede saber que Lysha se encuentra aquí —repetí.

—Nadie lo sabrá, lo prometo —respondió Goewyn.

—¿Hay alguien más en la posada? —pregunté.

—No, solo Deneb. No podemos ocultárselo, tarde o temprano la verá, pero le diré que no diga una palabra al respecto —replicó.

Asentí con la cabeza, sabía que podía confiar en él. Deneb era el esposo ideal para Goewyn, ambos eran muy parecidos.

—Aguarden aquí. Iré por comida y a preparar las habitaciones —dijo Goewyn.

Tras estas palabras corrió a la cocina y volvió con los brazos llenos de rodajas de pan y queso, regresó con más comida y luego desapareció por las escaleras.

Las tres comimos en silencio, Lysha debía encontrarse exhausta por el viaje y Elana parecía hambrienta. Su vida no podía ser fácil, se había mantenido oculta del Concilio durante los últimos diecisiete años, lo cual significaba que viajaba de pueblo en pueblo y vendía vestidos para obtener dinero y poder sobrevivir.

Me encontraba aliviada de haberla hallado, recuperaría a su hijo y finalmente podría dejar de correr. Podía quedarse con Goewyn o en la casa de Talfan hasta que elimináramos al Concilio y luego podría vivir una vida normal.

—Es un gusto conocerte, Lysha. Yo solía vivir en Izar hace muchos años, era una de las damas de compañía de la reina Ciara, tu madre —dijo Elana—. Cuando debí abandonar Izar tú aún no habías nacido, pero tu largo cabello rubio y tus ojos celestes me recuerdan a ella.

Lysha la observó incrédula y guardó silencio, parecía perturbada por las palabras de Elana.

—Lo siento —se disculpó tras unos momentos—. Mi madre murió cuando era pequeña y recuerdo poco acerca de ella, pero es un honor conocer a alguien que la haya servido.

La madre de Aiden había atendido a la reina Ciara y había sido una de sus damas, lo que significaba que pasaba gran parte de su tiempo en el castillo y debió haber notado la presencia de alguno de los warlocks.

—Tu madre y yo éramos amigas cercanas, lamenté mucho la noticia de su muerte —dijo Elana.

Los ojos de Lysha se tornaron vidriosos y le sonrió mientras agarraba un trozo de

pan. Pude notar que evitó mi mirada pero no dije nada al respecto, debía resultarle difícil hablar acerca de su madre y parecía avergonzada.

Quería preguntarle cómo había descubierto a los warlocks, qué sabía, pero no era un buen momento para hacerlo. Lysha era frágil y escuchar las respuestas no le haría ningún bien. Debía ser fuerte y juntar el coraje para sobrevivir y pelear por Lesath, debía pensar en el futuro, no en el pasado.

Goewyn no tardó en regresar y nos llevó a nuestras habitaciones. Se había esmerado en preparar tres. Le aseguró a Lysha que una de ellas era la más espaciosa y digna de una reina. Usualmente me hubiese molestado tener que conformarme con una habitación más pequeña pero Lysha era la reina de Lesath y eso era a lo que se encontraba acostumbrada. Además Goewyn se aseguró de que mi habitación se encontrara lo más limpia posible y me había dejado un florero con jazmines en la mesa de luz para perfumar el ambiente. Aprecié sus esfuerzos, luego de mis últimos aposentos, aquel sucio rincón de oscuridad en el castillo, me sentía feliz de estar allí.

Quería hablar con Elana en privado, pero primero le daría tiempo para que descansara. Hacía pocas horas se había enterado de que su hijo se encontraba con vida, de seguro quería tiempo a solas.

Me recosté en la cama y me entregué al sueño por un par de horas. Era temprano, pero mi mente necesitaba tranquilidad por un rato.

UNA NOCHE DE LUNA LLENA

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado pero en cuanto abrí los ojos noté que la tensión en mi cuerpo había desaparecido. No recordaba la última vez que había dormido de manera tan profunda. Fui hacia la ventana y vi que el sol había comenzado a esconderse, era el atardecer. Llevaba la misma ropa desde hacía días, busqué mi bolsa de viaje y luego recordé que se encontraba en la montura de Daeron.

El cuerpo de Goewyn era diferente del mío, dudaba que su ropa me fuera, le pediría a Elana uno de sus vestidos. Sería una buena excusa para ir a su habitación y luego podría hacerle las preguntas que había estado pensando.

Estaba a punto de salir cuando escuché crujir la madera del suelo, alguien se encontraba en el pasillo. Entreabrí la puerta para ver de quién se trataba y vi a Lysha dejando la habitación de Elana y regresando a la suya. De seguro quería saber acerca de su madre.

Aguardé unos momentos a que entrara a su habitación para dejar la mía, si me veía se sentiría obligada a hablarme y probablemente quería estar sola.

Golpeé la puerta y aguardé hasta que la madre de Aiden respondiera para abrir, esperaba que Lysha no la hubiera cansado con sus preguntas.

Me sonrió al verme y me hizo un gesto con la mano hacia la silla que se encontraba a un lado de la ventana, su rostro lucía cansado, no había dormido nada.

—Lamento molestarte pero llevo la misma ropa hace días. ¿Tienes algún vestido que pueda quedarme bien?

—Por supuesto.

En un rincón de la habitación se encontraban apilados los vestidos y revolvió entre ellos hasta que volvió con uno color celeste, era el que me había ofrecido antes.

—Iría perfecto con tus ojos —exclamó.

La miré expectante preguntándome si quería monedas a cambio, debió adivinar lo que pensaba porque negó con la cabeza.

—Es un regalo —dijo.

—Gracias, Elana.

Lo tomé en mis manos y analicé la tela, era suave y fina como la seda.

—¿Qué le ha pasado al resto de tu ropa? —preguntó.

—Aiden y yo viajábamos de regreso junto a nuestro grupo cuando un warlock nos encontró —hice una pausa—. Quería que fuera con él o de lo contrario lastimaría a Aiden y a los demás. Me alejé antes de que pudieran detenerme dejando mis cosas en la montura de mi caballo. Terminé prisionera en el castillo y Lysha me ayudó a escapar.

Elana me miró pensativa. Aún debía ser extraño para ella escuchar hablar de su hijo. De solo contar lo sucedido podía imaginarme el enojo de Aiden por haberlo

dejado de aquella manera y haberme entregado al peligro. Con suerte, una vez que se reencontrara con su madre, la alegría sería tan grande que olvidaría todo al respecto.

—¿Tú y mi hijo? —preguntó Elana— ¿Cómo es que se conocen?

Le indiqué que se sentara en la cama, la historia era larga. Le conté que nos habíamos conocido en Naos, que mi padre era un elfo y mi madre una mortal, cómo Aiden me había contado la verdad sobre Lesath y que desde entonces Zul, él y yo habíamos estado haciendo todo lo posible para derrotar al Concilio de los Oscuros.

Dejé afuera los detalles, no necesitaba saber sobre nuestras peleas, ni lo poco razonable que podía ser en ocasiones, ni la abrumadora emoción que sentía cuando se encontraba cerca de mí.

—Entonces Aiden fue uno de sus aprendices y luego logró escapar —dijo Elana una vez que terminé de relatar la historia—. Mi muchacho, incluso de muy pequeño, tenía un buen corazón, su maldad no pudo corromperlo.

Asentí con la cabeza, también había omitido contarle que Aiden me lo había ocultado y que, de no habernos infiltrado en la recámara del Concilio en el baile de máscaras, jamás me hubiera enterado.

—Mi niño, me perdí tantos años de su vida —dijo Elana—. Al principio creí que se trataba de un accidente, me tomó un tiempo descubrir que habían sido los warlocks y para entonces creí que se encontraba muerto.

—¿Cómo supiste acerca de ellos? ¿De los warlocks? —pregunté.

Elana pareció dudar.

—La reina Ciara y yo éramos amigas, pasaba la mayor parte del día junto a ella. Un día la encontré llorando y me contó que un mago oscuro los había amenazado a ella y al rey, su esposo. Me rogó que no dijera nada al respecto, una semana después las llamas se apoderaron de mi casa mientras dormíamos.

Akashik, podía imaginarlo en mi cabeza hechizando al rey y a la reina para que hicieran su voluntad.

—Me llevó un tiempo descubrir la conexión del accidente con el mago oscuro. A los dos años, murió el rey y a los cinco, la reina. Entonces supe con certeza que era obra de él. Era demasiada casualidad como para ser un accidente —continuó Elana.

Las lágrimas aparecieron en sus ojos nuevamente, pero las limpió con la manga de su vestido.

—No hay nada que puedas hacer para cambiar lo sucedido. Alégrate de que tu hijo se encuentra con vida y de que pronto podrás verlo —respondí.

—Tienes razón —replicó Elana—. Tengo tantas ansias de conocerlo, ver su apariencia. Me pregunto si es parecido a su padre.

—Aiden es valiente y posee un gran corazón, pero también es testarudo y su mente no siempre funciona de la manera correcta, es demasiado apuesto para ser un mortal.

Las palabras se escaparon de mi boca antes de que pudiera detenerlas, la madre de Aiden rió y me dedicó una mirada cálida.

—Estás enamorada de mi hijo y él de ti.

La miré sorprendida.

—Luego de todo lo que me has contado es evidente —dijo Elana.

Asentí con la cabeza, era más fácil que hablar.

—Entonces te casarás con él, algún día seremos familia —exclamó.

Vino hacia mí y sin previo aviso me tomó en sus brazos. Su contacto no me resultaba del todo molesto, había mucho de Aiden en ella pero apenas la conocía y no me sentía del todo cómoda con la situación. Sus palabras me resultaron desconcertantes, ¿seríamos familia?

Era difícil imaginarlo, apenas la conocía.

—Ha sido un largo día, te dejaré descansar —respondí alejándome un poco de ella.

—Agradezco a los cielos que advertiste las semejanzas entre Aiden y yo. Me has devuelto a mi hijo, Adhara —dijo Elana.

—Y él ha recuperado a su madre —repliqué con una sonrisa.

Había sido obra del destino, los elfos no creían en casualidades.

—La dueña de la posada, Goewyn, ¿por qué omitiste decirle mi apellido? —preguntó.

—Ella y Aiden son viejos amigos. Goewyn y su esposo Deneb lo encontraron cuando escapó de los warlocks y lo ayudaron, si le digo tu apellido sabrá que te encuentras relacionada a él —hice una pausa—. Goewyn es algo... alborotada, es mejor que lo sepa Aiden primero.

—Comprendo —replicó Elana.

—Si necesitas algo, estaré en la habitación de al lado.

Cerré la puerta detrás de mí y fui hacia los establos para atender a los caballos. Lo que quedaba del día transcurrió rápido, la noche no tardó en llegar y cenamos todos juntos en el gran comedor. Lysha y Elana parecían sentirse a gusto, repitieron la comida dos veces y charlaron alegremente con Goewyn y Deneb. Estos, por su lado, no parecían poder controlarse frente a Lysha, le ofrecían servicialmente cuanta cosa pasaba por su mente y la habían rodeado de todo tipo de platos diferentes. Era como si se tratase de un banquete real.

Mi mente no se encontraba con ellos, estaba con Aiden y con el mago. Me pregunté a qué distancia estarían y qué había ocurrido con Talfan. De seguro ya no se encontraba inconsciente, si aún no había despertado jamás lo haría. Era la primera vez que me separaba por tanto tiempo de ellos desde que habíamos comenzado nuestro viaje. Los extrañaba, no dejaba de sorprenderme que en tan poco tiempo me hubiese acostumbrado tanto a su presencia. A pesar de que apreciaba a las personas

en la mesa, me sentía sola sin ellos.

Extrañaba la mirada de Aiden, la forma en que sus ojos siempre se encontraban con los míos y el estar pendiente de cada movimiento suyo. Quería sentir aquel torbellino de emociones que me provocaba su contacto y que había encontrado completamente molesto al principio. Y también extrañaba al mago, nuestras charlas se habían vuelto interesantes y divertidas, quería contarle lo que había oído acerca de Sorcha, no había duda de que era maligna pero ahora que había decidido no regresar con los warlocks tal vez la redención no era imposible para ella.

El siguiente día fue lento y aburrido, pasé la mayor parte de él jugando a las cartas con Lysha, Elana y Goewyn. Cuando comprendí las reglas por completo, comencé a ganar y no pudieron vencerme en el resto de las partidas.

Los humanos tenían una tendencia a cometer los mismos errores y a esperar un resultado diferente. Goewyn intentó hacerme creer que sus cartas tenían números bajos y, a pesar de que no logró engañarme, utilizó la misma táctica en tres ocasiones más. ¿Si la primera vez no pudo engañarme qué la hacía pensar que las siguientes tres veces podría? Era algo que no dejaba de asombrarme. Al igual que Lysha, podía leer su expresión con la misma facilidad con la que leía un libro, levantaba las cejas cuando tenía buenas cartas y movía los labios nerviosa cuando no eran buenas.

Era medianoche y no podía dormir, habíamos terminado de cenar hacía pocas horas pero mi mente se negaba a entregarse al sueño. Finalmente tras dar varias vueltas decidí que era inútil intentar dormirme si no tenía sueño. Me vestí y deambulé por la posada, todo se encontraba oscuro y silencioso.

Me acerqué a la ventana, había luna llena y parecía una noche cálida. Destrabé la puerta sin hacer ruido y me senté sobre los escalones de madera que se encontraban junto a la puerta de la posada. Todo el pueblo dormía, a excepción del canto de los grillos no había ningún otro sonido. Por lo general las noches eran más oscuras allí que en otros pueblos, la neblina cubría los cielos y las estrellas, pero esa noche era diferente, el clima era perfecto y la luna iluminaba el cielo.

Pensé en el pergamino que se encontraba junto a mis demás cosas, sus palabras se encontraban grabadas en mi mente.

«Donde las aguas son oscuras y la luz no llega comienza el camino bajo el monte donde ilumina la luna reposan aquellos que vigilan dos serán los guardianes que juzgarán al intruso que interrumpa su descanso valentía y bondad serán virtudes, maldad y avaricia desencantos.»

Donde las aguas son oscuras y la luz no llega... Al norte de Lesath había un pueblo olvidado llamado Agnof, mi abuelo me había contado acerca de él. Una terrible plaga lo había vaciado de habitantes hacía más de diez años, muchos de ellos

habían seguido los ríos hasta llegar a una cueva subterránea y permanecieron allí hasta que la plaga desapareció. De seguro unas de las ramificaciones dentro de ella llevaba hacia las afueras de Lesath, al Monte Luna.

Allí debíamos dirigirnos. La idea de un viejo pueblo que había sido devastado por la peste no me agradaba, me daba la sensación de que sería un lugar de olvido y malos recuerdos. Pero tenía sentido que el Corazón del Dragón se encontrara escondido en el Monte Luna, había leído sobre él, era el único lugar aparte de Alyssian que guardaba un poco de magia en sí mismo. Era un secreto olvidado en el tiempo, solo los elfos lo sabían.

Un ruido a lo lejos interrumpió mis pensamientos, levanté la cabeza pero no pude distinguir nada en la oscuridad. Escuché con atención y apoyé mi mano sobre el suelo para estar segura, era el galope de caballos. Dos caballos para ser exacta. Había dos posibilidades: una llenaba mi corazón de alegría y la otra de terror.

Podía oírlo acercándose, si me escondía podría escapar si se trataba de los warlocks o Seith, pero Lysha, Elana y Goewyn quedarían indefensas. El tiempo era demasiado escaso como para despertar a todos, no lograríamos salir de la posada.

Tomé a Glace y aguardé, el galope se volvió más fuerte, pronto se harían visibles bajo la luz de la luna. Aiden y Zul, Akashik y Seith, Blodwen y Mardoc, cualquier opción era posible.

Distinguí sombras acercándose a lo lejos sin poder diferenciarlas, tomé la espada con más fuerza y aguardé...

Una chispa se desprendió de uno de los sujetos, iluminó la oscuridad y cayó cerca de mí creando una fogata, actué rápido y cree una barrera de mi propio fuego frente a la de él para frenarla. Uno de los caballos relinchó y frené mi espada en el aire, reconocí el ruido en cuanto lo escuché, era Daeron.

Las llamas revelaron los rostros de Aiden y del mago, ambos fuegos desaparecieron al segundo siguiente y corrí hacia ellos.

Aiden desmontó de un salto y me envolvió en sus brazos cubriéndome con su capa. Podía sentir la urgencia en su abrazo, le necesidad absoluta de asegurarse de que era yo y que me encontraba bien. Yo también sentía esa urgencia y una vez que nuestras miradas se cruzaron me deshice en sus brazos.

No estaba segura de cuánto tiempo nos sostuvimos de esa manera, había perdido la noción del tiempo, intenté volverme para ver a Zul y Daeron pero se rehusó a dejarme a ir. No fue hasta unos momentos después que aflojó su presión.

El mago aguardó pacientemente y luego me tomó en sus brazos de manera afectuosa; era un abrazo diferente, de alivio y alegría.

—Lamento lo del fuego, vi una silueta con una espada y temí que hubiéramos llegado tarde, estaba intentando iluminarte.

—No tienes que disculparte, Zul. No tienes idea de lo feliz que estoy de verlos —

respondí.

—Todo ocurrió tan rápido. No sabíamos por dónde buscar, los días pasaron y comenzamos a desesperarnos, no sabíamos qué harían contigo —dijo el mago.

—Querían el pergamino —respondí.

Me alejé un poco de él y fui hacia Daeron, que relinchó de alegría cuando rodeé su cuello con mis brazos.

—¿Te encuentras bien? ¿Cómo lograste escapar? —preguntó el mago.

Me volví hacia él para responderle pero la expresión de Aiden me dejó sin palabras.

—¿Cómo pudiste? —preguntó enfadado—. ¿Tienes idea del infierno en el que he vivido? Por momentos pensé que no volvería a verte.

—Lo siento, pero no tuve otra opción. Cuando nos encontrábamos dentro del círculo de fuego negro oí la voz de Akashik en mi mente, dijo que si no me alejaba los mataría —repliqué.

Aiden me observó incrédulo.

—¿Akashik? ¿Oíste la voz de Akashik en tu mente? —preguntó Zul horrorizado.

—Si, él fue quien se interpuso en nuestro camino y ocasionó el fuego —respondí—. Una vez que me alejé, Seith me encontró y me llevó a Izar.

—¿Te lastimaron? —preguntó Aiden.

El viaje con Seith había sido tortuoso, sin mencionar que había intentado estrangularme, pero dado el enojo de Aiden era mejor no mencionarlo.

—No —repliqué.

Aiden me miró a los ojos detenidamente.

—Mientes —me espetó.

¿Desde cuándo Aiden podía distinguir si yo mentía? Esto no podía ser algo bueno, no era que me agradara mentirle pero en este caso la verdad no ayudaba.

—Estoy bien —le aseguré.

—¿Por qué no me respondiste cuando usé el hechizo de Zul? —preguntó Aiden.

—Respondí que me encontraba con vida y estaba bien —repliqué.

—Pero no dónde te encontrabas —dijo molesto.

—Akashik quería el pergamino, quería cambiarme por él. Blodwen y Mardoc están furiosos por la muerte de los otros warlocks, planeaban matarlos cuando trajeran el pergamino —respondí.

—¿Cómo lograste escapar? —preguntó Zul.

—Quiero saberlo todo —lo interrumpió Aiden—. ¿Qué ocurrió desde que tomaste la estúpida decisión de alejarte de nosotros?

No me agradaba su tono de voz, pero no podía culparlo. No quería ni imaginar cómo me hubiese sentido si la situación hubiese sido al revés.

Los tres nos sentamos en los escalones y les conté todo lo que había sucedido

desde que Seith me había encontrado, o al menos la mayor parte; les conté acerca del Concilio, mi conversación con Akashik y cómo Lysha me había ayudado a escapar.

Omití mencionar lo ocurrido con Seith y no dije nada a acerca de la madre de Aiden, era mejor si se lo decía a solas cuando estuviera más calmado. Pero había otra cosa que había ocultado, algo que me molestaba cada vez más, y era el hecho de saber que el primer warlock había nacido de un elfo y una mortal.

—Akashik es poderoso, más poderoso de lo que podíamos haber previsto —dijo el mago.

—Su maldad no tiene límite —respondí—. Y la forma en que manipula a todos a su alrededor es algo que jamás había visto antes.

—¿Se ha vuelto a meter en tu mente desde aquel día? —preguntó Zul.

—No, he estado utilizando el hechizo que me enseñaste para proteger mi mente de influencias externas —respondí—. Sé por qué lo preguntas: Ailios estuvo encerrado en el mismo lugar durante años a su alcance y al de los demás warlocks, que también debieron debilitar su mente. Fueron años de luchar contra ellos hasta que un día no pudo hacerlo. Akashik no lo conseguirá conmigo.

—¿Estás segura? —preguntó Aiden.

—Sí, Akashik no podrá tener ese tipo de influencia sobre ella a menos que la encierre cerca de él durante un período prolongado —respondió el mago.

—Eso nunca pasará —replicó Aiden—. Nunca.

—¿Qué hay de Zada y Talfan? —pregunté alarmada.

Me encontraba tan contenta de estar en su compañía de vuelta que no había advertido su ausencia.

—Zada llevó a Talfan a Saiph; necesitábamos viajar rápido para encontrarte y no estarían a salvo con nosotros —el mago hizo una pausa y leyó la expresión en mi rostro—. No sé si Talfan ha despertado. Zada no posee magia y si Talfan perdió la suya no puede utilizar el pergamino. No pueden comunicarse conmigo.

La oscuridad comenzó a disiparse, no faltaba mucho para el amanecer, debía contarle a Aiden acerca de Elana antes de que esta despertara. Analicé la expresión de Aiden, aún parecía molesto. Era extraño, no quitaba sus ojos de mí, por momentos incluso no podía evitar sonreír y aun así se encontraba molesto.

El mago me observó y se puso de pie, sabía que necesitaba hablar con él a solas aunque se equivocaba en el motivo.

—Estoy agotado, no he dormido en días —dijo Zul.

—Puedes dormir en mi habitación, no creo que sea buena idea despertar a Goewyn a esta hora. Es la número cuatro —le respondí entregándole la llave.

Una vez que se alejó, el silencio se volvió más tenso aún; estaba furioso conmigo y, por primera vez su enojo era fundado... en cierta medida.

No estaba segura sobre qué decir o cómo explicarle que su madre estaba con vida

y que la había encontrado. No me creería del todo hasta que la viera con sus propios ojos.

—Debiste quedarte junto a mí, hubiésemos peleado juntos —me espetó Aiden—. Sabes que moriría con la espada en la mano antes de dejar que te dañen.

—Si la situación hubiese sido al revés y Akashik te hubiese ofrecido la oportunidad de salvarme, tú la habrías aceptado y lo sabes. No te atrevas a decir lo contrario —respondí.

Aiden no respondió. Sabía que había verdad en mis palabras y no podía negarlo. Dejó escapar un suspiro de frustración y para mi sorpresa puso sus manos en mi rostro y me besó.

—Aún estoy enfadado contigo —susurró unos minutos después.

—Hay algo que debes saber, algo importante —dije.

Su expresión se volvió curiosa y por un momento creí ver miedo en él.

—Es algo bueno —le aseguré—. Cuando llegamos con Lysha a Zosma, conocí a una mujer. Me acerqué a comprarle un vestido y cuando la vi de cerca, su apariencia llamó mi atención. Sus ojos, sus rasgos, me recordaron a los tuyos.

—¿De qué hablas? —preguntó Aiden confundido—. ¿Quién era la mujer?

Puse mi mano sobre la de él.

—Su nombre es Elana Rose Moor.

Aiden me observó perplejo.

—Elana Rose Moor era el nombre de mi madre —apenas consiguió decir las palabras.

—Lo sé —respondí—. Es ella. Creyó que te había perdido en el incendio y dejó Izar para escapar de los warlocks.

Aiden retiró su mano de la mía y se puso de pie, parecía desorientado. No podía leer su expresión, era una mezcla de tristeza, confusión y, por momentos, esperanza.

Permanecí en silencio.

—¿Mi madre se encuentra con vida? —preguntó incrédulo.

Asentí con la cabeza. Se dejó caer a mi lado y escondió la cabeza en sus brazos, pude ver una lágrima en sus ojos antes de que lograra esconderla. Puse una mano en su espalda y lo abracé. No podía imaginar cómo debía sentirse.

El amanecer no tardó en llegar. No estaba segura de cuánto tiempo habíamos estado allí, pero estaba dispuesta a quedarme todo lo que fuera necesario.

—Se encuentra en una habitación junto a la mía —dije.

Mis palabras parecieron sacarlo de su trance, se puso de pie y me ofreció una mano para ayudar a levantarme.

—Quiero conocerla —dijo Aiden.

Tiré de su mano y entramos a la posada, al parecer todos continuaban durmiendo, aún era temprano. Lo llevé hasta la habitación y una vez frente a la puerta solté su

mano, le di un beso y lo miré para darle aliento. Aguardé a que tocara la puerta y fui hacia mi habitación, debía hacerlo solo.

El mago estaba desmayado en mi cama, me pregunté cuándo había sido la última vez que había dormido. Fui hacia el sillón que se encontraba cerca de la cama y me senté allí.

UN LARGO DÍA

El resto de la mañana transcurrió en silencio, no fue hasta más tarde que oí a Goewyn moviéndose en la cocina. Realmente era torpe, apenas comenzaba el día y ya había oído el sonido de una olla cayendo al suelo.

Bajé a buscar algo para comer, le expliqué a Goewyn que Aiden y Zul habían llegado durante la noche y su grito de alegría fue tan alto que si Lysha no se había despertado, pronto lo haría. Ahora que todos estábamos allí debíamos decirle la verdad. Podía imaginar la reacción de Goewyn, por lo que no sería yo quien se lo dijera. Le dejaría el honor a Aiden; él era su amigo y la conocía más, tal vez había alguna manera de que pudiera hacerlo sin que se desmayara o comenzara a gritar.

Como era de esperar la reina Lysha no tardó en bajar, parecía de buen humor. No pensé que se fuera a acostumbrar luego del trato real que recibía en su castillo, pero Goewyn estaba haciendo un buen trabajo consintiéndola. Además era libre de hacer lo que quisiera sin ningún warlock controlándola.

Aguardé un rato con la esperanza de que Aiden y Elana se unieran a nosotros, pero no lo hicieron. Tomé un plato con comida y lo subí, el mago no debía comer hacía días. Conociendo a Aiden debieron estar en marcha intentando encontrarme desde el momento en que Seith me llevó, lo cual significaba escasas horas de sueño y nada de comida.

Llegado el mediodía Zul abrió los ojos, una sola mirada al plato que había dejado en la mesita de luz junto a la cama y se abalanzó sobre él. Cuando dejé escapar una risa volvió su mirada hacia mí, me sonrió y continuó comiendo un bocado detrás de otro sin decir una palabra.

Debía estar famélico, de seguro Aiden se encontraba en iguales condiciones, pero hubiese sido extraño interrumpir su charla con Elana para ofrecerle comida.

Lo más probable, y lógico luego de diecisiete años de ausencia, era que Aiden y Elana quisieran pasar algunos días juntos antes de que continuáramos con nuestro viaje.

Deseaba que hubiera una manera de poder darles más tiempo, pero los warlocks debían estar furiosos por mi escape y desesperados por hallar el Corazón del Dragón antes que nosotros. Debíamos ponernos en marcha hacia Agnof cuanto antes.

—Adhara.

Levanté la mirada, el plato en las manos de Zul se encontraba vacío.

—Lo siento, no recuerdo la última vez que nos detuvimos a comer —se disculpó el mago.

—Lo supuse —respondí.

Me ofrecí a traerle más comida, pero este negó con la cabeza.

—No tienes idea del estado en el que ha estado Aiden, yo también estaba

preocupado por ti, eres mi amiga, eres... importante para mí.

La expresión del mago se volvió extraña al decir las palabras, era como si no estuviera acostumbrado a pronunciarlas.

—Pero Aiden no parecía humano —agregó.

Le sonreí, el mago me recordaba a mí, expresar sentimientos o preocupación no era su punto fuerte.

—Te extrañé en los últimos días. ¿Quién hubiese dicho que nos volveríamos tan buenos amigos, Zul Florian? —respondí—. A decir verdad eres mi primer amigo.

Zul fijó sus misteriosos ojos grises en mí y me sonrió.

—Lo mismo digo, Adhara Selen Ithil —replicó el mago.

Sabía de un tema de conversación que le resultaría más interesante, algo más cercano a su corazón.

—Cuando me encontraba en el castillo oí a los warlocks hablar de Sorcha, al parecer jamás regresó luego de nuestro enfrentamiento. Se ha escapado y enviaron a Seith por ella —dije.

Apartó su mirada de mí y su expresión se volvió indescifrable. Permaneció un momento perdido en sus pensamientos antes de volver a hablar.

—En verdad me gustaría pensar que finalmente decidió alejarse de aquella oscura maldad, pero sería ingenuo de mi parte. Debí pensar que su vida corría peligro si regresaba con ellos —respondió Zul.

—Si Akashik o los demás se enteraran de que su magia ya no funciona contra ti de seguro pensarían que ya no sirve y acabarían con ella, Sorcha debió saberlo —dije—. Ahora lo harán de todos modos.

La mirada del mago se volvió más turbia.

—¿Enviaron a Seith por ella? ¿Lo enviaron a matarla? —preguntó alarmado.

Asentí con la cabeza. Zul intentó actuar como si esta noticia no lo afectara, pero su expresión lo delató.

—No iré tras ella, no puedo... Debemos encontrar el Corazón del Dragón —dijo.

Parecía pensar en voz alta.

—Akashik debió enviar a Seith detrás de mí después de que logré escapar, dudo que encontrar a Sorcha sea ahora su prioridad —respondí.

Seith pretendía seguir las órdenes de Blodwen y Mardoc pero su lealtad era solo hacia Akashik y claramente a este no le podía importar menos lo que sucediera con Sorcha, su ambición era su única preocupación.

El hecho de que Zul hubiera considerado ir por ella me asombraba, era el ejemplo más claro de que el corazón de los hombres era completamente ajeno a la razón.

—Aún no logro comprender por qué no pudo matarme. A pesar de todo lo que ha ocurrido pienso en ella aun cuando no quiero hacerlo. ¿Crees que haya alguna posibilidad de que... sienta algo por mí? —preguntó el mago.

—Es difícil saber, pero Sorcha no parece estar en contacto con sus sentimientos... No es del todo improbable —repliqué.

Después de todo, si Seith era capaz de experimentar algo parecido a los sentimientos, también podía serlo Sorcha. Lo ocurrido con Seith aún me resultaba difícil de creer. Me revolvió el estómago de solo pensarlo.

Quería contárselo al mago, necesitaba que alguien coincidiera conmigo acerca de lo absurdo que era, pero no quería tener secretos con Aiden. Sería injusto si se lo contaba a Zul y no a él.

Lo acontecido en aquel castillo me atormentaba constantemente. Aunque me esforzaba por ignorarlo, podría haber perdido mi vida en manos de Seith y odiaba el hecho de no poder cambiar aquel recuerdo. Además la conversación con Akashik aún se repetía con frecuencia en mi cabeza.

Le conté a Zul acerca de Elana y pareció sospechar al respecto. No fue hasta que le aseguré que nos habíamos conocido por casualidad y que había sido yo la que le había preguntado acerca de Aiden, que abandonó su teoría de que podría tratarse de una farsante.

Debía ser difícil para él escucharlo, sus padres habían pasado por lo mismo pero a diferencia de Elana no habían tenido la suerte de salvarse. Y aún no tenía noticias de Talfan, que era como un padre para él.

Luego pasamos al tema del pergamino. Lo leímos en voz alta y tras discutirlo, no había duda de que debíamos ir hacia el pueblo olvidado de Agnof y allí encontrar la cueva subterránea y el camino hacia el Monte Luna.

No sería una travesía fácil, debíamos conseguir ropa de invierno, ya que el Monte Luna era una montaña cubierta de nieve y por primera vez el clima sería nuestro enemigo.

Por suerte, debido a su constante neblina, Zosma no era exactamente cálido; de seguro encontraríamos alguna tienda para comprar lo que necesitábamos.

A la tarde Aiden apareció en mi puerta, se veía cansado pero feliz al mismo tiempo. Nos contó a Zul y a mí acerca de su madre y cómo ella había estado viajando de pueblo en pueblo durante todos esos años.

Era una ironía pensar que en los últimos años ambos habían estado moviéndose de pueblo en pueblo, manteniéndose ocultos de ojos sospechosos. Pero Aiden había sido más cuidadoso y se había mantenido en las afueras. Elana por su parte debía encontrarse cansada de escapar tras tanto tiempo y contaba con la ventaja de que la creían muerta, lo que la había vuelto más descuidada.

La felicidad en su rostro, en su voz, era evidente. Sabía lo importante que era la familia para él, había estado dispuesto a dejarme ir a pesar de lo que sentía para asegurarse de que yo no perdiera la mía. El destino lo había reunido con su madre y quería poder compartir este momento con él. Aún pretendía estar algo enfadado

conmigo, pero la alegría que sentía hizo que le fuera imposible mantener la farsa. Me sonrió y me sostuvo en sus brazos mientras me relataba la conversación con su madre.

Cuando el ruido en su estómago se volvió imposible de ignorar, lo obligué a comer algo.

Goewyn y Lysha se encontraban tejiendo frente al fuego cuando bajamos, la reina parecía ser bastante buena para ello y estaba enseñándole a Goewyn a hacer una manta con diferentes motivos.

—Goewyn.

La voz de Aiden hizo que se sobresaltara, corrió hacia nosotros y los saludó a él y al mago de manera entusiasta. Aiden parecía acostumbrado y le devolvió un amistoso abrazo. Zul por otro lado parecía sorprendido y no estaba seguro de cómo actuar. Se alejó un poco de ella para evitar que lo abrazara y le ofreció su mano de modo cordial.

—Aiden te ves terrible, tienes ojeras y pareces famélico —dijo Goewyn.

—Lo sé, una vez que supimos que Adhara se encontraba aquí, mantuvimos la marcha hasta llegar —respondió Aiden.

—Lo cual significa que apenas descansamos y comimos algo en los últimos tres días —agregó el mago.

Goewyn los miró extrañada, debió pensar que habíamos perdido la razón.

—Les traeré algo para comer en seguida, pónganse cómodos —dijo corriendo hacia la cocina.

Era una de las personas más serviciales que había visto, incluso le ganaba a Iara.

Aiden y el mago se dejaron caer en los sillones; Lysha los observó con ojos curiosos, parecía estar indecisa acerca de si debía hablarles o no.

—Aiden, Zul, ella esa la reina Lysha, fue quien me ayudó a escapar —dije señalándola.

Ambos parecieron sorprenderse de que se encontrara allí.

—Es un gusto, su majestad —dijo Aiden poniéndose de pie y haciendo una reverencia.

—Su majestad —dijo el mago desde su lugar.

—Me alegro de poder conocerlos a ambos, Adhara me habló sobre ustedes. Por favor, díganme Lysha —respondió.

Aiden se volvió a sentar y me hizo un gesto para que me sentara a su lado. Realmente era un caballero, aunque me había llevado tiempo descubrirlo.

—Gracias por haber ayudado a Adhara, estoy en deuda —dijo Aiden.

—Oh, no hay de qué —respondió Lysha—. Gracias a Adhara yo también tuve mi oportunidad de escapar, ella me mantuvo a salvo desde que dejamos el castillo.

—Debió ser difícil tomar la decisión —señaló el mago.

Los ojos de Zul tenían ese tinte peligroso que aparecía en ellos cuando desconfiaba de la situación. No podía culparlo por no confiar en nadie, en Lesath todos eran súbditos de un engaño.

—Lo fue —respondió Lysha—. Temía lo que Akashik pudiera hacer conmigo si nos descubrían, además temía por Lesath. No fue hasta que vi a Seith intentando matar a Adhara que tomé mi decisión.

Aiden y el mago se endurecieron ante sus palabras, podía ver a ambos repasando mi historia en sus cabezas y descubriendo mi omisión.

—¿Seith intentó matarte? Dijiste que iban a mantenerte con vida para intercambiarte por el pergamino —dijo Aiden.

No sabía qué decir. ¿Qué otra razón tendría Seith para ir en contra de las órdenes de Akashik?

—Seith cometió un error. Me odia e intentó matarme —expliqué.

En parte era verdad, se sentía atraído hacia mí y por eso me odiaba.

—Seith tiene total control de sus emociones, no siente odio —replicó Aiden—. ¿Esperas que crea que desobedeció las órdenes del Concilio porque le desagradas?

Sabía que le ocultaba algo, podía verlo en sus ojos. Debía pensar en las palabras adecuadas y «atracción» definitivamente no era una de ellas.

—Lysha puedes contarme lo que ocurrió —dijo Aiden volviendo su mirada hacia ella.

Lysha ya se había equivocado y lo volvería a hacer, deseaba que hubiera una manera de mantenerla callada que no implicara arrojarme sobre ella.

—Akashik me había ordenado que le llevara comida a Adhara. Al llegar a la habitación donde estaba encerrada, oí a Seith hablar a través de la puerta. Cuando entré, estaba intentando estrangularla contra el muro. Fue una escena horrible —dijo Lysha.

Una parte de mí quería estrangularla a ella y la otra parte se sentía aliviada.

—Adhara.

El tono de voz del mago era suave.

—¿Seith intentó estrangularte? —preguntó Aiden furioso.

Asentí con la cabeza.

—Se sentía avergonzada y por eso no dijo nada al respecto. ¿Verdad, Adhara? —dijo Zul.

Al menos, a diferencia de Lysha, alguien intentaba ayudarme.

—Así es —dije.

—Oh, Adhara, no debes sentirte avergonzada, de cierta manera es un elogio, nunca vi a Seith sentirse atraído por nadie —dijo Lysha con una sonrisa.

—¡Lysha!

Podía imaginarme estrangulándola de la misma manera en que Seith lo había

hecho conmigo. Aiden y el mago volvieron sus miradas de confusión hacia mí. Un silencio largo e incómodo se apoderó de la habitación.

Lysha parecía sorprendida por mi tono brusco, Aiden aún parecía estar procesando las palabras y Zul me miraba esperando algún tipo de confirmación de mi parte.

—Siento la demora —dijo Goewyn entrando en la habitación.

Apoyó sobre la mesa dos platos de lo que parecía ser una espesa sopa de calabazas y una jarra de agua.

—¿Sucede algo, Aiden? —preguntó Goewyn.

El silencio y la mirada incrédula de Aiden eran difíciles de ignorar, incluso para ella.

—¿Seith dijo que se siente atraído por ella? —le preguntó Aiden a Lysha con su mirada aún en mí.

—Sí, dijo que no podía dejar de pensar en ella y que la mataría antes de sufrir ese tipo de emociones...

—¡Lysha, cierra la boca! —la interrumpí.

La joven reina me miró mortificada; de encontrarnos en Izar de seguro me llevarían a la horca por hablarle así.

—¿Seith se siente atraído por ella y por eso intentó matarla? —repitió Aiden pasmado.

—¿Quién es Seith? ¿Alguien intentó lastimarte, Adhara? —preguntó Goewyn alarmada—. Aiden debes estar exagerando, los celos son una emoción poderosa, hacen que las personas se imaginen cosas.

La situación era imposible de sostener, miré al mago desesperada, pidiendo ayuda y para mi sorpresa este dejó escapar una risa.

—Voy a matarlo —dijo Aiden.

—Nadie va a matar a nadie, cálmate y come algo —dijo Goewyn.

Aiden miró a Goewyn y a juzgar por su expresión estaba intentando controlarse para no decir nada grosero.

—Lysha, ¿por qué no llevas a Goewyn a tu habitación y aguardan allí? —le pidió Zul.

Esta asintió. Goewyn parecía preocupada por dejarnos solos, pero parecía comprender que era una conversación privada. Siguió a Lysha y ambas desaparecieron por las escaleras.

—Lo siento pero debo decirlo, realmente es sorprendente que Seith sienta algo por ti, Adhara. Nunca vi el menor rastro de emoción en él —dijo el mago.

—Dudo que sean sentimientos, Seith es incapaz de ellos —respondí.

—¿Cómo pudiste ocultármelo?

El tono de Aiden era de reproche, su mirada acusadora.

—Porque sabía que reaccionarías de esta manera —repliqué.

—No hay otra reacción posible, no solo siente atracción hacia ti sino que intentó matarte —respondió Aiden.— ¿Quién hace algo así?

Zul y yo intercambiamos miradas, el mago había intentado hacer lo mismo con SORCHA pero a diferencia de Seith se arrepintió en el último instante, ambos nos sentimos tentados de reír pero no lo hicimos.

—Seith —respondí.

—Debiste decírmelo —me espetó Aiden.

—No quería preocuparte, no puedes hacer nada para cambiarlo —dije.

—De haber logrado su cometido no te encontrarías aquí en este momento —dijo Aiden enfadado— ¿Entiendes lo que eso significa?

—Lo entiendo mejor que tú y créeme, Seith pagará. Yo misma me encargaré de ello —respondí.

—No, yo me encargaré de ello —replicó Aiden—. Si Seith se encuentra determinado a matarte, es capaz de cualquier cosa, incluso desafió las ordenes de Akashik para hacerlo, lo cual significa que tú no volverás a acertarte a él y que yo tendré su cabeza en mi espada en cuanto lo vea.

Lo observé sin decir nada, no era un buen momento para contradecirlo. Pero Seith y yo éramos enemigos por naturaleza y sería yo quien terminara con él.

—Tal vez podamos utilizar esto a nuestro favor. Akashik es demasiado poderoso, otro mago nos sería realmente útil, en especial uno como Seith —dijo el mago.

—¿Qué quieres decir? —pregunté incrédula.

—Puedes intentar manipularlo para que se vuelva en contra de Akashik —Zul hizo una pausa ante mi expresión de desconcierto—. Tú sabes, puedes seducirlo... ¿Ha intentado besarte o algo?

El mago había perdido la cabeza.

—Zul, el cansancio no te permite pensar con claridad o mejor dicho no te permite pensar —respondí—. Seith cerró sus manos alrededor de mi cuello y me asfixió, ¡quiere matarme, no besarme!

—No debes subestimar el poder de la atracción...

—Zul, si valoras tu vida no volverás a proponer algo así —le espetó Aiden.

El encuentro con Akashik lo había perturbado profundamente si estaba dispuesto a considerar que sedujera a Seith para que se nos uniera.

—Lo siento —se disculpó el mago.

—Es hora de que le digas a Goewyn la verdad, dadas las circunstancias no podemos continuar mintiéndole —dije.

—Lo haré —respondió Aiden.

Fue hacia las escaleras y se detuvo frente al primer escalón, parecía encontrarse en alguna especie de debate interno.

—¿Intentó besarte? —preguntó Aiden dudoso.

—Por supuesto que no —respondí.

Deneb llegó al poco tiempo y le sugerí que se uniera a Goewyn y a Aiden. Era mejor si escuchaba lo mismo que ella, temía que la versión que Goewyn pudiera contarle fuera peor que la realidad misma.

Pasé el siguiente rato merodeando por la posada. Los gritos de asombro de Goewyn se oían desde abajo, esa era la razón por la que había estado evitando regresar a mi habitación.

Me sentía enfadada con Lysha porque había contado lo acontecido con Seith. ¿Acaso no tenía el más mínimo sentido común? Solo de ver mi expresión debió darse cuenta de que era algo que no tenía intención alguna de compartir.

El mago debió darse cuenta de que no quería hablar del tema, ya que permaneció en la sala tomando su sopa sin decir una palabra. Aún no me encontraba lista para oír sus bromas al respecto. Por más insólitas que hubieran sido las palabras de Seith eso no quitaba que me había encontrado cerca de perder mi vida en sus manos.

Al menos ya no tenía que guardar el secreto.

Oí la madera resquebrajarse en el techo y luego pisadas. Aiden había dejado la habitación de Goewyn, aguardé unos minutos pero no bajó a la sala. Necesitaba tiempo a solas, había recibido demasiadas noticias inesperadas para un solo día.

Cuando llegó la hora de la cena y aún no había noticias de Goewyn, decidí tomar el asunto en mis manos. Debía ser difícil oír la verdad para alguien que había vivido toda su vida en Lesath creyendo que era un reino justo y pacífico, más para alguien como Goewyn que desconocía la maldad por completo. Siempre había sido bondadosa conmigo y era hora de que devolviera el favor. Fui hacia la cocina y comencé a reunir los ingredientes. Cuando me encontraba en Naos, Iara me había enseñado a hacer una sopa de verduras y había obtenido buenos resultados.

Elana se me unió al poco tiempo, de seguro había escuchado los gritos de Goewyn y había llegado a la misma conclusión que yo. Permaneció a mi lado y comenzó a cortar el resto de las verduras sin decir nada. Había algo nuevo en ella, un sutil resplandor que iluminaba su cara, suavizando sus facciones. Su hijo se encontraba vivo, lo había visto con sus propios ojos.

Le expliqué la receta para que pudiera ayudarme, apenas la conocía pero quería agradecerle; sus palabras por más extrañas que hubieran resultado eran ciertas, algún día seríamos familia.

Me pregunté qué pensaría mi madre acerca de Aiden, ansiaba poder presentárselo y hablar con ella acerca de él. De seguro le caería bien: era apuesto, valiente y poseía un buen corazón. ¿Qué más podría desear para su hija?

Una vez que la sopa estuvo lista solo me bastó con sentir su aroma para saber que había quedado perfecta. Elana se apresuró a poner la mesa y fue en busca de Aiden,

podía ver en su rostro que se encontraba feliz de poder compartir una cena con él.

El mago apareció al segundo siguiente, la manera en que observaba la sopa era halagadora y aterradora al mismo tiempo. En verdad debió pasar días sin comer nada.

Elana no tardó en volver en compañía de Aiden, que si bien aún parecía algo malhumorado se esforzó por disimularlo frente a su madre.

—Goewyn y Deneb se nos unirán pronto —dijo Elana—. Y Lysha dijo que no tenía apetito.

Debía sentirse mal por la manera en que le había gritado; no podía ser la primera vez que alguien le gritaba, no era como si Akashik y los demás warlocks la hubieran tratado con delicadeza.

—No recuerdo la última vez que probé algo tan sabroso —dijo Aiden con la cuchara en la mano.

Lo disimulaba más que el mago, pero debía encontrarse famélico. Le sonreí, me sentí contenta de haber preparado algo que le gustara.

—Adhara hizo la mayor parte —dijo Elana—. Debes pasarme la receta.

Aiden me dedicó una corta sonrisa, sabía que a pesar de estar enojado, apreciaba el gesto.

—Mi abuela Iara me la enseñó, es una vieja receta suya —respondí.

—Recordaré agradecerle cuando volvamos a Saiph. En verdad se encuentra delicioso, Adhara —dijo el mago con la cuchara en la boca.

Al ritmo en que comían Aiden y Zul, dudaba que quedara algo para los demás.

—¿Cómo se encuentra Goewyn? —preguntó Aiden.

—Seguía algo asustada, su esposo parecía más calmado —respondió Elana.

—Espero que se encuentre bien para mañana, podríamos necesitar su ayuda para comprar todo lo necesario —dijo el mago—. Debemos buscar un camino rápido hacia Agnof.

—¿Agnof? He estado allí hace muchos años, antes que quedara arruinado por la plaga; el hermano de la reina Ciara vivía allí —dijo Elana.

—¿El tío de Lysha vive en Agnof? —pregunté.

Estaba sorprendida de que los warlocks hubieran dejado al hermano de la anterior reina con vida.

—Él y su hijo murieron a causa de la plaga, fue una terrible pérdida para Ciara —replicó Elana.

Akashik no lo mató porque la plaga lo había hecho por él, pensé.

—¿Por qué vivían en Agnof en vez de en Izar con la reina? —pregunté.

—A Marcus, el hermano de Ciara, no le gustaba la vida de la corte, prefería la tranquilidad del campo y cuando su hijo nació decidió mudarse allí —respondió Elana.

Había tomado una sabia decisión al alejarse de Izar, pero se había equivocado al

elegir el lugar.

—¿Sabes cómo llegar a Agnof? —preguntó Zul.

—¿Por qué quieres ir Agnof? El lugar quedó olvidado en el tiempo, no encontrarás nada allí —dijo Elana.

Aiden abrió la boca y volvió a cerrarla, como si hubiese querido decir algo pero no encontrara la voz para hacerlo. Lo miré extrañada, pero su atención se concentraba en su madre.

—Debemos ir allí si queremos acabar con los warlocks —respondió el mago—. Nos harías un gran favor si puedes trazarnos el camino en un mapa.

Elana empalideció ante sus palabras y su mirada se volvió hacia Aiden.

—¿Tú irás con él? —preguntó Elana.

Aiden no respondió, pero su mirada lo hizo por él. Elana se puso de pie y sin decir nada se alejó de la mesa y desapareció por las escaleras. El mago y yo intercambiamos miradas confusas mientras veíamos como Aiden iba detrás de ella.

—¿Hay algún peligro en Agnof? —pregunté.

—No que yo sepa —respondió el mago.

Quería saber a qué se debía la reacción de Elana, me puse de pie al mismo tiempo que Goewyn y Deneb entraron a la sala. Los ojos de Goewyn se encontraban cristalinos como si hubiera estado llorando, Deneb puso su brazo alrededor de ella y la guió hasta la mesa.

Había algo extraño en la expresión de ambos, como si aún se encontraran desconcertados.

Por primera vez dudé de que hubiéramos hecho lo correcto, estaba convencida de que las personas en Lesath debían saber acerca de las mentiras que los rodeaban, pero tras ver la angustia en los ojos de Goewyn no pude evitar pensar que habíamos arruinado su sencilla y feliz vida.

—Adhara, lamento tanto por lo que han estado pasando, nunca pensé que algo así fuera posible —dijo Goewyn.

—Lo sé, no debes preocuparte —respondí.

—Siempre supe que Aiden ocultaba algo, pero esto va más allá de lo que cualquiera hubiese podido imaginar —dijo Deneb.

Les acerqué la sopa para que se sirvieran y luego tomé un plato y comencé a llenarlo, Lysha aún no había comido. Quería hablar con ellos, pero no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido con Aiden. El mago adivinó mis intenciones y me imploró con la mirada que no lo dejara solo en la mesa. Sabía que no se sentiría cómodo quedándose solo con ellos, pero tenía que averiguar lo que estaba ocurriendo.

—Voy a llevarle esto a Lysha. Enseguida regreso.

Subí las escaleras silenciosamente, la habitación de la reina quedaba al fondo del

pasillo, debía pasar por la habitación de Elana para llegar a la de ella. No me gustaba ser entrometida, sentía que lo que había ocurrido era algo entre madre e hijo, pero quería asegurarme que Aiden se encontraba bien.

Estaba agradecida de que no hubiera otros huéspedes en la posada, era imposible ocultar lo que estaba ocurriendo. La situación era extraña y había adquirido una intensidad que era difícil de controlar. Lysha estaba ofendida conmigo por la manera en que le había hablado; Goewyn y Deneb intentaban lidiar con el hecho de que el Concilio de los Oscuros era quien en realidad gobernaba Lesath, hacía horas no sabían que los warlocks existían y ahora debían aceptar el hecho de que tres de ellos gobernaban el reino en donde vivían y secuestraban a humanos que nacían con magia para volverlos sus aprendices; y, al parecer, había algún tipo de conflicto entre Aiden y Elana.

Me disculparía con Lysha, sabía que mi enojo hacia ella se encontraba justificado, pero no podía ignorar el hecho de que tenía quince años y de que era la reina.

—Hablaré con Zul, nos quedaremos aquí unos días antes de partir.

Era la voz de Aiden. Me detuve.

—No puedes irte —dijo Elana—. Estás vivo y te he encontrado, no puedo volver a perderte.

—Cuando todo termine regresaré y seremos la familia que siempre debimos ser —dijo Aiden.

—No tienes que hacer esto, hijo. ¿Por qué insistes en seguir a aquellos terribles monstruos? Podemos ser una familia ahora, vivir una vida tranquila lejos de todo esto —dijo Elana.

Silencio.

—Los warlocks no se van a detener, Adhara nunca va a estar a salvo mientras estén con vida —respondió Aiden—. No tengo opción.

Podía sentir a mi corazón latiendo con fuerza y tenía una sensación de angustia en el pecho que era abrumadora y desconocida. No quería continuar escuchando, me alejé y no me detuve hasta llegar a la puerta de la habitación de Lysha. Elana quería que su hijo se quedara con ella, las palabras de Zul la habían tomado desprevenida. Y de seguro Aiden también quería pasar más tiempo con ella. Sabía que él quería una vida tranquila, que no quería seguir peleando. Estaba arriesgando todo por mí, quería acabar con los warlocks para que pudiéramos tener una vida juntos.

Continué hasta la habitación de Lysha y me senté junto a la puerta apoyando la bandeja a mi lado. Sentía algo extraño, algo nuevo... culpa. De no ser por mí, Aiden podría tener la vida tranquila que quería junto a su madre.

Permanecí allí unos minutos, intentando no pensar en la conversación que había escuchado, había sido un largo día, pensaría el asunto con mayor claridad luego de una buena noche de sueño.

UNA MALA IDEA

La puerta se abrió detrás de mí y la reina Lysha apareció tras ella, me miró con curiosidad, sorprendida de encontrarme sentada frente a su puerta. Sus ojos estaban algo vidriosos como si hubiera estado llorando. Me puse de pie y le ofrecí la bandeja.

Lysha me sonrió, la tomó en sus manos y con un gesto me invitó a pasar.

Sin duda tenía la mejor habitación de la posada, era espaciosa y Goewyn la había llenado de flores. Me miró con timidez, insegura sobre qué decir.

Aún estaba molesta con ella, su ligereza para hablar y su falta de sentido común me irritaban, no podía evitarlo. Pero había salvado mi vida.

—Siento la forma en que me comporté, Lysha. No debí gritarte.

Lysha se sentó en el escritorio y miró la sopa antes de volverse hacia mí.

—Acepto tu disculpa, Adhara.

Su tono de voz y su postura me recordaron al baile de máscaras, como si estuviera sentada en el trono y yo fuera uno de sus súbditos.

—Lamento si dije algo que te molestó —agregó Lysha—. No quiero que te enojés conmigo, deseo que seamos amigas.

Aquella expresión inocente y triste apareció en su rostro de nuevo, la misma que había puesto cuando llegamos a Zosma y me había molestado porque llevaba su rostro descubierto. Era difícil no ser amable con ella.

—No estoy enojada contigo, pero debes comprender que a veces es mejor guardar silencio. No le dije la verdad sobre Seith a Aiden porque sabía que se molestaría y sería peor —respondí—. No debiste hablar.

—No pensé en ello, fui tonta. Debí darme cuenta —dijo Lysha con angustia.

—Lo peor ya pasó, solo intenta ser más cuidadosa.

—Debe ser lindo tener a alguien que se preocupe por ti de esa manera —su voz se quebró e intentó reprimir un sollozo.

Intentó esconder su rostro, pero pude ver lágrimas recorriendo sus mejillas. Los warlocks habían matado a todos sus familiares dejándola sola en aquel castillo. Me acerqué a ella y palmeé su espalda intentando consolarla.

—Eres la reina Lysha de Lesath, eres querida por todos a los que gobiernas. Solo mira a Goewyn —dije—. Sé que tu vida debió ser solitaria, pero ahora tienes el poder de tomar tus propias decisiones.

—Aun así me encuentro sola, no tengo lo que tú tienes. Aiden y Zul son tus amigos, no tus súbditos. Puedes contar con ellos —se lamentó la reina.

—Sé cómo te sientes, yo me sentía de la misma manera cuando vivía en Alyssian. Una vez que terminemos con los warlocks podrás ocupar tu lugar en el trono y tomar tus propias decisiones. Puedes contar conmigo —le dije.

Era extraño, no me sentía tan cercana a ella, apenas la conocía, pero aun así

quería mantenerla a salvo y que tuviera la misma oportunidad que había tenido yo de elegir qué quería hacer con mi vida. Los warlocks habían tomado todas las decisiones por ella, era hora de que tomara el asunto en sus manos.

—Gracias, Adhara. Me siento mejor.

Por un momento creí que me abrazaría pero permaneció allí sentada, secó sus lágrimas y probó la sopa dedicándome una sonrisa.

—Debes ser fuerte, Lysha. Debes pelear por lo que quieres —dije.

—Lo haré —respondió.

Fui hacia la puerta, Zul se enfadaría conmigo por dejarlo solo pero no tenía ninguna intención de regresar abajo. Me encontraba cansada y había muchos pensamientos que quería evitar hasta la mañana siguiente.

Mi habitación estaba oscura y silenciosa, era lo que necesitaba. Me acosté y me esforcé por dejar mi mente en blanco, esperando que el sueño se apoderase de mí, me llevó un tiempo dormirme pero finalmente lo logré.

Sentí como si hubiera estado durmiendo por apenas unos minutos, cuando escuché un ruido y la puerta se abrió con un leve crujido. Una silueta entró caminando despacio para no hacer ruido. Era Aiden.

Se acercó a mí y tras intercambiar nuestras miradas me besó la frente. Se veía agotado, tenía ojeras y parecía incapaz de mantener los ojos abiertos. Me corrí hacia al costado haciéndole lugar y se acostó a mi lado sin decir nada, en solo segundos se encontraba completamente dormido.

Esta vez el sueño vino fácil, me sentía más segura durmiendo junto a él.

Los rayos de sol que se filtraron por la cortina me despertaron. Aiden se encontraba profundamente dormido a mi lado. Me cambié silenciosamente y tras cerrar bien las cortinas le di una última mirada antes de cerrar la puerta. Necesitaba hablar con Zul, había temas que debíamos resolver. Era temprano pero podía oír movimiento en el piso de abajo. Fui hacia la habitación del mago, cuando entré no se percató de mi presencia, sus sentidos debían estar relajados. Era extraño que Zul bajara la guardia. Me acerqué a él y tras sacudir su brazo gentilmente, se despertó sobresaltado. Por su expresión noté que estaba a punto de hacer un hechizo pero se detuvo al verme.

—Adhara... No vuelvas a hacer eso —me espetó el mago.

—No pensé que fueras a tener la guardia baja —respondí.

—Es la primera vez que duermo bien en días —dijo defendiéndose.

—Necesito hablar contigo, te esperaré abajo. Iremos al pueblo.

Asintió y dejé la habitación para que pudiera cambiarse. Fui a la cocina y encontré a Goewyn amasando pan. Su mirada estaba perdida y no tarareaba canciones como usualmente hacía cuando cocinaba. No podía decidir si habíamos cometido un

error al decirle la verdad, era demasiado gentil como para lidiar con ese tipo de oscuridad.

Al verme una sonrisa reemplazó su expresión seria. Me indicó que me sentara y como de costumbre puso un plato de comida tras otro frente a mí.

Me ofrecí a ayudarla pero negó con la cabeza y terminó de poner la mesa en caso de que los demás se despertaran.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté—. Debió ser difícil escuchar la verdad.

—Lo fue —dijo Goewyn—. Es triste pensar en todas aquellas vidas perdidas. Destruir familias y llevarse a los niños... es horrible.

Su expresión se volvió una mezcla de tristeza y enojo.

—Con suerte podremos detenerlos antes de que causen más daño —respondí.

—Ustedes tres están haciendo algo muy noble, desearía poder ayudarlos de alguna manera.

La imagen de Goewyn blandiendo un arma apareció en mi mente y reprimí una sonrisa.

—Siento que todos aquellos que quiero se encuentran en peligro —dijo para sí misma.

Sus palabras despertaron mi curiosidad.

—¿Qué hay del resto de tu familia, Goewyn? —pregunté.

¿Qué hacía alguien alegre como Goewyn viviendo en un pueblo como Zosma?

—Mi familia se encuentra en Mirfak, no los veo desde hace años. Mis padres son nobles y habían prometido mi mano a William Wood, el hijo de otra familia con sangre noble. Siempre supe que quería casarme con Deneb, incluso cuando éramos niños, pero mis padres no me lo permitieron, los suyos eran de origen humilde. Cuando me rehusé a casarme con William mi padre intentó obligarme y escapé junto a Deneb.

—¿Intentaron casarte a la fuerza con alguien a quien no querías? —pregunte atónita.

Era la primera vez que escuchaba algo así, sonaba tan absurdo que era difícil de creer.

—Es normal entre familias de sangre noble —respondió Goewyn.

—Es cruel y... despótico, nadie puede tomar esa decisión por ti —manifesté indignada.

—Lo sé, es por eso que no los dejé hacerlo. Deneb y yo nos casamos luego de escapar y vinimos a Zosma; el pueblo tiene mala reputación, sabíamos que nadie nos buscaría aquí. Construimos la posada y hemos sido felices desde entonces.

Sonaba como un cuento de hadas, a excepción de que habían terminado en Zosma, el pueblo más sombrío de Lesath. Aun así, habían arriesgado todo por amor.

Le sonreí, Goewyn era una persona fuerte. Cuanto más la conocía más me

agradaba, me sentía avergonzada por lo que había pensado de ella al conocerla. Habíamos tomado la decisión correcta al contarle sobre Lesath. Si algo salía mal y los warlocks decidían actuar, tendrían una mejor oportunidad de escapar si sabían la verdad.

El mago no tardó en bajar y Goewyn se ofreció a ayudarnos a encontrar lo que necesitábamos. Quería hablar con él a solas pero podía esperar, ella conocía mejor el pueblo y sabía que estaba desesperada por ayudar de alguna manera.

Fuimos de tienda en tienda tachando las cosas de la lista una por una: abrigos, mantas para los caballos, provisiones. Teníamos muy poco dinero, afortunadamente yo conservaba abrigos élficos que me protegerían del frío.

Las personas de allí eran extremadamente desconfiadas con los desconocidos, era bueno que Goewyn estuviera con nosotros, todos la conocían y parecían más dispuestos a atendernos cuando nos veían junto a ella. No podía culparlos, los robos eran comunes allí, el pueblo estaba invadido por forajidos que no parecían ganarse la vida de manera honesta.

El mago me miró de reojo, sabía que en su cabeza intentaba adivinar sobre qué le quería hablar. Goewyn comenzó a guiarnos de regreso a la posada pero nos detuvimos para indicarle que teníamos un asunto más que resolver y que luego la alcanzaríamos.

Al principio, se negó a la idea, insistiendo en quedarse con nosotros. Estaba convencida de que Aiden se enojaría con ella si me permitía quedarme pero, tras asegurarle que estaría a salvo con Zul y que no nos llevaría mucho tiempo, finalmente accedió. La vimos alejarse, volviéndose a nosotros cada un par de pasos hasta que se perdió de vista.

—Pensé que nunca se iría —dijo el mago.

—Se preocupa por nosotros —respondí.

Sabía que el comportamiento de Goewyn impacientaba al mago, pero sus intenciones eran buenas, solo quería vernos a salvo.

—Asumo que quieres hablar acerca de Aiden —dijo el mago.

Lo miré sorprendida, no pensé que fuera a adivinarlo.

—Ayer no regresaste a la mesa —dijo Zul—. ¿Escuchaste algo que te perturbó?

Asentí con la cabeza y le conté la conversación entre Aiden y Elana. Sabía que no era correcto relatarle una conversación privada entre Aiden y su madre, pero necesitaba saber su opinión.

—No podemos posponer nuestra partida —dijo el mago con seriedad—. Me alegra que haya encontrado a su madre, pero ahora que tenemos todo lo necesario para encontrar el Corazón del Dragón, tomarán medidas drásticas para encontrarnos. El Concilio de los Oscuros no tardará en cerrarse sobre nosotros.

—No es eso lo que iba a sugerir —respondí.

El mago me miró con curiosidad.

—Aiden merece una vida tranquila, solo continúa luchando contra ellos para que pueda quedarme en Lesath sin correr peligro.

No podía decir las palabras, al pensar en ello sentía un vacío en mi pecho. Podía ver que el mago me comprendía.

—Quieres dejarlo atrás —me espetó.

—Nosotros podemos resolver esto y volveré por él cuando todo haya terminado —respondí—. Estará a salvo y podrá quedarse con su madre.

No quería hacerlo, sabía que Aiden me odiaría pero era lo correcto. Se lo debía luego de todo lo que había hecho por mí. Por primera vez entendí por completo cómo había estado dispuesto a enviarme a Alyssian a pesar de lo que sentía por mí.

—Aiden jamás estará de acuerdo —replicó Zul—. No puedes tomar esa decisión por él, aún está enfadado por la forma en que te entregaste a Akashik. Esta vez no estoy seguro de que te perdone.

—Es lo mejor para él —dije—. Esta noche tú y yo nos escabulliremos y dejaremos Zosma.

—Es una mala idea —insistió.

—Zul, por favor.

El mago no parecía estar convencido de que fuera lo correcto pero asintió. Regresamos a la posada en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. No me agradaba irme de manera abrupta pero ese era un buen lugar para que se quedaran. Goewyn cuidaría a Lysha, estaría a salvo allí.

Cuando llegamos pensé que encontraría a Aiden enfadado en la puerta por no haberlo despertado, pero no había rastros de él. Dejamos todo lo que habíamos comprado en la habitación del mago, ya que habíamos acordado encontrarnos allí pasada la medianoche. Lysha se encontraba en el comedor y tras preguntarle me dijo que Aiden había salido. Era extraño que no nos hubiéramos cruzado con él en el pueblo, me sentía nerviosa de no saber dónde se encontraba.

Goewyn y Deneb se hallaban ocupados en la pequeña huerta que tenían en el jardín y Elana no había dejado su habitación.

Pasé la mayor parte de la tarde sentada en el comedor viendo a la joven reina coser un vestido, era buena para ello. Al parecer se había aburrido de andar con las mismas prendas y había decidido confeccionar unas nuevas.

Las elfas eras más hábiles y veloces con las manos pero aun así era un buen trabajo, de seguro le habían enseñado desde niña. Al ser reina debía haber recibido instrucción en todo tipo de temas.

A medida que el tiempo siguió avanzando y no había rastros de él, me uní a Lysha y la ayudé a coser una de las mangas, no era algo que me interesara mucho pero podía coser razonablemente bien, mi madre me había enseñado.

Quería mantener mi mente ocupada, podía sentir aquella sensación de nostalgia que se había vuelto familiar, la misma que sentía cada vez que me encontraba a gusto en un lugar y sabía que pronto debería abandonarlo y aventurarme a lo desconocido. Me hubiese gustado pasar más tiempo ahí pero mi charla con Akashik me recordaba lo urgente de la situación, aquel oscuro ser no se detendría ante nada para conseguir lo que quería y debíamos hacer todo lo que estuviera a nuestro alcance para detenerlo.

Deneb nos había dicho que había escuchado rumores en el pueblo de que la reina se encontraba enferma y de que pocos la habían visto en la corte en los últimos días. Sin duda aquellos pocos debían ser sus consejeros más cercanos o mejor dicho Blodwen y Mardoc.

No sabía por cuánto tiempo podrían ocultar su ausencia hasta que la gente comenzara a sospechar. Mi mayor temor era que decidieran darse a conocer y tomaran el trono por la fuerza. Miedo y caos envolverían a Lesath y se perderían vidas. Por otro lado, el apoyo de las personas sería útil, pelearían, ya no nos encontraríamos solos contra ellos. Pero la política real había sido desalentar el uso de armas y a excepción de la guardia real pocos sabrían manejar un arma o conseguirla. Con seguridad, el Concilio había tomado sus precauciones en caso que un día la verdad fuera revelada, con los warlocks controlando a los soldados de la reina y sin nadie más que fuera capaz de mantener una pelea, Lesath se encontraba completamente indefenso.

La puerta se abrió y Aiden entró por ella, se veía algo desanimado. Le pregunté dónde había estado pero se limitó a besar mi mejilla, le hizo un gesto cordial a Lysha y sin decir otra palabra, subió las escaleras en silencio. Luché contra mi impulso de seguirlo, parecía no tener ganas de hablar.

La cena fue silenciosa. A excepción de Lysha que se encontraba de buen humor, nadie parecía estar demasiado elocuente o había demasiado en sus cabezas como para interesarse en una conversación.

El mago y yo intercambiamos un rápido gesto confirmando que nos encontraríamos pasada la medianoche y procederíamos con nuestra huida. Aiden se acomodó en los sillones y permaneció allí por un buen rato. Su conducta era extraña, no parecía triste ni perturbado como lo había visto a Zul en ocasiones, parecía distante. Por lo general disfrutaba de la compañía de Goewyn y Deneb pero lo había visto evitarlos. Normalmente hubiese respetado el hecho de que quisiera estar solo, pero dado que esa noche sería la última vez que lo vería en mucho tiempo, no podía hacerlo.

—Es tarde —dije acercándome a él.

Le ofrecí mi mano y le indiqué las escaleras.

—Estaré contigo en unos minutos —respondió tomando mi mano y luego soltándola.

Quería saber qué pensaba pero como siempre me encontraba lejos de poder adivinar que pasaba por su mente.

—Luces cansado —insistí—. Por favor, ven conmigo.

Su expresión se volvió algo extraña y tras analizarme por unos segundos se puso de pie y me siguió. De alguna manera mi habitación se había convertido en nuestra habitación, no estaba segura si era lo correcto, de seguro mis padres no lo aprobarían pero dadas las circunstancias no le daba demasiada importancia. Me sentía más segura junto a él y a decir verdad no veía nada malo en ello.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Aiden.

—Sí, eres tú quien me preocupa —respondí.

—Estaré bien mientras esté contigo —replicó.

—Tu madre...

—Prefiero no hablar de ello —me interrumpió—. Goewyn dijo que fueron al pueblo en la mañana, ¿consiguieron todo lo necesario?

—Aún faltan algunas cosas —mentí.

—¿Cómo qué?

Era difícil saber si sospechaba algo, no lo había visto hablar con Goewyn.

—Zul cree que debemos comprar otro caballo; los abrigos y las mantas son pesados y sería mejor si dividimos el peso.

Ahora que lo pensaba no era una mala idea.

—Zul tiene razón —respondió Aiden pensativo.

Permanecimos en silencio y puse mis brazos alrededor de él, no tardaría en ser medianoche, era hora de dormir, al menos para él. Acaricié su pelo y de a poco sus ojos se fueron cerrando hasta dormirse. Lo extrañaría, lo extrañaría tanto que aquella sensación de malestar en mi pecho no me dejaría hasta que nos reencontráramos. Besé sus labios con suavidad y permanecí allí hasta que llegó la hora. Mi bolsa de viaje ya se encontraba en la habitación del mago y había dejado una muda de ropa escondida. Me cambié en silencio, tomé mi espada Glace y tras una última mirada que amenazó con romperme el corazón cerré la puerta detrás de mí.

Silencio. Todos dormían. Crucé el pasillo en silencio evitando pisar donde sabía que la madera crujía. Quería pensar que estaba haciendo lo correcto pero las dudas comenzaron a acecharme a medida que me fui acercando a la habitación de Zul. Al abrir la puerta lo encontré listo sentado en una silla junto a la ventana. A juzgar por su expresión supe que él también estaba reconsiderando nuestro plan, podía ver dudas en su rostro.

El equipaje se encontraba apilado a un costado, nos llevaría dos viajes cargar todo hasta los establos. No había desacertado al sugerir que necesitábamos otro caballo, era demasiado peso para repartir entre dos.

La pregunta en la mirada del mago fue tan clara como si hubiera hablado.

—Estoy segura —dije.

No parecía convencido pero aun así se puso de pie y abrió la ventana. No sería fácil bajar desde el segundo piso, pero sería imposible bajar por las escaleras sin que algún ruido nos delatara. Zul pasó un pie por la ventana y tras analizar la forma más segura de bajar me indicó que le alcanzara uno de los bultos.

El mago no parecía habilidoso para este tipo de tareas, si se resbalaba y caía podía lastimarse seriamente. Tomé el bulto que contenía los abrigos y fui junto a él. Era mejor si bajaba yo primero y le mostraba cómo hacerlo.

—Iré yo primero —le susurré.

Había desaprobación en su mirada.

—Estaré bien, si me caigo tengo listo un hechizo.

Me sacó los abrigos de la mano sin darme tiempo a responder y cuidadosamente pasó el otro pie por la ventana. La noche era oscura y solo la luna iluminaba los alrededores. El mago se mostró decidido, pero su expresión no parecía del todo convencida.

Lo miré para darle aliento, él me dedicó una corta sonrisa y dio un paso por el techo de madera para probar su equilibrio.

La puerta de la habitación se abrió de manera abrupta con un fuerte ruido, Zul y yo nos sobresaltamos y lo tomé de la mano sujetándolo al mismo tiempo que perdía el equilibrio.

Una silueta se acercó a nosotros con paso rápido. Vi su mirada de furia. Era Aiden.

Una sensación de horror se apoderó de mí, una sensación que solía reservar para Seith, pero la ira en su expresión era tal que era imposible poder contenerla. El mago permaneció inmóvil por unos segundos, tan sorprendido como yo y luego me apretó la mano para que lo ayudara a subir.

Aparté la mirada de Aiden y sujeté a Zul con más fuerza, tirando de su brazo para ayudarlo a pisar bien y entrar por la ventana. Una vez que se encontró adentro, ambos intercambiamos una mirada de pánico y nos volvimos a Aiden.

Por primera vez no había calidez en sus ojos, sino enojo, traición y otras emociones que no pude descifrar. ¿Cómo nos había descubierto? Habíamos sido tan silenciosos como una gacela y parecía dormido cuando dejé la habitación.

El silencio se volvió tenso e imposible de aguantar. Miré al mago de reojo esperando que dijera algo, normalmente podía contar con él para que hiciera algún comentario que atenuara la tensión, pero esta vez no parecía estar dispuesto a arriesgarse.

—Zul, espera afuera. Adhara y yo necesitamos tener una conversación —dijo Aiden con severidad.

Era tonto sentirme intimidada pero no podía evitarlo, jamás había visto esa

expresión en él.

—Tal vez no sea lo mejor... dadas las circunstancias —respondió el mago.

Estaba de acuerdo con él, sería más seguro si hablábamos con Zul en la habitación.

—No creas que no estoy enfadado contigo también —dijo Aiden—. Somos amigos, debiste decírmelo.

El mago permaneció en silencio. Era verdad, cuando los conocí apenas podían mantener una conversación sin discutir pero con el tiempo habían formado un vínculo y se habían vuelto amigos.

—Realmente quiero pensar que lo hiciste por su amistad y no para deshacerte de mí— le espetó Aiden, su tono era tan frío como el hielo.

Zul se sintió dolido por esas palabras, era extraño que se sintiera afectado por algo que dijera Aiden, pero no quería que pensara de ese modo. El mago era incapaz de hacer algo así. Sería una buena oportunidad para contarle acerca de Sorcha, no solo se convencería de que no sentía nada por mí sino que se sorprendería tanto que olvidaría un poco su enojo.

—Esa no fue la razón, lo juro —le aseguró el mago.

—Te creo —respondió Aiden tras analizarlo por un momento—. Ahora por favor vete.

Comenzó a ir hacia la puerta y me miró a modo de disculpa. Asentí indicándole que estaría bien y volví la vista a Aiden.

Esto no podía ser bueno. Aguardé a que dijera algo pero parecía estar buscando las palabras o intentando mantener la calma. Le sostuve la mirada, me sentía mal por lo que había hecho, sabía que de seguro se había sentido traicionado pero no me arrepentía, solo intentaba mantenerlo a salvo y darle la oportunidad de que fuera feliz.

Mantuve la cabeza en alto, había hecho lo correcto.

—¿Cómo pudiste? —dijo finalmente en tono acusador—. Ibas a dejarme atrás. ¿Por qué?

—El otro día cuando tu madre se levantó durante la cena, los seguí. Escuché su conversación —hice una pausa y agregué—. No quería ser entrometida, estaba preocupada.

—Si escuchaste nuestra conversación entonces escuchaste cuando le dije que iría contigo y con Zul —me espetó.

A juzgar por su expresión supe que estaba intentando mantener su tono calmado para evitar gritarme y despertar a todos.

—Tu madre se encuentra con vida, deberías poder pasar tiempo junto a ella —repliqué—. De no ser por mí, nada te impediría ir a algún pueblo lejano y vivir una vida normal y tranquila con ella. Es lo que quieres.

—No, lo que quiero es estar contigo y creo que no lo pude haber dejado más

claro. Lo que quiero es ayudar a terminar con el Concilio y asegurarme de que estaremos a salvo aquí. Mi madre lo entiende y sabe que regresaré por ella después de eso.

Silencio. ¿Cómo podía decir que Elana lo entendía cuando le había rogado que se quedara?

—Elana quiere que estés a salvo y tiene razón —respondí.

—Mi madre sabe que de no ser por ti aún creería que estoy muerto, quiere que sea feliz y sabe que no hay otro modo.

Esa era una conversación que no había escuchado.

—Lo siento, lo hice por ti —dije finalmente.

—No puedes arreglar esto con un «lo siento» —dijo levantando su tono de voz—. Te escabulliste de la habitación como un roedor. ¡Ibas a irte con Zul!

¿Cómo se atrevía a compararme con un roedor?

—¡No me escabullí como un roedor! —repliqué enfadada.

—Se veía así desde la cama —respondió en tono frío.

Alejé mis manos de la empuñadura de Glace.

—Estabas despierto.

Debí darme cuenta.

—¿Crees que soy tonto? Te conozco, Adhara. Sé que no hubieses insistido en que subiera contigo a la habitación cuando sabías que quería estar solo de no haber tenido una razón —replicó.

Odiaba que me conociera tanto, era como si no pudiera hacer nada sin que me delatara.

—Estoy aquí y no iremos a ningún lado sin ti —dije—. No hay nada más que discutir.

Aiden me miró incrédulo y caminó por la habitación intentando calmarse sin éxito.

—¡Estás aquí porque te detuve! No porque tuviste un cambio de parecer —gritó.

—Si te hace sentir mejor, no estaba segura de poder llegar hasta los caballos sin arrepentirme —dije en tono más suave.

Era verdad, mi resolución había comenzado a resquebrajarse cuando el mago salió por la ventana.

—No, no me hace sentir mejor.

No estaba segura sobre qué decir, pero a él parecían sobrarle las palabras.

—Te entregaste a Akashik, me ocultaste lo que pasó con Seith y ahora intentaste irte con Zul en medio de la noche y continuar sin mí. En lo único que puedo pensar es en encadenarte a mi lado para evitar que continúes haciendo más estupideces.

—¡Esas estupideces, como tú dices, fueron para mantenerte con vida!

¿Desde cuándo era yo la que hacía estupideces? ¿Cómo podía cuestionarme

después de todas las estupideces que él había hecho?

—No tienes idea de cómo me siento en este momento.

Fue la primera vez, desde que comenzó la discusión que se mostraba dolido en vez de enfadado.

Me imaginé cómo me sentiría yo si él y el mago intentaran dejarme atrás y sentí apenas una sombra de lo que él debía estar sintiendo. Furia, dolor, traición, decepción...

—No fue mi intención lastimarte, solo quería protegerte —le aseguré con suavidad.

Silencio.

—No volveré a hacer algo así, lo prometo —agregué.

—Necesito poder confiar en ti, Adhara. Y en este momento no puedo hacerlo —me espetó.

No sabía qué me inquietaba más, si sus palabras o la mirada en sus ojos indicándome que era verdad. ¿Podía ser que realmente me hubiera perdido la confianza?

Alguien golpeó la puerta, los dos aguardamos y la reina Lysha no tardó en aparecer tras ella. Llevaba un largo camisón y por su expresión había estado durmiendo hasta hacía poco.

—Oí gritos —dijo observándonos.

—No es nada —respondí.

—Esto se encuentra lejos de no ser nada.

Lo miré sorprendida de que continuara con la discusión frente a Lysha.

—Lamento si la hemos despertado, su majestad —se disculpó Aiden.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Lysha.

Pude imaginar la respuesta de Aiden en mi cabeza.

—Solo... problemas de pareja —respondió.

Al parecer había recobrado algo de su compostura.

—Oh —dijo Lysha.

—Es tarde, es mejor si todos regresamos a la cama —se volvió hacia mí y agregó —. Te escoltaré a tu habitación.

Vi incrédula como agarraba mi bolsa de viaje y me indicaba que lo siguiera. La forma en que actuaba era como si creyera que intentaría irme de vuelta. No podía creer eso, sabía que no lo haría.

No vi rastros del mago mientras íbamos por el pasillo, era extraño que no se hubiese quedado merodeando cerca luego de ver la expresión de furia que había consumido a Aiden.

Lysha nos dio las buenas noches y desapareció. Continuamos hasta mi habitación y una vez adentro Aiden dejó mis cosas en el piso y fue hacia la puerta.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Hay otras habitaciones libres en la posada —respondió Aiden.

Lo miré perpleja, todavía debía encontrarse bastante enfadado si se rehusaba a dormir en la misma habitación que yo.

—De acuerdo.

No me agradaba, pero tal vez era mejor así. Tendríamos tiempo de tranquilizarnos y con suerte a la mañana siguiente Aiden estaría de mejor humor.

Cerró la puerta y me acosté en la cama mirando el techo, no sabía que hora era pero dudaba que pudiera volver a dormir.

La noche fue larga, logré conciliar el sueño pero me desperté en varias ocasiones, para cuando llegó la mañana me sentía cansada como si nunca hubiera dormido. Me quedé en la cama por un largo tiempo hasta que comencé a escuchar movimiento, era mejor si bajaba cuando ya todos lo hubieran hecho. Pensé que el mago vendría para ver qué había sucedido pero aún no había rastro de él. Tal vez Aiden le había dicho que se mantuviera lejos de mí por miedo a que planeáramos otro escape. Lo dudaba, sabía que ninguno de los dos lo intentaría de nuevo, pero era la única explicación que podía pensar.

Bajé silenciosamente intentando descifrar de quiénes eran las voces en la cocina, la voz de Goewyn era alta y fácil de reconocer, también pude distinguir a Lysha, su voz era más aguda y tímida. Para mi sorpresa oí a Zul riendo.

Entré en la cocina y varias personas me miraron desde la mesa: Deneb, Elana, Goewyn, Lysha, Zul y una joven de pelo oscuro y misteriosos ojos grises. Era Zada, la hermana de Zul.

—¡Zada! —exclamé.

Esta se puso de pie y me dio un abrazo.

—Adhara, me alegro de que estés bien —dijo—. Zul me estaba contando que te las habías ingeniado para escapar de los warlocks.

—Con un poco de ayuda —dije mirando a Lysha—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo está Talfan?

—Utilicé el mismo amuleto élfico que me había guiado hacia tus abuelos, le puse una prenda de Zul y me guió hasta aquí —hizo una pausa tras mirar a su hermano y agregó—: Talfan despertó y sus heridas están mejor, pero ya no puede utilizar magia.

Zul parecía haber tomado bien la noticia, pude ver tristeza en sus ojos cuando Zada dijo lo de la magia pero sabía que se sentía aliviado de que estuviera con vida.

Me senté junto a ellos, Zada terminó de contar su historia. Talfan se había despertado dos días después de que los warlocks me hubieran llevado y una vez que estuvo mejor, Zada lo había dejado al cuidado de mis abuelos y desde entonces nos había estado buscando. Como Talfan ya no podía utilizar su pergamino mágico para comunicarse con nosotros, Zada había decidido buscar a su hermano para contarle

que Talfan se encontraba con vida.

Zada parecía cansada, debía haber llegado hacía un rato. Miré alrededor, todos nos encontrábamos ahí a excepción de Aiden.

Pasamos un rato charlando, era extraño estar rodeada de tanta gente pero al mismo tiempo me sentía cómoda con todos los que se encontraban allí. No debía mantener en secreto lo que era, no con ellos, podía ser yo misma.

Goewyn y Deneb parecían más relajados, de vez en cuando se perdían en sus pensamientos o se sobresaltaban un poco con algún ruido inesperado, pero ya no parecían estar conmocionados ante la situación. Goewyn se encontraba feliz de tenernos a todos allí y se esforzaba por asegurarse de que estuviéramos cómodos, en especial Lysha, no solo porque era la reina, sino porque al ser más joven que el resto, la había adoptado como una especie de hermana pequeña.

Elana también parecía estar bien, temí que su trato hacia mí cambiara luego de su conversación con Aiden, después de todo yo era la razón por la cual su hijo insistía en seguir luchando contra el Concilio, pero aún era amable conmigo. A decir verdad había sentido su mirada sobre mí con frecuencia desde que había entrado en la cocina, era extraño.

Le ofrecí a Zada mi habitación para que descansara, a juzgar por su aspecto una buena siesta le vendría bien y Goewyn todavía no habría preparado una habitación para ella.

El mago la acompañó para indicarle el camino y cuando regresó me señaló con la cabeza que lo siguiera. Había tantas personas en la posada que era difícil encontrar un lugar donde hablar, pero los sillones frente al hogar estaban vacíos

—Me alegro de que Talfan se encuentre bien —dije.

—Sí, está con vida y eso es lo que importa —respondió.

Me miró expectante sabiendo que en verdad quería hablar sobre otro tema.

—¿Has visto a Aiden? —pregunté.

—Se fue a la mañana temprano, probablemente quiera estar un rato solo —respondió.

—Lo supuse.

Cuando se enfadaba, desaparecía. Típico de Aiden.

—Fue duro contigo —era una afirmación—. Pero lo que hicimos estuvo mal, lo lastimaste.

Lo observé, tenía la impresión de que quería decir algo más pero no se animaba a hacerlo.

—Creo que es mejor decirle la verdad sobre Sorcha, si sigo mintiendo solo causaré más problemas —agregó el mago.

—Es una buena idea.

Era una excelente idea.

—Esperaré a que Zada regrese con Talfan y se lo diré —dijo más para sí mismo que para mí.

—Nunca lo había visto tan enfadado —dije recordando la escena de la noche anterior.

—Nunca pensé que te llamaría roedor —replicó Zul.

Lo miré extrañada, al parecer no era la única que tenía la mala costumbre de escuchar conversaciones.

—No te vi en el pasillo —dije.

—La habitación de al lado estaba vacía. ¿Sabes que si pones un vaso en la pared puedes escuchar la conversación del otro lado casi con exactitud? —me preguntó con una sonrisa.

—No lo sabía.

Era un buen truco para tener en cuenta.

—Me sentí mal dejándote sola allí, quería asegurarme de que no fuera a exasperarse contigo —agregó rápido.

—Gracias —hice una pausa—. Debí escucharte, fui tonta al intentar dejarlo.

El mago puso una mano en mi hombro tratando de reconfortarme. Odiaba admitirlo, pero tal vez había ido demasiado lejos. Pensándolo bien, era como si Aiden escapara con Goewyn y me dejara aquí. Furiosa no comenzaría a describir cómo me sentiría.

—¡Adhara, allí estás!

Goewyn se detuvo frente a nosotros, parecía algo agitada y había una expresión de alarma en su rostro que se volvió alivio al verme.

—¿Sucede algo? —pregunté llevando mi mano hacia la espada de manera instintiva.

—No, es solo que... ¡Me olvide de ofrecerles té! —dijo.

Zul y yo intercambiamos miradas, incluso para Goewyn eso era actuar extraño.

—Tomamos té en la cocina, dos veces —respondí.

—Oh, cierto, deben ser los nervios, este tema de los demonios oscuros aún está rondando en mi cabeza —dijo con una risita nerviosa.

Parecía tranquila en la cocina, me pregunté qué estaría sucediendo en su cabeza.

—Son magos oscuros, no demonios —la corrigió Zul.

Goewyn asintió y se alejó sin decir nada. El mago y yo continuamos con nuestra conversación, Aiden apenas había intercambiado dos palabras con él en la mañana y solo para avisarle que partiríamos al día siguiente. El mago estaba de acuerdo conmigo en que la reina Lysha estaría a salvo quedándose en la posada.

Lysha me agradaba y haría lo posible por mantenerla a salvo pero esa no era la única razón, si algo le pasaba no tenía ningún heredero que asumiera el trono.

Los elfos me habían enseñado que uno de los problemas más comunes en la

sociedad de los hombres se daba cuando un rey o una reina morían sin dejar ningún heredero legítimo que ocupara el trono. Todos aquellos que creyeran tener derecho a él comenzarían una guerra que solo resultaría en más caos para Lesath.

Lysha era la última de su familia, debía vivir y retomar su lugar como reina una vez que todo hubiera terminado.

Deneb entró en la sala y se sentó en uno de los sillones con un libro en su mano, nos hizo un breve gesto saludándonos y comenzó a leer su libro. Algo en su actitud era sospechosamente extraño pero no dije nada; siendo su casa nadie podía pedirle que fuera a leer a otro lado.

El mago reprimió una risa y cuando lo miré con curiosidad no dijo nada al respecto.

Comenzaba a sentirme un poco encerrada, le indiqué a Zul que iría afuera a tomar un poco de aire fresco y este me siguió. Antes que pudiéramos salir, Elana se interpuso en nuestro camino, había algo inquietante en la forma en que me miraba.

—¿Hacia dónde te diriges, Adhara?

—Afuera, necesito un poco de aire fresco —respondí.

—Necesito ayuda para terminar unos vestidos, noté que eres buena cosiendo —dijo Elana.

No tenía ganas de coser, pero hubiera sido descortés negarme. Además el hecho de que me pidiera ayuda era una buena señal, significaba que no me odiaba. Pero aun así había algo sospechoso, algo andaba mal, todos se comportaban de manera inusual.

—Creí que aún tenías bastantes vestidos para vender —dije con ingenuidad.

—Son para Lysha, no está acostumbrada a repetirlos —se apresuró a decir.

Escuché pasos y luego susurros. Me di vuelta, Goewyn y Deneb nos estaban observando desde la otra habitación. En el momento en que nuestras miradas se cruzaron, se dieron vuelta sobresaltados y pretendieron estar ocupados. Era como si me hubiesen estado espiando.

Los tres habían mantenido sus miradas en mí toda la mañana, estaba comenzando a pensar que habían perdido la cabeza cuando otra explicación apareció en mi mente.

—Aiden les pidió que me vigilaran —dije volviéndome a Elana.

Esta guardó silencio por un momento, pero finalmente asintió con la cabeza.

—¿Tú sabías esto? —le pregunté al mago.

—No, pero comencé a sospecharlo cuando Goewyn nos ofreció un té por tercera vez —respondió.

Me sentía molesta, habían estado espiándome de manera descarada desde que me había despertado.

—Mi hijo me contó lo que sucedió, tenía miedo de que lo intentaras de nuevo —dijo Elana con suavidad.

—Le dije que no volvería a hacerlo, pero aparentemente hablaba en serio cuando

dijo que ya no confiaba en mí —repliqué molesta.

Elana puso una mano en mi hombro y para mi sorpresa había una gentil sonrisa en su rostro.

—Sé que lo hiciste para protegerlo y para que pudiera pasar más tiempo conmigo, creo que fue un maravilloso gesto y te estoy agradecida —dijo Elana—. Pero Aiden se encuentra decidido a ir contigo y entiendo por qué lo hace, tú también eres su familia.

Sus palabras me helaron, no pensaba en Aiden como familia, no exactamente, esa palabra solo guardaba relación con mis padres. Sabía que era él, que si debía elegir a alguien con quien casarme y formar una familia sin duda sería él, pero el hecho de que ya pensara en mí como familia era algo inquietante y abrumador. También me sorprendió que hubiera aceptado que Aiden viniera con nosotros. Sabía que Aiden lo había dicho, pero había imaginado que lo había aceptado porque no tenía otra opción y no porque pensara que era lo correcto.

—Cuidaré de él, Elana. Tienes mi palabra —dije.

Debía ser insoportablemente difícil para ella dejarlo ir, quería que supiera que haría todo lo posible para mantenerlo a salvo.

Puso sus brazos alrededor de mí y me dio un abrazo, le devolví el gesto, su contacto no me resultaba inquietante y por suerte no me estrujaba contra ella como lo hacía Iara.

—Sé que lo harás, Adhara.

UN INTRUSO EN LA NOCHE

Tras asegurarle a Elana una y otra vez que en verdad solo necesitaba un poco de aire fresco, finalmente accedió a dejarnos pasar. El día se encontraba horrible, las nubes cubrían el cielo y una espesa neblina apenas hacía visible el paisaje. Zul y yo nos sentamos en las escaleras de la entrada.

Tenía una pregunta en mente para el mago desde hacía un tiempo, sabía que la magia provenía de la naturaleza. Los elfos al estar en mayor contacto y comprensión de la naturaleza poseían un control más profundo y completo de la magia. Pero los humanos rara vez se sentían tan en contacto con ella. Era por eso que solían concentrarse más en los elementos que en la naturaleza como un conjunto. La magia se podía percibir con más fuerza en los elementos: viento, tierra, fuego y agua.

Había notado que Zul solía enfocar su atención en el viento más que en los otros elementos, y Sorcha tenía la costumbre de utilizar hielo. Si lo pensaba, aun yo me había vuelto más afín a utilizar hechizos de fuego. Pero Seith parecía no concentrarse en ningún elemento en particular. ¿Era posible que su magia fuera tan poderosa que pudiera conectarse con la misma facilidad con todos los elementos?

El mago negó con la cabeza, estaba seguro de que ningún humano podría lograr la concentración suficiente como para controlar tanta magia al mismo tiempo, incluso alguien poderoso como Seith. No lo había pensado con anterioridad pero si tenía que adivinar por el tipo de hechizo que utilizaba, creería que Seith utilizaba magia del elemento tierra.

Era posible, de los cuatro era el más compatible con su personalidad, constante y que rara vez sufría alteraciones.

Podía sentir las miradas de Goewyn y Deneb observándonos por la ventana. Me resultaba irritante pero no podía culparlos, solo estaban haciendo lo que Aiden les había pedido.

Aún me encontraba sorprendida de que Goewyn fuera la hija de un noble. Sus gustos eran sencillos y no era elegante ni refinada como aquellas mujeres que había visto en el baile de máscaras. Pero si lo pensaba era buena cocinando, haciendo manualidades, en una ocasión la había visto tocar un instrumento que los humanos llamaban violín y manejar una posada por su cuenta no podía ser fácil. De seguro había recibido una instrucción similar a la que Lysha había tenido de niña. No comprendía por qué ese tipo de enseñanzas se limitaba a las mujeres con sangre noble. En Naos había notado que las jóvenes de allí no acostumbraban a ser buenas en todo, sino que era suficiente con que fueran buenas esposas y pudieran mantener en orden sus casas.

En mi opinión todos deberían poder ser libres de elegir lo que consideraran que fuera importante para su formación. Mis padres en gran medida me habían permitido

esa libertad, aunque no podía ignorar el hecho de que me había equivocado al no esforzarme por aprender magia. Mi padre no me había presionado sobre el tema pero debía admitir que de haberme obligado me hubiese hecho un favor. De haber aprendido a utilizar magia como los elfos, Seith nunca hubiese podido dañarme.

Zul y yo levantamos la cabeza al mismo tiempo, alguien se acercaba galopando, podía oír el ruido de los cascos golpear contra el suelo. Intentamos ver con mayor claridad pero era imposible debido a la neblina. Aguardamos alerta hasta que una figura salió de entre la niebla a metros de nosotros.

El caballo era tan blanco que apenas se podía distinguir de la niebla que lo rodeaba, era como si la persona que iba a arriba estuviera flotando en el aire.

Aiden desmontó y tras palmear el cuello del animal, tiró de sus riendas y lo guió en dirección a los establos. Zul y yo lo seguimos en silencio, aun parecía enfadado y el hecho de que no nos hubiera saludado lo confirmaba.

Aguardamos mientras llevaba el caballo a un establo junto a Daeron y una vez que terminó de ponerle comida, no tuvo más opción que volverse hacia nosotros.

—Es hermoso —exclamé aún con mi mirada en el caballo.

—Es una yegua —respondió Aiden corrigiéndome.

—Parece estar en muy buen estado —observó el mago—. ¿Dónde la conseguiste?

—Hay un hombre que cría caballos casi llegando a las afueras, lo noté el día que llegamos —replicó—. No fue barata pero el precio fue justo. Alshain es joven y fuerte, mantendrá bien el paso.

Alshain era el nombre de una estrella, su anterior dueño había tenido buen gusto, iba a la perfección con ella.

—Fue una buena idea —dijo Zul—. Ahora que lo pienso era demasiado peso para solo dos caballos.

—Al menos las mentiras de Adhara sirvieron de algo —le espetó Aiden.

El mago me miró confundido pero evité su mirada.

—Según ella esta fue tu idea y la tuviste ayer —agregó.

Su actitud estaba comenzando a molestarme, comprendía que aún estuviera enojado pero era innecesario que me hablara en ese tono.

—Será mejor que regresemos, Goewyn, Deneb y Elana se alarmarán si no me ven —dije—. Es curioso, es como si me hubiesen estado vigilando todo el día.

Intercambié una mirada con Aiden y este pasó a mi lado sin decir nada.

Cuando regresamos, la reina Lysha se encontraba sentada donde habíamos estado sentados Zul y yo hacía unos minutos. Parecía estar buscando algo y por su expresión al vernos, era a nosotros a quien buscaba.

—¿Le dijiste a una niña de quince años que me espicara? —pregunté indignada.

—No, supuse que la reina de Lesath tendría cosas más importantes que hacer que vigilarte a ti —respondió Aiden.

—Sí, como coser vestidos y comer —dijo el mago en tono sarcástico—. Asuntos reales.

Reprimí una risa, incluso Aiden parecía tentado. Lysha se acercó a nosotros, había cierta determinación en su rostro. Aun allí en medio de Zosma lucía como si fuera de la realeza, su pelo se encontraba prolijamente peinado, lo llevaba trenzado en los costados sobre sus orejas y el resto caía ondulado hasta su cintura. Había terminado el vestido que le había ayudado a coser, era de un claro color beige y con detalles en las mangas y el cuello.

Era bueno que nos encontráramos rodeados de neblina, solo le faltaba la corona y no quedaría duda de que se trataba de la reina.

Le indiqué que entrara a la posada pero ella se negó.

—Necesito hablar con ustedes.

—¿Podemos ayudarla en algo, majestad? —preguntó Aiden.

Al menos no había perdido sus modales del todo, Lysha insistía en que la llamáramos por su nombre, pero él y Goewyn aún seguían utilizando «su majestad» la mayor parte del tiempo.

—Escuché a Elana hablando con Goewyn, dijo que mañana se irían —dijo Lysha.

—Así es —respondió Aiden.

—Quiero ir con ustedes, sé que tienen un plan para derrotar al Concilio de los Oscuros y quiero ayudarlos.

Zul dejó escapar un suspiro, había algo de frustración en él.

—No puedes venir con nosotros, Lysha —dije.

Entendía que quería luchar por Lesath pero no podíamos cuidar de ella, sería una carga más que una ayuda.

—Tú me dijiste que debía pelear por lo que quiero y es lo que haré —respondió la reina.

—Lo siento, su majestad, pero Adhara tiene razón. No puede venir con nosotros, es demasiado peligroso —dijo Aiden.

Al menos creía que tenía razón en algo.

—Es mi deber como reina —replicó Lysha—. Debo proteger a mi gente, no puedo permanecer aquí escondida.

—Tu deber es mantenerte a salvo para poder recuperar tu lugar en el trono una vez que eliminemos a los warlocks —respondí—. No tienes herederos Lysha, no puedes arriesgarte a dejar Lesath sin un líder.

Aiden y Zul me observaron, por sus miradas era la primera vez que pensaban en ello.

—Tampoco puedo quedarme aquí sin hacer nada —insistió.

—No vendrás con nosotros —dijo el mago con firmeza.

Los ojos azules de Lysha se volvieron vidriosos y se cruzó de brazos al tiempo

que nos imploraba con la mirada que la dejáramos venir.

—Puedes pensar en los proyectos que harás cuando seas libre de tomar tus propias decisiones como reina —sugerí.

Ahora que lo pensaba, los warlocks la habían manejado como una marioneta desde que sus padres murieron, jamás había reinado por su cuenta.

—Hay varios asuntos en la corte que necesitan mi atención, supongo que puedo trabajar en ello —dijo resignada.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Zul.

Aiden lo codeó y le dirigió una mirada de desaprobación. Zul en verdad debía pensar que lo único que hacía la reina era comer y coser vestidos.

—El tratado con los goblins —dijo Lysha en tono defensivo—. Hace años que intentan hacer un tratado de intercambio con nosotros. Ellos manejan toda las minas de oro, pero poseen muy pocas de diamantes. Akashik no me ha dejado firmarlo porque cree que los goblins podrían sospechar de su presencia. Pero una vez que no estén podré hacerlo, sería muy beneficioso para Lesath.

Los goblins eran codiciosos, debían tener más que suficiente oro si se encontraban dispuestos a cambiar una parte por diamantes. Según los elfos ninguna riqueza sería suficiente para ellos, podría llover oro y aun querrían más.

—Puedes trabajar en eso —dijo Aiden.

—Al menos cuéntenme como planean matarlos —dijo Lysha.

—¿Por qué lo preguntas? —había desconfianza en la voz de Zul.

—Soy la reina, merezco saberlo —respondió en tono firme.

Era la primera vez que la veía tomar esta actitud, había algo nuevo en sus ojos, algo que no podía descifrar. Tal vez merecía más crédito del que le había dado. El mago observó a Lysha, a juzgar por su expresión no podía importarle menos que fuera la reina.

—No, es mejor si no sabes nada al respec...

—Iremos al pueblo olvidado de Agnof, el Corazón del Dragón se encuentra cerca de allí, lo utilizaremos para acabar con ellos y luego lo destruiremos —lo interrumpió Aiden.

Zul le lanzó una mirada furiosa. Lysha permaneció pensativa por unos segundos.

—Espero que su plan funcione —dijo finalmente.

Tras estas palabras entró en la posada, parecía enojada. Debió pensar que nos convencería de ir con nosotros.

—Lysha me ayudó a escapar, no tiene malas intenciones —dije.

—No lo sé. No me agrada —respondió Zul.

—¿Zada vendrá con nosotros?

La pregunta me sorprendió, me volví hacia Aiden.

—No, por supuesto que no —dijo el mago—. Regresará a Saiph.

Después de nuestro enfrentamiento con Sabik y Dalamar habíamos decidido que no volveríamos a poner en riesgo a Zada y Talfan.

—Entonces debo pedirle un favor, necesito que lleve a mi madre con ella cuando regrese —dijo Aiden.

—Creí que Elana se quedaría aquí con Goewyn —dije sorprendida.

—Me dijo que le gustaría conocer a tus abuelos y esperar junto a ellos en Saiph —replicó Aiden.

Su tono era frío de nuevo. A Iara le agradecería conocer a Elana y que esperara con ellos a que regresáramos.

La noche llegó rápido, Goewyn había preparado una especie de banquete para despedirnos, había comida por todos lados. Primer plato, segundo plato, postre. Debió haber pasado horas y horas en la cocina. Todos conversaban animadamente: Goewyn y Elana intercambiaban recetas; Deneb le estaba contando a Aiden que él y Goewyn estaban pensando en tener un hijo pronto, no me sorprendía, eran unos años mayores que yo y además Goewyn parecía bastante maternal; Zul y su hermana discutían la mejor ruta para llegar a Agnof. Partiríamos todos juntos a la mañana siguiente, ya que el camino a Saiph iba en la misma dirección. Marcharíamos juntos por unos días y, luego, Zada y Elana continuarían por otro camino.

La única persona que se encontraba distante era Lysha, no parecía tener ganas de hablar y comía silenciosamente. Parecía molesta. Debía sentirse desilusionada de no poder convencernos de venir con nosotros. Estaría bien en unos días, tarde o temprano aceptaría el hecho de que si nos acompañaba solo entorpecería las cosas.

El mago me preguntó algo y me uní a su conversación con Zada. Ambos creían que había algo extraño en el pueblo olvidado de Agnof, no comprendían por qué permanecía deshabitado aun tantos años después de la plaga. En mi opinión ese tipo de tragedias dejaban una marca permanente, si muchas personas habían perdido su vida allí, era probable que hubiera quedado una energía triste y pesada.

Nos quedamos conversando hasta tarde, era como si quisiéramos evitar que llegara la mañana, continuamos comiendo aunque ya no teníamos apetito y hablando hasta que no hubo más temas de conversación. Finalmente, cuando comenzamos a quedarnos dormidos sobre la mesa decidimos que era hora de descansar.

Seguí a Aiden con la mirada preguntándome dónde dormiría, la respuesta no tardó en llegar cuando vi a Goewyn entregarle una llave. Extrañaba sentirlo a mi lado cuando dormía pero no le pediría que regresara si él no quería hacerlo.

Me acosté intentando sacarlo de mis pensamientos, sería la última vez que dormiría en una cama por un largo tiempo, tenía toda la intención de tener una buena noche de sueño.

Nos habíamos acostado tan tarde que el plan de salir al amanecer se vio

cancelado, era el mediodía cuando todos nos encontrábamos despiertos y listos para partir. Goewyn me había dado un largo abrazo, ahora que sabía la verdad estaba preocupada de que nos pasara algo. Le aseguré que estaríamos bien y ella prometió cuidar de la reina.

Lysha nos dedicó una sonrisa y nos deseó suerte, debía ser una costumbre real saludar a las personas de manera cordial y no estar sujetándolas o abrazándolas. Ahora que lo pensaba, al igual que yo parecía evitar el contacto con otras personas.

Tras una última mirada a «La oveja perdida» con Goewyn, Deneb y Lysha saludándonos desde la puerta, comenzamos a alejarnos al paso.

Aiden iba adelante guiando el camino, odiaba admitirlo pero se veía majestuoso arriba del caballo blanco, como si fuera un príncipe. Palmeé el cuello de Daeron, era bueno tener las riendas en mi mano de vuelta. Me sentía cómoda cuando iba detrás de Aiden, pero se sentía bien ir sola en Daeron.

El mago iba a mi lado estudiando los alrededores, ya no nos encontrábamos seguros en la posada, a partir de ese momento podíamos esperar todo tipo de amenazas y lo sabía.

Zada y Elana venían detrás de nosotras. Podía ver el arco y flecha en la montura de Zada y al igual que su hermano su atención se encontraba en el camino, Elana por su lado parecía más relajada.

El día transcurrió tranquilo y una vez que nos alejamos de Zosma, y del banco de niebla que la cubría, el paisaje se volvió más pintoresco. Los caballos parecían felices de ver verde en lugar de gris, aquí los prados eran extensos y de un vivo color verde, a diferencia de los de Zosma, que habían sido secos y de un verde pálido.

A la noche acampamos debajo de un grupo de pinos, las ramas nos escondían a la perfección y aprovechamos para hacer una pequeña fogata. Los dos días que le siguieron fueron similares y transcurrieron sin eventos indeseados. Me agradaba que Zada y Elana se encontraran con nosotros, de alguna manera hacían que nos sintiéramos más tranquilos. Cuando éramos solo nosotros tres apenas nos deteníamos a descansar durante el día y a la noche cenábamos rápido y dormíamos. Con ellas debíamos parar cada un par de horas y la cena no solo era más elaborada, la madre de Aiden era una excelente cocinera, sino que todos parecíamos de buen humor y no tan cansados.

Era la tercera noche desde que habíamos dejado Zosma y me encontraba de espalda mirando las estrellas. Era mi turno de hacer guardia y estaba acostada junto a lo que quedaba de la fogata, no hacía frío pero me gustaba sentir la calidez de las llamas en mi cara. Aiden y Zul dormían cerca de mí, ya que Zada y Elana dormían en las tiendas.

No me molestaba estar a la intemperie, quería disfrutar de ese clima antes de cambiarlo por el frío de la montaña.

Lo único que podía escuchar era el canto de los grillos y, en ocasiones, lechuzas y otros pájaros volando cerca de nosotros. Las lechuzas cazaban de noche y ya me había acostumbrado a escuchar su ulular o sus movimientos en las ramas.

Cerré mis ojos, me encontraba relajada y no veía nada extraño en los alrededores. No tardé en recuperar la conciencia, solo me había dormido por un par de minutos. Odiaba hacer guardia pero era necesario.

Mis ojos se abrieron, había alguien cerca de mí, podía sentir su presencia y oír las silenciosas pisadas en el pasto. Con un leve movimiento casi imperceptible giré mi cabeza para poder ver mejor. Había una figura de rodillas junto al pequeño caldero que se encontraba en lo que quedaba de la fogata, las llamas se extinguirían en cualquier momento. Intenté ver su rostro, pero el fuego era tan débil que apenas iluminaba. Sin perder un segundo, tomé mi espada y me paré de un salto colocando el filo de Glace sobre la nuca del intruso. Este permaneció inmóvil arrodillado de espaldas a mí.

—Suelta cualquier tipo de arma que tengas y muéstrame tu rostro —dije con voz firme—. Si intentas algo, no dudaré en atravesarte con mi espada. Estás advertido.

La figura llevaba una capa roja y tras remover la capucha se puso de pie y se volvió hacia mí, su pelo era rojo como el fuego y sus ojos azules del color del hielo.

—Sorcha —exclamé sorprendida.

Aiden y Zul se levantaron de manera abrupta algo confundidos y al verla, el primero tomó su espada y el segundo dirigió una mirada de horror levantando una de sus manos hacia ella.

—Tu magia no funciona contra mí, mago —dijo Sorcha—. ¿Lo olvidaste?

Zul la miró con una mezcla de sorpresa y frustración.

—Tu magia tampoco funciona contra él —espeté—. ¿Recuerdas?

Sus ojos se volvieron hacia mí y me miró con desagrado.

—Eres una gran molestia para mí, elfa.

—Tú tampoco me agradas —respondí.

Aiden vino a mi lado y levantó la espada hacia ella apoyando la punta de acero sobre su pecho.

—¿Qué haces aquí, Sorcha? —preguntó.

—Aiden Moor, el traidor —dijo Sorcha—. Supongo que ahora me llaman a mí de la misma manera.

—¿A qué te refieres? —preguntó Aiden.

—Blodwen dijo que tendría mi cabeza en una bandeja si no le llevaba el corazón del mago, no solo fallé en eso sino que Sabik y Dalamar están muertos —dijo con frialdad—. Decidí que si quería mantenerme con vida era mejor no regresar.

—Fue una buena decisión, el Concilio envió a Seith por tu cabeza —respondí.

No parecía sorprendida por la información, debió saber que lo enviarían tras ella.

—¿Qué haces aquí, Sorchá? —preguntó Aiden de nuevo levantando el tono de voz.

Era fácil adivinarlo.

—¿Creíste que podías tomarnos por sorpresa, entregarnos al Concilio e implorar por su perdón? —pregunté enfadada.

—No, Blodwen tiene cierta fascinación por la venganza, me recibiría con los brazos abiertos y luego me mataría mientras duermo —hizo una pausa—. Además me gusta mi libertad, no volveré a recibir órdenes de nadie.

Le hice un gesto a Aiden para que no bajara su guardia, Sorchá era tan engañosa como una serpiente.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó el mago.

Sus ojos grises brillaban peligrosos y su mirada era amenazante.

—La guardia real se encargó de repartir un pergamino con mi descripción, me acusan de ser una criminal que apuñaló al noble Larson Acmar para robarle su oro. Es difícil sobrevivir lejos de los pueblos... —dijo de mala gana.

Recordé la conversación que había presenciado en las recámaras del Concilio cuando Akashik me había secuestrado, él y los demás habían estado discutiendo cómo justificar la muerte de Sabik y Dalamar. Al parecer habían matado dos pájaros de un tiro.

—¿Quieres unirse a nosotros? —preguntó el mago incrédulo.

—No —le espetó Sorchá como si el solo pensamiento la repugnara—. Solo buscaba provisiones.

Aiden dejó escapar una risa seca, no le creía. Observé a Sorchá y recordé que, cuando desperté, la había visto comiendo del caldero.

—No debiste venir aquí, Sorchá —dijo Aiden.

Sorchá tocó la espada de Aiden con su mano y esta comenzó a congelarse.

—No me gustan las amenazas —respondió.

Presioné a Glace contra ella indicándole que se detuviera. Sorchá me miró de manera desafiante pero, al hacer más presión con la espada, se detuvo. No podía descifrar qué era lo que en verdad quería, de querer atacarnos ya lo hubiese hecho. Una flecha pasó a mi lado y se clavó en su brazo, Sorchá dejó escapar un grito.

—La próxima va al corazón.

Los cuatro nos volvimos, Zada se acercó apuntando una nueva flecha hacia ella. Su expresión era de furia y había determinación en sus ojos.

—¿Tu hermana? —preguntó Sorchá mirando con molestia al mago.

—Pagarás por todas las veces que intentaste matarlo —dijo Zada furiosa.

—Te destrozaré si vuelves a lanzarme otra flecha —replicó Sorchá.

El mago fue hacia Zada de manera protectora, podía ver el debate interno en su expresión.

—Esto es por mi hermano.

Con estas palabras Zada lanzó otra flecha, esta vez al corazón, la flecha se volvió hielo y luego polvo. Creí ver alivio en el rostro de Zul cuando una segunda flecha voló en el aire. Zada sabía que detendría la primera y había tenido lista una segunda que lanzó con una velocidad inusual para una humana.

—¡No! —dijo la voz del mago.

Había desesperación en su rostro, observé a Sorchá y al ver su mirada de horror comprendí que no llegaría a detenerla.

Sin pensarlo, cerré los ojos y al instante siguiente tomé la flecha con mi mano deteniéndola antes de que llegara a Sorchá. Era bueno tener instintos casi tan agudos como los de los elfos.

Zada, Aiden y Sorchá me miraron boquiabiertos, Zul parecía incrédulo y aliviado al mismo tiempo. Podía sentir todas las miradas sobre mí. Sorchá aprovechó la incertidumbre de la situación y gritó un conjuro, desapareciendo en la noche tras una cortina de humo. Una vez que se despejó, levanté mi espada mirando a los alrededores, nada. Había escapado y no tenía intenciones de volver.

—¿Quieres explicarme lo que acaba de suceder? —preguntó Aiden desconcertado.

—No, realmente —respondí evitando su mirada.

Elana asomó la cabeza por su tienda y Aiden le dijo que permaneciera allí por las dudas. No parecía convencida, pero le hizo caso.

Zada se paró delante de mí, su enojo era evidente.

—¿Por qué la detuviste? —me gritó—. De no haber sido por ti estaría muerta.

—Actuaste precipitadamente, Zada.

No sabía qué más decir y no me agradaba su tono de voz.

—Es una Nawa, te arrojó una serpiente en dos ocasiones —dijo Aiden.

—Lo sé —respondí simplemente.

No necesitaba que me lo recordara, odiaba a Sorchá y de no ser por Zul jamás hubiese detenido esa flecha.

—¿Acaso has perdido la cabeza? —preguntó Aiden.

Él solía perder la cabeza, no yo.

—Luego de tres días has decidido hablarme —repliqué.

Era la conversación más larga que habíamos tenido desde aquel incidente en la noche.

—Explícame por qué lo hiciste, Adhara —exigió Zada.

Ambos me miraron exasperados. No se detendrían hasta que nos les diera una explicación coherente de por qué impedí que Zada terminara con uno de nuestros enemigos. Había pensado que Aiden volvería a ignorarme luego de remarcarle que apenas me había hablado en los últimos tres días, pero sus ojos aún se encontraban en

mí esperando una explicación.

Le imploré a Zul con la mirada que hiciera o dijera algo que ayudara a cambiar de tema. Intercambiamos una larga mirada y sentí una ola de gratitud de parte de él.

—No lo mires a él —dijo Aiden casi gritando—. Estoy harto de sus secretos.

Lo miré sin saber qué decir, no pensé que la situación entre nosotros pudiera empeorar pero aparentemente sí podía. ¿Cómo podía responder sin mentirle o revelar el secreto de Zul? Era simple, no podía. Silencio.

—Adhara detuvo la flecha porque sabe que estoy enamorado de Sorcha.

Las palabras resonaron en la noche, seguidas del más tenso silencio. Aiden lo miró incrédulo, no parecía estar seguro de haber escuchado bien. Zada permaneció helada, las palabras debían estar repitiéndose en su mente. Había tantas emociones diferentes en su rostro, que era imposible descifrarlas.

Zul fue hacia ella, pero esta se alejó un poco de él.

—No es posible —dijo—. Tú aborreces a Sorcha, intentó matarte miles de veces.

Este no respondió, no sabía si era por el reflejo de la luna pero se veía pálido. Sorcha había complicado todo al aparecer, de otra manera jamás lo hubiese confesado delante de su hermana.

—No quería que me odieras —dijo el mago con un hilo de voz—. Intenté enamorarme de Adhara para cambiar mis sentimientos por Sorcha, pero no funcionó. Por favor, no me odies.

Había horror en los ojos de su hermana. Aiden lo observó en silencio, su mirada era de comprensión.

—Es evidente que Sorcha lo hechizó —dijo Zada exasperada volviéndose a mí—. Debemos hacer algo.

—La magia no puede manipular sentimientos —respondí.

El mago la tomó por los hombros y la abrazó.

—Eres lo más importante que tengo, Zada. Eso nunca cambiará —le aseguró.

Me sentía apenada por Zul, pero al mismo tiempo no podía evitar sentirme aliviada de que Aiden lo supiera.

—Necesito estar sola —dijo Zada apartándose de él.

Comenzó a caminar hacia los árboles, pero Aiden le cortó el paso.

—No es seguro que deambules sola por el bosque —dijo—. Regresa a la tienda, nadie te molestará.

Zada lo miró molesta y al ver que no la dejaría pasar fue de mala gana hacia la tienda. Era lógico que la situación la enfadara, pero no podía comprender su enojo con Zul. No era algo que él hubiese elegido voluntariamente, odiaba sentirse así a tal punto que incluso había intentado matarla.

—Gracias —dijo Zul mirando a Aiden—. Lamento haber mentido.

—Entiendo por qué lo hiciste —respondió este de manera amistosa—. Lo digo en

serio, Zul. Te compadezco.

—Yo mismo me compadezco —respondió el mago—. Es una pesadilla.

Fui hacia él y apoyé mi mano en su hombro intentando reconfortarlo. De solo ver su mirada sabía que aún se encontraba turbado por el encuentro con Sorcha y que la mirada que Zada le había dado tras escuchar la verdad le había causado un profundo dolor.

—Gracias otra vez, Adhara —dijo Zul—. Sé que te gustaría matarla y aun así le salvaste la vida.

—Sorcha no tiene ninguna intención de volver al Concilio. Solo buscaba comida —dije intentando animarlo.

Era la verdad, en los minutos en que estuve dormida había tenido su oportunidad de atacar y no lo había hecho.

—Zada no me perdonará.

—Sí lo hará —dijo Aiden.

Pasamos el resto de la noche haciendo guardia. Elana se nos unió al poco tiempo y permaneció junto a Aiden. Al día siguiente los caminos nos separarían y de seguro quería pasar cada momento que pudiera con su hijo. Era una mujer de corazón fuerte y gentil, había mucho de ella en Aiden.

La noche pasó lenta, Elana revivió el fuego y preparó bebidas calientes. No hacía frío pero la brisa era más fresca que durante el día. En Alyssian las estaciones eran largas y los cambios eran sutiles, no hacía frío como el que experimentaríamos en el Monte Luna y definitivamente no había nieve.

Levanté la cabeza y contemplé los alrededores, me sentía observada, no era la primera vez que tenía esa sensación. Dudaba que Sorcha regresara pero no podía evitar pensar que alguien nos observaba desde la oscuridad, mantuve a Glace cerca y permanecí atenta.

Zul miraba la tienda cada un par de minutos con la esperanza de que su hermana emergiera de ella pero no tuvo suerte. Esperaba que Zada entrara en razón e hicieran las paces antes de que nos separáramos.

Observé a Aiden, este me dedicó una corta mirada y luego volvió su atención hacia Elana, habían estado conversando en voz baja. Podía escuchar lo que decían si me concentraba, pero era mejor si les daba privacidad. Odiaba que pudiera mantenerse enojado por tanto tiempo. Era extraño estar cerca de él y que no habláramos o nos hiciéramos alguna demostración de afecto.

Por momentos quería bajar mi guardia e intentar hablarle pero mi orgullo me lo impedía, tendría que ser paciente y esperar a que se le pasara. No podía mantener esa actitud para siempre.

Al ponerse el sol, comenzamos a preparar los caballos. Todos parecían querer buscar alguna ocupación que no fuera dirigirse hacia la tienda de Zada. Sabía que

solíamos partir con el sol y hasta ahora no había fallado en despertarse pero hoy no parecía tener intenciones de hacerlo.

El mago parecía estar buscando la determinación para entrar y, al mismo tiempo, tenía miedo de lo que podía oír. Elana se ofreció a despertarla, pero dije que yo lo haría.

Aunque pareciera al revés, Zada era mayor que Zul, no podía comportarse de esa manera inmadura. Sabía que debía sentirse indignada, yo me había sentido así cuando el mago me había contado la verdad en Izar y no tenía un vínculo tan cercano como ella. Pero aun así, no podía continuar enfadada con él, no cuando él había hecho todo lo humanamente posible por no sentirse de esa manera.

Entré a la carpa haciendo ruido para que se percatara de mi presencia. Los ojos grises de Zada me miraron de manera fija. Se encontraba sentada con los brazos alrededor de sus rodillas y a juzgar por sus ojeras no había dormido. Su expresión era la misma que solía tener Zul cuando se encontraba frustrado por alguna situación.

—¿Qué quieres, Adhara?

Su tono brusco me molestó.

—Partiremos dentro de poco —respondí.

No me respondió pero con su mirada dejó en claro que no podía importarle menos lo que había dicho. Me obligué a tranquilizarme antes de hablar, no quería ser grosera con ella.

—Zul no eligió enamorarse de Sorchá —dije.

—¿Cómo puede tener esa clase de sentimientos por ella? Sorchá no mató a nuestros padres, pero posee la misma oscuridad que aquellos que lo hicieron —me espetó.

Era difícil negar ese argumento, sabía que tenía razón.

—¡Tú lo sabías! —continuó Zada—. Lo sabías y no hiciste nada al respecto. Podrías habérmelo dicho pero en vez de eso me dejaste creer como una idiota que Zul sentía algo por ti.

—¿Crees que hay algo que tú o yo podamos hacer al respecto? —pregunte incrédula.

—¡No voy a dejar a mi hermano a merced de esa mujer diabólica! ¿Cómo es posible que no luche contra esos sentimientos? —hizo una pausa—. Si estuviera contigo tardaría segundos en olvidarse de Sorchá.

Mi determinación de no tratarla mal se desvaneció en el momento en que escuché sus palabras, no sabía qué me molestaba más, que pensara que Zul no había hecho nada al respecto o que creyera que era mi culpa.

—No sabes lo que dices, Zada. ¿Crees que a tu hermano le gusta sentirse de esa manera? Zul intentó matar a Sorchá a pesar de lo que sentía para deshacerse de esos sentimientos. Tomó una daga e intentó perforar con ella a la persona que amaba, todo

porque odiaba sentirse de esa manera y porque se sentía avergonzado de lo que pensarías de él. Tu hermano intentó matar a Sorcha para no lastimarte a ti. Y sí, coincido contigo en que es vil y oscura, pero eso no hubiese evitado que matarla lo destrozara. De hecho, agradece que el hechizo se detuvo antes de lograr su cometido. Zul ha conocido más sufrimiento del que cualquier persona debería conocer y no estoy segura de que hubiese podido recuperarse de eso.

Zada palideció y pude ver un cambio en su expresión.

—Y por si no lo sabes, él conoció a Sorcha antes de que yo llegara a Lesath, lo que significa que esto está lejos de ser mi culpa. Sabes que aun si Aiden y yo no estuviéramos juntos, eso no cambiaría lo que siente Zul.

Me detuve, los ojos de Zada se volvieron cristalinos y no quise extralimitarme. Respiré detenidamente buscando tranquilizarme.

—No sabía...—su voz se cortó de manera abrupta—. No sabía que Zul había intentado algo así...

—Debes hablar con él, Zada. No puedes culparlo por algo que no puede controlar —dije.

—No es solo eso, temo que algo le pase, Sorcha no dudará en terminar con él. Debemos hacer algo.

Aun parecía algo enfadada, pero su voz sonaba afligida.

—De hecho, Sorcha tampoco logró matarlo —respondí.

Le conté acerca de la magia antigua que Sorcha había utilizado contra Zul, cómo la magia de él ya no funcionaba contra ella y cómo el hechizo también la había afectado. Zada había presenciado como Sorcha había intentado clavarle una estalactita pero no había comprendido por qué había fallado o las consecuencias de ello. Una vez que le expliqué que la magia de Sorcha tampoco funcionaba contra Zul finalmente logró calmarse.

—¿Crees que Sorcha sienta algo por él? —preguntó atónita ante esa posibilidad.

—No lo sé. Es improbable, pero aun así algo la detuvo —repliqué.

—¿Cómo pudo ocultarme todo esto? —preguntó—. Zul y yo siempre nos hemos contado todo, nunca pensé que guardara esta clase de secretos.

—Probablemente tenía miedo de lo que pensarías de él, de que su relación contigo cambiara.

Zada se puso de pie pero aún parecía reacia a salir de la tienda. Había algo en ella que no había notado con anterioridad, no solo parecía molesta sino que algo en sus ojos se asemejaba a culpa.

—Soy su hermana mayor, es mi deber protegerlo y de alguna manera es él quien siempre me protege a mí —dijo.

Los caballos comenzaron a relinchar y podía oír sus cascos golpeando la tierra, se encontraban ansiosos por partir. Solo faltaba Zada, era mejor si le dejaba unos

últimos momentos a solas.

—No tardaremos en partir —dije yendo hacia la salida.

Zada se paró delante de mí, sus enigmáticos ojos grises fijos en los míos.

—Gracias por detener esa flecha, Adhara.

Asentí con la cabeza y salí de la carpa. Todo se encontraba empacado y listo. Zul me miró expectante intentando averiguar si había hecho algún progreso. Sabía que había logrado calmar el enojo de Zada pero aun así no me encontraba segura de cómo se comportaría con él y no quería darle falsas esperanzas. Fui hacia Daeron sin decir nada y monté de un salto. Por alguna extraña razón todo parecía más simple cuando estaba junto a mi caballo, como si las preocupaciones no pudieran alcanzarme. Alshain comenzó a sacudir sus crines impaciente y Aiden acarició su hocico para calmarla. Me agradaba que tuviera su propio caballo, significaba que podía sentir el viento en la cara cuando galopaba con Daeron. Pero el momento no había sido el más oportuno, tenía el presentimiento de que si los últimos días hubiese estado sujeta a él la mayor parte del día su enojo se hubiese desvanecido más rápido.

Cuando finalmente Zada salió de la tienda, Aiden y el mago se apresuraron a desarmarla y continuamos nuestro camino. La mañana transcurrió tranquila y silenciosa. No tardaríamos en llegar hasta donde nuestros caminos se separaban, Zada y Elana continuarían por la parte sur del bosque hacia Saiph y nosotros iríamos hacia el norte. Debíamos atravesar un pueblo llamado Ness, el camino corto era ir directo por el pueblo, pero Aiden no quería arriesgarse a toparse con la guardia real por lo que bordearíamos el pueblo yendo por el camino largo.

Zada apresuró su caballo y pasó galopando a mi lado para alcanzar a su hermano. La mirada sombría del mago se iluminó al verla. Había permanecido en silencio desde que partimos pero sabía que contaba con poco tiempo y parecía lista para hablar. Sería una charla entre hermanos y no tenía ninguna intención de escucharla. Tiré de las riendas de Daeron suavemente para que disminuyera el paso. Gracias a los elfos mis oídos eran más sensibles que los de los humanos y podía oír a mayor distancia que ellos, tendría que poner unos metros entre nosotros si quería evitar oírlos.

Aiden me miró con curiosidad. Me molestaba que solo me prestara atención cuando creía que ocurría algo, aparté mi mirada de él ignorándolo. No debió tardar en deducir que quería darle espacio a Zul y a su hermana ya que volvió su atención al camino y continuó hablando con su madre. Elana estaba hablando acerca de su padre, había sido uno de los mejores caballeros de la guardia real y un campeón en las justas, al parecer nunca nadie lo había derrotado. Aiden sin duda había heredado su velocidad y su agilidad con la espada. Me hubiese gustado conocer a su padre, por la forma en que Elana hablaba de él, Aiden también había heredado su testarudez.

La hora de despedirnos llegó junto al atardecer, la atmósfera se volvió algo triste,

el camino se dividió ante nosotros. Zul y Zada parecían haber hecho algún progreso y se dieron un abrazo al despedirse, no parecían tan alegres y despreocupados como estaban cuando se encontraban juntos, pero al menos Zada parecía haber dominado su enojo. Se despidió de mí con un corto abrazo, debía saber que el contacto con las personas me inquietaba, la próxima vez le haría saber que el suyo no me molestaba. Al abrazarme me susurró «Gracias por ser tan buena amiga con Zul y por ser mi amiga». Después de lo que le había dicho en la carpa me sorprendió que me agradeciera o que pensara en mí como su amiga, básicamente le había dicho que Zul había intentado matar a Sorcha por ella. Pero Zada por lo general tenía buenos instintos.

La despedida entre Aiden y Elana fue más larga y sentimental, se abrazaron por un largo rato y Aiden le prometió que haría todo lo posible para regresar pronto. Los ojos de Elana se encontraban vidriosos pero no lloró, puso una expresión serena y despidió a su hijo con una sonrisa.

Luego me tomó en sus brazos y acarició mi pelo de manera afectuosa mientras me decía que tuviera cuidado y que cuidara de Aiden. La manera en que nos pidió que nos mantuviéramos a salvo y no nos enfrentáramos a más peligro del necesario me recordó el día en que me despedí de mis padres al dejar Alyssian. Mi madre había tenido confianza en que me encontraría bien, pero mi padre había pasado toda la semana anterior dándome todo tipo de consejos. Diecinueve años no era nada en la vida de un elfo, para él no era más que una niña.

EL PUEBLO OLVIDADO DE AGNOF

No nos detuvimos a descansar en la noche, ahora que Elana y Zada ya no estaban con nosotros debíamos apresurarnos. No me molestaba avanzar de noche, todo era silencioso y oscuro pero había cierta emoción en ello. Era como avanzar hacia lo desconocido. Nos llevó toda la noche rodear el pueblo de Ness. Al llegar el amanecer continuamos al paso para dejar que los caballos se recuperaran un poco.

Aiden debió oír las voces al mismo tiempo que yo, ya que intercambiamos miradas y nos detuvimos. Aguardamos en silencio y volvimos a oírlos, eran dos hombres. Se encontraban a pie, no se oía ruido de caballos. No lográbamos verlos pero debían encontrarse cerca de nosotros. Probablemente eran de Ness.

Zul hizo un gesto para que continuáramos, estaba a punto de aflojarle las riendas a Daeron para que continuara avanzando cuando las palabras de uno de los hombres llamó mi atención.

—¿Has oído los rumores? Henry, el ayudante de cocina del castillo, regresó de Izar y dijo que algo malo ocurre con la reina Lysha.

—Ahora que lo dices creo haber oído algo... —respondió el otro hombre.

—Nadie ha visto a la reina desde hace días.

—Tal vez se encuentra enferma.

—Henry oyó a William Connaught, su consejero real, decir que su salud era delicada y que tendría que descansar por las próximas semanas.

—¿Crees que alguna peste aceche Izar? He oído que aquel noble Larson Acmar murió de una fiebre.

—No lo sé, Henry insiste en que sucede algo extraño... Asegura que William no deja que nadie se acerque siquiera a la habitación de la reina y que ha estado manejando todas las audiencias.

—Si algo malo le sucedió a la reina Lysha... ¡el trono se encuentra vacío!

Continuaron caminando hasta que sus voces se perdieron. La gente de Lesath por fin comenzaba a darse cuenta de que algo sucedía. La ausencia de Lysha no había pasado desapercibida. Los warlocks debían estar buscándola de manera desesperada, no podrían esconder su ausencia por mucho tiempo más. Finalmente la fachada que habían mantenido por tanto tiempo estaba comenzando a resquebrajarse.

Nos alejamos al paso para no hacer ruido en caso de que hubiera más personas en la cercanía. Continuamos así el resto del día y nos detuvimos a la tarde. Tras estudiar el mapa, el mago estimó que tardaríamos una semana en llegar a Agnof.

Los tres días siguientes pasaron sin imprevistos. Mantuvimos la marcha durante la mayor parte del día y solo nos detuvimos a descansar entrada la noche.

A medida que avanzábamos el tiempo se volvía más fresco y poco a poco aquel clima cálido al que me había acostumbrado desapareció.

El cuarto día el camino se cortó abruptamente y nos encontramos frente a una especie de pantano. Era la primera vez que veía algo así, todo era barro y el arroyo de lodo se extendía durante metros frente a nosotros. El mago opinaba que debíamos cruzarlo a caballo, pero Aiden insistía en que lo mejor era llevarlos de tiro, ya que el suelo era resbaladizo y alguno podía lesionarse.

Sabía que el paso de Daeron era firme y no tendría problemas, pero el caballo de Zul era petizo y el lodo le llegaba hasta las rodillas y Alshain era joven y temperamental, Aiden estaría más a salvo en el suelo en caso de que se patinara.

Afortunadamente yo llevaba botas altas; el barro tenía un aspecto frío y sucio, y no quería sentirlo sobre mi piel.

Aiden fue primero, tiró de las riendas detrás de él y palmeó el cuello de la yegua para mantenerla calma mientras avanzaban a través del lodo. Alshain pareció asustarse cuando sus patas se enterraron pero siguió adelante. Zul y yo los seguimos, su caballo mantuvo sus orejas levantadas y alertas, Daeron avanzó sin prestarle demasiada atención al barro.

Esperaba que hubiera algún río en el que pudiéramos lavarnos una vez que saliéramos de allí, si el barro se secaba arruinaría las botas.

—Esto es divertido —dijo el mago con ironía.

Le sonreí.

—¿Qué ocurre contigo? —preguntó—. Últimamente has estado seria.

No quería hablar de ello. Me avergonzaba sentirme así, pero debía compartirlo con alguien.

—Aiden no me habla desde hace días, es como si ya no le importara —dije en voz baja.

—Sorcha me odia —respondió Zul.

Lo miré extrañada.

—Pensé que te sentirías mejor al ver que mi situación es bastante peor que la tuya —dijo.

—Te equivocaste —respondí.

—Créeme, a Aiden le importas tanto como siempre.

—No lo sé —repliqué con escepticismo.

Quería creerle pero había sido frío como un témpano de hielo conmigo desde que habíamos dejado Zosma. ¿Cómo podía seguir enojado?

—Puedo probarlo —dijo el mago.

—Hazlo —respondí.

Actuó de manera tan repentina que no me dio tiempo a reaccionar. El empujón fue fuerte y rápido, me hizo perder el equilibrio y caí de espalda contra el lodo.

—Adhara, ¿te encuentras bien? —gritó Zul.

Lo miré furiosa esperando algún tipo de explicación, pero simplemente me

observó intentando mantener su expresión seria. Aiden se volvió alarmado.

—¿Qué sucedió?

—Debió ser un pozo —dijo Zul—. Tal vez se dobló el tobillo.

Aiden le entregó las riendas de Alshain al mago y se agachó a mi lado. Estaba cubierta de lodo, no quería que me viera así.

—Estoy bien —dije apartando la mirada.

Ignorando mis palabras me tomó en sus brazos y me levantó, se llenó de barro al hacerlo pero no parecía importarle. Su cálido contacto me hizo dar cuenta de lo mucho que extrañaba poder estar con él de esa manera. Me sentó sobre la montura de Daeron y tomó mi pie para revisarlo.

—¿Te duele en algún lado? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Estos pantanos son engañosos. Debes tener cuidado.

Tras estas palabras tomó a Alshain y continuó. Me deslicé de la montura de Daeron y lo seguí; no olvidaba sus modales de caballero aun cuando seguía enojado conmigo. El mago se puso a mi lado y me observó divertido.

—¿Lo ves? —susurró.

—Zul, mantén tu distancia y reza porque encontremos agua al salir de aquí —respondí.

Zul reprimió una carcajada y se alejó unos pasos. Había ido demasiado lejos. Pero si bien estaba molesta con él, al mismo tiempo estaba contenta de que Aiden me hubiera ayudado.

Nos llevó horas atravesar aquel pantano, avanzábamos con lentitud y luego de un tiempo comenzó a volverse cansador. Cuando logramos atravesarlo y el paisaje a nuestro alrededor volvió a ser césped y árboles, sonreí aliviada. Los bosques eran más densos y salvajes, nos habíamos alejado bastante del centro de Lesath.

El barro se había secado y sentía mis piernas pesadas, quería encontrar agua para limpiarme, pero todos parecían exhaustos y hubiera sido egoísta insistir en continuar. Permanecimos allí descansando por un buen rato, el cielo estaba oscuro pero no era de noche. Una tormenta se acercaba, podía sentirlo. Insistí en buscar un lugar resguardado donde armar la carpa y encontramos un gran árbol con ramas tan extensas que cubriría a la carpa y a los caballos.

Un fuerte relámpago irrumpió en el cielo; no me había equivocado, era una tormenta. Las gotas comenzaron a caer una tras otra, las sentí en mi rostro y permanecí allí hasta que la lluvia se volvió más constante. No sería necesario buscar un río después de todo, podía sentir el barro deslizándose por mi piel. Una vez que estuve limpia, me acerqué a Daeron para limpiar la montura y el barro de sus patas.

Los relámpagos iluminaban el cielo y la lluvia comenzó a caer con más fuerza. Atamos los caballos a las ramas del árbol y los cubrimos con mantas. La tienda que

habíamos comprado en Zosma era pequeña para los tres pero nos ingeniamos para acomodarnos. Era la única cuyo material era más grueso y nos resguardaría mejor del frío. El viento golpeaba con fuerza haciendo que la tela se moviera. No me molestaban las tormentas, de hecho me gustaban, me recordaban lo poderosa que podía ser la naturaleza. Pero no estaba segura de que la tienda pudiera resistir si la tormenta empeoraba. Estaba cansada, oí como las gotas golpeaban contra la tela de la carpa y mis ojos se fueron cerrando hasta que me entregué al sueño.

Me encontraba alrededor de una fogata con los demás elfos en Alyssian. La brisa era cálida y era de día. Elassar, mi maestro, estaba en el centro junto al fuego y utilizaba magia para hacer figuras con las llamas. Un lobo, un pájaro, un venado, una flor, las llamas iban cobrando diferentes formas. Miré el fuego asombrada, preguntándome si algún día sería capaz de hacerlas. Tenía diez años, era la más joven del grupo, los demás elfos también eran jóvenes pero no tanto como yo.

Las llamas volvieron a la normalidad y Elassar insistió en que lo intentáramos. Elani, una elfa que se encontraba a mi lado, concentró su mirada en las llamas y luego de unos segundos las llamas cobraron la forma de una mariposa que voló por el cielo hasta desvanecerse. Yo también quería intentarlo, miré el fuego y pensé en los gorriones celestes que siempre se posaban sobre mi ventana en la mañana. Imaginé su forma con claridad en mi mente y pensé en las palabras que Elassar nos había dicho. Aguardé ansiosa, pero nada ocurría. Todos parecían estar jugando con las llamas menos yo. Sabía que no tenía tanto control de la magia como ellos, pero aun así había magia en mí, si me concentraba lo suficiente lo lograría. Fijé mis ojos en el fuego y visualicé un pájaro saliendo de entre las llamas, podía ver sus alas de llamas anaranjadas, lo único que ocupaba mi mente era el pájaro y las llamas, el pájaro y las llamas. El fuego dio un chasquido y un pequeño gorrión de fuego emergió de las llamas. Lo había logrado.

—Adhara.

Su voz rompió mi concentración y el pájaro se desvaneció, me volví frustrada hacia mi maestro preguntándome qué querría. Elassar me observó con expresión serena.

—Camina conmigo, Adhara. —dijo.

Nos alejamos del resto del grupo, era extraño que quisiera hablar conmigo, por lo general no me prestaba demasiada atención. Tenía mejor relación con Astran, mi maestro de espada.

Tal vez quisiera felicitarme por haber logrado controlar mi magia, había sido por un instante pero era todo un avance. Era una de las pocas veces que había conseguido hacer un hechizo.

—Puedo ver tu esfuerzo, niña. Requirió toda tu concentración poder controlar la magia.

No sabía si eso era algo bueno o malo, a juzgar por su expresión era una crítica.

—Practicaré hasta que me resulte más fácil como a los demás —respondí.

Elassar negó con la cabeza.

—La magia nunca es fácil. Tu madre es una humana, Adhara. Los humanos no comprenden cómo funciona la magia —dijo.

—Mi padre es un elfo —respondí molesta.

—Eres hija de ambos, eres tan elfa como humana.

Sus palabras me molestaron, mi padre había dicho que si me esforzaba lograría controlar la magia que había en mí, pero Elassar no parecía pensar lo mismo. Sabía que era diferente a los demás, todos los días algo me lo recordaba a pesar de que a veces intentaba olvidarlo.

—Te he visto practicar con la espada, tal vez sería más sabio que te concentraras en ello y no en la magia. Los resultados no te resultarán tan frustrantes.

Meforcé por controlar mi expresión hasta que el elfo se alejó y las lágrimas recorrieron mi rostro. Sin importar cuánto me esforzara, nunca sería buena con la magia. Elassar me había dicho la verdad que mi padre no se había animado a decirme.

Me desperté agitada, con las palabras de mi viejo maestro aún en mi mente. No había sido un sueño, sino un recuerdo. Lo recordaba bien, aquel día había decidido que no me interesaría más por la magia. Solía pensar que Elassar había tenido buenas intenciones al aconsejarme que era mejor dedicarme a la espada, pero ahora no estaba segura.

«¿Por qué crees que los elfos se concentraron en desarrollar tus habilidades con la espada y no insistieron en que aprendieras a utilizar magia?», las palabras de Akashik resonaron en mi mente.

No quería creerlo, me rehusaba a creerlo y aun así había verdad en ello.

Salí de la carpa en silencio, necesitaba aire. Aún llovía y el viento era frío, pero no me importaba.

Los elfos habían tomado sus precauciones para evitar que la historia se repitiera, para evitar que fuera un warlock. Elassar me había desalentado por miedo a que fuera buena con la magia no por mi falta de talento.

Tomé los pedazos de rama que había en el suelo y los sequé con mi capa, apilándolos sobre el pasto. La lluvia era un obstáculo pero no me importaba. Dije las palabras y el fuego apareció, imaginé el gorrión hecho de llamas anaranjadas de la misma manera en que lo había hecho nueve años atrás. Me concentré, lo único que ocupaba mi mente era el pájaro y las llamas, el pájaro y las llamas. El fuego cobró forma de gorrión y voló alrededor de mí. Observé a Daeron y me concentré en él, el gorrión se transformó en un caballo.

Elassar debió saber que podría hacer magia si practicaba. Observé mientras la

llovía extingüía las llamas. Las palabras de Akashik habían sido verdad.

Mi padre me había alentado a hacer magia y se había enfadado conmigo cuando le dije que no me importaba. No podía ver una amenaza en mí. Pero mi maestro me había engañado, él y el resto de los elfos temían en lo que podía convertirme si realmente lograba dominar la magia.

Sentí pisadas detrás de mí, era Aiden. Llevé las manos a mi rostro, no estaba segura de si eran gotas o lágrimas, las limpié con mi capa.

—¿Qué haces aquí, Adhara?

Intenté ocultar mi rostro en caso de que mis ojos se encontraran vidriosos pero Aiden puso sus manos en mis mejillas para evitar que lo hiciera.

Akashik había estado en lo cierto, era lo único en lo que podía pensar.

Enterré mi rostro en el pecho de Aiden y él puso sus brazos alrededor de mí. No me importaba si estaba enfadado conmigo, lo necesitaba.

—¿Qué sucede? —preguntó Aiden—. Dime.

Tomé control de mí misma y le conté todo; mi conversación con Akashik, el sueño que había tenido, cómo los elfos habían desconfiado de mí y me habían engañado para que no me interesara en la magia.

—No puedes creer en Akashik —dijo Aiden.

—Pero es cierto, el primer warlock nació de un elfo y una humana y temían que yo practicara magia oscura al igual que ellos —respondí.

Quería volver a Alyssian y confrontarlos a todos, exigirles que me dijeran la verdad.

—Akashik quiere que te sientas de esta manera, él manipula a la gente —dijo Aiden—. Sabe que eres fuerte y quiere volverte débil.

Sabía que esa había sido la intención de Akashik al decírmelo pero eso no cambiaba el hecho de que los elfos habían desconfiado de mí y me habían mentido.

—Me encontraba más sola en Alyssian de lo que pensaba, a excepción de mis padres, el resto de los elfos pensaba que me convertiría en un monstruo —hice una pausa para contener un sollozo—. ¿Cómo pudieron creer eso? ¿Acaso hay oscuridad en mí?

Me sentía dolida y enfadada, pero sobre todo traicionada. Aiden tomó mi rostro en sus manos y me obligó a mirarlo.

—Elassar y los demás no te conocían, de lo contrario no hubieran pensado algo así. Solo hay luz en ti. Te preocupas por quienes quieres y los proteges sin importarte las consecuencias. De lo contrario no hubieses ayudado a Zul con Sorcha aun cuando sabías que me enojaría contigo. Ni hubieses intentado continuar sin mí para que pudiera pasar más tiempo con mi madre. Tú jamás podrías convertirte en un warlock, Adhara.

Sus palabras me reconfortaron, había dicho exactamente lo que necesitaba

escuchar, que jamás me convertiría en uno de ellos. Aiden tenía razón, los elfos no me conocían realmente si habían pensado eso de mí. Tenía que liberarme de los pensamientos oscuros que estaban en mi mente, sabía que Akashik tomaría ventaja de ellos y no podía permitirlo.

Respiré con calma, me concentré en la lluvia que caía sobre mí permitiendo que el enojo se fuera. No me importaba lo que habían pensado, se habían equivocado y algún día se los demostraría. Erradicaría la oscuridad de Lesath.

—¿Mejor? —preguntó Aiden.

Sus ojos color chocolate se encontraron con los míos y no pude evitar atraerlo hacia mí y besarlo. Para mi alivio, él también me besó. Había cierta urgencia en su beso que me hizo pensar que él también extrañaba estar conmigo de esa manera. Estábamos empapados, pero no me importaba, me recordó a la primera vez que me había besado.

Se separó de mí un poco, parte de él seguía molesto conmigo.

—Lo siento —me disculpé—. En verdad lo siento. No quiero pasar los días sin poder hablar contigo, es tonto y no tiene sentido. No puedes continuar enojado para siempre, Aiden.

—El día que Akashik se nos interpuso en el camino y te entregaste a ellos, dijiste algo antes de saltar de Daeron, dijiste que me amabas —dijo Aiden—. Y luego desapareciste entre el fuego y no sabía si volvería a verte.

Lo miré sin entender.

—Fuiste egoísta, no me diste oportunidad de responderte. Cuando logré encontrarte, estaba enfadado contigo por lo que habías hecho y estaba esperando a que el enojo se fuera. Quería encontrar el momento oportuno para decirlo, fue entonces cuando decidiste fugarte con Zul en mitad de la noche —gritó Aiden.

Era difícil creer que había estado acumulando su enojo desde el día en que Akashik nos había emboscado.

—Lo dije porque lo sentía y porque no sabía qué iba a suceder —repliqué.

Aiden abrió la boca y luego la cerró, ahora era él quien intentaba controlarse.

—Estás mojada, es mejor que regresemos a la tienda —dijo simplemente.

Quería hacerlo entrar en razón como él lo había hecho conmigo pero estaba empapado y nos resfriaríamos si continuábamos bajo la lluvia.

—Puedo entender que estés enojado, pero no te atrevas a seguir ignorándome —respondí.

Me miró perplejo pero no dijo nada y me indicó la tienda con su mano para que entrara.

El cielo se encontraba despejado a la mañana, partimos temprano y mantuvimos la marcha durante todo el día. La actitud de Aiden había cambiado un poco, al menos me hablaba.

Tenía el presentimiento de que el mago había escuchado algo de lo sucedido, pero no dijo nada al respecto.

Nos llevó dos días más llegar a Agnof pero finalmente lo hicimos. El clima había cambiado abruptamente, aún no había nieve pero el aire era frío y seco. La entrada al pueblo parecía desolada, avanzamos al paso y a medida que nos adentramos, viejas construcciones aparecieron frente a nosotros, no eran de madera como en el resto de los pueblos, sino de piedra. Los muros estaban lejos de encontrarse completos y amenazaban con derrumbarse en cualquier momento. El pasto crecía entre las piedras dándole un aspecto descuidado. Lo que alguna vez había sido un pueblo ahora solo eran ruinas. El lugar parecía perdido en el tiempo, comprendí por qué lo llamaban «el pueblo olvidado de Agnof».

El viento soplaba frío y áspero contra mis manos, me pregunté cómo se las habían ingeniado para cultivar algo, tanto frío sin duda habría arruinado las cosechas. Si la plaga no hubiese terminado con ellos, el frío lo hubiese hecho. ¿Cómo alguien podía vivir allí sin congelarse?

Podía oír la madera de las puertas resquebrajarse, sabía que era a causa del viento pero aun así me producía cierta ansiedad. El lugar guardaba recuerdos de muerte y tristeza, podía sentirlo en la atmósfera, era extraño. La plaga había terminado con muchas vidas y al parecer los sobrevivientes no habían tenido más opción que dejar su hogar.

Observé todo detenidamente buscando algún rastro de vida pero todo era soledad y silencio. A mi lado, Aiden y Zul también iban a paso lento observando los alrededores, el lugar parecía inquietarlos, ambos se encontraban alertas.

En una de las cabañas una familia de ardillas entraba y salía por las ventanas, los animales habían aprovechado el lugar para resguardarse del frío.

Algo en el suelo llamó mi atención, en la tierra había dos pares de pisadas. Detuve a Daeron y desmonté para ver mejor, eran pisadas humanas y eran frescas. No nos encontrábamos solos en Agnof.

Aiden desmontó y tras analizar las huellas coincidió conmigo en que alguien había pasado por ahí unas horas antes. ¿Quién podía ser? El pueblo estaba deshabitado desde hacía años.

A excepción de Ailios, éramos los únicos que habíamos visto el pergamino, nadie más sabía acerca del camino hacia el Corazón del Dragón.

No tenía sentido, Agnof se encontraba alejado de todo. ¿Por qué venir hasta aquí? No lo sabía, pero era mejor si los encontrábamos a ellos antes de que ellos nos encontraran a nosotros.

—Debemos seguir las huellas —dije—. Si hay alguien más aquí, lo encontraremos.

—No lo sé, si nos apresuramos podemos pasar desapercibidos —respondió el

mago pensativo.

—Es mejor si sabemos a qué nos enfrentamos. No tiene sentido que alguien haya venido aquí a menos que esté buscando algo —respondí.

Zul aún no parecía convencido, podía ver la ansiedad en su rostro. Quería continuar al Monte Luna y encontrar a Warrick.

—Adhara está en lo cierto, de nada sirve ignorar el problema si volveremos a toparnos con él mas tarde. Sigamos las huellas y averigüemos de qué se trata —dijo Aiden.

Al menos Aiden me daba la razón. Ambos miramos al mago y este asintió de mala gana. Seguimos las huellas en silencio, llevé mi mano hacia la empuñadura de Glace para estar lista en caso de un ataque. Las casas continuaban abandonadas y en algunos casos derrumbadas a medida que avanzábamos. En lo que supuse que debió ser el centro del pueblo había un gran alce tallado en madera. Era un buen trabajo y se encontraba detallado, desde lejos parecía un alce de verdad. Me pregunté qué haría allí y la única respuesta en la que podía pensar era que habían venerado a los alces por alguna razón.

Las huellas se adentraban más y más en el pueblo, a juzgar por su tamaño una pertenecía a un hombre grande y la otra era más pequeña, debía ser de una mujer. Pensé en Sorcha, tal vez nos había seguido hasta allí, tal vez en verdad nos había mentido y se encontraba ahí junto con Seith.

Deseché ese pensamiento, era poco probable. Aiden parecía intrigado con respecto a las pisadas y al igual que yo parecía estar preguntándose de quién podía tratarse. Zul parecía aburrido. Sabía que el único pensamiento en su cabeza era encontrar a Warrick, el mago del que había hablado Ailios antes de terminar su vida, y al Corazón del Dragón. Parecía no haber aprendido nada. Habíamos puesto nuestras esperanzas en Ailios y se había quitado la vida frente a nosotros, no comprendía por qué esperaba que con Warrick fuera distinto. Si queríamos a los warlocks muertos deberíamos hacerlo nosotros mismos.

Daeron levantó atento las orejas. A metros de nosotros, las pisadas se detenían, un niño de pelo dorado se encontraba parado allí. ¿Qué haría un niño en un lugar como Agnof?

Nos miró asustado pero no corrió, no parecía estar seguro de qué debía hacer.

—¿Te encuentras bien? —pregunté desmontando.

El niño no respondió.

Me acerqué a él lentamente para no asustarlo.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté.

—No —respondió.

Aiden desmontó y vino a mi lado.

—¿De dónde eres? —preguntó Aiden.

—Vivo aquí —respondió el niño.

—¿Vives aquí tú solo? —preguntamos Aiden y yo al mismo tiempo.

—No solo, junto a mi familia —respondió.

Miré alrededor, una de las casas en la cercanía parecía estar más cuidada que las demás, sus muros estaban completos y alguien había puesto un adorno en la puerta.

—¿Quiénes son ustedes? Hace años que nadie viene por aquí.

No había peligro en decirle nuestros nombres, era solo un niño. Su pelo dorado y desprolijo y sus ojos redondos y curiosos le daban un aspecto adorable.

—Yo soy Adhara y ellos son mis amigos, Aiden y Zul —dije.

—Mi nombre es Braen —respondió.

—¿Vive alguien más aquí, además de ustedes? —preguntó Zul.

—Otras dos familias.

¿Habían decidido permanecer aquí aun después de la plaga? Era extraño.

—¡Braen!

Un hombre corrió hacia nosotros, llevaba un hacha en la mano y parecía molesto. Debía ser su padre, sus rasgos eran parecidos y su pelo también era rubio.

—¡Aléjense de él! —gritó el hombre.

Los tres retrocedimos. Desenfundé mi espada en caso de que decidiera atacar.

—Solo estábamos hablando —dijo Aiden—. Adhara, guarda la espada.

—Lo haré si él baja el hacha —repliqué.

El hombre nos miró algo confundido pero mantuvo el hacha firme en su mano.

—No llevan el escudo de Lesath, padre —dijo Braen—. Dijiste que me esconda si alguna vez veo a un hombre con el estandarte de la reina pero ellos no lo llevan.

—¿De dónde vienen? ¿Qué es lo que quieren aquí? —preguntó el hombre.

Los tres intercambiamos miradas cautas.

—Venimos de Naos, nos dirigimos hacia el Monte Luna —dijo Aiden—. Pensamos que Agnof se encontraba abandonado, vimos al niño solo y creímos que necesitaba ayuda.

El hombre nos miró con desconfianza.

—Es verdad, padre. La chica se llama Adhara y me preguntó si necesitaba ayuda —dijo Braen.

El hombre pareció tranquilizarse y bajó el hacha. Enfundé a Glace.

—Lamento si lo asustamos, pero apuntar un hacha contra alguien no es muy cortés —dije.

—Lo siento, pensé que pertenecían a la guardia real —se disculpó.

Los tres intercambiamos miradas nuevamente. Se encontraban viviendo aquí solos y temían a la guardia real, algo no andaba bien.

—Lucen cansados. ¿Podemos invitarlos a casa para que coman algo, padre? —preguntó Braen.

A su padre no pareció agradarle la idea.

—Está bien si no quiere hacerlo, entiendo que es peligroso invitar extraños a su hogar —dijo Aiden.

—Mi hijo tiene razón. Se ven cansados, síganme.

Aún faltaban horas para que el sol bajara, podíamos descansar, comer algo y reanudar la marcha antes del anochecer. Zul no parecía contento, pero cedió cuando Braen nos sonrió y nos indicó que fuéramos con él dando saltitos mientras caminaba. Debía ser muy solitario vivir allí, aun si había dos familias más, debía encontrarse emocionado de ver caras nuevas.

El interior de la casa era diferente a lo que estaba acostumbrada a ver. Una mesa ocupaba una gran parte de la sala y frente a ella un gran hogar de piedra con pilas y pilas de leña acomodadas a un lado. Con el frío que hacía debían mantener el fuego prendido la mayor parte del tiempo. Para mi horror no había cuadros en las paredes, sino pieles. Eran grises y blancas, y el pelaje era corto: lobos. Sentí una ola de tristeza y enojo ¿Mataban lobos y colgaban su piel? Era muy primitivo.

Zul debió ver mi expresión, ya que se apresuró a mi lado y me apartó de la pared palmeando mi espalda para tranquilizarme. Los elfos jamás tolerarían semejante desprecio por la vida de un ser vivo, yo definitivamente no lo hacía. Quería reprocharles por el terrible acto que habían cometido pero el mago me susurró que no lo hiciera. Lo intentaría, pero no sería una tarea sencilla.

Una mujer entró en la sala, se veía diferente del resto de las humanas que había visto hasta ese momento. Su vestido era de una tela oscura y gruesa, largo y cerrado hasta el cuello y una frazada de lana le cubría los hombros. Su piel era pálida y su pelo marrón. Tenía una expresión amable pero vi miedo en sus ojos cuando nos vio.

—Tranquila, querida, solo son viajeros. Braen los invitó para que coman algo — el hombre se volvió hacia nosotros—. Mi nombre es Marcus y ella es mi esposa Dara.

—Ella es Adhara, Zul y yo soy Aiden, agradecemos su amabilidad.

Ambos estrecharon nuestras manos y nos indicaron que nos sentáramos junto al hogar. Sentir el calor de las llamas era una bendición, mi cuerpo se encontraba frío y mis manos congeladas.

Aiden se acomodó a mi lado, sabía que intentaba protegerme aún cuando seguía enfadado conmigo. Me encantaba que tuviera esa actitud cuando nos encontrábamos con desconocidos.

—Se encuentran lejos de Naos. ¿Qué los lleva al Monte Luna? —preguntó Marcus.

—Hemos oído que es uno de los paisajes más lindos de Lesath, siempre he querido conocerlo —respondió Aiden.

Marcus no parecía creerle, pero no insistió.

—¿Cómo es Naos? —preguntó Braen.

—Es diferente...— respondí—. El clima es cálido y la mayoría de las personas que viven allí son granjeros o artesanos.

—Espero conocerlo algún día —respondió el niño.

—Con suerte algún día lo harás, hijo —dijo Marcus.

¿Qué los retenía allí?, pensé.

—¿Por qué permanecieron aquí luego de la plaga? —preguntó el mago.

Había algo de desconfianza en sus ojos, pero también curiosidad.

Marcus se sorprendió ante la franqueza del mago pero respondió.

—Este es nuestro hogar, siempre lo ha sido. Nuestras vidas se encuentran aquí —respondió Marcus.

—¿No temen que vuelva a suceder? ¿La plaga? —agregó Zul.

—No volverá a suceder —replicó Marcus.

¿Cómo podía saberlo con seguridad?

—¿Cómo hacen para sobrevivir aquí? —pregunté.

—Cultivamos lo que podemos y trabajamos junto a las demás familias en la caza y la pesca —dijo Marcus.

—Matan animales —respondí.

Todas las miradas se volvieron a mí. Marcus y su esposa me observaron sorprendidos, Zul con una expresión resignada y Aiden... Era difícil adivinar qué estaba pensando.

—Lo hacemos para sobrevivir —dijo Dara—. De no ser por los alces no tendríamos manera de vivir aquí.

La figura de madera del alce en medio del pueblo volvió a mi mente.

—¿Es por eso que hay un alce de madera en medio del pueblo? —pregunté indignada.

—Agnof siempre veneró a los alces, gracias a ellos la vida aquí fue posible, no los matamos indiscriminadamente. Cazamos a los más viejos de las manadas, está prohibido matar alces jóvenes, siempre ha sido así —dijo Dara.

Era indignante, quería convencerme de que estaba bien matar alces porque eran viejos.

—¿Quiénes son ustedes para robarle la vida a un alce porque creen que es viejo? —pregunté exasperada.

Dara pareció ofendida por el comentario, Braen dejó escapar una risa y Marcus me observaba perplejo.

—Deben disculpar a Adhara, fue criada de un modo distinto y tiene otras costumbres —dijo el mago.

—No sé cuáles serán sus costumbres frente a la naturaleza mas yo no puedo dejar que mi hijo muera de hambre —respondió Dara.

Observé al niño, era joven e inocente y era su hijo; era lógico que hiciera todo lo

que estuviera a su alcance para cuidar de él, pero aun así no podía aceptar el hecho de que le quitaran la vida a los animales.

—Hemos oído historias de los refugios en cuevas al pie de la montaña cuando sucedió la plaga —dijo Aiden cambiando de tema—. Esas cuevas son el camino hacia el Monte Luna.

—Las cuevas se encuentran a medio día de caminata de aquí. La última vez que Marcus Ian vino a visitarnos me llevó a explorarlas —dijo Braen.

Era un alivio saber que se encontraban cerca, temía que nos llevara un largo tiempo encontrarlas, ya que su ubicación exacta no aparecía en el mapa.

—Marcus Ian es mi hijo mayor —dijo Marcus.

—¿Dejó Agnof? —preguntó Aiden.

Marcus asintió con la cabeza, no parecía querer hablar de él y la mirada que le dirigió a Braen lo confirmó. No quería que supiéramos sobre Marcus Ian.

—Los noto cansados, les traeré algo de comida —dijo Dara—. Puedo ofrecerte trigo o papas, Adhara. Es lo único que logramos cultivar aquí.

—Suenan perfecto.

No quería pensar en mi reacción si servían carne de alce frente a mí.

—Mi amiga Mikeila tiene ojos verdes al igual que tú, Adhara. Pero los tuyos son más bonitos —dijo el niño.

—Eres dulce, Braen —respondí—. ¿Hay otros niños de tu edad en Agnof?

—Mikeila tiene diez como yo, su hermana Kira, dieciséis y su hermano Devin, ocho. Y los Delaney tienen cuatro hijos: Gareth que tiene quince, Rowan de doce, y Leilani y Cailin que son las más pequeñas, tienen siete y cuatro.

Me alegré por Braen, no debía ser tan solitario si había otros chicos con los que pudiera jugar. Aun así no comprendía por qué hacer que un niño sufriera el frío y el vacío de ese pueblo.

—Ve a ayudar a tu madre a poner la mesa, Braen —dijo Marcus.

Este asintió y corrió fuera de la sala.

—¿Por qué le temen a la guardia real? —preguntó el mago repentinamente.

Me había estado haciendo la misma pregunta pero pensé que sería más inteligente no hacerla. De seguro Marcus sospechaba que no le decíamos la verdad acerca del Monte Luna y presentí que él también ocultaba algo. De alguna manera, teníamos un acuerdo mutuo de no hacer más preguntas de las necesarias.

—Hace unos años un grupo de caballeros vino a inspeccionar el pueblo, los oímos decir que tenían órdenes de matar a cualquier sobreviviente por miedo a que la plaga volviera a surgir —dijo Marcus.

Hablaba de forma segura, pero no estaba convencida de que fuera toda la historia.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Aiden sorprendido.

—Hace mucho tiempo —replicó Marcus—. Pero es mejor ser cauto, dudo de que

hayan cambiado de decisión acerca de ello. La plaga fue devastadora, tomó demasiadas vidas.

—Si nadie enfermó hasta ahora después de tantos años es evidente que ninguno de ustedes tiene la enfermedad —dije.

—Lo sé, pero la reina Lysha no parece creer lo mismo.

Dara entró en la sala con la comida y nos invitó a sentarnos. Lysha no había estado detrás de la orden, sino Akashik. De seguro había temido que su plan de inmortalidad fuera arruinado por una peste.

Era agradable comer algo diferente, hacía días que lo único que comía era pan con un poco de queso y frutas. Me resultaba difícil creer que hubieran elegido una vida difícil como esta; el lugar era demasiado frío y escaseaba la comida y la compañía, pero me sorprendió que aun así hubiera una atmósfera familiar. Marcus, Dara y Braen parecían ser felices.

Dara parecía tener más temperamento que las mujeres de los otros pueblos, pero debía tenerlo si esperaba sobrevivir aquí.

La cena aconteció tranquila, podía ver en los ojos del mago que tenía más preguntas en mente, pero había decidido que era más prudente no hacerlas. Aiden parecía estar disfrutando de la comida y hablaba animadamente con Braen.

Una vez que terminamos, Marcus se ofreció a guiarnos hasta las cuevas. Nos despedimos de Dara y le agradecimos por la comida. Braen y su padre montaron en un caballo y los seguimos por el resto del pueblo. Allí vimos que las tres familias habían colaborado para armar una granja. Marcus nos explicó que uno de ellos viajaba a Ness cada un par de meses para comprar granos y comida para el ganado.

No nos llevó mucho llegar a las cuevas pero cuando lo hicimos ya no era de día, tenía la sensación de que allí oscurecía más rápido que lo usual.

Braen insistió en que le prometiera que volveríamos a saludarlo en nuestro camino de regreso, quería presentarnos a sus amigos. No lo hice por miedo a no poder cumplir la promesa, pero le aseguré que haría lo posible.

Por fortuna, las cuevas eran lo suficientemente amplias como para que los caballos pudieran entrar pero debíamos llevarlos de tiro. Nos despedimos de ambos y tras verlos partir, nos adentramos en lo que las familias de Agnof llamaban «la cueva de la salvación».

EL VIEJO MAGO Y EL DRAGÓN

Todo estaba a oscuras, el mago hizo un hechizo y una esfera de luz apareció frente a nosotros guiando el camino. Nos encontrábamos en una gran recámara que se dividía en diferentes túneles. Los caballos se encontraban inquietos y golpeaban molestos el suelo, incluso a Daeron no le agradaba estar allí. Marcus nos había dicho que el túnel que buscábamos era uno que llevaba hacia las afueras de Lesath y nos llevaría horas recorrerlo.

Lograr que los caballos avanzaran durante tanto tiempo bajo tierra no sería tarea fácil pero no teníamos otra opción. Debíamos avanzar de a uno, el mago fue primero, luego yo y por último Aiden.

Avanzamos despacio y en silencio. Todo era humedad y oscuridad. El aire era denso y nuestra respiración se volvió agitada. Habíamos perdido la noción del tiempo por completo, era difícil decir si nos habíamos encontrado allí minutos, horas o días. El no saber cuánto tiempo más estaríamos allí y el hecho de no ver la salida comenzaron a inquietarme. Presentí que los demás pensaban lo mismo pero por alguna razón ninguno de los dos decía una palabra, debía ser por la falta de aire.

El tiempo pasó y la situación empeoró, los caballos no solo se encontraban molestos sino que también había pánico en sus ojos. Alshain, la yegua de Aiden, comenzó a tironear retrocediendo y debía contener a Daeron que intentaba apresurarse y galopar hacia la salida. Nos detuvimos hasta que logramos calmarlos y continuamos pero sabía que si no salíamos de prisa enloquecerían. No podía culparlos, la desesperación estaba intentando apoderarse de mí también.

El mago se tambaleó y perdió el equilibrio, me apresuré a ayudarlo pero cuando lo hice me apartó gentilmente. Intentó esconder su rostro de mí pero a pesar de la escasa luz pude verlo por unos segundos, estaba transpirado y tenía ojeras, lucía exhausto.

Aiden y yo también nos encontrábamos cansados, pero eso era algo diferente. Zul ocultaba algo, quise acercarme pero al darse cuenta apresuró su paso. No sabía qué podía ser, había estado delante de mí todo el tiempo desde que habíamos entrado en la cueva y no lo había visto golpearse. Quería observarlo más detenidamente pero solo lograba ver su silueta avanzando, la luz parecía estar debilitándose ya que el túnel se volvía más y más oscuro. Seguimos avanzando hasta que entendí lo que estaba sucediendo. ¡La luz! Era tan evidente que me sentí tonta por no haberme dado cuenta antes, el mago había estado utilizando magia todo este tiempo, debía encontrarse agotado.

—Zul —susurré.

Me ignoró. Se estaba esforzando por mantener el hechizo. Si la poca luz que había desaparecía y nos encontrábamos a oscuras los caballos enloquecerían. Pero, si

continuaba, sería él quien pagara el precio. Si empujaba su mente y su cuerpo más allá de lo que podían soportar podía sufrir consecuencias severas. Debía saberlo, Talfan era una clara advertencia de ello.

—Zul, detente, no puedes continuar así —dije con severidad.

Silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aiden.

—Zul —insistí.

—Si me detengo, los caballos enloquecerán. Es peligroso —respondió el mago.

—Y si continuas no sabemos qué podría sucederte. Detén el hechizo —ordené.

Silencio. La luz se volvía más débil a cada segundo. El mago se tambaleó de nuevo, lo que quedaba de la esfera de luz apenas nos iluminaba pero continuaba allí.

—Detén el hechizo —gritó Aiden.

Sus palabras resonaron en el túnel y al momento siguiente nos encontramos inmersos en una profunda oscuridad. Los caballos relincharon y comenzaron a moverse de manera precipitada.

Era desesperante, no podía ver nada, sentía a Daeron moverse a mi lado y sostuve las riendas con fuerza para evitar que saliera galopando y lastimara al mago. Podía oír a Aiden luchando por controlar a Alshain y la respiración agitada de Zul mientras sujetaba a su caballo.

Era un caos. Me obligué a calmarme, debía pensar con claridad, no sabía cuánto faltaba para salir de la cueva y no podíamos continuar de esa manera. Intenté ignorar todo lo que pasaba a mi alrededor y relajé mi mente, imaginé una esfera de luz como la que había conjurado Zul, una esfera de luz que nos iluminara y nos guiara a través de la oscuridad, una esfera de luz fuerte y clara. La imaginé en detalle, podía verla, su luz desterraba a la oscuridad que había a su alrededor y flotaba frente a nosotros. Me concentré con más fuerza, podía verla.

La luz emergió de la nada. El mago yacía de rodillas en el suelo. Detrás de mí, Aiden había arrinconado a Alshain contra la pared de roca para evitar que galopara.

—Debemos movernos rápido —dije.

Zul se puso de pie y avanzó a paso rápido, su nuca estaba cubierta de transpiración. Intenté analizarlo más detenidamente pero no lograba verlo con claridad, me preocupaba no saber cuánto daño había sufrido. Aiden también respiraba agitado pero parecía estar bien.

Avanzamos y aun así no parecía haber una salida a aquella infinita oscuridad que se desplegaba frente a nosotros. Mis piernas ya no eran ligeras, me encontraba acostumbrada a moverme con la agilidad de una gacela pero sentía mis pies pesados y torpes. Al principio me resultó fácil de ignorar pero con cada minuto que pasaba comencé a sentirme más pesada. Sentí una gota de transpiración caer por mi rostro y la aparté con mi mano, rara vez transpiraba y por lo general era tras un gran duelo

con mi espada, no por caminar. La magia se estaba haciendo notar. No podía haber pasado más de una hora y ya sentía el peso del hechizo, era asombroso que un humano como Zul hubiese logrado mantener la magia por tanto tiempo como lo hizo. Sabía que no lograría aguantar mucho tiempo más, no estaba acostumbrada a utilizar magia y menos a prolongarla por grandes lapsos de tiempo.

Pensé en otra cosa, debía aguantar. El mago había llevado sus fuerzas al límite por nuestro bien y yo haría lo mismo. No comprendía por qué Marcus la había llamado «la cueva de la salvación», en mi opinión era más como «la cueva de la perdición».

—Adhara —dijo la voz de Aiden—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien —respondí.

—No sueñas bien —replicó—. Te falta el aire.

Lo ignoré y apresuré mi paso. Comprendía cómo se había sentido Zul, me estaba comportando de la misma manera en que él lo había hecho conmigo.

Aiden apresuró su paso para alcanzarme pero no se lo permití. Era una agonía, cada músculo de mi cuerpo ardía y debía hacer un gran esfuerzo por mover mis piernas. Faltaba poco, solo unos metros más, repetía las palabras en mi cabeza una y otra vez, era lo único que me daba ánimo para continuar concentrándome en el hechizo y continuar.

La mano de Aiden tomó mi capa y tiró hacia atrás. Sus ojos encontraron los míos, había miedo y desaprobación en su mirada. Limpió la transpiración de mi rostro con su manga y me sostuvo con fuerza.

—Detente —me ordenó.

No respondí. Era demasiado difícil mantener la concentración, la luz de la esfera comenzó a perder intensidad. Aiden me sacudió para que me detuviera. No lo haría. Me concentré, la luz no tardaría en desvanecerse, podía sentirlo. Me concentré con mayor fuerza. ¿No sabía lo difícil que era concentrarse con él sacudiéndome? Era él quien debía detenerse.

—Adhara —su voz era urgente.

Me concentré, me sorprendió que el mago no intentara detenerme, debía estar desesperado por llegar a la salida y debía tener la misma convicción que yo de que no moriríamos en aquella cueva aplastados por caballos asustados. Faltaba poco, me concentré.

Aiden me tomó con más fuerza y sin previo aviso sentí sus labios contra los míos. Todo se volvió oscuridad. Había hecho lo único que podía quebrar mi concentración.

—Aiden —dije molesta apartándolo.

Era un alivio, no podía negarlo. Mi cuerpo se encontraba cansado y las piernas aún me pesaban, pero ya no me dolían con la misma intensidad. Los caballos comenzaron a relinchar, debía intentarlo otra vez. Me concentré e imaginé la luz de

nuevo. Nada.

—No vuelvas a intentarlo, Adhara —dijo la voz de Zul entrecortada—. Veo algo adelante.

Sujeté a Daeron y caminé a prisa sin poder ver nada, tras unos pasos la oscuridad continuó allí pero con menor intensidad, no era exactamente luz lo que veía adelante pero podía ver mejor. El viento frío me tomó por sorpresa, respiré profundamente el aire fresco de la noche, habíamos llegado al final del túnel.

El bosque no solo era oscuro y frío sino que también era blanco. Nieve, debía ser nieve. Me agaché y apoyé mi mano sobre el manto blanco que cubría el pasto, era frío, suave y húmedo. Era la primera vez que veía nieve, a pesar del frío era una imagen hermosa, la nieve resplandecía bajo la luz de la luna.

Levanté mi mirada, el mago se sentó sobre una roca, no se encontraba en buen estado. El viento sopló frío helando la transpiración en mi cuello. Hacía demasiado frío.

—¿Zul? —pregunté preocupada.

—Necesito unos momentos para recuperarme —respondió.

Se veía agotado, pero parecía fuera de peligro. Mi cuerpo también se encontraba cansado, necesitaba recostarme por unos minutos. Aiden vino hacia mí y tras rodearme con una manta me llevó a sentarme junto a Zul.

—Descansen, armaré la carpa dentro del túnel para resguardarnos del frío —dijo Aiden.

Quería ayudarlo, él también lucía cansado pero mis pies se negaban a moverse. Miré alrededor, sobre la copa de los árboles se alzaba la punta de una montaña, era blanca y contrastaba con la noche. El Monte Luna. Lo habíamos encontrado.

Aiden terminó de armar la carpa y cubrió a los caballos con las mantas. Entre los dos tomamos al mago y lo ayudamos a ir hacia la carpa. El espacio era chico pero, una vez más, nos ingeniamos para acomodarnos los tres y el sueño se apoderó de nosotros tan rápido que no nos dio tiempo para pensar.

Al despertarme un par de ojos de un cálido marrón chocolate me observaban. Me pregunté cuándo había despertado, no podía ser hace mucho, aún tenía cara de dormido. Levanté la cabeza, el mago se encontraba profundamente dormido. En cierta manera era extraño haber dormido amontonada con ellos dos y por otro lado me sentía cómoda, segura.

Salimos de la carpa en silencio. El aire era frío pero podía sentir el sol sobre mi cara, todo era blanco y resplandeciente. A excepción del frío, me gustaba ver la nieve. Por fortuna mi cuerpo ya no me dolía, era como si nunca hubiera hecho el hechizo.

—¿Descansaste? —preguntó Aiden.

—Sí, fue una buena noche de sueño —respondí.

Me acerqué a él, a pesar del abrigo aún sentía algo de frío, era inevitable pensar

en sus brazos alrededor de mí. A juzgar por su expresión, su enfado no se había ido del todo pero había cierta ternura en su mirada.

Intercambiamos una larga mirada, era como si ambos supiéramos lo que pensaba el otro. Yo no quería dar el primer paso y él no quería ceder. Le sonreí y lo miré de manera seductora, o al menos esperaba que fuera seductora. Aiden reprimió una sonrisa y me rodeó con su capa. Había estado en lo cierto, sentir sus brazos alrededor de mí hacía todo mejor, hacía el frío más soportable.

El Monte Luna se encontraba frente a nosotros. Me pregunté qué encontraríamos en él, era difícil decirlo. Según el pergamino era la ubicación del Corazón del Dragón, pero Ailios también nos había dicho que encontraríamos al mago Warrick allí. Me imaginé a un mago merodeando por la montaña con el Corazón del Dragón en su cuello.

Zul tardó unas horas en despertar y cuando lo hizo, nos regañó por no haberlo despertado antes. Su aspecto había mejorado, ya no tenía ojeras y caminaba con normalidad.

—Ayer te extralimitaste —dije.

—Debí hacerlo —replicó Zul.

—Ambos fueron imprudentes —dijo Aiden—. Espero sean más cautos la próxima vez.

—Fue un mal necesario. Logramos salir del túnel y el Monte Luna yace frente a nosotros —respondió el mago—. Hiciste un buen trabajo, Adhara.

Asentí, había logrado hacer un gran avance con respecto a la magia, hace unos años jamás hubiese pensado que sería capaz de mantener un hechizo por tanto tiempo.

—Los caballos lucen cansados, es mejor si los dejamos aquí —dijo Aiden.

Tras comer algo, comenzamos a caminar hacia la base de la montaña blanca. Era difícil avanzar a través de la nieve, nuestras piernas se hundían con facilidad y avanzábamos lento.

No fue hasta llegar a la base de la montaña que pensé en cómo haríamos para escalarla. Había creído que encontraríamos alguna especie de entrada pero me había equivocado.

Aiden puso sus manos contra la pared de roca y tras observarla por un tiempo comenzó a escalarla, colocando sus pies en las rocas que sobresalían. El mago y yo lo imitamos, y poco a poco fuimos avanzando sobre las piedras. Era la primera vez que hacía algo así, era un proceso lento y debía observar con precisión dónde apoyar mis pies. En una ocasión la roca que sostenía uno de mis pies se desintegró y de no haber sido por mi rápida reacción y por la ayuda del mago, hubiese caído tras los escombros de la piedra.

La altura y el frío se hacían notar constantemente, cuanto más subíamos, más

helado se volvía el aire. El frío me quemaba las manos de tal manera que me sujetaba de cada roca con toda la fuerza de la que era capaz. Estaba tentada de ponerme los guantes de lana pero sabía que no podría sujetarme bien con ellos y tenía miedo de resbalar.

La piel de mi rostro se encontraba tan fría como la nieve, de a poco comencé a perder sensibilidad hasta que llegó un momento en que apenas podía sentir las manos y los pies.

Era la peor sensación que recordaba haber experimentado.

El mago dejó escapar un grito y al levantar la mirada lo vi colgando unos metros arriba de mí, con los pies en el aire, y Aiden sujetándolo con fuerza de uno de sus brazos. Aiden lo hizo balancear lentamente hasta que los pies de Zul encontraron en donde apoyarse.

A medida que subíamos el camino se volvía más empinado, temía que tarde o temprano alguno de nosotros sufriera un accidente. Subimos más despacio y con la máxima cautela que nos fue posible.

Luego de lo que parecieron horas, finalmente encontramos una gran abertura que iba hacia el interior de la montaña. Descansamos por unos minutos en la entrada y luego avanzamos. Era bastante más amplio que los túneles de la cueva y el aire circulaba libremente.

La ansiedad por ver lo que encontraríamos comenzó a apoderarse de mí. No comprendía cómo un mago podía vivir allí. Me imaginé una sala amueblada en el interior de la montaña con un mago sentado en una vieja silla esperándonos.

Era absurdo, lo sabía. El camino fue corto y tras unos minutos una salida nos llevó a una gran recámara de piedra en el centro del Monte Luna.

Nos detuvimos perplejos ante la impresionante escena frente a nosotros. Dos figuras hechas de piedra, como estatuas. Una de ellas era un humano, un mago, pero no un mago como Zul, sino que parecía salido de uno de los libros que había leído. Era viejo, tenía una larga barba y arrugas en el rostro. Su expresión inspiraba respeto, algo en ella denotaba sabiduría. Sus ropajes consistían en una larga túnica y un sombrero puntiagudo que aparentaba ser aún más viejo que el mago. Y como si fuera poco, llevaba un báculo en la mano. Centenares de años atrás, los elfos habían escrito libros sobre magos humanos y la estatua que se encontraba frente a mí coincidía a la perfección con lo que habían descripto.

La otra figura a su lado era un gran dragón. Era la primera vez que veía uno. Había algo feroz y majestuoso en él. Inspiraba terror y admiración al mismo tiempo. Su cuerpo parecía hecho de piedra y no podía ver el color de sus escamas.

—Esto es... sorprendente —exclamó Zul.

—Jamás pensé que vería un dragón —respondió Aiden.

Me acerqué cautelosamente, temerosa de que las estatuas cobraran vida pero

continuaron inmóviles. Extendí mi mano con cuidado hasta apoyarla sobre la mano del mago, pero no hubo reacción.

—Son de piedra —dije.

Silencio. Zul se acercó y al igual que yo llevó su mano hacia el viejo mago. Nada.

—No nos sirven mientras sean de piedra —gritó Zul frustrado.

Algo en el dragón llamó mi atención, alrededor de su cuello había una cadena y sujeta a él un amuleto. El Corazón del Dragón. No podía verlo con claridad, ya que también parecía hecho de piedra.

—Hay algo escrito en el suelo —dijo Aiden.

Estaba arrodillado y sus manos se encontraban junto a unas letras, las seguí con la vista y me di cuenta de que las palabras continuaban y formaban un círculo alrededor de las dos figuras.

—«La luna nos da vida y el sol nos la quita» —leí en voz alta.

Era magia, magia antigua y poderosa. Miré hacia arriba, a lo lejos distinguí un orificio, si los rayos del sol lograban filtrarse iluminando la recámara, la luna también sería visible.

—Debemos esperar hasta la noche —respondió Aiden.

Zul apoyó su mano sobre el mago de piedra nuevamente y permaneció allí.

—Puedo sentir la magia —dijo—. Es asombroso.

Me pregunté si podrían oírnos, era poco probable pero no descarté la opción. La escena no dejaba de desconcertarme. ¿Quién habría puesto tan terrible hechizo sobre ellos? ¿Y desde cuándo se encontraban allí? No podía ser obra de Ailios, jamás transformaría a otros seres vivos en piedra.

Aún faltaba para la noche, Zul caminó alrededor de la recámara una y otra vez. No estaba segura si buscaba algo o si se encontraba demasiado inquieto como para poder detenerse.

Aiden fue hacia un rincón y se sentó, su expresión era difícil de leer, parecía tan desconcertado con nuestro hallazgo como yo lo estaba. Me senté a su lado y, tras un intercambio de miradas, levantó el brazo y rodeó mi cuello permitiendo que me acomodara en su pecho.

Era una buena señal, aún no era demasiado elocuente conmigo pero de a poco su enojo iba desapareciendo.

El tiempo pasó despacio, nos encontrábamos tan ansiosos de que llegara la noche y de ver si cobraban vida, que los segundos se transformaron en minutos y el sol parecía no querer irse.

Cuando finalmente los últimos rayos del sol se extinguieron y la oscuridad comenzó a llenar la recámara, Zul dejó escapar un suspiro. Estudié su expresión, parecía fuera de sí, no había dejado de moverse en todo ese tiempo y continuamente lanzaba miradas ansiosas a las dos figuras de piedra. Su vida parecía depender de que

despertaran del hechizo.

Cuando la luz de la luna comenzó a filtrarse, Aiden y yo nos pusimos de pie y nos acercamos a las estatuas. Los tres las observamos expectantes por un rato. Nada.

«La luna nos da vida y el sol nos la quita», pensé. No podía haber un doble sentido en ello, era demasiado claro.

Fui hacia el viejo mago y apoyé mi mano sobre la de él nuevamente, la roca seguía igual de sólida que antes.

Zul se agachó y comenzó a inspeccionar las letras talladas en el suelo. Su expresión era una mezcla de concentración y frustración. En verdad esperaba que Warrick no nos defraudara de la misma manera en que lo había hecho Ailios.

—La luna nos da vida y el sol nos la quita —leyó el mago en voz alta.

Las letras se iluminaron a medida que su voz las pronunciaba y un círculo de luz envolvió al viejo mago y al dragón. Al segundo siguiente ambos pares de ojos se abrieron de manera repentina. Ya no eran de piedra, habían regresado a la vida.

Los ojos de Warrick eran azules, penetrantes, reflejaban experiencia y sabiduría, pero también vejez y cansancio. El báculo en su mano lo hacía lucir poderoso.

El dragón... era difícil describir lo que sentí al verlo. Era una criatura hermosa y terrible al mismo tiempo. Sus escamas eran blancas, como si estuviera hecho de mármol y sus impactantes ojos eran amarillos. Su presencia era tan poderosa que no me atreví a moverme.

Su mirada se detuvo en mí y luego pasó a los demás. Su boca se encontraba entreabierta mostrando sus amenazantes dientes que parecían filosos como cuchillas. Nos olfateó detenidamente. Ninguno de los tres parecía capaz de respirar mientras la magnífica y temible criatura nos estudiaba. Aiden alargó su brazo y puso su mano alrededor de mi muñeca con un gesto protector, pero no se animó a hacer más.

—Un mago, un guerrero y una doncella dividida entre dos mundos —la voz del viejo mago sonó ronca—. ¿Qué crees, Grigor?

El dragón nos olfateó otra vez y dejó escapar humo por los orificios de su hocico.

—Sí, al parecer son ellos —asintió Warrick.

¿Sabía quiénes éramos? Al menos había estado en lo cierto, una doncella dividida en dos mundos era una descripción bastante apropiada.

—¿Cómo sabe quiénes somos? —preguntó Zul.

Su voz sonaba algo temblorosa, como si temiera faltarles el respeto al hablar.

—No sé quiénes son, no sé sus nombres —respondió.

—Mi nombre es Zul Florian.

—Aiden Moor.

—Adhara Selen Ithil.

El viejo mago nos siguió con sus ojos a medida que nos fuimos presentando. Nos estudió a cada uno de la misma manera en que lo había hecho el dragón.

—Yo soy Warrick, último mago de la Orden de la Luna Vieja y él es Grigor, el segundo nacido de Lancer y Everil.

El dragón blanco dejó escapar un gruñido y extendió sus alas. Esto lo hizo parecer más grande e intimidante de lo que ya era. El Corazón del Dragón se hizo visible en su cuello, era una gran piedra, roja como la sangre y se encontraba incrustada en un gran amuleto con hojas de metal.

—Ailios los guió hasta nosotros —dijo Warrick.

Era una afirmación, no una pregunta.

—Así es, Ailios se encuentra... —la voz de Zul se quebró.

—Muerto —terminó el viejo mago.

¿Cómo podían saberlo? Habían sido estatuas de piedra hasta hacía solo minutos.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Warrick.

—Se quitó la vida con una espada —respondí—. Akashik y los demás warlocks atormentaron su mente con magia negra por un largo tiempo.

El dragón gruñó, esta vez sonaba enfadado. Warrick permaneció pensativo, una sombra cubrió sus ojos, parecía disgustado.

—¿Cómo sabes acerca de nosotros? —pregunté.

No sabía por qué, pero algo me generaba desconfianza.

—Adhara... —dijo Zul en forma de advertencia.

Debía pensar que estaba siendo irrespetuosa.

—Antes de responder sus preguntas debo saber quiénes son en verdad —replicó el viejo mago.

—Ya les dijimos quiénes somos —dijo Aiden.

—No nos interesan sus nombres, sino su verdadera naturaleza —respondió.

Intercambiamos miradas curiosas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Zul.

—Grigor.

Warrick miró al dragón y luego comenzó a retroceder lentamente hasta encontrarse de espalda contra la pared de roca. El dragón abrió su boca largando una corta bocanada de fuego y dio un paso hacia nosotros.

Sentí un mal presentimiento. El aire se encontraba caliente a causa del fuego, la atmósfera cambió repentinamente. La mirada del dragón no había sido exactamente amistosa pero había tenido cierta serenidad. En un instante cambió y se volvió peligrosa.

Aiden y yo debimos pensar lo mismo, ya que ambos desenfundamos las espadas al mismo tiempo y retrocedimos.

—¡No vinimos a pelear! —gritó Zul—. ¡Necesitamos su ayuda, queremos terminar con el Concilio de los Oscuros!

El viejo mago permaneció indiferente ante aquellas palabras, era como si no las

hubiese escuchado. El dragón blanco avanzó hacia nosotros, su larga cola se balanceaba de un lado al otro golpeando las paredes de piedra.

Nos cubrimos con los brazos esquivando las rocas que caían hasta que se detuvo. Parecía querer provocarnos, no lo comprendía. ¿Eran enemigos? ¿Creían que queríamos robar el Corazón del Dragón? Ninguna de esas teorías parecía acertada.

—¡No queremos pelear! —gritó Zul.

El dragón estiró el cuello en dirección a él, había ferocidad en cada uno de sus movimientos.

—¡Cállate y defiéndete! —grité.

Zul se movió esquivando los dientes de la salvaje criatura y recitó un encantamiento. El viento comenzó a girar en torno de él formando una especie de esfera a su alrededor. Hubiese preferido un hechizo ofensivo, pero al menos se estaba protegiendo. Pensé en atacarlo con fuego pero no lo hice, atacar a un dragón con fuego parecía absurdo.

Grigor avanzó hacia Zul y giró su cuerpo usando su cola como un látigo. Sus escamas parecían tan duras como la roca que las había cubierto. La cola impactó contra la esfera que cubría al mago y por una milésima de segundo pareció detenerse en el aire, pero luego continuó su trayectoria y dio de lleno contra su cuerpo, lanzándolo por el aire.

—¡Zul! —gritamos Aiden y yo al mismo tiempo.

Cayó con fuerza impactando contra el suelo y permaneció allí inmóvil. Su escudo le había fallado, los dragones eran criaturas mágicas y antiguas, aún más antiguas que los elfos y los humanos. Algunos hechizos no debían funcionar contra ellos.

Temí por el mago pero el dragón lo ignoró y se volvió hacia nosotros emitiendo un sonido espeluznante. Aiden se puso delante de mí de manera protectora. No había forma de que pudiéramos derrotar a un dragón y menos en un espacio tan reducido.

—Adhara, quédate detrás...

—No —dije antes de que pudiera terminar.

Sabía lo que iba a decir y no era una opción.

—Pelearnos lado a lado, Aiden.

Levanté a Glace en el aire y puse mis pies en la posición correcta. No tenía idea de cómo luchar contra un dragón. Aiden me dirigió una mirada cálida, sabía que tendríamos mayor posibilidad de victoria si coordinábamos nuestros ataques.

—Lado a lado —respondió.

—Si dejamos que venga a nosotros nos arrinconará —susurré.

—Iremos hacia él. Apunta a las patas o al pecho, no tiene sentido herir sus alas, el espacio no es lo suficientemente grande como para que pueda volar —dijo Aiden.

—No lograremos atravesar sus escamas —repliqué.

—Tendremos que intentar.

Corrimos hacia él y este golpeó el suelo con sus patas haciendo que vibrara. Por un momento pensé que perdería el equilibrio pero no lo hice. Su cabeza arremetió contra mí tomándome por sorpresa. Tomé la empuñadura con fuerza, agarré la punta de la espada en mi otra mano y utilicé la hoja como un escudo para frenarlo. Su boca era tan grande que apenas logré evitar sus dientes. Aiden dirigió un golpe a sus patas y eso me dio el tiempo necesario para recuperar mi postura y atacar. Sus escamas eran tan duras como la roca, mi espada rebotó sin causar siquiera el menor daño.

Utilicé una técnica tras otra, arremetiendo con toda la fuerza de la que era capaz intentando clavar mi espada en él, pero era inútil. Tan inútil como intentar cortar a través de un bloque de piedra.

Aiden esquivó las mordidas del dragón y le hizo frente tratando de llegar hasta su pecho. Su coraje era admirable, los terribles dientes lo rozaron en más de una ocasión pero esto no lo detuvo.

Gruñó irritado, no habíamos conseguido dañarlo, pero nuestros ataques debían resultarle molestos. Su cola trazó un lazo en el aire y golpeó el suelo con tal fuerza que su vibración hizo que ambos cayéramos. Apenas tuvimos tiempo de reaccionar cuando una llamarada de fuego brotó de su boca en nuestra dirección. Grité las palabras del hechizo y las llamas chocaron unas con otras justo a tiempo para detener el ataque. Mi fuego era escaso y débil en comparación al del dragón y se desvaneció en cuestión de segundos.

Aiden se puso de pie y corrió por debajo de la gigante criatura. Las escamas de su pecho debían ser tan duras como el resto, ya que no consiguió atravesarlas. Maldijo y continuó corriendo hacia su cola, a la que logró sujetarse de un salto. No comprendí lo que intentaba hacer hasta que comenzó a trepar.

El dragón blanco agitó sus alas y tras elevarse unos pocos metros giró su cuerpo, y para mi horror, se dejó caer.

—¡Aiden!

Corrí como jamás lo había hecho y lancé a Glace como si fuera una lanza con toda la fuerza que mi cuerpo me permitió. Esta se clavó en la espalda del animal, que irguió su cuerpo dándole la oportunidad a Aiden de soltarse y de no ser aplastado por él. Rodó por el suelo y corrí a su lado, las escamas habían trazado un largo raspón en su brazo.

Levanté la mirada, el dragón tomó mi espada con sus dientes y la arrojó, apenas había una marca donde esta se había clavado. No teníamos esperanza alguna de derrotarlo.

Zul apareció a mi lado, su expresión reflejaba miedo y desesperación.

—Mi magia no funciona con él.

Aiden estiró su brazo, agarró una daga que llevaba atada a la bota y se la dio al mago. Dudaba que le fuera de ayuda, no sabía cómo manejar un arma.

—Necesito recuperar mi espada.

Nos dispersamos antes de que el dragón nos alcanzara. Aiden corrió a mi lado hasta el otro extremo de la recámara donde yacía Glace. Estábamos fatigados y noté que a Aiden le molestaba el brazo. Pero la temible bestia no se encontraba detrás de nosotros, había seguido a Zul, que movía la daga delante de él para evitar que el animal lo mordiera.

Corrí hacia él. Aiden se me adelantó y lo atacó por detrás obligándolo a prestarle atención a él en vez de a Zul. El dragón dejó escapar humo de manera amenazante pero por fortuna no utilizó su fuego contra Aiden, de haberlo hecho no hubiera tenido manera de protegerse. Esquivó su cabeza y con un hábil movimiento logró hacerle un tajo en el pie. Debió dolerle, ya que gimió y arrojó a Aiden hacia atrás con un movimiento de sus alas.

No parecía herido, me paré delante de él para evitar que lo dañara. Los ojos amarillos del dragón me miraron fijamente. Su mirada fue tan terrible que me costó moverme, era una clara advertencia de su poder y de que no nos temía. No tenía razón para hacerlo, éramos nosotros los que debíamos sentir temor y lo sabía.

Levanté a Glace y lo amenacé con ella para que retrocediera. Permaneció inmóvil, me abalancé sobre él y tras ver su mirada victoriosa me di cuenta de que había cometido un error. Sacudió su cola con un movimiento tan repentino que me fue imposible esquivarla, me preparé para sentir el impacto, sentí unos brazos alrededor de mí y, para cuando comprendí lo que estaba sucediendo, me encontraba rodando por el suelo en los brazos de Aiden.

Un profundo dolor se expandió por mi espalda, respiré desesperada pero era como si tuviera algo en la boca que evitara que el aire entrara. Intenté tranquilizarme y poco a poco logré respirar.

Aiden había recibido la peor parte del golpe, permaneció inmóvil a mi lado y también parecía tener dificultades para respirar.

—Aiden...

Me sentía abrumada, sabía que haría cualquier cosa por protegerme. Tomé a Glace y me balanceé algo aturdida al ponerme de pie.

—¡Aléjate de ellos! —gritó Zul evitando que avanzara hacia nosotros.

El dragón gruñó y lo miró de la misma manera en que lo había hecho conmigo. Otra vez pensé que parecía intentar provocarnos.

Zul gritó un encantamiento tras otro. Una muralla lo separó de la bestia, pero esta cruzó a través de las llamas como si no estuvieran. Luego el mago apoyó su mano en el suelo y este se convirtió en hielo expandiéndose hacia el dragón. Sus patas parecían congelarse y por un momento pensé que funcionaría pero luego se derritió y se volvió agua. Las escamas lo protegían de la magia también.

El dragón blanco largó una bocanada de fuego.

—¡Zul! —grité.

No tenía forma de ayudarlo.

—No moriré hasta acabar con todos los warlocks —dijo Zul mirando al dragón.

Un círculo de viento se formó en torno a él nuevamente. Las llamas chocaron contra este y el viento sopló con mayor fuerza perdiendo el control. El aire se volvió tan caliente que la piel me quemaba. Ráfagas de viento soplaban violentamente en todas direcciones y las llamas se dispersaron. Me envolví en mi capa gritándole a Aiden que me imitara. No podía ver lo que ocurría.

La voz de Zul sonó fuerte y segura, el viento comenzó a perder fuerza hasta que desapareció. Quité la capa de mi rostro, el mago se encontraba arrodillado frente a la gran criatura. Le costó ponerse de pie, pero lo hizo y permaneció allí dispuesto a atacarlo.

—Suficiente, Grigor —dijo Warrick.

Había estado tan concentrada en el dragón que me había olvidado de él. Grigor gruñó y retrocedió dejándose caer en el suelo de manera relajada.

—¿Qué diablos fue eso? —grité indignada—. ¿Creen que pueden jugar con nosotros a su antojo? Tal vez no tenga una chance contra el dragón pero pelearé contigo, viejo mago.

Aiden vino hacia mí y me sostuvo para evitar que fuera hacia Warrick.

—Cálmate, Adhara. No tengo intención de dañarlos —respondió Warrick con tranquilidad.

Se acercó a nosotros, pero esta vez fue Aiden quien lo amenazó con la espada.

—Sus acciones demuestran lo contrario —le espetó—. No se acerque, manténgase alejado.

No parecía preocuparle la amenaza pero aun así se detuvo en su lugar.

—Grigor los estaba probando, al pelear es cuando nuestra verdadera naturaleza es revelada. Necesitaba saber si son dignos de confianza y ahora lo sé —dijo Warrick.

Sus palabras tenían cierto sentido, recordaba haber escuchado algo similar en Alyssian. Pero aún me encontraba furiosa.

—Pudo habernos matado —replicó Zul.

—Los dragones no pueden apaciguar sus ataques por más que lo intenten, son criaturas orgullosas y poderosas por naturaleza. Pero les aseguro que Grigor no iba a matarlos.

El dragón gruñó levemente respaldando sus palabras.

—Espero que le haya resultado entretenido —dijo Aiden con ironía—. ¿Qué aprendió al vernos pelear?

—Lo suficiente. Aprendí que los tres pelearon valientemente sin valerse de trucos sucios o artimañas. Ahora sé que Zul Florian duda de sus habilidades en ocasiones pero utiliza la magia con respeto y está dispuesto a enfrentar sus miedos y no darse

por vencido; que Adhara Selen Ithil enfrenta a sus adversarios segura de sí misma, que se vale de técnica y persistencia y que pone su vida al límite por aquellos cercanos a su corazón; y que tú, Aiden Moor, peleas con coraje, honor y darías tu vida por la joven a tu lado.

VERDADES Y LEYENDAS

Si pensaba que sus halagos iban a compensar el hecho de que el dragón Grigor nos había revolado de un lado al otro de la recámara estaba equivocado.

Debió adivinar mis pensamientos, ya que parecía pedirnos disculpas con la mirada al tiempo que nos indicó que nos acercáramos.

—Hay mucho sobre lo que debemos hablar y poco el tiempo con el que contamos. Tengo entendido que han logrado matar a dos de los warlocks del Concilio de los Oscuros, corríjanme si me equivoco.

Silencio.

—Lo peor aún está por venir, Akashik es un enemigo formidable, un ser dotado de tal oscuridad y astucia...

—¿Cómo sabe acerca de nosotros y de lo que hemos hecho? —lo interrumpí.

—Todo a su tiempo, Adhara. Solo diré que hay alguien que los ha estado observando —respondió el viejo mago.

Lo sabía. Ese pensamiento había estado rondando mi mente. ¿Cómo era posible que no nos hubiésemos dado cuenta? ¿De quién se trataba?

—¿Qué saben acerca del Corazón del Dragón? —preguntó Warrick.

—Concede inmortalidad a quien lo use —respondió Zul.

Grigor dejó escapar humo por sus orificios. Por un momento creí que el dragón se había ofendido.

—Las historias en torno al Corazón del Dragón han variado con los años. Los warlocks pusieron sus esperanzas en una vieja leyenda que hablaba sobre una piedra del color de la sangre creada por los dragones como un regalo para un líder digno de los hombres. La piedra en cuestión ofrecía el regalo de la inmortalidad —hizo una pausa—. Esa leyenda es falsa.

—¿Falsa? —preguntamos los tres al unísono.

—El Corazón del Dragón no concede inmortalidad —dijo Warrick.

No era posible. Los elfos mismos habían escrito pergaminos con la leyenda. Si la leyenda era falsa debían saberlo. A menos... que supieran que era falsa y la escribieran de todos modos. Era otra prueba de su desconfianza.

—Los elfos saben que la leyenda es falsa —dije pensando en voz alta.

Warrick guardó silencio pero su mirada confirmó mis sospechas.

—¿Entonces el Corazón del Dragón es simplemente una piedra? —preguntó Zul incrédulo.

El dragón gruñó.

—¿Alguno de ustedes ha escuchado la historia de la Dama Draconis? —preguntó Warrick.

Aiden y Zul negaron con la cabeza.

—Mi padre solía cantarme una canción que hablaba sobre ella cuando era niña — dije pensativa.

El viejo mago me indicó que prosiguiera.

—«Solo su presencia puede callar a aquellos que desconocen el silencio

»Y ni el más vil de los insolentes osa mirarla sin su permiso.

»Pues ella es la dama que fue criada por el gran dragón y como su hija no tolera las faltas de los mortales

»Aquella dama de larga cabellera roja que conoce los secretos del fuego y los misterios de los dragones

»Aquella cuyo nombre induce respeto

»Pues nadie conoce el secreto que envuelve a la Dama Draconis.» —recité.

Me sorprendí de recordar todos los versos. Zul me observó pensativo. A juzgar por su expresión, nunca la había oído.

—Hace más de doscientos años aún había dragones en Lesath. Volaban libres y salvajes por las tierras y en ocasiones cazaban ganado y dañaban los pueblos. Glaws, un dragón con escamas del color del cielo y descendiente de Darco, el primer dragón, mató el ganado de un pueblo llamado Daos... en más de una ocasión. La gente del pueblo, cansada de esto, decidió tenderle una trampa. Necesitaron más de cien guerreros para atraparlo. Estaban decididos a matarlo y lo hubieran hecho de no haber sido por una niña llamada Lisabeth Derose. Tenía apenas siete años y era la única hija de uno de los nobles. La niña se escabulló hacia donde lo tenían cautivo y lo liberó de sus cadenas, salvando su vida. Glaws escapó y regresó con los suyos llevando a Lisabeth con él. Darco recompensó a la pequeña entregándole una piedra creada por sus propias llamas. La piedra protegería a la niña, de la misma manera que las escamas protegían a los dragones. Mientras la tuviera puesta ningún ataque físico o mágico podría lastimarla.

—Lisabeth Derose se convirtió en la Dama Draconis —adiviné.

La historia aún sonaba algo extraña como para ser cierta. ¿Una niña de siete años rompiendo cadenas y salvando la vida de un dragón? Pero el Corazón del Dragón existía, Grigor lo llevaba alrededor de su cuello, la historia debía ser cierta.

—Tal vez la piedra no lo vuelva inmortal pero aun así es peligrosa. Si Akashik la obtiene nunca lograremos matarlo. No vivirá para siempre pero vivirá por largos años —dijo Aiden.

—La historia aún no termina. Los dragones son astutos y conocen sobre la codicia de los hombres —dijo Warrick—. El Corazón del Dragón fue creado para Lisabeth Derose y sus descendientes. Cualquier otra persona que lo utilice sufrirá consecuencias.

—¿Qué clase de consecuencias? —preguntó Zul.

—Si un mago utiliza el amuleto, en cuanto se lo quite, la piedra le quitará su

magia. Si un hombre lo utiliza se volverá débil y enfermo al quitárselo.

El viejo mago tenía razón, los dragones habían sido astutos.

—¡Si Akashik se pone el amuleto y luego se lo quitamos perderá su magia! — exclamó Zul animado—. Se convertirá en un humano y podremos matarlo sin dificultad.

Recordé a aquel terrible ser que me había mantenido cautiva en Izar, su rostro joven y malvado, sus ojos negros y su facilidad para manipular a los demás. Akashik ya poseía grandes poderes mágicos, si le sumábamos el Corazón del Dragón, jamás nos acercáramos lo suficiente a él como para arrebatárselo.

—No tenemos ninguna garantía de que podremos separarlo de la piedra. Si le entregamos el Corazón del Dragón estaríamos asegurando su reinado —dijo Aiden.

Tenía razón, habíamos llegado a la misma conclusión. A Zul no le agradó oír esas palabras, pero sabía que eran ciertas. La frustración se hizo evidente en su rostro.

—Sería demasiado arriesgado entregárselo a los warlocks y tampoco podemos utilizarlo nosotros —dijo—. Lo único que nos resta es destruirlo para asegurarnos de que no caerá en sus manos.

—Solo una persona puede destruir la piedra —dijo Warrick—. Un descendiente de la Dama Draconis. Fue creada como un obsequio para ella y solo alguien que comparta su sangre puede destruirlo.

Esa perspectiva no era buena.

—Según lo que recuerdo la Dama Draconis fue hacia la tierra de Serpens con los demás dragones.

Eso era lo que me había dicho mi padre.

—Sí, pero su hija Eilwen Derosé permaneció en Lesath y continuó el linaje — respondió Warrick.

—Ustedes deben saber quién es —le espetó Aiden—. ¿Por qué permanecieron aquí en lugar de buscar al descendiente de la Dama Draconis y hacer que destruya la piedra?

Había algo de enojo en su voz y comprendía de dónde provenía. Warrick era un mago poderoso y tenía un dragón a su lado, ambos podrían haber destruido la piedra en lugar de permanecer escondidos en una montaña.

—Mi vida llegó a su fin hace mucho tiempo, soy más viejo de lo que ustedes creen —replicó Warrick—. Los humanos tenemos una vida corta, incluso aquellos que poseemos magia. Yo fui el último mago de la Orden de la Luna Vieja. Pensé que viviría mis últimos años en paz cuando un joven adivino llamado Celestino tuvo una premonición. Había oído hablar de un niño de cabello blanco y ojos del color del agua que tenía visiones sobre el futuro; decidí ir a visitarlo y verlo por mí mismo. El niño habló acerca de una amenaza oscura que buscaba apoderarse de Lesath. Dijo que un grupo de warlocks habían sobrevivido y que causarían muerte y sufrimiento. Los

elfos estaban dejando estas tierras para regresar a Alyssian y solo uno de ellos me escuchó y accedió a ayudarme, Ailios. Juntos buscamos por toda Lesath hasta que finalmente encontramos el Corazón del Dragón. Este se había perdido en el tiempo y se encontraba bajo el poder de un noble que solo lo veía como una bonita joya. Intentamos encontrar a aquel que pudiera destruirlo pero sabíamos que los warlocks venían tras nosotros. Ailios me confió la piedra y me indicó que me dirigiera al Monte Luna. No tuvo más opción que encerrarse en el pasaje de Elnath —hizo una pausa—. Cuando llegue aquí me encontré con Grigor. Ailios había escuchado que un dragón blanco había reclamado para sí una cueva en el Monte Luna y que cada un par de años regresaba de la tierra de Serpens. Grigor accedió a ayudarme a cambio de que una vez finalizada nuestra tarea le entregara mi báculo. A los dragones les gusta coleccionar objetos valiosos. No sabía quién continuaría mi misión o en cuánto tiempo, solo sabía que me encontraba viejo, cansado y que me quedaba poco tiempo de vida. Entonces utilicé mi magia para crear un hechizo que nos mantuviera intactos ante el paso de los años —hizo otra pausa y agregó—: Debo admitir que estoy complacido con la extraordinaria magia que he logrado.

Era difícil creer que hubieran esperado aquí transformados en piedra durante tanto tiempo. ¿Qué pasaría con él ahora que nos encontrábamos aquí? ¿Moriría?

Zul se paseó en círculos, no sabía lo que pensaba pero era evidente que se encontraba perturbado. Aiden dejó escapar un suspiro y se apoyó sobre su espada.

No solo debíamos vencer al Concilio de los Oscuros, sino que también debíamos encontrar a un descendiente de la Dama Draconis.

—Si no pudo matar a los warlocks, ¿cómo espera que yo lo haga? —preguntó Zul.

Había irritación y desesperación en su voz.

—Eres joven y tu magia es fuerte, Zul Florian. Encontrarán la manera —respondió Warrick.

Zul abrió la boca y volvió a cerrarla, luego nos dio la espalda y se alejó unos pasos. Pensé en seguirlo e intentar tranquilizarlo pero no parecía una buena idea.

—¿Cómo haremos para encontrar a un descendiente de la Dama Draconis? No tenemos siquiera un nombre para comenzar a buscar —dijo Aiden.

—Utilizaré un hechizo, creo poder proporcionarles un nombre o una imagen de la persona que deben buscar —replicó el viejo mago.

El dragón blanco se puso de pie y gruñó.

—El amanecer se aproxima. Hay otros temas que debemos discutir, información que puede ayudarlos, regresen por la noche —se volvió a Grigor y agregó—. Una noche más, amigo. Una noche más y tendrás lo prometido.

El dragón asintió con la cabeza y se acercó a Warrick colocándose dentro del círculo de palabras. La oscuridad se fue disipando de a poco y, con el primer rayo de

sol, ambos volvieron a ser de piedra como si nunca hubiesen tenido vida. Fue algo asombroso de contemplar, Warrick en verdad había utilizado magia extraordinaria.

Con el sol también me llegó el cansancio, había estado tan absorta en la charla, que no me percaté de que habíamos pasado la noche en vela.

Permanecimos en silencio un buen rato, cada uno perdido en sus pensamientos. No podía creer que la historia del Corazón del Dragón que todos conocían fuera falsa. Pero no era difícil ver cómo se había creado la leyenda: si protegía de todo tipo de peligros a quien lo poseyera, muchos podían haber interpretado erróneamente que los volvería inmortales. Lo que me costaba comprender era que alguien tan astuto como Akashik no haya dudado en ningún momento del poder de la piedra; quizá su ambición era más grande de lo que imaginábamos. Era alentador saber algo que él desconocía.

Me pregunté quién sería el descendiente de la Dama Draconis y si sabría sobre sus orígenes. Una nueva posibilidad cruzó mi mente. La persona no solo podía destruir el Corazón del Dragón, sino que también podía utilizarlo sin sufrir consecuencias. Si se trataba de alguien con magia podría atacar a los warlocks sin padecer ningún tipo de daño. Pero incluso si no poseía magia, podía matarlos con un arma.

Les indiqué a Aiden y a Zul que se acercaran y les conté lo que había pensado. En cuanto terminé de hablar, ambos asintieron. El mago parecía aliviado e incluso sonrió. Aiden parecía tener dudas al respecto.

—Me alegraré una vez que veamos qué tipo de persona es —dijo.

—Es un descendiente de la Dama Draconis, debe llevar su ferocidad en la sangre —respondí.

Tenía sueño. Consideré dormir sobre las rocas pero tenía el presentimiento de que despertaría más dolorida de lo que me encontraba.

—Iré a ver los caballos para asegurarme de que se encuentren bien —dijo Aiden—. La carpa aún se encuentra armada y me vendrían bien unas horas de sueño.

—Iré contigo —repliqué.

Observé al mago esperando a que se nos uniera.

—Me quedare aquí —dijo Zul—. Necesito aclarar mi mente.

Era extraño que quisiera quedarse allí con las estatuas pero no dije nada, respetaba que quisiera estar solo por un tiempo.

—Adhara.

Aiden estrechó mi mano y me guió por el camino de regreso hasta la abertura en la montaña. Descender fue aún más difícil que subir, debíamos mirar constantemente hacia abajo y en ocasiones no sabíamos sobre qué piedra apoyar el pie. No sé cuánto tiempo nos llevó tocar el suelo pero finalmente lo hicimos. El clima parecía aún más frío que el día anterior, el aire helaba mis manos y mi rostro. Mis pies se enterraban

en la nieve y cuando llegamos a la carpa estaba tan cansada que apenas podía mantenerme en pie.

Daeron relinchó al verme y me acerqué a acariciarlo. Los caballos se encontraban bien, habían quitado la nieve con sus patas hasta dejar el pasto al descubierto y pastaban tranquilos uno al lado del otro. Parecían estar tolerando el frío mejor que yo.

Al entrar en la carpa me quité la capa y me dejé caer sobre la bolsa de dormir. Aiden entró unos minutos después y en el momento en que nuestras miradas se cruzaron mi corazón comenzó a acelerarse. Me sentía ansiosa, nerviosa y no tardé en darme cuenta a qué se debía. Era la primera vez que nos encontrábamos solos desde hacía bastante tiempo. La carpa nos proporcionaba cierta intimidad que me asustaba y resultaba emocionante al mismo tiempo.

Me sentí más consciente de mí misma, debía encontrarme en un estado desastroso. Con ojeras, la piel seca a causa del frío y la ropa sucia por la batalla. Me acomodé el pelo y permanecí quieta sin saber qué hacer. Aiden se quitó el pesado abrigo y lo dejó a un lado junto a su espada.

Debió darse cuenta de la intimidad de la atmósfera ya que sus ojos me miraron con cierta intensidad. Su rostro era imposible de leer.

—No recuerdo la última vez que estuvimos solos. Me recuerda a la noche en que dejamos Naos, antes de que Zul nos encontrara en Zosma —dijo Aiden.

Estaba en lo cierto, era la primera vez que nos encontrábamos realmente solos desde aquella vez.

—A mí también —respondí.

—Es una lástima que aún esté enfadado contigo.

Intentó sonar frío, pero no lo logró. Estaba arrodillado en el otro extremo de la carpa y podía ver que intentaba decidir si vendría a mi lado o permanecería allí. Aun así el espacio era tan reducido que nos encontrábamos a unos pocos centímetros. Ya me había disculpado cientos de veces y no lo volvería a hacer. Tiré mi pelo hacia atrás y lo miré de forma seductora. La poca determinación que había en su rostro se desvaneció y estiró su brazo atrayéndome hacia él. La calidez de sus labios despertó emociones que no tardaron en apoderarse de mí. El beso fue largo, apasionado, intenso.

—Aún me encuentro enojado —dijo.

Lo besé en cuanto terminó de decir las palabras. Apoyé mis manos en su torso y las dejé allí, su camisola estaba fría pero podía sentir el latido de su corazón. Tuve el impulso de quitársela para poder sentir su piel, pero no lo hice. Me atrajo hacia él aún más y su mano recorrió mi espalda hasta posarse en mi cintura causándome escalofríos. Su contacto me estremecía y no había nada que pudiera hacer para controlarlo.

—Eres la mujer más hermosa que ha existido —susurró.

Lo miré a los ojos, aquellos ojos marrones que tenían tanto poder sobre mí.

—Entonces, ¿me perdonas? —dije con una mirada inocente.

Dejó escapar una risa y me besó de nuevo. La intensidad de la situación comenzó a abrumarme, una parte de mí quería rendirse ante el momento y fundirme en sus brazos, pero la otra parte tenía miedo de la profundidad y la intensidad de lo que sentía por él.

Entrelazó su mano en mi pelo delicadamente y luego su otra mano se posó sobre mi camisa. Mis labios se separaron de los suyos. Intenté aferrarme a mi razón antes de perderla por completo. Mi expresión debió delatar mis pensamientos, ya que quitó su mano del cuello de mi camisa y la llevó a mi rostro. Acarició mi mejilla y me besó. El beso no fue largo y apasionado como los otros, sino corto y lleno de ternura.

—Ha sido un día largo, ¿lista para dormir? —preguntó.

Aiden en verdad era un caballero, el más hermoso y cortés de Lesath. Lo abracé y apoyé mi cabeza en su pecho.

—Deberíamos alejarnos de Zul más seguido —dijo rodeándome con sus brazos.

Dejé escapar una risita. Tenía razón, no podía negarlo.

—Podríamos escabullirnos de vez en cuando —respondí.

Debimos dormir por largas horas, ya que cuando nos despertamos era el atardecer. Nos apresuramos a dirigirnos a la montaña, sería imposible escalarla en la oscuridad. Esta vez nos resultó más fácil, ahora sabíamos sobre qué piedras podíamos trepar y sobre cuáles no.

Logramos llegar a la abertura justo segundos antes de que el sol se ocultara por completo. Al entrar en la recámara, vimos que el mago se encontraba sentado frente a las dos figuras. Creí que estaba demasiado absorbido en sus pensamientos para notarnos pero se encontraba dormido.

Aguardamos en silencio contra la muralla de piedra y no lo despertamos hasta que la noche estuvo sobre nosotros.

Zul se sobresaltó cuando apoyé mi mano sobre su hombro y al vernos volvió su mirada hacia las figuras de piedra.

—Aún no se han despertado —dije.

La luna tardó en hacerse visible y pasó un rato hasta que su luz finalmente iluminó el recinto. Zul leyó en voz alta las palabras del círculo, al momento siguiente, Warrick y Grigor habían vuelto a la vida.

El viejo mago parecía aún más viejo y cansado que la noche anterior. Las arrugas eran más pronunciadas, el pelo y la barba ya no eran una mezcla entre gris y blanco, sino que eran completamente blancos.

—Warrick, luces...

—Es bueno verlos aquí —me interrumpió—. Tenemos mucho de qué hablar.

Zul fue hacia él y para mi sorpresa se arrodilló frente a sus pies.

—Déjame ayudarte, Warrick. Por favor —dijo—. Eres un gran mago, hay tanto que podría aprender de ti.

Warrick le dio un golpecito con su báculo.

—Levántate, muchacho —le espetó—. No hay nada que puedas hacer por mí. Guarda silencio y presta atención.

El mago lo obedeció pero sus misteriosos ojos grises lucían perturbados y tristes.

—¿Han oído hablar acerca del Hechicero de Hielo? —preguntó.

Los tres negamos con la cabeza.

—Si continúan camino hacia el norte hallarán un territorio llamado Eira. Se trata de un desierto de nieve y hielo, y allí se encuentra la corte del Hechicero de Hielo —dijo Warrick.

Era la primera vez que escuchaba hablar de él.

—El Hechicero posee una esfera de cristal, los winsers se la obsequiaron a cambio de que les permitieran vivir en su corte —continuó—. Esta esfera le permite dar un vistazo a lo que ocurre en el resto del mundo.

—¿Qué son los winsers? —preguntaron Aiden y Zul al mismo tiempo.

—Son espíritus de hielo —respondí.

Había oído historias sobre ellos en Alyssian.

—Así es, espíritus de hielo. Tienen apariencia humana pero su esencia es distinta. Al nacer son casi traslúcidos, como fantasmas, y a medida que crecen se vuelven blancos y visibles. Al envejecer adquieren mayor solidez e incluso se los puede percibir con el tacto. Cuando mueren se congelan por completo —explicó Warrick.

Zul y Aiden parecían asombrados de que tales criaturas existieran.

—Los winsers son espíritus hechos de hielo y magia. Hace mucho tiempo, los warlocks los cazaron para robarles su magia llevándolos al borde de la extinción. Cuanta más magia utiliza un winser, más rápido envejece. Al robarles su magia, los winsers morían convirtiéndose en hielo —hizo una pausa y continuó—. Los winsers que sobrevivieron buscaron refugio en la corte del Hechicero de Hielo. Si acceden a ayudarlos serán buenos aliados contra el Concilio de los Oscuros.

Warrick estaba en lo cierto. Si los warlocks habían ayudado a su extinción, de seguro estarían en busca de venganza. Akashik era poderoso. Aún si teníamos el Corazón del Dragón, necesitaríamos de toda la ayuda posible para matarlo. Y Blodwen y Mardoc también eran rivales peligrosos.

—¿Qué hay del Hechicero? —preguntó Zul— ¿Se nos unirá contra los warlocks?

—Lo dudo —respondió el viejo mago—. El Hechicero de Hielo se ocupa de sus propios asuntos y no arriesgará la paz de su corte para interferir en Lesath.

La decepción en el rostro de Zul era evidente.

—Entonces, ¿debemos seguir hacia el norte hasta encontrar el territorio de Eira y la corte del Hechicero? —preguntó Aiden.

—Sí. Los winsers les serán de ayuda y el Hechicero puede proporcionarles sabios consejos. Su esfera puede haberle mostrado algo que les resulte útil.

Esa idea me intrigaba.

—¿Qué es lo que muestra exactamente la esfera? —pregunté—. ¿Nos ha visto en ella?

—Por lo que sé, la esfera muestra imágenes. Dudo que sean al azar, son personas, lugares, sucesos que alteran el equilibrio del mundo —replicó Warrick—. Él los vio en ella y me envió un mensaje para advertirme de que vendrían.

El dragón emitió un leve gruñido, Warrick se volvió hacia él e intercambiaron una mirada. De alguna manera comprendía lo que quería decir.

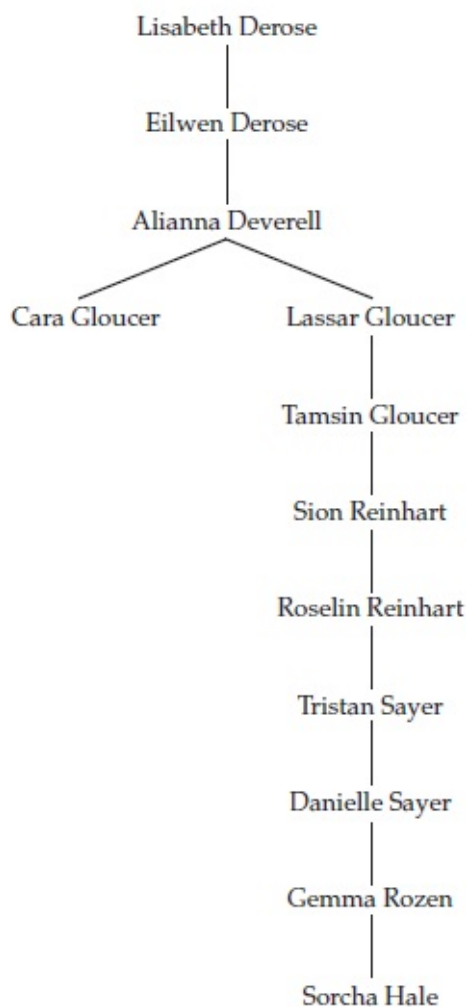
—Grigor cree que deberían encontrar a la heredera de la Dama Draconis antes de ir hacia Eira y coincido con él —dijo.

Esperaban demasiado de nosotros, por la expresión perturbada del mago supe que pensaba lo mismo. De alguna manera creían que seríamos capaces de encontrar al último descendiente de una larga línea de sangre perdida en el tiempo; ir hacia Eira, un desierto de hielo al norte de las afueras de Lesath; reunir un ejército de winsers; matar al Concilio de los Oscuros y destruir el Corazón del Dragón. Sonaba imposible y agotador de solo pensarlo.

Warrick nos hizo un gesto con la mano para que lo siguiéramos, su paso era lento pero firme y utilizaba su báculo como un bastón para caminar. En uno de los rincones de la recámara había una abertura que no había visto antes. El viejo mago se puso de rodillas y entró gateando. Lo imitamos, el pasaje era estrecho y mis brazos apenas podían deslizarse sin rasparse contra la pared de roca. Oí a Aiden quejarse detrás y adiviné que el espacio debía ser demasiado estrecho para él. Por fortuna solo se extendía por uno o dos metros. Al salir apenas podía ver debido a la oscuridad. El báculo de Warrick iluminó los alrededores, era una recámara de piedra más grande que la anterior y en ella había un manantial.

Le ofrecí mi mano a Aiden y lo ayudé a salir de la grieta, sus brazos se encontraban llenos de pequeños raspones. Warrick tomó una piedra del piso y comenzó a tallar algo en la pared. Los tres nos acercamos a él intentando descifrar lo que hacía, pero la luz era escasa y no podíamos verlo con claridad. Aguardamos hasta que se volvió a nosotros y apoyó su báculo sobre la pared haciéndola visible. Lisabeth Derose. Había tallado el nombre de la Dama Draconis. Lo observé confundida, Aiden y Zul tampoco parecían entender.

Recitó unas palabras y el nombre se iluminó con un destello plateado, unos momentos después una línea brotó de este y apareció otro nombre debajo y luego otro y así sucesivamente.



La Dama Draconis le había dado su apellido a su hija, un hecho bastante curioso ya que en Lesath las mujeres cambian sus apellidos por el de sus esposos cuando se casan. Pero solo se había extendido por una generación más, ya que su nieta llevaba otro apellido. Zul leyó en voz alta cada nombre que fue apareciendo a excepción del último. Su mirada era de horror y comprendí a qué se debía cuando llegué al último nombre de luz plateada. Sorcha Hale. No podía tratarse de Sorcha, era imposible.

—Sorcha Hale —Zul leyó para sí, incrédulo.

—No es posible que se trate de Sorcha —dije mirando a Aiden—. ¿Crees que sea ella?

—No puede ser la única Sorcha en Lesath —respondió.

Aiden no sonaba demasiado convencido.

—No es Sorcha, no puede ser Sorcha —exclamó Zul.

Warrick nos observó en silencio, parecía confundido con nuestra reacción pero no dijo nada al respecto. Simplemente caminó hacia el manantial, estiró su báculo hacia él y trazó círculos en el agua. Un rostro apareció sobre la superficie del agua como si se tratara de un reflejo, un rostro que conocíamos bien: pelo rojo como el fuego, ojos azules y una expresión gélida como el hielo. Era Sorcha. Sorcha era la última

descendiente de la Dama Draconis. Me negaba a creerlo y sin embargo allí estaba, claro como el agua.

—Sorcha Hale es una aprendiz de Nawa —dije mirando a Warrick—. Sirve al Concilio de los Oscuros.

Me miró con alarma en sus ojos pero la compostura jamás dejó su rostro.

—Ella es la única que puede destruir el Corazón del Dragón —respondió simplemente.

Sus palabras me alteraron. ¿Acaso no me había oído? No comprendía la gravedad de la situación. La única persona que podía ayudarnos era aliada de nuestros enemigos. Miré a Zul, extrañada de que no estuviera tan indignado como yo, y me helé al verlo. Sus ojos grises brillaban peligrosos y turbados al mismo tiempo. Su expresión era... era imposible de describir, en ella había horror y enojo pero también había esperanza. Y se encontraba tan quieto que me recordó a Seith.

—Zul... —dijo Aiden.

Cuando el mago no reaccionó ante su nombre, Aiden me miró preocupado. Me acerqué a él y sacudí su brazo hasta que su mirada perdida se volvió hacia mí.

—Sorcha es Sorcha Hale —dijo con un hilo de voz.

No sabía qué decir. Miré a Aiden para que dijera algo, pero este parecía pasmado por el estado del mago.

—Sorcha es Sorcha Hale —repitió—. La heredera de la Dama Draconis.

No parecía tener la capacidad para decir otra cosa. Me sentí mal por él, era como si no pudiera liberarse de Sorcha. Pensé en abrazarlo, pero dudaba que le sirviera de algo. Aiden palmeó su espalda para darle ánimo, pero este apenas lo notó.

—Compite, Zul Florian —dijo Warrick—. Eres un mago capaz y poderoso, no puedes comportarte de esa manera.

Volvió en sí y observó a Warrick avergonzado.

—Lo siento —se disculpó.

—¿Saben dónde se encuentra Sorcha Hale en este momento? —preguntó Warrick sin prestarle atención.

—No —respondió Aiden—. Pero la última vez que la vimos había escapado del Concilio y no parecía tener intenciones de regresar con ellos.

—Es cierto —dije—. Parecía disfrutar de su libertad, tal vez podamos persuadirla de que nos ayude a acabar con los warlocks. El único problema será lograr que destruya el Corazón del Dragón tras terminar con ellos y que no se lo quede para sí.

El viejo mago permaneció pensativo.

—No podemos confiar en Sorcha —dijo Aiden.

No, no podíamos.

—Deberán hacerlo —replicó Warrick.

Antes de que pudiéramos decir algo más nos dio la espalda y entró a la grieta que

daba a la otra recámara. Su actitud comenzaba a molestarme. Actuaba como si todo fuera tan sencillo. No era él quien debía arriesgarse a confiar en ella, ni era él quien arriesgaría su vida luchando contra las criaturas más oscuras de Lesath. Aiden maldijo en voz baja y supe que nuestros pensamientos eran los mismos. Warrick era sabio y no había duda de que había sido un gran mago, pero se encontraba al final de sus días y la magia que había utilizado para mantenerse con vida todo este tiempo lo había agotado. Probablemente quería morir en paz sabiendo que había hecho todo lo que estaba a su alcance para poner el Corazón del Dragón en manos capaces que terminaran lo que él había comenzado. Su deseo de que nosotros triunfáramos en todo lo que nos había encomendado era tan grande que nublaba su juicio.

El dragón nos esperaba del otro lado, algo en su mirada lo hacía lucir impaciente.

—Camina conmigo, Zul. Tú y yo hablaremos a solas —dijo el viejo mago.

Zul se tensó ante estas palabras pero asintió y se unió a él. Ambos se alejaron caminando hacia la salida de la recámara.

Inspeccioné las paredes de piedra detenidamente, recordé que Talfan me había dicho que podría encontrar místicas en el Monte Luna. En Alyssian había aprendido sobre las místicas, pequeñas piedras blancas que protegían de la magia. No detenían todos los hechizos pero sí los que estaban dirigidos directamente hacia uno, aquellos que causaban dolor físico y psíquico.

No encontré nada, podrían estar en cualquier parte de la montaña y no contaba con suficiente tiempo para inspeccionarla por completo. Debía conseguir las de alguna manera; si lo hacía, Aiden y yo nos encontraríamos protegidos contra la magia de los warlocks. Zul era bueno con hechizos defensivos pero yo aún estaba aprendiendo y Aiden estaba completamente desprotegido.

Miré al dragón, él conocía la montaña. Me tomó unos momentos decidirme, tenía miedo de que lo considerara impertinente y se ofendiera o algo peor. Pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr, si lográbamos obtener místicas estaríamos más protegidos. Caminé decidida hacia el dragón y me detuve a unos pasos de él. Grigor me observó con sus penetrantes ojos amarillos, su mirada era de advertencia pero también de curiosidad. Aiden me miró preocupado y se apresuró a mi lado, pero negué con la cabeza para que mantuviera la distancia.

Grigor gruñó y levantó el cuello, con su mirada fija en ambos.

—No es mi intención faltarte el respeto, Grigor, segundo nacido de Lancer y Everil, sino que busco tu sabiduría. He oído que aquí hay místicas. ¿Es cierto?

Silencio. Su mirada era tan intensa que no era fácil sostenerla. Hasta ahora nunca había bajado la mirada ante nadie, pero no había vergüenza en bajarla ante un dragón. Grigor movió la cabeza en forma afirmativa y miró hacia arriba. Si las místicas se encontraban en la punta de la montaña, estaba frente a un problema. Las paredes de roca se extendían por metros y metros hacia arriba y jamás lograría escalar tan alto.

—¿Podrías ayudarme a tomar algunas? —pregunté con humildad.

Supe la respuesta en cuanto terminé de hablar. El dragón gruñó mostrando los dientes y golpeó el suelo con la pata delantera provocando que el suelo vibrara. Permanecí tan quieta como me fue posible. Lo miré obligándome a lucir calmada y a ocultar mi miedo.

—Adhara, esto es peligroso —dijo Aiden.

Le hice un gesto para indicarle que estaba bien sin apartar mi mirada de Grigor. Sabía que Aiden era lo suficientemente inteligente para no sacar su espada, eso solo empeoraría las cosas. Había ayudado a Warrick a cambio de su báculo. Tal vez, si le ofrecía algo, accedería. Pero no sabía qué, no poseía nada de valor. Lo único valioso que llevaba conmigo era mi espada Glace. Acero forjado por un habilidoso herrero elfo y una empuñadura de fina y bella confección. No podía cambiarla. Con suerte, exigiría otra cosa.

—Mis disculpas, Grigor. Hablé de manera precipitada. Déjame pedirlo de otra manera. ¿Hay algo que pueda ofrecerte a cambio de místicas?

Su expresión se apaciguó. Sus ojos amarillos me estudiaron detenidamente por unos minutos. Se puso de pie y acercó su gran cabeza hacia mí. Intenté verme tranquila y relajada pero no lo logré. Era la primera vez que me encontraba tan cerca de la magnífica criatura. Me sentía vulnerable, desprotegida. Solo necesitaba abrir su boca y podía tragarme en cuestión de segundos. Sentí su respiración y un leve temblor recorrió mi cuerpo. Podía sentir a Aiden conteniendo la respiración detrás de mí. Grigor tocó mi mano con las escamas de su nariz, lo hizo de manera cuidadosa para evitar lastimarme, sus escamas eran ásperas contra mi piel. De haberse refregado con más fuerza me hubiese cortado.

Bajé la mirada hacia mi mano, en el dedo índice llevaba un anillo que me habían regalado mis padres. Estaba tan acostumbrada a él, que apenas lo sentía. Tenía forma de flor y sus pétalos eran de esmeralda. La esmeralda había pertenecido a una vieja joya de mi madre, mi padre la había tallado y había hecho la banda de oro.

Era valioso, pero principalmente tenía valor sentimental para mí. Me dolería desprenderme del anillo, había sido un regalo especial de mis padres pero sabía que era necesario. De seguro mis padres lo comprenderían, mi seguridad era más importante que una joya.

Me quité el anillo y se lo ofrecí a Grigor, que se las ingenió para tomarlo entre sus garras. No comprendía de qué podía servirle el anillo o para qué lo querría. El gran dragón blanco extendió sus alas de manera tan repentina que me sobresaltó, se elevó en el aire y continuó subiendo hasta llegar al techo de piedra. Frotó su cabeza contra ellas y rocas de todos los tamaños comenzaron a caer. Aiden me tomó de un brazo y me atrajo hacia sí con fuerza evitando las rocas. Cuando ya no cayeron más, me arrodillé y busqué entre ellas hasta que distinguí dos pequeñas piedras blancas como

la nieve y de textura lisa. Eran místicas. Le entregué una Aiden y guardé la otra en el bolsillo.

—Llévala siempre contigo, te protegerá contra algunos hechizos.

Era una lástima que no hubiera una más para Zul. Aunque el mago sabía protegerse de la magia podría haberle ahorrado trabajo. Aiden observó la piedra con curiosidad y luego la guardó en su ropa.

Warrick y Zul no tardaron en regresar. Zul tenía una expresión seria, su mirada brillaba peligrosa y había algo nuevo en sus ojos, seguridad. Lo que fuera que el viejo mago le hubiera dicho parecía haber funcionado. Se unió a nosotros y le sonreí. Me alegraba que ya no estuviera tan consternado como antes.

—El amanecer está cerca —dijo Warrick yendo hacia el dragón y ofreciéndole su báculo—. Has sido un buen compañero, Grigor. Aquí está lo prometido.

Grigor lo tomó entre sus garras, al igual que había hecho con mi anillo, y le entregó el Corazón del Dragón al viejo mago, dedicándole una larga mirada. Una mirada que demostraba respeto. Debía haberle tomado cariño luego de haber estado encerrados juntos durante tanto tiempo. Luego se echó en el suelo y contempló el báculo, parecía complacido con su nueva adquisición.

—Adhara Selen Ithil, ha sido un gusto conocerte. Mantente fuerte y honra a los tuyos, tanto elfos como humanos. Reprende a Zul de mi parte cuando deje que sus nervios le ganen a su mente. Y una vez que todo esto termine, recuerda: uno encuentra su hogar donde su corazón es feliz.

—Sabias palabras, Warrick. Las recordaré siempre —respondí—. Descansa en paz, bajo el brillo de las estrellas.

Asintió con una leve sonrisa.

—Aiden Moor, eres un buen guerrero, uno de noble corazón. Posees buenos instintos y un coraje difícil de abatir, válete de ellos y saldrás victorioso en las batallas por luchar.

Aiden agachó la cabeza e hizo una corta reverencia en señal de respeto.

—Recordaré tu nombre, Zul Florian, y sé que en el futuro muchos lo harán también. Te nombré primer mago de la Orden de la Luna Nueva y te encomiendo la custodia del Corazón del Dragón hasta que su verdadera dueña lo destruya —dijo Warrick entregándole el amuleto con la piedra color sangre—. Sé fuerte muchacho, tengo fe en ti. En todos ustedes.

Nos dirigió una última mirada y se dirigió al interior del círculo. Quería decir algo pero no sabía qué palabras podrían reconfortar a alguien que se encontraba tan cerca de su fin.

Grigor emitió un largo y agudo sonido en el momento en que los rayos del sol se asomaron al interior de la recámara y el viejo mago abandonó este mundo. Su cuerpo se volvió piedra por última vez y las inscripciones en el suelo desaparecieron.

OSCURIDAD

Una lágrima recorrió mi mejilla mientras deslizaba mi pie hacia la piedra más cercana. Sabía que el viejo mago había vivido una larga vida y que había partido en paz pero aun así me sentía triste por él. Verlo convertirse en piedra sabiendo que no regresaría a la vida me había perturbado. Lamenté no haber tenido flores para poner junto a él pero Grigor se había encargado al poner mi anillo a los pies de Warrick.

Zul se encontraba a mi lado bajando la montaña en silencio. Su mirada era triste, pero en ningún momento lloró ni dejó entrever sus sentimientos. A pesar de haber pasado poco tiempo juntos, el viejo mago se había ganado el cariño y la admiración de Zul. En un punto, era como si todos los mentores en los que había depositado su confianza lo hubieran abandonado. El mago tenía demasiada fe en las personas pero esta vez su expresión me decía que había aprendido la lección. Nadie llevaría a cabo esta tarea por él, era su destino salvar a Lesath y el nuestro también.

Me pregunté qué sería de Grigor. ¿Permanecería en el Monte Luna o regresaría a la tierra de Serpens? Era difícil saberlo.

El día transcurrió en silencio. Zul durmió la mayor parte del tiempo, aunque en un comienzo se había negado a hacerlo. Las ojeras en su rostro y el hecho de que hacía dos días que no dormía lo obligaron a resignarse.

Aiden y yo practicamos por unas horas con la espada y luego cepillamos a los caballos.

Al anochecer nos reunimos alrededor del fuego para comer las pocas provisiones que quedaban. El aire se encontraba tan frío que de solo apartarme de las llamas unos centímetros sentía que el cuerpo se me congelaba. Sabíamos el tema a discutir pero nadie se animaba a dar el primer paso. Aiden y yo observamos a Zul e intercambiamos miradas. Necesitábamos encontrar a Sorcha y convencerla de que fuera con nosotros a la corte del Hechicero de Hielo. El mago parecía encontrarse bien, pero tras recordar cómo había reaccionado antes, no nos decidíamos a hablar.

Sorcha... no podíamos confiar en ella. Era tramposa y había oscuridad en su alma. Lisabeth Derosé había arriesgado su vida para salvar a un dragón cuando tenía solo siete años, su corazón era noble, me costaba creer que Sorcha descendiera de ella. El Concilio de los Oscuros había elegido y entrenado a la única joven de Lesath que podía arruinarlos. Y como si fuera poco, la habían convertido en su enemiga. Me pregunté cómo sería Sorcha si hubiese tenido una vida normal junto a sus padres; probablemente se hubiera convertido en la joven valerosa y de buen corazón que debería haber sido. En cambio era una embustera que se valía de trucos sucios y su corazón era más frío que la nieve a nuestro alrededor.

Zul dejó escapar un suspiro y nos miró con impaciencia. Sabía que estábamos evitando hablar del tema por miedo a su reacción.

—Debemos encontrar a Sorchá —dijo.

Su tono de voz era calmo pero intentaba sonar más tranquilo de lo que en verdad estaba.

—Zul, no podemos confiar en Sorchá y lo sabes —respondió Aiden con cautela.

—Escapó de los warlocks y no tiene adónde ir, eso jugará a nuestro favor —hizo una pausa—. La convenceremos de que nos ayude a eliminar al Concilio y la vigilaré de cerca.

—No es necesario que sepa quién es ni lo que eso significa. Le ofreceremos que se una a nosotros contra el Concilio. Posee magia, nos sería útil aun sin ser descendiente de la Dama Draconis. Y eso es lo que pensará —dijo.

—Podemos hacer que destruya la piedra sin que sepa que es la única que puede hacerlo— dijo Aiden.

Silencio.

—Es un buen plan —dijo el mago finalmente.

Al amanecer comenzamos a preparar todo para partir. El único problema era que no sabíamos hacia dónde ir o donde buscar. Habíamos descartado los pueblos, ya que debía permanecer oculta y la guardia real había hecho circular un pergamino con su descripción ofreciendo recompensa.

En mi opinión debíamos regresar al bosque donde la habíamos encontrado, cocinar algo con rico aroma y esperar a que se escabullera para comer como lo había hecho antes.

Hubiera sido más fácil lograr que confiara en nosotros si Zada no hubiese intentado matarla. De alguna manera Zada siempre se las ingeniaba para complicar las cosas.

Los caballos se encontraban listos y Aiden terminó de guardar la carpa. Zul y yo discutíamos acerca de si volver a donde la habíamos encontrado o buscar en otro lado.

Una sensación extraña se apoderó de mí mientras el mago me mostraba el mapa, señalando hacia donde creía que debíamos ir. Me sentí observada, como si hubiera alguien espiándonos desde algún lado. Disimuladamente, miré hacia los alrededores en busca de algún intruso, nada. Levanté la vista hacia el Monte Luna pensando que podía tratarse de Grigor pero no vi rastros de él. Aunque las escamas del dragón eran blancas y podría camuflarse con la nieve aun así podría distinguir a una criatura grande como un dragón.

Tal vez me sentía de esa manera porque sabía que el Hechicero de Hielo había estado observándonos a través de su esfera de cristal. Zul me habló y volví mi atención a él. Quería volver a Agnof por provisiones y luego continuar hacia el este. Me agradaba la idea de volver a pasar por Agnof; el niño que vivía allí, Braen, me lo había pedido.

Mi cuerpo se tensó, a pesar de que quería prestarle atención a las palabras de Zul no podía evitar sentirme alerta. Llevé la mano hacia la empuñadura de Glace y observé los alrededores una vez más.

—Adhara...

—No es nada —respondí.

Aiden había notado mi reacción y observaba los alrededores con ojos sospechosos. Estaba por convencerme de que estaba sobreactuando cuando oí pisadas. Desenfundé la espada y me volví hacia el bosque que se extendía a nuestra izquierda. Alguien estaba allí y venía en nuestra dirección. Aiden y Zul aparecieron a mi lado, tan listos para recibir al intruso como yo lo estaba.

Las pisadas se acercaban más y más hasta que alguien se hizo visible entre los árboles cubiertos de nieve. Lo primero que vi fue largo cabello rubio.

Quedé perpleja mientras veía a la reina Lysha correr hacia nosotros. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Por qué estaba allí? ¿Escapó de Zosma porque la habían descubierto? ¿Qué había pasado con Goewyn y Deneb? Silencié todas las preguntas en mi mente.

—¡Lysha! —exclamé.

—¿Reina Lysha? —preguntaron Aiden y Zul al mismo tiempo.

La joven corrió hacia nosotros y estiró sus brazos hacia mí. Antes de que me abrazara creí ver una expresión extraña en su joven y añorado rostro. Se apretó contra mí y resistí mi impulso de apartarla al escuchar un sollozo. Algo malo le había sucedido.

—Lysha, ¿qué ocurrió? —pregunté.

Cuando no respondió, la tomé por los hombros y antes de lograr poner distancia entre nosotras sentí un dolor tan repentino e intenso que grité mientras me desmoronaba contra la nieve.

—¡Adhara!

Una daga negra se encontraba clavada por completo en mi cintura, a tal punto que solo su empuñadura era visible. La sangre recorría mi pierna y se extendía por la nieve tiñéndola de rojo. Aiden y Zul se arrodillaron a mi lado. Levanté la vista, Lysha me observaba sonriendo, la expresión en su rostro ya no era inocente sino siniestra

—¿Qué diablos has hecho? ¿Te has vuelto loca? —gritó Zul.

—Muestra respeto o serás el siguiente —respondió Lysha.

Aiden me movió para tomarme en sus brazos y grité de dolor sin poder contenerme. Era el dolor más intenso que había experimentado en toda mi vida.

—Adhara, mírame.

Había desesperación en su voz, mis ojos buscaron los suyos. La expresión de Aiden era de puro horror y sus ojos parecían vidriosos.

—Tengo que sacarte la daga o será peor, lo haré rápido y de un solo movimiento

—dijo.

Asentí con la cabeza e intenté controlar mi respiración. No era posible que el dolor empeorara, no lo aguantaría. Aiden tiró con fuerza y sentí lágrimas en los ojos. Me encontraba envuelta en una total y profunda agonía.

—¡Ayúdala, Zul! Cura la herida —gritó Aiden.

—No puedo. La magia solo cura las heridas causadas por magia —respondió con desesperación—. A menos que la daga tenga algún tipo de encantamiento...

—No lo tiene —lo interrumpió Lysha.

Quería ponerme de pie y matarla. Si pudiera hacer algo antes de perecer, sería matarla. Besar a Aiden y matarla.

—Te mataré, Lysha —le espeté.

—Oh, Adhara, lastimas mis sentimientos, creí que éramos amigas —respondió Lysha riendo.

Intenté incorporarme pero las manos de Aiden y el dolor me lo impidieron.

—Es un regalo de Akashik, yo solo soy la mensajera —dijo Lysha—. Aunque debo admitir que disfruté al hacerlo. Tú y yo tenemos un conflicto de intereses, Adhara.

¿De qué estaba hablando? Zul me interrumpió antes de que pudiera averiguarlo.

—¿Sirves a Akashik? —preguntó Zul.

—Podría decirse que sí —hizo una pausa y rió—. Verás, nuestra relación es algo más íntima. Akashik es mi padre.

La miré incrédula, sus palabras resonaron como un eco en mi mente. ¿Lysha era hija de Akashik?

—No es posible —dijo Aiden.

—Tu madre conoce la historia. Creí que arruinaría mi plan cuando la encontramos pero logré alterar su memoria antes de que hablara con Adhara —dijo Lysha—. Elana Moor fue su dama de compañía y mi madre cometió del error de contarle que se había enamorado de un misterioso hombre que solía visitarla en el castillo. Es por eso que mi padre decidió eliminar a tu familia. Supongo que le diste pena y perdonó tu vida, o quizá pensó que serías de utilidad. Es una lástima que estuviera equivocado.

Aiden tembló de furia a mi lado y se puso de pie con su espada en la mano. Lysha recitó unas palabras y la nieve comenzó a agitarse de manera violenta. Magia negra.

—¿Por qué me ayudaste a escapar de Izar? —pregunté confundida—. Si Akashik me quiere muerta podría haberlo hecho allí con sus propias manos.

—Eso no hubiese servido a su propósito —respondió Lysha—. Mi padre oyó el contenido del pergamino que les entregó Ailios cuando lo leyeron en Elnath. «Valentía y bondad serán virtudes, maldad y avaricia desencantos.» Mi padre no es

exactamente bondadoso y no sabía a qué tipo de guardianes se enfrentaría. Entonces decidió que lo mejor sería llevarte a Izar para que pudiera ayudarte a escapar y nos volviéramos amigas. De esta manera podría seguirte y quitarte el Corazón del Dragón una vez que lo obtuvieran.

Todo había sido una trampa de Akashik, habíamos hecho exactamente lo que él quería que hiciéramos. Me sentí tonta por no haberme dado cuenta de lo que era Lysha realmente. Me había utilizado como a una marioneta igual que a todos los demás.

—¿Qué has hecho con Goewyn y Deneb? —pregunté temiendo la respuesta.

—Viven, alteré sus memorias para que se olvidaran de mí y de la existencia del Concilio. Goewyn es una sirvienta devota, me encantaría que me sirviera en mi castillo —dijo Lysha.

Sentía frío. Frío y dolor. Aiden se quitó la capa y la ajustó alrededor de mi cintura, haciendo presión para detener la sangre.

—No me importa que seas su hija, puedo derrotarte —dijo Zul—. Recibiré tu cabeza en lugar del Corazón de Dragón.

Dio un paso hacia ella, sus ojos grises revelaban enojo y poder. El suelo comenzó a agrietarse a su alrededor a medida que avanzaba y la grieta se extendió hacia Lysha. Al mago nunca había podido engañarlo del todo.

—Tengo un regalo para ti también, Zul Florian.

Lysha fue hacia el bosque y unos segundos después reapareció arrastrando una figura detrás de ella. No logré ver con claridad quién era pero temí que se tratara de Zada.

A medida que se fue acercando vi que su pelo no era negro, sino rojo. Sorcha. Estaba atada y con un pedazo de tela en la boca. Lysha la arrojó en la nieve y miró al mago de manera siniestra.

Zul permaneció quieto como un bloque de hielo, la expresión en su rostro era imposible de leer.

—Oí tu romántica confesión mientras los seguía. Entrégame el Corazón del Dragón o serás tú quien reciba una cabeza —dijo Lysha.

No podía imaginar lo que pasaba en la mente de Zul en ese momento. No solo amaba a Sorcha sino que era la heredera de la Dama Draconis. No podía dejar que la mataran, pero tampoco podía entregarle la piedra.

Vi el enigma en sus ojos grises. Su expresión era más peligrosa que nunca. El mago mataría a Lysha de alguna forma.

—Pareces perturbado, Zul. Sé cómo te sientes, yo también temí por la vida de aquel que quiero. Cuando oí a Seith intentando matar a Adhara temí lo peor. De no haber intervenido la hubiera matado y mi padre lo hubiese matado a él. El más poderoso de los aprendices de Nawa, el único verdadero mago de Lesath, casi muere

por su culpa. Seith cree que soy una niña tonta, una patética marioneta, pero ahora podré decirle quién soy realmente. Él y los otros miembros del Concilio aprenderán a temerme.

Oírla hablar de Seith de esa manera me revolvió el estómago. Tomé la mano de Aiden con fuerza, sentía que estaba desvaneciéndome, no sabía cuánto tiempo más podría aguantar aquel terrible dolor.

—Serás tú quien me tema a mí, niña impertinente —dijo una voz.

Una figura encapuchada surgió de entre los árboles, su capa tenía una insignia dorada de dos dragones entrelazados. Era un warlock. Lysha parecía tan perpleja como el resto de nosotros.

—Eres una muchacha inservible, siempre lo has sido. Tuve sospechas de que fueras su hija, pero no pensé que Akashik se rebajaría a unir su sangre con una humana débil como tu madre.

Se retiró la capucha haciendo visible su rostro, era Blodwen.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Lysha—. Cuando mi padre sepa que has interferido, seguirás el mismo destino de Sabik y Dalamar.

Mi vista comenzó a nublarse, intenté moverme pero el dolor no me lo permitió. Tenía miedo de lo que podía pasarme. No quería morir.

—Necesito que aguantes hasta que pueda sacarte de aquí —me susurró Aiden—. Te amo, Adhara. Quédate conmigo.

Sus ojos marrones parecían más cálidos que de costumbre. Me esforcé por levantar la cabeza para besarlo y al darse cuenta de mi intención, Aiden me besó a mí. No quería que fuera nuestro último beso. Viviría, no sabía cómo pero viviría.

—Akashik pagará esta traición con su vida. Lo creímos un líder digno y poderoso, capaz de conseguir nuestra supervivencia y mató a dos de los suyos. Cree que estamos ciegos a la verdad pero no es tan astuto como cree. Cuando tú y la elfa escaparon supe que algo andaba mal y decidí tomar el asunto en mis manos —dijo Blodwen.

La atmósfera se volvió tensa. El mago miró a Lysha y a Blodwen sin estar seguro de quién sería su rival. Sorchá se movía en el suelo intentando soltarse. Y Lysha observaba nerviosa a Blodwen y a Zul con incertidumbre.

—Akashik está al tanto de tu viaje y me ha enviado a decirte que ya no requiere de tus servicios —dijo otra voz.

Seith salió caminando del mismo lugar del que había salido Blodwen. La escena frente a mí se había vuelto aún más extraña. Temí que Akashik y Mardoc aparecieran en cualquier momento.

—Inténtalo, Seith. Te crees poderoso, pero no conoces el verdadero poder —replicó Blodwen.

En ese momento, Lysha corrió hacia Blodwen, con la nieve arremolinándose a su

alrededor, y Zul corrió hacia SORCHA. El mago la desató, la ayudó a ponerse de pie y tiró de su brazo, para traerla hacia nosotros. Alguien lanzó un encantamiento y ambos volaron por el aire antes de poder alcanzarnos.

Todo se volvió confusión, escuché gritos y hechizos sin poder distinguir quién peleaba con quién. Me encontraba tan aturdida que no pude hacer más que permanecer allí inmóvil en medio del campo de batalla. Jamás me había sentido tan inútil e indefensa. Aiden se movió a mi lado atacando a alguien con su espada y creí ver cabello rubio.

Meforcé por permanecer consciente, pero mi visión estaba nublada y no podía distinguir del todo las figuras a mi alrededor.

—Hola, Adhara.

Conocía esa voz, era la última voz que quería escuchar en ese momento.

—Luces pálida y ensangrentada —dijo Seith.

—Tu victoria sería demasiado fácil si peleas conmigo ahora —respondí.

No podía morir en sus manos, me rehusaba a hacerlo.

—Pero seguiría siendo una victoria —respondió.

Enfoqué mi vista en él. Estaba parado tan quieto y firme que no parecía humano. Tomé mi espada y la clavé en la nieve intentando ponerme de pie. Gotas de sudor cayeron por mi frente, me sentía mareada e inestable. Intenté levantar la espada hacia él y colapsé del dolor, cayendo sobre nieve y sangre.

—Seith —dijo la voz de Aiden.

—Aiden Moor, el traidor —respondió Seith—. Me avergüenza admitir que ambos deseamos a la misma mujer, pero no te preocupes, pronto morirá y jamás volveré a pensar en ella.

Su voz sonaba fría y distante, pero no tan carente de emoción como otras veces que lo había oído hablar. Aiden gritó y se arrojó contra él, las espadas chocaron y se batieron a duelo. Creí oír a Seith maldecir y supe que la mística debía estar protegiendo a Aiden de su magia. Los oía batallar a mi alrededor, pero no podía ver con claridad. Me obligué a calmarme y a ver más allá del dolor que me sofocaba. Levanté la vista, SORCHA y Lysha parecían estar en mitad de una guerra de nieve, ambas manipulándola a su antojo. A unos metros, el mago se encontraba de espaldas contra el piso y Blodwen se encontraba arriba de él.

Miré sin poder hacer nada, sin siquiera poder ponerme de pie para ir en su ayuda. Había tenido la esperanza de que lucharan entre ellos y no contra nosotros, pero no eran tan tontos.

Los ojos se me cerraron y luché por volver a abrirlos, sentía frío y dolor y apenas tenía conciencia del charco de sangre a mi alrededor.

Oí un rugido claro y potente. ¿En verdad lo había oído o creía haberlo hecho? No lo sabía. Lo oí de nuevo y sentí una correntada de aire caliente. Abrí los ojos

exhausta, un gran dragón blanco volaba por los cielos largando llamaradas de fuego. Escuché gritos, pisadas y caos.

Abrí los ojos de nuevo, no recordaba haberlos cerrado, mi vista se encontraba tan nublada que apenas podía distinguir a mis alrededores. Vi un dragón alejándose en el cielo y todo se volvió oscuridad.

VENDAS Y ESTRELLAS

—Mantendré la luz un poco más y luego será tu turno —dijo Zul—. Con Adhara cometimos el error de agotarnos, si cada uno la mantiene unos minutos y el otro descansa estaremos bien.

—Sé lo que debo hacer, no es necesario que me hables —respondió Sorchá.

—Salvé tu vida, podrías demostrar un mínimo de agradecimiento —replicó el mago.

—Esa mocosa me engañó, toda mi vida la tomé por una pobre inútil y fue eso lo que vi cuando me encontró —respondió.

Podía oír las voces de Zul y de Sorchá. Abrí los ojos y todo era oscuridad. ¿Qué había sucedido? ¿Dónde estábamos? El suelo se movía debajo de mí, estiré la mano y sentí pelo suave y corto. Me encontraba arriba de Daeron. Una escasa luz iluminaba adelante y vi la silueta del mago con una esfera de luz flotando a su alrededor. Otra silueta con pelo rojo cayendo por sus hombros lo seguía de cerca. Bajé la mirada, Aiden se encontraba en el suelo llevando las riendas de Daeron. Apenas lograba ver su rostro pero lucía preocupado.

—De no ser por Grigor no sé lo que hubiese sucedido —dijo Zul—. Fue generoso de su parte ayudarnos sin pedir nada a cambio.

—Hubiese cambiado lo que fuera con tal de que nos llevara hasta Agnof. Solo necesitaba volar sobre la montaña y estaríamos allí —respondió Aiden.

—No puede faltar mucho, llegaremos a tiempo —dijo el mago—. Adhara es fuerte, sé que aguantará hasta allí.

—Al paso en que te mueves dudo que lleguemos —replicó Sorchá—. ¿Qué es tan especial sobre ella? Lesath se encuentra lleno de mujeres.

—Cállate, Sorchá. Adhara te salvó la vida, de no haber detenido la flecha que te arrojó Zada, no estarías aquí con nosotros —le espetó Aiden.

Me sentía mareada y dolorida. Todo se volvió borroso de vuelta.

—Esa muchacha tenía una puntería mediocre. Podría haberla destrozado en un abrir y cerrar de ojos —respondió.

—Esa muchacha es mi hermana, no vuelvas a hablar mal de ella o de Adhara en mi presencia.

El mago sonaba enojado, Sorchá sonaba tan arrogante y tonta. ¿Cómo podía sentirse atraído por ella?

Silencio. Lo único que podía oír eran las pisadas de los caballos y las respiraciones agitadas debido a la poca circulación de aire. Mi respiración no sonaba agitada, sino débil. Cada vez me sentía más lejos de ellos y de todo lo que me rodeaba. Era como si poco a poco me estuviera desvaneciendo.

—¿Por qué creyó Lysha que me cambiarías por el Corazón del Dragón? —

preguntó Sorcha.

Imaginé el rostro tenso de Zul. Esperaba que no le dijera la verdad, no merecía saberla.

—El hechizo ha comenzado a cansarme, cuando cuente tres lo dejaré desvanecer y será tu turno —dijo Zul.

Acaricié el pelo de Daeron, no podía abandonarlo, no quería. Quería quedarme con él, Aiden y Zul. Todo se volvió oscuro y luego otra luz apareció. Intenté aferrarme a lo que veía desesperadamente pero sin éxito.

La herida no solo me dolía sino que también me picaba. No recordaba haber sentido eso antes. Oí voces alrededor pero no podía distinguir lo que decían. Aún me encontraba viva, o al menos eso creía. Entreabrí los ojos y vi el rostro de una mujer. La había visto con anterioridad pero no recordaba dónde.

Podía sentir sus manos en mi cintura, eran frías y estaba haciendo algo que me provocaba picazón. La observé y su nombre vino a mi mente: Dara, la madre de Braen.

Debíamos encontrarnos en Agnof. Estaba cosiendo mi herida, pero no lo estaba haciendo bien, los elfos eran curadores bastante más capaces que los humanos. Mi padre se horrorizaría si viera la distancia que dejaba entre puntada y puntada.

No estaba segura de si el dolor había disminuido un poco o me había acostumbrado a él, de modo que ya no me resultaba tan intenso. Sentía calor, como si mi piel se encontrara en llamas.

Alguien puso un paño de agua fría en mi frente, era refrescante. Quería agua pero no quería hablar. Separé los labios esperando que una de las gotas del paño bajara por mi rostro hasta mi boca.

—Agua, tiene sed —dijo Aiden.

—Iré por ella —respondió una voz.

Busqué los ojos de Aiden agradecida de que hubiese entendido lo que quería.

—Estarás bien, Adhara. Lo prometo. Dara está cerrando la herida —dijo Aiden.

Le sonreí, lo cual era bastante difícil de hacer considerando lo mal que me sentía. Una figura se aproximó con agua y Aiden me acercó el vaso. Era la sensación más refrescante que había experimentado.

Los ojos se me cerraron, odiaba que eso sucediera; era incapaz de mantenerme despierta sin importar cuánto lo intentara.

—He hecho lo mejor que pude con la herida, debemos dejarla descansar y rezar para que baje su temperatura —dijo Dara.

Había soñado pocas veces en mi vida y, sin embargo, ahora soñaba cada vez que cerraba los ojos. Era confuso, por momentos no sabía si estaba despierta o dormida. Las escenas se repetían en mi mente. Lysha corriendo hacia mí y luego riendo siniestramente. En varias ocasiones llevé mi mano a la herida pensando que aún

sangraba, alguien tomaba mi mano cada vez que lo hacía y me aseguraba que estaba cerrada. Quería poder despertar y mantenerme lo suficientemente consciente y lúcida como para saber qué estaba pasando, pero me sentía afiebrada y débil y solo tenía voluntad para dormir.

El ruido de voces me despertó. Intenté escuchar las palabras para tener cierta noción de lo que estaba ocurriendo.

—Luces cansado, muchacho. ¿Has dormido algo?

—Un par de horas ayer. No quería hacerlo pero Zul me obligó —respondió Aiden.

—Aún parece tener temperatura pero creo que es seguro decir que vivirá —dijo Marcus.

Aiden dijo algo que no logre oír.

—Tú y yo debemos tener una conversación honesta. Sé que no fueron atacados por un grupo de salvajes que vivían en la montaña. Tú y la chica parecen espadachines capaces y estoy seguro de que Zul tiene sus secretos, además no hay salvajes allí. No insultes mi inteligencia y dime la verdad. ¿Fueron aquellos magos oscuros los que hicieron eso?

Silencio.

—¿Sabes acerca de los warlocks? —preguntó Aiden.

—Mi nombre completo es Marcus Rainhart, la reina Ciara era mi hermana mayor. Aiden debía estar tan sorprendido como yo.

—Cuéntame tu historia y te contaré la nuestra —dijo Aiden.

Marcus suspiró y comenzó a hablar.

—Un tiempo después de su boda, Ciara comenzó a actuar de modo extraño. Intenté hablar con ella en varias ocasiones pero se negaba a oírme. Hasta que un día finalmente lo hizo... Creí que su esposo podía estar maltratándola pero no era eso. Me contó que se había enamorado de un noble que estaba viviendo a escondidas en el castillo. Durante meses averigüé todo lo que pude acerca de quién era él, hasta que descubrí la verdad. Era un mago oscuro que practicaba magia negra. Y no estaba solo, había otros como él, escondiéndose en un recámara oculta del castillo. Traté de hacer que Ciara entrara en razón pero ella lo adoraba, era como hablarle a oídos sordos. No podía decirle la verdad al rey porque la juzgaría por traición, no sabía cómo ayudarla. Me mantuve callado y el tiempo pasó. Cuando nació mi primer hijo, Marcus Ian, temí por nuestra seguridad. La mitad de la familia del rey había muerto en extraños accidentes y sabía que no podía ser casualidad. Le dije a Ciara que quería vivir una vida sencilla lejos de la corte y firmé un documento renunciando a mi derecho al trono en caso de que algo le ocurriera. Pensé que eso sería suficiente, pero me equivoqué —Marcus hizo una pausa—. Teníamos parientes lejanos aquí y el lugar se encontraba bastante alejado de Izar. Pensé que viviríamos en paz, hasta que un día

creí ver al mago rondando por el pueblo. Akashik. Preparé todo para escapar pero no había venido por nosotros. Unos días después una terrible plaga se expandió por Agnof.

¿Akashik era el responsable de la plaga? ¿Había matado a todo un pueblo solo para asegurar la muerte de unos pocos?

—¿La plaga fue obra de Akashik? —preguntó Aiden incrédulo.

—No puede haber sido coincidencia —dijo Marcus.

—Se ocultaron en las cuevas y sobrevivieron a su maldición. Permanecieron aquí escondidos —dijo Aiden.

—Todos los días rezamos por las almas de aquellos que murieron a causa de la plaga. Las demás familias lo hacen por bondad, yo lo hago por culpa. Era yo quien debía morir, no todos los demás —dijo Marcus con voz afligida.

—Akashik es el culpable de lo que ocurrió —respondió Aiden.

Silencio.

—Cuando oí que mi hermana había muerto y que su hija asumiría el trono supe que aquel monstruo había triunfado, y que sería quien tomara todas las decisiones —dijo Marcus—. Siempre me pregunté quién sería el verdadero padre. Pobre niña.

Me odié por haber creído lo mismo: pobre niña, pobre marioneta encerrada en su propio castillo. La arpía era tan engañosa como su padre.

—Lysha es hija de Akashik y fue quien atacó a Adhara —dijo Aiden con frialdad.

Marcus maldijo. Su sobrina, la reina de Lesath, era tan oscura como aquel que había seducido a su hermana.

Aiden le contó acerca de sus padres y Marcus pareció recordarlos. Le relató cómo habíamos estado escapando del Concilio y acerca de la lucha en Elnath. Me fui quedando dormida de a poco hasta que me dormí por completo.

Abrí los ojos, me sentía diferente, consciente. Llevé la mano hacia mi cintura y percibí un vendaje, se encontraba limpio y sin sangre, eso era bueno. Intenté moverme, pero el dolor volvió de forma repentina. Respiré. Al menos me encontraba con vida y ya no sentía sueño. Miré alrededor, no reconocí la habitación. Pensé que me hallaba sola, hasta que vi a alguien observándome desde un rincón.

—¿Sorcha?

Tal vez aún estaba alucinando.

—¿Esperabas despertar junto a Aiden? —preguntó.

Sorcha sonrió de manera burlona y se acercó a la cama.

—Tú fuiste quien se interpuso en mi camino en el pasaje de Elnath, impidiéndome cumplir con mi tarea —dijo—. ¿Qué harías si conjurara a la Muerte Blanca ahora? Pareces algo frágil para luchar contra una serpiente.

Mi cuerpo se tensó, miré alrededor, no había rastros de mi espada.

—Salvé tu vida —respondí.

—Lo sé —hizo una pausa y agregó—. He vagado por los bosques durante semanas, ahora tengo una cama, comida caliente y un mago que quiere protegerme. No voy a arruinarlo.

La miré en silencio.

—Iré por Aiden, es la primera vez que has dicho algo coherente en dos días —dijo Sorcha.

Salió de la habitación y me relajé, acostumbrarme a su presencia iba a ser difícil. ¿Había estado inconsciente durante dos días? Lo último que recordaba con claridad era a Aiden y Zul peleando en la nieve y luego cargándome por el túnel. ¿Qué había pasado con Lysha y Blodwen?

—Adhara.

Aiden entró en la habitación y vino hacia mí.

—¿Cómo te sientes? —preguntó preocupado.

—Algo dolorida, pero bien —respondí.

Se sentó en la cama y apoyó su mano en mi frente.

—Luces mejor y te ha bajado la fiebre —dijo Aiden.

Acarició mi mejilla, sus ojos se apoderaron de los míos y me perdí en su mirada.

—Luce pálida y apenas puede moverse.

Sorcha se encontraba en la puerta observándonos.

—Pronto me recuperaré y desearás no haber dicho eso —respondí molesta.

Intenté incorporarme pero Aiden me sostuvo contra la almohada.

—Aprecio que me hayas avisado que ha despertado pero me gustaría algo de privacidad, Sorcha —dijo Aiden—. Ve a ayudar a Zul con la leña.

—No me des órdenes —replicó.

—Es una sugerencia —respondió Aiden en tono brusco.

—No puedo negar que necesita ayuda, tras verlo ayer es más probable que se corte él mismo antes que al tronco —dijo Sorcha.

Cerró la puerta tras ella y oí sus pisadas alejándose.

—Mantenla alejada de mí. —dije.

Aiden asintió y tomó mi rostro en sus manos. Nos miramos detenidamente, podía ver el alivio en sus ojos, era el mismo alivio que sentía yo de estar viva y con él.

—Por un momento pensé que te iba a perder —susurró.

—Hice todo lo posible por quedarme a tu lado —respondí.

Sentí sus labios sobre los míos y lo rodeé con mis brazos aferrándome a él. Permanecimos así por un rato hasta que volvimos a hablar.

—¿Qué pasó? No recuerdo mucho de la pelea.

—Grigor nos ayudó, atacó a Lysha, Seith y Blodwen con fuego. Fue inesperado, sucedió rápido y ellos huyeron en diferentes direcciones —dijo Aiden.

—Hubiese disfrutado verlo tragarse a Lysha —respondí.

—También yo —hizo una pausa y agregó—. Blodwen tiene el Corazón del Dragón.

—¿Qué?!

Aiden anticipó mi reacción y me sostuvo con sus manos para evitar que me levantara.

—Usó magia negra contra Zul y se escapó con la piedra.

—¿Por qué no lo siguieron? —pregunté.

—Te estabas muriendo, Adhara. En lo único que podíamos pensar era en cómo hacer para salvarte —replicó Aiden.

Warrick nos había confiado el Corazón del Dragón y lo habíamos perdido en solo horas, lo habíamos decepcionado. No podía imaginarme cómo debía sentirse Zul.

—Blodwen sabe que Akashik los traicionó, anda por su cuenta y Sorcha cree saber hacia dónde se dirige. Lo encontraremos —dijo Aiden.

Lo pensé detenidamente. Blodwen no era tan fuerte como Akashik, si utilizaba el Corazón del Dragón y lográbamos quitárselo, perdería su magia y sería fácil terminar con él.

—¿Sorcha accedió a ayudarnos?

—Fue fácil convencerla luego de lo que le hizo Lysha —respondió Aiden—. La tuvo de rehén durante días y quiere vengarse.

No era la única que quería venganza.

—Realmente creí que era una niña inocente, me cuesta creer que me haya engañado de esa manera. Fui tan tonta.

Me sentía enojada conmigo misma. Akashik me había manipulado como al resto de sus víctimas. De alguna manera debí darme cuenta.

—Nos engañó a todos —dijo Aiden.

Suspiré y hundí la cabeza en la almohada. Aún nos quedaba un largo camino por recorrer, pero me sentía aliviada de saber que podría hacerlo. Había sobrevivido.

La puerta se abrió y el mago apareció tras ella.

—Adhara.

—¡Zul! —respondí.

Me sonrió y tras intercambiar una larga mirada se abalanzó hacia mí y me abrazó. Reprimí una mueca de dolor e intenté no moverme mientras le devolvía el abrazo.

—Sé más cuidadoso —le advirtió Aiden.

Zul aflojó la presión y me soltó alejándose un poco.

—No vuelvas a asustarnos de esa manera —dijo el mago.

—Lo dices como si hubiera tenido otra opción —respondí.

Dejé escapar una risa y al hacerlo el dolor se extendió por mi cuerpo. Al parecer no podía hacer nada sin sentir dolor. Observé a Zul, había algo diferente en él, se notaba cansado y podía ver preocupación en sus ojos grises, pero también había

cierto brillo en su mirada que no había visto con anterioridad.

Sorcha se asomó a la puerta y permaneció allí en silencio. Cada vez que la veía, mi cuerpo se tensaba como si me encontrara en peligro. La observé más detenidamente, llevaba un vestido de confección simple y mangas largas debajo de su capa roja. Debía ser de Dara, ya que era similar al que ella llevaba y el material parecía abrigado.

Dara entró en la habitación con Braen a su lado. El niño me saludó alegremente al ver que me encontraba despierta y me ofreció un vaso con agua. Besé su mejilla en agradecimiento y al ver su tímida sonrisa me di cuenta de lo que en verdad significa la inocencia. De haber conocido a Braen antes que a Lysha hubiese notado la diferencia. Había algo natural en Braen, algo que ahora que lo pensaba, había sido más forzado en Lysha.

—Gracias por tu ayuda, Dara. Tus cuidados me han salvado —dije.

—Habías perdido tanta sangre que dudaba de que sobrevivieras. Me alegra que lo hayas hecho, eres demasiado joven para morir —respondió.

Le pidió a Braen que dejara la habitación y me cambió el vendaje en silencio. Su expresión era seria y parecía concentrada en lo que hacía. Sin duda era una mujer fuerte, debía serlo para cuidar a su familia en un lugar frío y aislado como Agnof.

—Espero no haberte causado demasiadas molestias —dije.

—No más de las necesarias —respondió simplemente.

Aguardé en silencio sin saber qué más decir. Terminó de cambiarme el vendaje, me tomó la temperatura apoyando su mano sobre mi frente y luego fue hacia la puerta. Me acomodé en la almohada para dormir un rato y noté a Dara observándome. Parecía indecisa pero su expresión se volvió resuelta.

—Esta es la habitación de mi hijo Marcus Ian —dijo—. Permití que te quedaras aquí porque en el estado en que te encontrabas necesitabas atención constante. Ahora que has mejorado, tú y Aiden pueden quedarse con Zul y Sorcha en la cabaña.

—De acuerdo —hice una pausa y agregué—. A mi madre tampoco le agradecería dejar a un extraño en mi habitación.

—Marcus me contó que fue su sobrina quien te atacó. Ella y aquellos magos oscuros los buscan a ti y a tus amigos, no es seguro para mi familia que estén aquí —dijo.

La miré en silencio, no sabía por qué me sorprendía tanto, sus palabras eran ciertas.

—Sé que son buenas personas pero debo proteger a mi hijo —agregó Dara.

—No quiero poner a Braen en peligro. Le diré a Aiden que me lleve a la cabaña —respondí.

Asintió y dejó la habitación. No había pensado en eso, pero se encontraba en lo cierto. Recordé la conversación entre Marcus y Aiden, si Akashik se enteraba que

estaban con vida los mataría. Ahora que lo pensaba, Lysha era uno de ellos, al matarla dejaríamos a Lesath sin su reina. La familia de su padre estaba muerta y Marcus era el hermano de su madre. Él no podría sucederla ya que había renunciado a su derecho al trono, por lo tanto el siguiente en la línea era Braen. Observé la habitación, Braen tenía un hermano mayor, Marcus Ian. Si Lysha moría, le correspondería a Marcus Ian sucederla.

La cabeza comenzó a dolerme y cerré mis ojos hasta quedarme dormida. Descansé hasta al atardecer y luego vinieron Aiden y Zul a llevarme a la otra cabaña. Por alguna razón el mago lucía contento e incluso aliviado con mi mudanza, sospechaba que se encontraba relacionado con Sorcha.

Aiden me tomó en sus brazos y Zul tomó a Glace y mi bolsa de viaje. Al salir, el aire frío me heló la cara, había olvidado lo frías que eran las noches. Me acurruqué contra el pecho de Aiden y me tapé con mi capa. Una de las familias de Agnof había estado arreglando una de las cabañas abandonadas para uno de sus hijos mayores y había permitido que Zul y Sorcha se quedaran en ella, ya que en la casa de Marcus no había lugar suficiente. Aiden se había negado a dejarme y había estado durmiendo en una silla en la habitación.

Un copo de nieve mojó mi rostro y me di cuenta de que estaba cayendo nieve del cielo. Era la primera vez que veía nevar, era frío y hermoso. Todo a nuestro alrededor se había vuelto blanco.

La cabaña era más chica que la de Marcus pero la madera tenía un aspecto más nuevo, debían haber reconstruido gran parte de ella. Sorcha se hallaba sentada en una silla mecedora frente a un pequeño hogar. Me dirigió una mirada molesta y continuó moviendo la leña con un atizador.

Aiden me llevó a una de las habitaciones, era pequeña y a excepción de la cama y un banco de madera se encontraba vacía. Me depositó cuidadosamente sobre el colchón y me tapó con una frazada. La fiebre había disminuido bastante pero no se había ido del todo, por momentos sentía frío y luego comenzaba a transpirar y a sentir calor.

Oí voces discutiendo, Aiden se sentó en el banco dejando escapar un suspiro. Lo miré con curiosidad.

—¡No estoy extinguiendo el fuego!

—La leña debe durar hasta mañana, deja eso —dijo Zul.

Algo metálico golpeó contra el suelo y supuse que era el atizador.

—Supongo que quieres que duerma aquí en el piso ahora que ella está aquí —dijo Sorcha.

—No. Quédate en la habitación en que has estado durmiendo, yo dormiré aquí en mi bolsa de dormir.

La cabaña tenía dos habitaciones y hasta el momento no habían tenido problema,

ya que habían sido solo ellos dos.

—¿Dormirás aquí para dejarme la habitación? ¿A qué estás jugando, Zul? —preguntó Sorcha con desconfianza.

—No estoy jugando a nada, Sorcha. Solo intento ser cortés —respondió el mago. Silencio.

—Si mi magia funcionara contra ti, te hechizaría para que digas la verdad —dijo Sorcha.

—Si mi magia funcionara contra ti, te hubiera hechizado hace días solo para hacerte callar —replicó Zul.

Eran peor que Aiden y yo cuando nos conocimos.

—Estoy diciendo la verdad. Quiero que estés cómoda —hizo una pausa y agregó—. Supongo que Zafir y Seith no eran demasiado atentos contigo.

Silencio. Oí pasos y luego un portazo. Al parecer, Sorcha había terminado la discusión. Aiden y yo intercambiamos miradas. Pobre Zul, ahora comprendía por qué se alegraba de que estuviéramos con él. Debía ser terrible estar solo con Sorcha si discutían de esa manera.

Quería pensar que ahora que viajaba con nosotros había una posibilidad para que estuvieran juntos pero ni siquiera podían tener una conversación civilizada.

Aguardamos unos minutos antes de hablar, en caso de que Zul viniera a la habitación, pero parecía haberse ido a dormir.

—Voy a tener una charla con Sorcha —dije.

Aiden dejó escapar una risa.

—Tú y yo solíamos pelear al principio.

—No así —respondí.

Sorcha y Zul habían sido enemigos durante años y habían intentado matarse recíprocamente. Su situación era bastante más compleja que la nuestra.

—Siempre odié a Sorcha pero ha tenido una vida complicada. En parte entiendo por qué actúa así —dijo Aiden.

—Tú fuiste un aprendiz de Nawa y no eres así —respondí.

—Sorcha es una mujer. Zafir y Seith siempre fueron crueles con ella y entre ellos mismos, solo les interesaba el poder y se veían como competencia. Y el Concilio solo le daba órdenes y amenazas de muerte si no las cumplía —dijo Aiden—. Creo que está a la defensiva porque sospecha que vamos a tratarla de la misma manera. Es lo único que conoce.

Las palabras de Aiden tenían sentido. No podía creer que Zul intentara ser caballero con ella, porque nunca nadie lo había sido.

—Zul va a perder la cabeza —dije.

—Aún me resulta difícil creer que tenga sentimientos por ella —replicó Aiden.

A mí también me había resultado difícil de creer al principio pero sabía que en

verdad estaba enamorado de ella.

Quedaba poco de la vela que iluminaba la habitación y no tardaría en extinguirse. Dara me había dicho que debía cambiarme la venda antes de dormir y me había dado un ungüento de hierbas que debía pasarme por la herida. Pensé que ella vendría a hacerlo, pero al parecer había decidido que podía arreglarme por mi cuenta.

Llevé las manos hacia la venda y al levantar la cintura para pasarla por debajo y enrollarla, no pude evitar hacer una mueca de dolor.

—¿Qué haces? —preguntó Aiden.

—Tengo que cambiar la venda.

Me sentía irritada, no me gustaba estar con vendas o sentir dolor.

—Yo lo haré —respondió.

Aiden se puso de pie y tras agarrar vendas nuevas y el ungüento verde de mi bolsa de viaje se sentó en el borde de la cama. Levanté mi camisola dejando visible mi cintura y mis mejillas se sonrojaron. Retiró la venda cuidadosamente y después de pasarme la pasta verde sobre los puntos de la herida, enrolló la venda nueva alrededor de mi cintura. Sus manos eran suaves sobre mi piel. El ambiente se volvió más íntimo. Cuando terminó con la venda, acarició mi pelo y se inclinó hacia mí para besarme. Sus labios eran dulces y cálidos, aquellas emociones sobre las que no tenía control se apoderaron de mí en segundos. Intentó alejarse un poco pero lo atraje hacia mí. El beso se volvió más intenso. Sus manos se enredaron en mi pelo y me sostuvo contra él, despertando todo tipo de sensaciones.

—Tu herida —dijo deteniéndose abruptamente.

A juzgar por su expresión no quería detenerse, apenas había logrado separar sus labios de los míos y su mirada poseía tal intensidad que solo podía pensar en perderme en sus brazos.

—No me importa —respondí.

Tomé su rostro en mis manos y fundí mis labios contra los suyos, esto eliminó cualquier duda que pudo haber tenido, ya que Aiden me atrajo hacia sí como nunca antes. Rodeé su cuello con mis brazos y le agradecí a las estrellas el estar con vida.

SORCHA HALE

Al despertar, Aiden se encontraba a mi lado. Sus ojos marrones estaban abiertos y me observaba con una sonrisa en su rostro. Intercambiamos una mirada y me acomodé en sus brazos apoyando la cabeza sobre su pecho. Lo único bueno de hacer reposo eran los cuidados de Aiden. La mayor parte del tiempo me sentía ansiosa por recuperarme e ir tras Blodwen pero en momentos como ese no sentía ninguna prisa.

Alguien golpeó la puerta y oí la voz de Dara. Unos minutos después, entró en la habitación con Zul a su lado. Había traído una canasta con comida y más velas. Se sentó en el banco y tras examinarme, me reprochó por tener la venda floja y la ajustó.

El mago permaneció en un rincón sin decir nada y una vez que Dara se fue tomó su lugar en el banco.

—Acompañaré a Dara, quiero hablar con Marcus —dijo Aiden—. Regresaré pronto.

Tomó mi rostro en sus manos con una suavidad de la que solo él era capaz y tras un dulce beso salió de la habitación.

Zul y yo comimos dos rebanadas de pan en silencio. Parecía ansioso y su mirada estaba fija en la puerta. Sus ojos grises decían demasiado, se encontraba molesto y cansado pero también había cierto brillo en ellos.

Sabía que quería hablarme pero Sorcha se encontraba en la cabaña y no quería arriesgarse a ser oído. Finalmente, cuando escuchó crujir la madera de la puerta de entrada se relajó.

—Esa debió ser Sorcha —dijo el mago.

—Oí su discusión anoche —respondí.

Zul apoyó la cabeza en sus manos y maldijo en voz baja.

—Esa mujer va a volverme loco.

—No tengo duda de eso —respondí.

Levantó la cabeza y me miró a los ojos, su expresión era de desesperación.

—No puedo ignorar mi atracción hacia ella y no puedo evitar sentirme molesto ante sus contestaciones. No quiero pensar en ella pero ahora que la veo todo el tiempo es imposible no hacerlo.

Sabía cómo se sentía. Estiré mi brazo y palmeé su hombro de manera amistosa. Quería decirle que debíamos atarla y dejarla así hasta que aprendiera modales pero eso no serviría de nada.

—Aiden conoce a Sorcha de cuando eran Nawas, puede aconsejarte mejor que yo —dije.

—Lysha le dijo que la usaría en mi contra porque yo sentía algo por ella pero no parece convencida. ¿Crees que debería decirle la verdad? —preguntó el mago—. Al menos dejaría de pensar que estamos conspirando para matarla.

Recordé sus palabras cuando desperté en la habitación junto a ella: «He vagado por los bosques durante semanas, ahora tengo una cama, comida caliente y un mago que quiere protegerme. No voy a arruinarlo». Sorcha era astuta y engañosa, si sabía la verdad sobre Zul podía aprovecharse de sus sentimientos y manipularlo.

—No. Es mejor que no digas nada, al menos hasta haber matado a los warlocks y destruido el Corazón del Dragón —respondí.

—El Corazón del Dragón...

Su expresión cambió, se volvió más atormentada y furiosa.

—Hice todo lo posible, me aferré a la piedra y usé mi magia para detenerlo, pero Blodwen... sentí frío y vacío... como si estuviera muriendo y no pudiera hacer nada para evitarlo —dijo Zul.

Recordé el enfrentamiento en el pasaje de Elnath.

—Sé a lo que te refieres, Dalamar hizo lo mismo conmigo. Es difícil de explicar pero sentí como si mi alma se estuviera congelando —respondí.

Asintió y luego sacudió levemente la cabeza como si intentara deshacerse del recuerdo.

—Decepcioné a Warrick —susurró.

—Blodwen se mueve por su cuenta y no sabe que el Corazón del Dragón puede quitarle su magia. Podemos usarlo a nuestro favor —dije.

—Sorcha dijo que hay una antigua fortaleza fuera de Lesath que pertenecía a su familia. No sabe con exactitud dónde se encuentra pero cree que Blodwen se dirige allí —dijo el mago.

Esperaba que Sorcha estuviera en lo cierto o nunca lo encontraríamos. De seguro Mardoc se uniría a él, eso si Akashik no lo eliminaba primero. No sabíamos dónde se encontraba Lysha o si había regresado a Izar a tomar su lugar. Agnof se encontraba demasiado aislado como para escuchar rumores de que alguien hubiera visto a la reina. Las personas de la corte debían sospechar que algo extraño sucedía. Hacía semanas que nadie la veía y poco a poco sus consejeros desaparecían también. ¿Quién estaría reinando? Akashik no cumplía ningún rol en la corte, nadie sabía de su existencia. Y ahora que Blodwen había escapado y que Mardoc probablemente había hecho lo mismo, no quedaba nadie más. El trono en verdad se encontraba vacío.

Lysha no tendría más opción que regresar y nombrar nuevos consejeros y asesores. Y estos serían personas normales, no warlocks. Poco a poco el engaño comenzaba a desmoronarse.

El día transcurrió tranquilo al igual que los días siguientes. Lo único que hacía era reposar, leer y pasar las tardes con Aiden, Zul y Braen. Apreciaba el descanso pero comenzaba a aburrirme y sabía que el mago se estaba poniendo ansioso por dejar pasar más tiempo en lugar de ir tras Blodwen.

Marcus y Dara eran amables con nosotros y nos proporcionaban todo lo necesario pero Agnof se encontraba lejos de ser mi pueblo favorito. Las noches eran demasiado frías y debido a que me rehusaba a comer alces y osos, solo podía comer los pocos granos que cultivaban.

Mi cintura comenzó a mejorar y una mañana me desperté feliz de comprobar que podía moverme sin sentir ningún tipo de dolor. Dara me había sacado los puntos el día anterior y por fortuna la herida había cicatrizado bien. Con suerte en poco tiempo más podríamos partir. Me levanté y fui hacia la sala donde se encontraba el hogar. Aiden me reprochó al verme e intentó persuadirme de que regresara a la cama pero no logró hacerlo. Ahora que por fin podía moverme lo último que quería hacer era quedarme en cama. Le pedí que me ayudara a practicar con Glace pero se negó rotundamente y le prohibió a Zul que lo hiciera. Ambos nos miramos y comenzamos a reír. El mago no sabía ni cómo empuñar una espada y no tenía ningún interés en aprender. Nunca lo habíamos discutido, pero sospechaba que él veía las armas como algo primitivo en comparación con la magia.

Por la tarde, Braen vino a visitarnos y junto a él vinieron dos chicas que no había visto con anterioridad. Una de ellas parecía de su edad y la otra era unos años mayor, ambas poseían rasgos similares, debían ser hermanas.

—Ella es mi amiga Adhara —dijo Braen señalándome.

Ambas me dirigieron una mirada curiosa y me saludaron con un gesto.

—Mikeila y su hermana Laria.

—Es un gusto conocerlas —dije.

—El gusto es nuestro —respondió la mayor, Laria.

Aiden se acercó a saludarla y el mago le hizo un gesto desde la silla en la que se encontraba frente al fuego. Parecían conocerse, ya que no se presentaron.

—¿Qué te trae por aquí, Laria? —preguntó Aiden.

—Quiero pedirle un favor a Adhara —respondió.

La miré extrañada, era raro que quisiera pedirme un favor siendo que no me conocía. La otra niña, Mikeila, le susurró algo al oído a Braen y ambos se rieron. Actuaban de manera sospechosa pero había algo encantador en verlos juntos.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunté.

—Dara me contó que tienes hermosas prendas, como la que llevas ahora puesta —dijo señalándome—. Me encantaría poder hacer algo similar para mí y para mi hermana, me pregunto si puedes prestarme uno de tus vestidos para usarlo de referencia.

Observé el vestido que llevaba puesto: era largo y suelto y la protegía del frío, pero no favorecía para nada su silueta.

—Sí, por supuesto. Iré por uno.

Fui hacia la habitación y tomé uno de mis vestidos de la bolsa de viaje: era beige

y hacía tiempo que no lo usaba. Laria tenía pelo rubio cobrizo y ojos verdes al igual que su hermana, el color iría bien en ella.

—Aquí tienes —dije entregándoselo.

—Gracias, te lo regresaré en unos días —respondió.

—No es necesario, puedes quedártelo si quieres.

Las personas de Agnof habían sido amables al permitir que nos quedáramos en la cabaña y al ofrecernos comida, me agradaba poder hacer algo por ellos.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó Mikeila contenta.

Asentí con la cabeza.

—Es muy grande para ti —dijo Laria.

—Puedes achicarlo —respondió Mikeila.

—Ese vestido luciría bonito en ti —dijo Braen.

Las mejillas de la niña se sonrojaron y le sonrió tímidamente. En verdad eran encantadores.

—¡Gracias, Adhara! Nos vemos luego —dijo Laria.

Aiden acompañó a los tres hacia la puerta. Por alguna razón el mago parecía entretenido con la situación, estaba leyendo un libro frente al fuego pero podía ver que se estaba esforzando por mantenerse serio.

—Zul.

—Adhara —respondió con la mirada en el libro.

—¿Qué es lo divertido?

Concentró su atención en el libro unos segundos más antes de cerrarlo y volverse a mí.

—Sorcha odia a los niños —respondió simplemente.

—¿Sorcha odia a los niños? ¿Cómo es posible? —pregunté.

Cómo alguien podía odiar a un ser dulce e inocente como Braen. Tal vez era a causa de Lysha.

—No lo sé —respondió el mago.

Tomé a Glace y comencé a limpiar su hoja con un pedazo de tela. Quería practicar, sentir la espada de nuevo en mi mano y saber que me encontraba en condiciones de pelear. Miré a Zul con curiosidad.

—¿En qué piensas?

—Tal vez no sea mala idea que te enseñe a usar una espada, podría resultarte útil —dije.

El mago me observó y luego dejó escapar una carcajada.

—¿Te encuentras tan desesperada por encontrar a alguien con quien practicar?

—Sí —respondí riendo.

—Tendrás mas suerte con Braen que conmigo —respondió Zul.

Se encontraba en lo cierto, no convencería al mago de que agarrara una espada.

—No creo que a sus padres les agrade la idea —dijo Aiden.

Eso era cierto y además no me animaría a hacer ningún movimiento contra él por miedo a lastimarlo.

—Practica conmigo, Aiden.

—No, aún no estás del todo recuperada —respondió.

Le dirigí una mirada molesta y me sonrió. Sabía que no podía enojarme con él cuando me miraba de esa manera. Regresé mi atención a la espada, a limpiar su hoja. Era la primera vez en la semana que nos encontrábamos los tres solos, sin Sorcha, Braen, Marcus o Dara.

—Hay algo que he querido decirles —dije.

Ambos volvieron su mirada hacia mí.

—Escuché la conversación que tuvieron Marcus y tú, Aiden —dije—. No estaba del todo consciente, pero recuerdo sus palabras. Él es el tío de Lysha, el hermano de su madre, Ciara.

—Sí, le conté la historia a Zul y estaba esperando para contártela a ti —respondió.

—La situación cambió, Lysha es hija de Akashik, lo cual significa que debemos matar a la reina de Lesath. Todos los familiares del padre de Lysha están muertos y Marcus renunció a su derecho al trono, el único que podría sucederle es su hijo.

—Marcus Ian —dijo Aiden.

Asentí, me alegraba de que Braen tuviera un hermano mayor, no sería bueno poner otro niño en el trono.

—¿Por qué te importa quién heredará el trono? —preguntó Zul—. Debemos concentrarnos en matar a los warlocks.

—No podemos dejar a Lesath sin un gobernante. Mi maestro Astran siempre decía que los humanos se vuelven egoístas y ambiciosos cuando se trata del poder y todo se vuelve caos. Si matamos a Lysha, Marcus Ian tiene que estar allí y ocupar el trono.

—Adhara tiene razón, todos los nobles de la corte van a pelear por el trono si no hay un heredero —dijo Aiden.

A juzgar por su expresión, ya había estado pensando en el tema.

—¿Dónde está Marcus Ian? —preguntó Zul.

—Marcus no quería decirme, así que tuve que preguntarle a Braen —hizo una pausa y agregó—: Marcus Ian se encuentra en la corte del Hechicero de Hielo.

El mago y yo intercambiamos miradas de sorpresa. ¿Por qué estaba Marcus Ian en la corte del Hechicero y no en Agnof con su familia?

La puerta se abrió abruptamente y Sorcha entró. Guardamos silencio y nos observó con desconfianza.

—Lamento interrumpirlos. ¿Estaban planeando cómo deshacerse de mí? —

preguntó.

—No todo gira alrededor de ti, Sorchá —respondió Aiden.

Se paró frente al mago, con sus ojos azules fijos en él.

—Estás en mi lugar.

—Sí, estábamos planeando cómo deshacernos de ti. Probablemente te atemos a una silla y te clavemos esto —dijo Zul en tono irónico con el atizador en su mano.

—Me gustaría verte intentarlo, mago —respondió Sorchá—. Sal de mi lugar.

Zul abrió la boca y volvió a cerrarla, parecía estar controlándose para no decir nada grosero. Se puso de pie y le ofreció la silla, Sorchá le quitó el atizador de la mano y se sentó.

—¿Dónde has estado? —preguntó Aiden.

—Ayudando a Dara con la cosecha —respondió.

Eso me sorprendió, su actitud con Dara era diferente a su actitud hacia nosotros. Era la única que parecía apreciar Agnof. No la había visto mucho en los últimos días, ya que, por fortuna, había decidido no ir a visitarme a la habitación. Pero ahora que la veía en la silla mecedora, comiendo algo frente al fuego, lucía a gusto. Su expresión era más despreocupada de lo que jamás la había visto. Movía la leña con el atizador y miraba las chispas que salían del fuego. Me pregunté por qué le gustaba tanto jugar con el atizador. Zul parecía irritado por eso pero no hizo ningún comentario. Debía ser revelador poder hacer lo que quisiera sin tener que preocuparse por las órdenes y castigos del Concilio.

—Dime, Sorchá, ¿sabes cómo usar una espada? —pregunté.

—No —dijo Aiden de manera severa.

Sentí su mirada sobre mí pero lo ignoré, no tendría que ser cuidadosa con ella y ansiaba un buen duelo.

—A diferencia de Seith, no perdí mi tiempo con eso. La magia es el arma más confiable que uno puede tener, las espadas son tontas y rudimentarias —respondió Sorchá.

La miré indignada, en total desacuerdo con sus palabras. Para mi sorpresa, el mago dejó escapar una risa.

—Tú piensas lo mismo —dije ofendida.

—Coincido en que no hay arma más confiable que la magia —replicó Zul.

Sabía que pensaba de esa manera, al menos no se había atrevido a decir que las espadas eran tontas.

—Es irónico que piensen así —dijo Aiden—. Los dos fallaron con sus hechizos y ahora no pueden usar magia entre ustedes. No estoy seguro de que la magia sea tan confiable.

La expresión de Zul y Sorchá se transformó, parecían aun más indignados que yo.

—No sabes nada acerca de magia, ahórranos tu opinión —replicó Sorchá.

Aiden y yo intercambiamos miradas y reímos. Era la primera vez que el mago y SORCHA parecían estar de acuerdo en algo.

—Falta poco para el atardecer, iré a cortar más leña —dijo Aiden.

—Iré contigo.

—No, hace frío. Quédate aquí —respondió.

Lo miré extrañada, era inusual que Aiden no quisiera pasar tiempo a solas conmigo. A decir verdad, era la primera vez.

—Aiden tiene razón, está nevando —dijo Zul—. Es mejor que descanses, cuanto más rápido te recuperes, más rápido podremos partir. Yo lo ayudaré.

Permanecí en mi lugar sin decir nada, estaba cansada de que me trataran como si estuviera enferma.

—No es mala idea, con tu puntería probablemente le des a Aiden en lugar de al tronco y no tendremos que oír más de sus tonterías —dijo SORCHA.

—Tal vez deberías ir tú en vez de Aiden —repliqué.

SORCHA me miró molesta y le sostuve la mirada. Aiden se acercó a mí, me besó y fue hacia la puerta.

—Ayer a la noche te escuché quejarte del frío —le dijo el mago a SORCHA—. ¿Quieres que pida otra frazada?

—Quiero que te vayas a cortar leña y me dejes en paz —respondió SORCHA evitando su mirada.

—Espero que esta noche te congeles —replicó Zul.

Tomó el hacha que se encontraba en la pared y salió de la cabaña pegando un portazo.

Me encontraba furiosa, SORCHA había lastimado sus sentimientos sin razón alguna, cuando Zul se esforzaba por ser amable con ella. Me miró desafiante, retándome a que dijera algo.

—No puedes hablarle así, SORCHA —dije.

—Ya no sigo órdenes de nadie, puedo hacer lo que quiero —respondió.

Me puse de pie con Glace en la mano. Se levantó de la silla y fijó sus ojos en mí, lista para actuar en caso de que la atacara. Me obligué a calmarme. SORCHA era SORCHA Hale, descendiente de la Dama Draconis y la persona que quería Zul. Apoyé a Glace en la silla para demostrarle que no quería lastimarla, pero la dejé al alcance de mi mano en caso de que intentara algo. Recordé las palabras de Aiden, SORCHA estaba acostumbrada a órdenes y amenazas, tendría que intentar razonar con ella de una manera que no implicara violencia.

—Ya no eres una aprendiz de Nawa. No estamos esperando que cometas un error para cortarte la cabeza como lo harían Akashik o Blodwen y no pasamos nuestro tiempo conspirando para deshacernos de ti. Zul es una buena persona, no te atrevas a confundirlo con Seith —dije.

Sus ojos del color del hielo me observaban fijamente, parecía molesta y confundida.

—Solo me quieren para que los ayude a eliminar a los warlocks. Cuando estén todos muertos me van a eliminar a mí.

—A la única que voy a eliminar cuando terminemos con los warlocks es a Lysha —respondí.

Su expresión se relajó y pude ver que disimulaba una sonrisa.

—Aprecio que te encuentres dispuesta a ayudarnos, y también Aiden y Zul. Cuando todo termine, vamos a ser libres de vivir nuestras vidas y nadie va a intentar matarte. ¿Crees que Zul se va a preocupar de que no tengas frío si planea matarte? Es absurdo —dije.

Esperaba que eso hiciera cambiar su actitud, me había costado demasiado decir que apreciaba su ayuda, es más, no estaba segura de que lo hiciera.

—Cuando la hermana de Zul intentó matarme, detuviste la flecha. ¿Por qué? —preguntó Sorcha pensativa.

Recordé la escena de aquella noche y me apresuré a pensar una excusa.

—Estabas buscando comida. Si hubieras querido atacarnos, lo hubieses hecho —respondí.

—Eres extraña —dijo Sorcha aún pensativa.

—Los elfos me enseñaron a valorar la vida y no es un asunto que tome a la ligera.

—Aún no confío en ti, Adhara.

—Créeme, yo tampoco.

Se alejó de mí, fue hacia la puerta y dejó la cabaña. Esperaba que esa charla sirviera de algo, me conformaba con que tratara mejor al mago. No me sentía cansada pero fui hacia la habitación de todos modos. Me recosté en la cama y cerré los ojos, Zul tenía razón, cuanto más rápido me recuperara más rápido partiríamos.

Me encontraba recostada en la nieve, la sangre brotaba de mi cintura tiñendo de rojo todo a mi alrededor. No comprendía, Dara había cosido la herida y ya había sanado. ¿Por qué me encontraba allí? Una risa infantil resonó en mis oídos, Lysha me observaba, su expresión era de pura maldad. Estiré el brazo en busca de Glace pero no había rastros de la espada. Intenté detener la sangre con mis manos pero continuaba fluyendo como si fuera agua. No era posible, de haber perdido toda esa sangre estaría muerta. Había algo extraño en la situación, algo irreal. Todo era blanco y solo podía ver a Lysha. Aiden, Zul y Blodwen deberían estar allí, pero no estaban y debería haber un dragón en el cielo. Nada de esto era real, era un sueño. Estaba soñando y me encontraba consciente de ello. Cerré los ojos pensando en despertar pero, al abrirlos de nuevo, aún me encontraba allí. Esta vez no era Lysha quien se encontraba frente mí sino una sombra, una silueta negra. Me puse de pie, la sangre recorría mi pierna hasta la nieve roja. Quería despertar pero no podía hacerlo, era

desesperante. La sombra se veía más claramente con cada intento que hacía por despertarme. Cerré los ojos concentrándome y al abrirlos ya no había una sombra, sino Seith.

Mis labios se encontraban fríos, era como si me estuvieran besando pero no sentí la calidez o la familiaridad que sentía con Aiden. Me desperté de manera abrupta y aparté de un empujón a la persona que se encontraba sobre mí, a la persona que me había besado. Seith.

Estiré la mano y tomé la empuñadura de Glace y la mística que se encontraban a mi lado, bajo las sábanas. El sueño había sido su obra, había sentido magia en él, al igual que la vez que había soñado con Zul.

—Lograste despertar —dijo Seith—. Es una lástima, hubiese sido más práctico matarte mientras dormías.

—Me besaste —dije perpleja y furiosa.

Su expresión ya no era la misma de siempre, no era fría e inexpresiva, había fuertes emociones en ella.

—Un beso de despedida —respondió.

Llevé la mano hacia mis labios, de haberme despertado antes lo hubiera podido evitar.

—Si crees que será fácil matarme te probaré cuan equivocado estás —dije.

Fijó sus ojos sobre mí por unos segundos y luego maldijo en voz baja. La mística que Grigor me había dado dio resultado, su magia no funcionaría.

—No puedes valerte de tu magia. ¿Quieres vencerme? Pelea —dije levantando a Glace.

Hizo una mueca como si la situación le resultara graciosa.

—No aquí, no quiero que tus amigos nos interrumpen —dijo.

Se dio vuelta para agarrar la capa que había sobre mi bolsa de viaje. Me quité el collar que Aiden me había regalado y lo dejé en las sábanas, sabía que nunca me lo quitaba, era el único mensaje en el que podía pensar.

Seith puso la capa sobre mis hombros bruscamente y tiró de mi brazo en dirección a la ventana. No tenía sentido que me resistiera, tenía más fuerza que yo y conjuraría una espada en cuestión de segundos. Iría con él y pelearía. Sabía acerca de Agnof y era una amenaza para Marcus y su familia, no podía permitir que le dijera a Akashik que se encontraban con vida.

Salí por la ventana y lo seguí a través de la nieve. El sol aún se encontraba detrás de las montañas, la luz del día no se había ido del todo. El aire era frío y áspero contra mi piel, la nieve era profunda y mis pies se enterraban con cada pisada. No eran buenas condiciones para un duelo con espadas.

Miré alrededor pero no había nadie. Los árboles de tronco grueso que cortaban para hacer leña se encontraban del otro lado de la cabaña. Seith se volvió hacia mí,

nuestras miradas se cruzaron brevemente y luego regresó su atención al camino y tiró de mi muñeca con más fuerza.

No estaba segura de hacia dónde íbamos o cuánto tiempo más caminaríamos, pero al llegar a un claro despejado de árboles se detuvo y me arrojó al suelo.

Mi espalda golpeó contra la nieve y salté sobre mis pies, colocándolos en la posición correcta, con la espada lista en mi mano. Seith tomó una rama y caminó alrededor de mí, marcando un gran círculo en la nieve. Al terminar, la rama se transformó en una espada e hizo un tajo en su mano. Una gota de sangre cayó sobre la unión del círculo y por un momento la circunferencia se volvió del color de la sangre.

—Esta vez nadie va a interrumpirnos. La sangre le da mayor fortaleza el hechizo, nadie entra ni sale del círculo, no hasta que estés muerta —dijo Seith.

Tomé la empuñadura con mayor fuerza, había estado demasiado cerca de la muerte como para saber que haría todo lo posible para nunca volver a estarlo.

—Mi sangre cerró el círculo y mi sangre es lo único que puede volver a abrirlo. Prepárate para morir, Adhara.

UNA GOTA DE SANGRE

Pelear a muerte con Seith no era lo que había tenido en mente cuando deseé poder tener un buen duelo. Nos miramos por una fracción de segundos, analicé la posición de su cuerpo intentando descifrar cómo atacaría. Uno de nosotros no dejaría el círculo, era inevitable, éramos enemigos por naturaleza. No había sobrevivido para morir unos días después, terminaría con él.

Atacó primero, la posición de sus pies lo traicionó y detuve su espada con Glace antes de que terminara su trayecto. Arremetí contra él, obligándolo a retroceder, quería probarle que estaba recuperada, que no demostraría debilidad, solo fortaleza.

Su rostro ya no era una máscara con una sola expresión, en él había enojo, odio y arrogancia. Nuestras espadas chocaron en el aire. Mis movimientos eran más rápidos pero los de él poseían mayor fuerza. Se plantó sobre la nieve y guió su espada hacia mi derecha con tal brutalidad que necesité hacer uso de toda mi fuerza para mantener la espada firme contra la suya y detenerlo.

Me embistió con su hombro decidido a hacerme retroceder el espacio que había ganado. Parecía haber deducido que si lo arrinconaba contra la línea del círculo tendría la ventaja.

Ataqué con Glace una vez más, era difícil ser rápida cuando la nieve disminuía la velocidad de mis pies. Era un gran espadachín, de eso no había duda, pero sus movimientos no eran tan calculados como antes. Ahora que no podía ignorar sus emociones era vulnerable a cometer errores.

Seith llevó su espada hacia mí una y otra vez, cada ataque más rápido que el anterior. Lo detuve pero no logré salir de la posición defensiva, no tuve más opción que retroceder para evitar que el filo de su espada se acercara demasiado a mi cuerpo. Me sentía cansada, los músculos me dolían, estaba recuperada de la herida pero no lo suficiente como para hacer tanto esfuerzo. Intenté atacarlo, pero esquivó a Glace y dirigió su espada hacia mi pierna izquierda. Mi pie se enterró en la nieve y para cuando logré moverlo el filo de la espada rozó mi piel provocando un tajo. Ardía, pero por fortuna no era profundo y podía moverme bien.

—El primero en derramar sangre suele ser el vencedor —dijo Seith.

—No es el primero lo que me preocupa, sino el último —respondí.

Llevé la espada hacia su derecha, asegurándome de mantener mis pies en la nieve ya pisada. La velocidad de mi ataque lo sorprendió, lo vi en sus ojos, detuvo mi espada a solo centímetros de su hombro. Retiré la espada y la dirigí hacia su otro hombro a la misma velocidad, esta vez logré hacerle un tajo antes de que lograra apartarla. Nuestras miradas se cruzaron, la suya era de enojo, la mía de satisfacción.

—Eres buena, elfa. Lo admito. Eres la mejor rival que he tenido —dijo Seith—. Pero no puedes igualarte a mí. Si mi magia funcionara contra ti ya estarías muerta.

Probablemente estuviera en lo cierto pero no me importaba. Era un duelo de espadas y confiaba en mi habilidad.

Arremetí contra él, pero detuvo mi espada en el aire antes de que pudiera acercarme. Izquierda, derecha, nos movíamos rítmicamente, cada uno buscando un punto débil en el otro.

—No me he sentido yo mismo desde hace un tiempo y es todo por tu culpa, Adhara. No sé qué me has hecho pero pronto esta pesadilla terminará —dijo Seith.

No veía amor en sus ojos, sino odio. Odio y algo más que no podía descifrar del todo. Detuve su ataque y guíe a Glace hacia la izquierda, pero su espada esperaba lista para detenerme.

—Si te refieres a que ya no tendré que lidiar contigo y tus intentos de matarme estás en lo correcto, esta pesadilla terminará —respondí.

—Eres audaz, elfa. Eso me gusta. De ser otras las circunstancias te tomaría como mi prisionera. Lástima que eres una molestia para Akashik... —respondió Seith.

Me concentré en el duelo y no en sus palabras. Esquivé su espada y me alejé de él para darle descanso a mi cuerpo aunque fuera por unos segundos. La cintura me molestaba y mis piernas me pesaban, era como si mis botas fueran de piedra. Lo miré desafiante, ocultando mi cansancio.

A juzgar por su expresión estaba intentando hacer magia de nuevo, la frustración no tardó en aparecer en su rostro y reanudó su ataque. Me apresuré en tomar la ofensiva para evitar sus brutales ataques. Fui rápida y ágil e intenté acercar mi espada a su pecho de todas las maneras posibles pero Seith era demasiado bueno.

—¡ADHARA!

Mi corazón se detuvo, era la voz de Aiden. Creí distinguir tres figuras corriendo hacia nosotros detrás de Seith pero mantuve mi concentración en él. Un momento de distracción podía costarme la vida.

Su espada se apresuró en dirección a mi pecho pero la desvié con Glace. Sabía que aprovecharía la situación para intentar algo así.

—¡ADHARA!

—No puedo pasar. ¡ADHARA!

Seith levantó la espada hacia mí a modo de advertencia y llevó su vista hacia donde se encontraban los demás. A diferencia de él, no usaría una distracción a mi favor, no había nada honorable en eso. Aproveché la oportunidad para mirar a Aiden. Se encontraba en el borde del círculo junto a Zul y Sorcha.

—¿Vienen a ver morir a la elfa? —su tono de voz ya no era neutro, sino que saboreaba cada palabra.

—¡Pelea conmigo, Seith! —gritó Aiden.

Desenfundó su espada pero una pared invisible le impedía avanzar.

—Es magia —dijeron Zul y Sorcha al unísono.

—¿Has decidido unirme al traidor, Sorcha? No estoy sorprendido, eres débil y patética, siempre lo has sido.

—Al parecer no tan patética como tú. ¿Sientes atracción por la elfa, Seith? —la voz de Sorcha era burlona.

—Ríe ahora, estarás muerta en poco tiempo —replicó.

—¡Déjala ir y pelea conmigo! —dijo Aiden.

Empujó sobre la línea e intentó pasar su espada a través de ella pero la pared invisible aún continuaba allí.

—Adhara y yo tenemos asuntos pendientes —respondió Seith.

Se volvió hacia mí. Levanté a Glace deteniendo su espada.

—¡ADHARA! —gritaron Aiden y Zul.

Me esforcé por ignorar sus voces. Lo único que importaba era lo que pasaba dentro del círculo, debía recordar eso si quería vivir. Nuestras espadas chocaron en el aire otra vez, ambos empujando para que el otro retrocediera. El duelo se volvió más intenso, más salvaje, sus ataques eran cada vez más brutales y mi cuerpo sufría al detener su espada.

Seith se había dado cuenta de que intentaba mantener mis pies sobre la nieve pisada y sus ataques me obligaron a moverme hacia donde estaba más profunda. Mis botas se hundieron en la nieve y me moví con cuidado repeliendo sus ataques.

—¡Zul, has algo! ¡Ahora! —gritó Aiden.

—No puedo, mi magia no puede romper el círculo —respondió el mago.

Mis brazos se encontraban cansados y el dolor en mi cintura avanzó por mi espalda. Lo atacé intentando que retrocediera pero permaneció en su lugar sin dejarme salir de la nieve profunda.

—¡Ayúdame, Sorcha! —gritó Zul.

—El hechizo está sellado con sangre, no hay nada que podamos hacer.

La espada pasó a centímetros de mi mano, me tambaleé hacia atrás pero logré recuperar el equilibrio antes de caer. Seith miró a Aiden con maldad y arrogancia, creía que se encontraba cerca de ganar.

—Adhara va a atravesarte con esa espada, lo sé —dijo Aiden.

Sus palabras me reconfortaron, saber que confiaba en mis habilidades me daba fuerza para continuar. Levanté a Glace y puse mis pies en la posición correcta, lista para atacar. Seith me embistió, nuestras espadas chocaron, la fuerza de su cuerpo me arrojó hacia atrás y caí contra la línea del círculo. La pared invisible en mi espalda me impedía retroceder. Giré hacia un lado, evitando que Seith me aprisionara contra ella. Mi respiración era agitada y sabía que no aguantaría mucho tiempo más antes de que mi cuerpo me jugara en contra y cometiera un error. Quería vivir y para hacerlo debía matar a Seith. No había otra salida.

Respiré con calma, esforzándome por ignorar el dolor. Dirigí a Glace hacia él con

un ágil movimiento. Era más rápida que él, aun con la nieve mis movimientos eran más rápidos, debía valerme de eso. Lo atacé por un lado, por el otro, asegurándome de permanecer a la ofensiva.

Sus movimientos dejaron de ser fluidos y se volvieron más forzados. Ataqué con toda la velocidad de la que era capaz, un ataque a continuación del otro sin darle oportunidad de reacomodarse. Su expresión era de furia. Ya no estaba en control, las emociones lo estaban afectando y su defensa dejó de ser impenetrable. Nuestros ojos se encontraron por un breve momento, había odio y oscuridad en ellos. Decidida, y forzando cada músculo de mi cuerpo, llevé mi espada hacia su izquierda. Una vez que Seith posicionó su espada, giré con toda la velocidad de la que era capaz y lo atacé por la derecha, enterrando mi espada en su pecho sin nada que la detuviera.

Había dolor y sorpresa en su rostro. Me mantuvo la mirada. Sus párpados comenzaron a temblar. Sus ojos marrones se cerraron repentinamente y su cuerpo cayó en la nieve.

Seith estaba muerto. Su cuerpo yacía sin vida, su pelo oscuro enterrado en la nieve. Lo miré incrédula, le había quitado la vida. Sabía que era lo correcto pero aun así me invadió una sensación de pavor y recordé las palabras de Akashik, quizá después de todo no éramos tan distintos.

Horrorizada, saqué a Glace de su pecho, la hoja fina como el hielo se encontraba cubierta de sangre. El alivio recorrió mi cuerpo pero también sentí una repentina sensación de tristeza.

—Adhara.

La voz de Aiden interrumpió mis pensamientos y fui hacia él. El alivio en su rostro era tan evidente que no pude evitar sonreírle.

—¡Eso fue increíble, Adhara! —exclamó Zul.

Intenté ir hacia ellos pero la línea del círculo me lo impidió. Aiden golpeó sus manos contra el aire comprobando que la pared invisible aún seguía allí.

—¿Por qué no se rompió el hechizo? —preguntó preocupado.

Recordé las palabras de Seith: «Mi sangre cerró el círculo y mi sangre es lo único que puede volver a abrirlo».

—Debes poner su sangre allí —dijo Sorcha.

Apoyé la hoja de Glace sobre la línea, dejando que la sangre tocara la nieve. Nada sucedió. Aiden y Zul se abalanzaron sobre mí y esta vez pasaron a través del aire, rodeándome con sus brazos. Me sentía tan cansada que me dejé caer sobre ellos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Aiden.

—Sí, solo estoy cansada —respondí.

El mago palmeó mi espalda y me dejó ir. Me apoyé sobre el pecho de Aiden y me sostuvo a su lado, besando mi cabeza de forma afectuosa.

—Un enemigo menos —dijo Zul contento—. Te luciste, ese último movimiento

fue asombroso.

Le dediqué una corta sonrisa agradecida por su cumplido, pero aún me sentía mal por haber tenido que hacerlo.

—Vamos, es tarde y hace frío —dijo Aiden.

No sentía frío, el duelo me había hecho entrar en calor.

—¿Qué haremos con su cuerpo? —pregunté volviéndome hacia Seith.

—¿A qué te refieres? —preguntó Aiden.

Él y Zul me miraron sorprendidos.

—Lo dejaremos allí para que se lo coman los gusanos —dijo Sorcha.

—No, no sería correcto —respondí.

—Es lo que merece —dijo Aiden en tono firme—. Intentó matarte más de una vez y asesinó a personas inocentes.

Sabía que tenía razón, pero mi padre y los demás elfos en Alyssian no aprobarían dejar su cuerpo allí tirado sin importar cuan oscuro o cruel haya sido en vida. Quemarlo sería más respetuoso que dejarlo para que se lo coman los animales. Mi cuerpo se encontraba dolorido y cansado, no estaba en condiciones de hacer magia.

—Zul...

El mago me miró pensativo y asintió.

—¿Qué quieres que haga?

—Fuego —respondí.

—Espero que esto sea por alguna costumbre élfica con la que fuiste criada y no porque sientas lástima por él —espetó Aiden.

Zul se acercó unos pasos al cuerpo de Seith y este se prendió en llamas.

—Eres una tonta, a Seith le hubiese complacido dejarte tirada como un animal —dijo Sorcha.

—Por fortuna, no soy como él —respondí.

Caminamos de regreso a la cabaña. Aiden insistió en cargarme pero prefería caminar. Sabía que le había exigido demasiado a mi cuerpo pero quería ser fuerte. Descansaría cuando llegáramos.

El sol ya había bajado y todo a nuestro alrededor estaba oscureciendo. Mi cuerpo se enfrió y el aire se volvió helado. Mis manos se encontraban tan frías que apenas podía sentir las.

Al entrar me senté frente al fuego junto a los demás. Una vez que mis manos y mi rostro se calentaron fui a buscar un trapo para limpiar a Glace. Refregué la hoja de la espada varias veces hasta sacarle toda la sangre.

Al entrar en la habitación me dejé caer sobre la cama. No fue hasta que me relajé por completo que sentí todos los músculos de mi cuerpo quejarse. Esperaba que una buena noche de sueño fuera suficiente para recuperarme, no quería que perdiéramos más tiempo por mi culpa.

Aiden entró en la habitación llevando una bandeja de comida. No tenía hambre pero sabía que si me iba a dormir sin comer lo lamentaría al otro día. Me observó comer en silencio y una vez que terminé retiró la bandeja y se sentó en el banco frente a la cama.

—Sabía que podías vencerlo —dijo acariciando mi mejilla.

—No fue fácil —respondí.

Llevó la mano hacia su bota y sacó mi collar de ella.

—Cuando lo vi supe que algo andaba mal —dijo Aiden.

—Fue la única pista que pude dejar.

—Fuiste inteligente —replicó.

Me observó con una nueva expresión en su rostro y lo miré con curiosidad. Sonrió y por alguna razón parecía nervioso.

—Iba a decírtelo mañana pero tras lo que pasó con Seith no puedo esperar más.

Lo miré ansiosa sin saber que iba a decir.

—Zul me contó que los elfos tienen un ritual, una promesa de amor eterno donde se comprometen a pasar el resto de sus vidas juntos —dijo Aiden.

—El ritual de las siete estrellas —susurré.

—Estuviste a punto de perder tu vida hace días y el camino que nos queda por recorrer es peligroso. Necesito demostrarte mi amor. Necesito saber que tu corazón es mío de la misma manera que mi corazón es tuyo. Ha sido tuyo desde el día que te conocí junto a la laguna.

Mi corazón se aceleró tanto que podía oírlo. Sus palabras me abrumaron a tal punto que no podía hacer más que mirarlo en silencio. Quería que hiciéramos el ritual de las siete estrellas.

—El día que nos casemos espero que sea frente a mi madre y tus abuelos, y en un día festivo. No en medio de una guerra. Este ritual suena más íntimo y es mi manera de decirte que te amo —continuó.

Me abalancé sobre él y lo besé. Aiden perdió el equilibrio y cayó al suelo de espalda, conmigo arriba. Dejó escapar una risa y me atrajo hacia sí besándome.

—¿Eso es un sí? —preguntó.

—Mi corazón es tuyo desde que me besaste aquel día bajo la lluvia —respondí.

Me moví en la cama intentando volver a dormir. Mi cuerpo se encontraba cansado pero mi cabeza se rehusaba a dejar de pensar. Había matado a Seith y Aiden quería que hiciéramos el ritual de las siete estrellas. Siempre había asumido que si algún día lo hacía sería en Alyssian, con mis padres, pero ahora que lo pensaba el ritual era algo íntimo que se hacía sin la presencia de los demás. Las familias de la pareja que se unía solía hacer una celebración al día siguiente pero no presenciaban el ritual.

¿Qué pensarían mis padres? Mi madre tal vez lo entendería, después de todo ella había dejado Lesath para irse con mi padre cuando tenía mi edad. Pero mi padre era

un elfo y pensaría que había actuado de manera precipitada y sin pensar.

Miré a Aiden que se encontraba durmiendo a mi lado. Su rostro siempre parecía más infantil cuando dormía. La intensidad de los sentimientos que sentía por él no dejaba de sorprenderme. Cuando Lysha me apuñaló lo único que podía pensar era que no quería separarme de él.

Lo amaba y no podía imaginarme mi vida sin él y eso era lo que significa el ritual de las siete estrellas. Sonreí más segura de mi decisión y me dormí.

El ruido de voces me despertó. Me encontraba sola en la habitación. Cerré los ojos y los volví a abrir intentando no dormirme de nuevo. La fatiga de la noche anterior había desaparecido pero mis músculos no se encontraban en el mejor estado. Fui hacia mi bolsa de viaje y me puse un abrigo. Si íbamos a hacer el ritual de las siete estrellas necesitaba un vestido, comencé a hurgar entre la ropa pero me detuve al ver los copos de nieve en la ventana. Si usaba uno de mis vestidos no aguantaría el frío de la noche.

—¿Estás segura de que Blodwen huyó hacia esa fortaleza? —preguntó Zul.

—Ya te le he dicho miles de veces, no hay forma de saberlo con certeza pero es lo más probable. Lo he oído hablar de ella con Mardoc y Dalamar en varias ocasiones —respondió Sorch.

—Espero que estés en lo cierto —replicó.

—¿Acaso no confías en mí? —preguntó Sorch.

—No más de lo que tú confías en mí —respondió Zul.

Sorch dejó escapar una risa.

—Aprovecha el día para descansar. Partiremos mañana a primera hora —dijo el mago.

—Vi cómo te comportaste ayer, estabas desesperado por romper el hechizo de Seith —su voz sonaba más fría—. Lysha no sabía lo que hacía. Si quería el Corazón del Dragón debió secuestrar a Adhara, no a mí.

—¿A qué te refieres?

Espió por la puerta pero solo podía ver la espalda de Sorch.

—Te atrae la elfa —dijo Sorch.

—No, no es cierto —respondió Zul.

—La manera en la que te comportaste ayer sugiere lo contrario —espetó Sorch.

—Adhara es la primera amiga que tuve. Mi relación con ella es especial pero no por las razones que tú crees —hizo una pausa y agregó—. No tengo ese tipo de sentimientos por ella.

Silencio.

—Bien por ti, mago. Sería un error que los tuvieras —dijo Sorch.

Me acerqué más a la puerta hasta poder ver a Zul. Se encontraba perplejo frente a ella, sus ojos perdidos en los de Sorch. Se miraron por unos momentos sin decir

nada y luego Sorcha fue hacia al hogar y se sentó en su lugar de costumbre. Su mente era un misterio, pero había sonado algo molesta cuando insinuó que Zul sentía algo por mí. Quizás sí sentía algo por el mago después de todo.

Si partíamos a la mañana siguiente, tendríamos que hacer el ritual de las siete estrellas esa misma noche. La ansiedad se apoderó de mí, no sabía qué iba a ponerme, aún me preocupaba qué dirían mis padres y era extraño pensar que en solo horas le prometería a Aiden pasar el resto de mi vida con él. La ansiedad se transformó en pánico. Terminé de cambiarme y fui hacia la sala.

—Zul.

—Adhara.

—Necesito hablar contigo —dije.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el mago— Luces... extraña.

—Me siento extraña y ansiosa, y no estoy acostumbrada a sentirme de esa manera —dije.

Zul me observó preocupado pero luego sonrió.

—¿Aiden te dijo? —preguntó con una mirada cómplice.

—Si te refieres al ritual de las siete estrellas, sí —hice una pausa—. ¿Tú lo sabías? ¿Cómo sabes acerca del ritual?

—Lo leí en uno de los libros de Talfan —respondió.

—¿Qué es el ritual de las siete estrellas? —preguntó Sorcha.

—Es un ritual élfico, van a casarse —dijo el mago.

—No vamos a casarnos —dije

Sabía que significaba lo mismo pero escuchar a Zul decirlo era aun más extraño que pensarlo.

—Se prometen pasar el resto de sus vidas juntos, es lo mismo que casarse con la excepción de que lo hacen frente a un par de estrellas —respondió el mago.

Quería decir algo pero no se me ocurría nada. Zul rió ante mi expresión y me abrazó.

—Felicitaciones —dijo.

Estaba molesta de que encontrara mi reacción graciosa pero sabía que estaba contento por mí.

—Gracias, Zul.

—¿Tú y Aiden van a casarse? —preguntó Sorcha con escepticismo.

A juzgar por su expresión pensaba que era absurdo.

—Es una promesa de amor eterno —repliqué molesta.

Sorcha revoleó los ojos y volvió su atención al fuego.

—Necesito un vestido, está nevando y mis padres se enfadarán cuando se enteren —dije.

Zul reprimió una risa e intentó sonar serio antes de volver a hablar.

—No debería decirte esto, pero nunca te vi así: Aiden se encargó de la ropa — dijo Zul.

—¿Aiden se encargó de la ropa?

Por alguna razón, saber esto me preocupaba aún más en lugar de calmarme. ¿De dónde la había sacado? ¿Le había pedido a Dara que le prestara uno de sus vestidos? Esperaba que no. Lo miré indicándole que fuéramos a la habitación, necesitaba a hablar con él a solas, sin Sorcha y sus comentarios.

Una vez dentro cerré la puerta y me volví hacia él. Tenía tantas preguntas en mi mente que era difícil articular solo una.

—¿A qué te refieres con que Aiden se encargó de la ropa?

—La chica que vino ayer, Laria, está confeccionando algo para ti. Te pidió un vestido para estar segura de las medidas —respondió Zul.

Recordé la escena y comprendí por qué el mago había escondido su rostro detrás del libro. Me pregunte qué tipo de prenda había confeccionado Laria, esperaba que me quedara bien, no quería hacer el ritual con algo que no me gustara.

—¿Qué pensarán mis padres? Conozco a Aiden hace solo meses, la mayoría de los elfos pasan años y años juntos antes de hacer el ritual —dije.

—Probablemente se deba a que son inmortales y tienen todo el tiempo del mundo —respondió el mago—. Cuando yacías en el suelo, luego de que Lysha te clavó la daga, vi la forma en que se miraron...Tú no puedes vivir sin Aiden y él no puede vivir sin ti. Tus padres lo van a entender.

Sus palabras me tranquilizaron, estaba en lo cierto. De seguro los sorprendería pero sabía que cuando les contara toda la historia me entenderían. La tranquilidad duró solo segundos antes de que la siguiente pregunta se apoderada de mi cabeza. En realidad no era una pregunta sino una confesión. No podía hacer el ritual de las siete estrellas sin decírselo a Aiden pero no estaba segura de cómo hacerlo.

—Necesito decirle algo a Aiden antes del ritual, algo que lo va a enfadar —dije.

Zul me observó con curiosidad. Me sentía incómoda, si no podía decírselo a él, ¿cómo se lo diría a Aiden? Aguardé a que dijera algo pero su expresión comenzó a impacientarse cuando permanecí en silencio.

—Aceptaste hacer el ritual, a menos que tengas pensado intentar fugarte de nuevo dudo que haya algo que lo pueda hacer enojar —dijo Zul.

—Seith me besó —espeté—. Utilizó magia mientras dormía. Tuve un sueño y no podía despertarme, lo intenté varias veces hasta que logré abrir los ojos y descubrí que me estaba besando.

Su expresión no hizo más que aumentar mis nervios.

—No creo que debas decírselo a Aiden... —respondió.

—Cuando le oculté que Seith había intentado estrangularme terminamos peleando —dije—. Quiero ser honesta con él.

—No pudiste hacer nada para evitarlo, no va a enojarse contigo —hizo una pausa y agregó—: Además, Seith está muerto.

Pasé las siguientes horas dando vueltas por la cabaña. Traté de recordar los pasos del ritual y el nombre de las siete estrellas mientras esperaba que Aiden regresara. Estaba ansiosa porque me mostrara lo que Laria había confeccionado. En varias ocasiones me asomé a la ventana, por fortuna no estaba nevando y no parecía hacer tanto frío como el día anterior.

Zul y Sorcha estaban hablando frente al fuego, tenían un mapa y estaban viendo el camino más rápido hacia la fortaleza que había pertenecido a la familia de Blodwen. Por momentos levantaban el tono de voz o alguno hacía un comentario sarcástico, pero parecían llevarse mejor que de costumbre. Sorcha llevaba el pelo en una trenza que caía sobre su hombro, al mago debía gustarle cómo le quedaba, ya que se quedaba mirándola cuando se encontraba distraída con el mapa.

Me pregunté qué pasaría con ellos. No sabía cuánto tiempo iba a llevarnos destruir al Concilio o si lograríamos hacerlo, pero sabía que si pasaban más tiempo juntos eventualmente el mago se animaría a hablarle de sus sentimientos. Sorcha era joven y, a pesar de que solo había conocido maldad, alguna parte de ella debía sentir curiosidad acerca del amor. Si Seith podía sentirse atraído por alguien no había duda de que Sorcha también podía hacerlo. La miré detenidamente. Sus ojos azules se encontraban fijos en el mapa y su expresión no revelaba nada. Era buena escondiendo sus emociones, probablemente lo había hecho toda su vida.

Sorcha señaló un punto en el mapa y levantó la mirada de forma repentina tomando a Zul por sorpresa. Su mirada permaneció fija en ella y ambos se observaron en silencio. El momento se volvió mas intenso y el mago bajó su mirada hacia el mapa y balbuceó algo. Fue allí cuando lo vi, las llamas iluminaron el rostro de Sorcha y noté el rubor en sus mejillas.

EL RITUAL DE LAS SIETE ESTRELLAS

La madera de la puerta crujió y Aiden entró por ella. Intentaba ocultar algo y había una sonrisa en su rostro. Corrí hacia él, que me esquivó y me miró de manera sospechosa.

—¿Por qué presiento que esto ya no es una sorpresa? —preguntó.

—¡Quiero verlo! —dije.

Aiden miró a Zul con desaprobación.

—Lo siento. Créeme, es para mejor, no sabes el estado en el que se encontraba... —respondió el mago.

Me pregunté qué habría envuelto en la tela que llevaba en sus manos. Parecía demasiado grueso como para ser un vestido. Lo miré impaciente, Aiden fue hacia la mesa y desenvolvió la tela revelando lo que había adentro. No era un vestido, era una capa. Una gran capa blanca, parecía abrigada y se encontraba adornada con plumas blancas.

—¿Te gusta? —preguntó Aiden.

Levanté la mirada, él y Zul me observaban expectantes. Incluso Sorcha parecía esperar mi respuesta.

—Es hermosa —respondí—. ¡Gracias! Me alegra saber que luciré bien y que además no me congelaré.

Aiden respiró aliviado, lo besé en agradecimiento y me rodeó con sus brazos.

—Pasar la mayor parte de la noche afuera no parece una buena idea. Espero que no se resfríen porque mañana partiremos de todos modos.

—Gracias, Zul. Es muy considerado de tu parte —respondí riendo.

Tomé la capa y encontré que debajo de esta había otra capa blanca más grande.

—Zul dijo que ambos debíamos vestir del mismo color —dijo Aiden.

—Zul está en lo correcto —respondí con una sonrisa.

Me alegré de que el mago supiera tanto acerca del ritual. La primera estrella en aparecer en cielo lo haría un tiempo después de que el sol se escondiera, lo que me daba un par de horas para hablar con Aiden y arreglarme para el ritual. Analicé su expresión, no quería arruinar el momento pero cuando peleamos me había acusado de que no podía confiar en mí y necesitaba arreglar eso.

—Aiden, hay algo de lo que debemos hablar antes del ritual —dije.

Asintió con curiosidad, su expresión era serena pero me observó pensativo. Zul negó con la cabeza y me hizo gestos que no logré comprender del todo. Fui hacia la habitación y Aiden me siguió, cerrando la puerta detrás de él.

Me volví hacia él y lo miré. ¿Qué le diría? ¿Cómo empezaría? Debió notar que estaba nerviosa porque su expresión se volvió más seria.

—¿Debería estar asustado por lo que vas a decirme? —preguntó.

—No...

Mi voz sonó poco convincente.

—No —dije con más claridad.

Esto no pareció tranquilizarlo. Me miró expectante, esperando a que dijera algo.

—Ayer, luego de que tú y Zul salieran a buscar leña, Seith utilizó un hechizo para mantenerme atrapada en un sueño. Luego de unos intentos logré despertar, abrí los ojos y... y... Seith me estaba besando —dije las últimas palabras tan rápido que me pregunté si las habría entendido.

La expresión atónita de Aiden me indicó que sí.

—Lo aparté apenas tuve conciencia de lo que estaba sucediendo —agregué.

—¿Seith te besó? —su voz era una mezcla de furia e incertidumbre.

Asentí con la cabeza. Silencio, Aiden me observó sin decir nada, había tantas emociones en su rostro que era imposible saber lo que estaba pensando.

—¿Seith la besó?

—Shhhhh...

Las voces habían sido un susurro pero ambos las oímos. Aiden fue hacia la puerta y la abrió de manera repentina. Sorcha y Zul se encontraban agazapados detrás, claramente nos habían estado oyendo. Retrocedieron sorprendidos, Sorcha escondió su rostro y regresó junto al fuego sin decir una palabra. Zul parecía avergonzado pero miró a Aiden y sonrió.

—Piensa que Seith está muerto —dijo el mago.

—Me gustaría revivirlo para poder matarlo yo mismo —respondió Aiden.

Cerró la puerta, dejando al mago afuera y se volvió hacia mí. Parecía más compuesto.

—Gracias por decírmelo —dijo.

—Puedes confiar en que te contaré todo, Aiden. Incluso aquello que no quieras oír —respondí.

Acarició mi pelo y corrió un mechón de mi rostro.

—Puedes confiar en que seré el único en besarte —dijo.

Dejé escapar una risa y me atrajo hacia él, posando sus labios sobre los míos.

El sol había comenzado a esconderse, faltaba una hora para que la primera estrella apareciera en el cielo. Me miré en el espejo, me había puesto el mismo vestido que llevaba el día que nos conocimos y arriba la gran capa blanca. Me quedaba bien y el tamaño era perfecto. No estaba segura si dejarme el pelo suelto o atarlo con mi listón celeste. Recordé que Aiden llevaba mi lazo celeste atado en su muñeca y decidí que me dejaría el pelo suelto.

Ya no estaba nerviosa como antes, sabía que estaba tomando la decisión correcta y me sentía tranquila.

La hora pasó tan rápido como si fuera un minuto. Al salir de la habitación me

encontré con Aiden aguardándome cerca en la puerta de entrada. Se encontraba tan hermoso como siempre y la capa le quedaba bien. Llevaba siete velas en su mano y lucía seguro pero algo ansioso.

—Estás tan hermosa como el día en que te conocí —dijo.

—Tú aun eres más apuesto que un elfo —respondí.

Aiden iba a decir algo pero desvió la mirada y rió.

—Nunca imaginé que fuera a contártelo pero ese día no pensé que fueras un elfo porque estuviera mareada por el sol —dije.

—Siempre lo supe —respondió.

Intentó permanecer serio pero no lo logró. Sentí el rubor en mis mejillas y me sentí avergonzada de haberlo confesado.

—El sol ya bajó —dijo Zul—. Siento que debería decir algo importante pero no estoy seguro de qué decir.

—Amor eterno tendría otro significado si mañana no fuéramos tras un grupo de warlocks que quiere matarnos.

—¡Sorcha! —dijimos los tres al mismo tiempo.

—El mago dijo que quería decir algo importante... —respondió.

—¡Algo alentador! ¡No que todos podríamos estar muertos en poco tiempo! —replicó Zul.

—¡Zul! —dijo Aiden.

Silencio. Después de todo, una de las razones por las cuales quería prometerle a Aiden que haría todo lo posible por pasar el resto de mi vida a su lado era saber lo incierto de nuestro futuro.

—Zul, nos vemos mañana —dije con una sonrisa—. Sorcha, gracias por tus amables palabras.

El mago me devolvió la sonrisa y me miró para darme aliento. Aiden vino a mi lado y salimos por la puerta.

La noche era fría pero el cielo se encontraba despejado. Era extraño pensar que nos estábamos dirigiendo a hacer el ritual. Nos alejamos de las cabañas y buscamos un claro en la parte abandonada del pueblo que se encontraba desierto. Nos sentamos enfrentados sobre la nieve y coloqué las velas entre nosotros una al lado de la otra. Era un alivio que tuviera mejor control sobre la magia, de lo contrario hubiéramos necesitado a Zul para conjurar el hechizo.

El ritual era sencillo, a medida que fueran apareciendo las siete estrellas debíamos prometernos amor eterno y las velas se encenderían.

Aguardamos en silencio hasta que la primera estrella se hiciera visible en el cielo, era el único punto resplandeciente en la oscuridad.

—Chara es la primera estrella en aparecer y con ella se empieza el ritual —dije.

Aiden asintió.

Recité las palabras del conjuro, era un milagro que las recordara luego de tanto tiempo. Habían pasado años desde que los elfos me habían enseñado acerca del ritual. Esperaba que funcionara.

Miré a Aiden a los ojos y tomé sus manos.

—Aiden Moor, con Chara como testigo, te prometo amor eterno.

—Adhara Selen Ithil, con Chara como testigo, te prometo amor eterno.

La vela más cercana a mí se prendió fuego y, por una milésima de segundo Chara brilló de manera más intensa. Había funcionado.

Aiden y yo nos miramos, parecía tan entusiasmado como yo. Apenas podía creer lo que estaba haciendo. Nunca me había imaginado haciendo el ritual.

Las demás estrellas empezaron a aparecer de a poco pero pasó un rato hasta que apareció Wasat, la segunda estrella del ritual.

—Aiden Moor, con Wasat como testigo, te prometo amor eterno.

—Adhara Selen Ithil, con Wasat como testigo, te prometo amor eterno.

Una de las velas se prendió y por un momento la estrella brilló más que las demás a su alrededor.

La noche pasó lentamente y realmente disfrutaba encontrarme con Aiden en la oscuridad iluminados por las velas y las estrellas. A medida que fueron apareciendo las demás estrellas del ritual hicimos la promesa y las velas se fueron encendiendo. Después de Wasat vinieron Gienah, Al Nair, Thabit y Yildun.

La última estrella del ritual se hizo visible adentrada la noche, era la última estrella en irse al amanecer y la estrella por la cual me habían nombrado: Adhara.

—Aiden Moor, con Adhara como testigo, te prometo amor eterno.

—Adhara Selen Ithil, con Adhara como testigo, te prometo amor eterno.

La última vela se prendió, la estrella brilló de manera intensa y cuando volvió a la normalidad las siete velas se apagaron al mismo tiempo. El ritual estaba completo.

Intercambiamos una larga mirada, comprendiendo el significado de lo que habíamos hecho. Me sentía feliz por saber que estaríamos ligados por siempre. Era una sensación difícil de describir; me sentía liberada, emocionada y algo perpleja.

Aiden me tomó de la mano para ayudarme a ponerme de pie y luego me atrajo hacia él para besarme. Permanecimos así por un rato, ocultos en la oscuridad de la noche y finalmente caminamos tomados de la mano de regreso a la cabaña.

Al despertar, Aiden se encontraba ordenando la habitación y recordé que partiríamos en poco tiempo. Creí que me sentiría diferente después de hacer el ritual pero me sentía igual. A pesar de haber dormido pocas horas no me encontraba cansada, había pasado demasiados días en reposo. Aiden me saludó con un beso y pude ver un brillo en sus ojos que rara vez veía. Estaba feliz. Sonreí, yo también lo estaba. Cómo podía no estarlo cuando el hermoso humano frente a mí había

prometido amarme eternamente.

Al salir de la habitación aún debía tener esa sonrisa tonta en mi rostro, ya que Zul me observó y dejó escapar una risa negando con la cabeza. Sabía lo que pensaba, ahora que iríamos en busca de Blodwen quería a Adhara la espadachín intrépida, no a Adhara enamorada y descuidada.

Mi expresión se volvió más seria y corrí mi capa para que pudiera ver a Glace lista en mi cinturón.

Sorcha se encontraba sentada en su lugar de costumbre cerca del fuego. Me pregunté si extrañaría Agnof o si ya se había aburrido del pueblo. Su expresión revelaba poco pero a juzgar por la manera en que miraba las llamas supuse que extrañaría un poco este lugar.

—¿Lista para más aventuras? —me preguntó el mago.

—Lista para recuperar el Corazón del Dragón e ir tras Lysha —respondí.

Sorcha se volvió hacia mí con una sonrisa cómplice.

—No eres la única que quiere ver a la mocosa muerta —dijo Sorcha.

—La mocosa tiene quince años. Debemos concentrarnos en Blodwen y los demás warlocks —espetó Zul.

—Fácil decirlo cuando no te tuvo prisionero en un bosque helado durante días —dijo Sorcha.

—O cuando no te apuñaló —repliqué.

Ambas intercambiamos una mirada de sorpresa. Era la primera vez que coincidíamos en algo.

Aiden entró en la sala cargando nuestras bolsas de viaje. Parecía perdido en sus pensamientos pero llevaba su espada y se encontraba más alerta de lo que había estado en los últimos días.

Cuando todo estuvo listo, Marcus, Dara, Braen y Mikeila vinieron a despedirnos. Dara y Marcus parecían aliviados de que finalmente dejáramos Agnof, sabían que estaban en peligro mientras estuviéramos allí. Braen y su amiga Mikeila lucían tristes y nos dieron un abrazo a todos, incluyendo a Sorcha. Parecía incómoda con ambos niños sujetándola pero al menos no los apartó. Me recordó a mis primeros días en Naos.

Aiden había sugerido decirle la verdad a Marcus, es decir, que sabíamos que su hijo Marcus Ian se encontraba en la corte del Hechicero de Hielo y que él era el heredero al trono de Lesath.

Zul y yo no habíamos estado demasiado convencidos. Si Marcus no quería que su hijo fuera rey, podía enviarle un mensaje para que se vaya de la corte del Hechicero y jamás lo encontraríamos. A pesar de eso sabíamos que le estábamos ocultando algo a Marcus, que a pesar de los problemas que podíamos causarle nos había dado un lugar en su casa.

—Espero que el camino que les espera sea más seguro —dijo Marcus.

—Lo dudo —espetó Sorcha.

—Estaremos bien, gracias por ayudarnos —dijo Aiden.

—¿Nos veremos de nuevo, Adhara? —preguntó Braen.

Sus padres se tensaron a su lado.

—Algún día, Braen —respondí—. Cuando Lesath sea un lugar más seguro.

Mis palabras parecieron tranquilizar a Dara: no regresaríamos mientras existiera el Concilio. A decir verdad, no tenía ninguna intención de regresar a un pueblo tan frío y desolado como Agnof. Pero el lugar guardaba recuerdos valiosos y esperaba volver a ver a Braen. Algún día regresaría.

—No los demoremos, es mejor si parten de día —dijo Marcus.

Aiden estrechó la mano de Marcus sin decir nada. Se encontraba demasiado ansioso por deshacerse de nosotros, era mejor si no le decíamos nada acerca de su hijo o la corte del Hechicero.

Los caballos también parecían felices de marcharse del pueblo, les había costado encontrar pasto debajo de toda esa nieve. Daeron relinchó contento cuando subí a la montura. Me encontraba tan distraída con él que cuando Aiden comenzó a reír no sabía a qué se debía. Lo miré y seguí su mirada que se encontraba fija en el mago y Sorcha.

—Yo iré en el caballo, tú puedes caminar —dijo Sorcha.

—Eres tú la que va a caminar si no quieres subirte al caballo, no yo —respondió Zul.

—¡Entonces me quedaré aquí en Agnof!

Para mi sorpresa, Sorcha se sentó en la nieve tras decir estas palabras.

—¡Eres imposible, Sorcha! ¡Súbete al caballo! —gritó Zul.

—Solo si tú estás abajo —replicó Sorcha.

El mago se volvió hacia nosotros con una mirada implorante. Sus ojos grises revelaban varias emociones: peligro, enojo, frustración.

—Sorcha, súbete a ese caballo o Glace y tú tendrán una conversación —dije tomando la empuñadura de la espada.

—Bájate, conversemos —replicó Sorcha con ironía.

Sabía que no pelearía contra ella sin importar cuánto me irritara.

—Zul sabe andar a caballo mejor que tú, estarás más segura con él —dijo Aiden en tono serio.

—No me hagas reír —le espetó Sorcha.

El mago abrió la boca y la volvió a cerrar, sujetándose la cabeza con las manos. Por suerte, su magia no funcionaba con ella. Quería que él y Sorcha fueran en el mismo caballo pero por el momento parecía imposible.

—¿Quieres venir conmigo, Zul? —pregunté.

—Por favor —respondió aliviado.

Miré a Aiden, que asintió con la cabeza. A juzgar por su expresión, se compadecía del mago.

Extendí mi mano para ayudarlo y Zul la tomó, acomodándose detrás de mí.

—Gracias, Adhara. Iba a ser difícil destruir el Corazón del Dragón si la mataba —susurró.

—Eso fue lo que pensé —respondí riendo.

—Súbete a ese caballo y deja de demorarnos, Sorcha —dijo Aiden.

Sorcha se puso de pie, me dirigió una mirada molesta y subió al caballo de Zul sin decir nada.

Atravesamos el pueblo a paso tranquilo, todo era silencio y nieve al igual que el día en el que habíamos llegado. Nos llevó toda la tarde llegar hasta las montañas que marcaban el límite de Lesath. Por fortuna, esta vez no debíamos cruzar el túnel sino bordear el camino montañoso por el costado. La fortaleza que había pertenecido a la familia de Blodwen se encontraba escondida en alguna parte de la montaña, en el borde de las afuera de Lesath. Esperaba que Sorcha se encontrara en lo cierto y el warlock se encontrara allí con el Corazón del Dragón, de lo contrario estaríamos perdidos.

Observé a Aiden, iba a mi lado sobre Alshain, lucía majestuoso arriba de la yegua blanca. Su mirada se encontraba alerta en los alrededores pero su expresión era serena y parecía de buen humor. Aún me costaba creer que la noche anterior habíamos realizado el ritual de las siete estrellas. Habíamos pasado por tantas cosas desde que nos habíamos conocido que no podía evitar preguntarme qué nos depararía el futuro. Deseé con todo mi corazón que pudiéramos terminar con los warlocks que quedaban y tener una vida juntos.

No sería sencillo, Blodwen y Mardoc eran poderosos y aun si lográbamos vencerlos tendríamos que lidiar con Akashik. Él y su hija Lysha eran una amenaza oscura a la que en algún momento nos deberíamos enfrentar.

Zul parecía relajado pero sabía que sus peligrosos ojos grises se encontraban concentrados en el camino. De vez en cuando su cuerpo se rotaba levemente y sabía que lo hacía para asegurarse de que Sorcha estuviera detrás de nosotros y no hubiera huido.

Miré hacia atrás, el pequeño caballo de Zul avanzaba detrás de nosotros al trote. Sorcha tenía su mirada en el suelo, parecía perdida en sus pensamientos. No confiaba en ella. Temía el día en que le dijéramos la verdad. ¿Qué haría cuando supiera que descendía de la Dama Draconis y que era la única que podía utilizar el Corazón del Dragón sin ser afectada por su magia? No sabía la respuesta pero estaba segura de que no podía ser buena.

Volví mi mirada hacia el camino delante de nosotros, estaba nevando y

avanzábamos lento debido a la montaña. No sabía qué nos esperaba, no sabía si lograríamos liberar a Lesath del Concilio o si nos aguardaba un destino más trágico. Lo único que sabía era que debíamos continuar y enfrentar los peligros del camino.

EN EL CASTILLO DE IZAR

LYSHA

Abrí los ojos. Podía ver el dosel de la cama a mi alrededor y me reconfortaba sentir las sábanas de seda. Había extrañado el confort de mi habitación luego de haber dormido en esa sucia posada y en el bosque. Salí de la cama y llamé a mi dama de compañía, Brisela, para que me vistiera.

Había llegado a Izar la noche anterior y ahora tendría que lidiar con el caos que era mi castillo.

Le indiqué a Brisela el vestido color lila y llamé a mi otra dama de compañía para que me peinara. Una vez que ambas hicieron su trabajo fui hacia el espejo y observé el resultado.

La joven de largo cabello rubio y grandes ojos azules me observó, el vestido iba bien con su cuerpo y la tiara de oro reposaba de manera elegante en su cabeza. Sonreí, conforme con mi reflejo. La reina había regresado.

Le indiqué a ambas damas de compañía que se retiraran y fui hasta el gran cuadro que adornaba la pared. El cuadro era un retrato mío, lo habían pintando cuando tenía diez años y me encontraba sentada en el trono. Lo contemplé, ya no era una niña, haría pintar uno nuevo.

Lo empujé hacia un lado y me adentré en el pasadizo que se escondía detrás de él. No fue hasta que me encontré a unos pasos de la recámara que mi cuerpo comenzó a temblar levemente.

Me detuve. Había fallado, Blodwen había robado el Corazón del Dragón. Mi padre se disgustaría conmigo. Sabía que no me haría daño, era la única persona que en verdad quería y odiaba defraudarlo. Avancé y al entrar en la gran recámara lo encontré sentado en uno de los tronos. La habitación se encontraba desierta, los cuatro tronos que completaban el círculo estaban vacíos.

—Acércate niña, he esperado tu regreso con ansias —dijo Akashik.

Di unos pasos y me arrodillé frente a él. Su expresión era severa pero no parecía enfadado.

—Lamento haber fallado, padre. Estuve cerca de obtener el amuleto pero Blodwen interfirió. Sabe que soy tu hija —dije.

—Lo sé. Le llevó bastante tiempo descifrarlo al viejo infeliz. Partió hace unos días con la excusa de encontrar a Sorcha para eliminarla y Mardoc desapareció al día siguiente, antes de que pudiera matarlo —respondió.

—¿Qué haremos? Si él o Blodwen utilizan el Corazón del Dragón no podremos detenerlos.

Lo observé pero esto no parecía preocuparlo.

—Eso no es cierto. Estuve estudiando unos pergaminos que encontré escondidos bajo una roca en la cueva donde habitaba Ailios. Al parecer, el Corazón del Dragón

no es lo que pensábamos.

—¿A qué te refieres, padre?

—Lo verás con el tiempo. Dejaremos que uno de ellos use el amuleto y luego haremos una pequeña prueba —replicó.

Conocía esa sonrisa, mi padre sonreía de esa manera cuando sabía que estaba por causarle daño a alguien. Reí sabiendo que tramaba algo perverso.

—Ansío ver de qué se trata tu prueba —respondí.

—Antes tenemos temas que tratar. La elfa, el mago y el traidor se encuentran con vida, creí haberte pedido que terminaras con ellos cuando no fueran de utilidad, Lysha —su voz se volvió más severa.

—¡La elfa está muerta! —me apresuré a decir—. La apuñalé.

—Es extraño... Debe ser otra Adhara con sangre élfica quien mató a Seith entonces —espetó.

Mi corazón latió violentamente contra mi pecho. No podía ser. Seith...muerto.

—¡No es posible! —grité—. Seith no está muerto.

—Tal vez quieras hacer una excursión a Agnof, aunque es probable que solo encuentres las cenizas —respondió.

Las lágrimas escaparon de mis ojos antes de que pudiera evitarlo. Intenté detenerlas pero nuevas lágrimas llenaron mis ojos. Escondí mi cabeza sin atreverme a mirar a mi padre. Él no sabía lo que sentía por Seith y me sentía avergonzada de que me viera llorar.

—Seith era el único que servía para algo, es una lástima que ya no esté con nosotros —dijo con sequedad.

Su voz era fría, no se encontraba afectado por su muerte.

—¿Cómo es posible? Adhara se estaba desangrando cuando llegó el dragón y nos atacó, su piel se encontraba más pálida que la nieve —dije controlando mi voz.

Recordé la imagen y podía ver a la elfa yaciendo en su propia sangre.

—La próxima vez deberás apuñalarla dos o tres veces por si acaso —respondió.

Podía oír cierta burla en su voz y esto me molestó, debía pensar que me estaba comportando como una idiota. Limpié mis ojos con la manga de mi vestido y levanté la mirada hacia sus ojos negros.

—Nadie jamás venció a Seith. ¿En verdad fue Adhara quien lo mató? —pregunté aún incrédula.

Seith era fuerte y poderoso, no era posible que esa elfa tonta lo hubiera vencido.

—Le atravesó el corazón con su espada —replicó mi padre—. Envié una sombra disfrazada de cuervo, no sé muchos detalles.

La imagen de la elfa matando a Seith apareció en mi mente y más lágrimas recorrieron mis mejillas.

—Lo siento, padre. Seith poseía magia poderosa, pensé que algún día sería un

esposo adecuado —dije en voz baja.

Me sentía avergonzada de admitirlo, me preocupaba lo que mi padre pudiera pensar de mí.

—Lo sé, era un candidato apropiado, era el más poderoso de los Nawas —hizo una pausa—. Ven aquí, Lysha.

Extendió sus manos hacia mí y me puse de pie acercándome. Mi padre me abrazó y acarició mi cabello. Rara vez tenía ese tipo de gestos conmigo, permanecí en sus brazos e hice un esfuerzo por recomponerme. No quería ser débil.

—Acabaremos con todos ellos y recuperaremos el Corazón del Dragón —dije.

Mi padre me soltó, indicándome que me sentara en unos de los tronos a su lado.

—Hay trabajo por hacer. Sin Blodwen y Mardoc será difícil mantener el control sobre el reino. He estado creando ilusiones parecidas a ti toda la semana. Los consejeros desaparecieron y la reina apenas aparece. Los nobles están alborotados y los criados sospechan que ocurre algo raro —dijo.

—Tal vez deberíamos matarlos a todos —le espeté.

No quería lidiar con los nobles ni oír las estupideces que tenían para decir. Quería encontrar el amuleto y vengar a Seith.

—Matar a todos los nobles y al ejército real sería imprudente, Lysha. Debes aprender a ser paciente, no podemos ganar más enemigos antes de haber encontrado un modo de garantizar nuestra inmortalidad —me regañó.

—Haré lo que tú digas, padre.

—Ocupa tu lugar en el trono, ha estado vacío demasiado tiempo. Convoca a todos los sirvientes para que te vean y di que harás un festín para celebrar que te has recuperado y para velar por las almas de William Connaught y Lucius Darlison —hizo una pausa—. Diremos que fueron víctimas de una peste; para eso mataremos al ayudante del cocinero, al jardinero y a algunas damas de compañía. Debemos hacer que se preocupen por ellos mismos y por sus familias, y no por asuntos del reino.

Asentí con la cabeza, me encontraba llena de ira y tristeza, se sentiría bien matar a alguien.

—Debemos reemplazar a tu consejero real, haz una lista con los hijos de los nobles, debemos encontrar uno joven y crédulo, alguien que caiga bajo tus encantos y no haga preguntas.

—La tendré lista para esta noche.

—Este es nuestro momento, Lysha. Ya no hay Concilio, solo nosotros. Pruébame que tienes mi sangre en tus venas y mantén el reino bajo control. Una vez que tengamos el Corazón del Dragón buscaremos la forma de crear otro igual y ambos gobernamos por siempre.

Me levanté del trono y le hice una reverencia.

—Gobernaremos por siempre, padre.

Sus ojos negros se posaron en mí y me sonrió de manera afectuosa. Le devolví la sonrisa y me alejé, regresando al pasadizo que daba a mi habitación. Por fin éramos solo nosotros, había odiado pretender que era una niña débil y asustada frente a los demás miembros del Concilio. Ahora ya no debería volver a hacerlo.

Seith estaba muerto, jamás me vería como lo que realmente era.

Fui hacia el espejo y limpié mis ojos, haría que mi padre estuviera orgulloso de mí.

Al entrar en el gran salón las trompetas tardaron en anunciar mi llegada. Todos parecían sorprendidos de verme. Me senté en el trono y le dije a Brisela que convocara a todos los sirvientes del castillo y di las instrucciones para preparar un festín y las invitaciones para los nobles más influyentes. Les daría la buena nueva de mi recuperación y cuando se encontraran relajados y disfrutando de la comida anunciaría la muerte de William y Lucius, y expresaría mi preocupación por la plaga que estaba acechando Izar. Esto los volvería temerosos e inseguros y dejarían de causar molestias por un tiempo.

Brisela se paró a mi lado y comenzó a informarme acerca de todo lo que había sucedido en los últimos días. Problemas triviales como sequías en las cosechas y que el hijo de su hermana Drisela se encontraba enfermo y se preguntaba si el médico real podría atenderlo. Pensé que sería difícil ser la reina inocente y amable luego de haber sido yo misma durante varios días pero no fue el caso. Me encontraba demasiado acostumbrada a ser la dulce reina Lysha y actué como ella desde el momento en que me senté en el trono. Le sonreí a Brisela pretendiendo que la escuchaba y pensé de qué manera la mataría para simular la peste. Lo más sencillo sería asfixiarla con magia, así no le dejaría marcas en el cuerpo.

Se sentía bien estar de nuevo en el trono. Era la reina y gobernaría por siempre.

AKASHIK

Lysha se paró frente a mí e hizo una reverencia.

—Gobernaremos por siempre, padre.

Sonreí simulando cariño y ella me devolvió la sonrisa. Lysha era fácil de complacer, la más mínima demostración de afecto tenía efecto sobre ella, era difícil creer que fuera mi hija.

La observé mientras se retiraba. Era el vivo retrato de su madre Ciara, su misma belleza y su misma fiabilidad. Su magia era fuerte y su corazón oscuro, y aun así no podía estar más decepcionado de ella. Debería sospechar de mí, ser lo suficientemente astuta como para investigar por su cuenta, debería saber que el Corazón del Dragón fue creado por dragones y que solo ellos podían crear otro igual.

Negué con la cabeza, molesto conmigo mismo. Sabía que ese sería el resultado cuando decidí tener un hijo con una humana como Ciara, no sé por qué me sorprendía.

Recordé la expresión atormentada en el rostro de Lysha cuando le dije acerca de Seith y sonreí. Había disfrutado describir cómo habían atravesado su corazón con una espada, la había reducido a lágrimas para mi propia diversión. ¿Cómo podía no darse cuenta? ¿No tenía siquiera algo de sentido común? ¿Intuición?

No, la niña era de mente débil, pero al menos no debía preocuparme porque me traicionara.

Observé a mi alrededor, vacío, silencio. Era una lástima que solo hubiera un Corazón del Dragón, no me agradaba ser el responsable por la extinción de la línea de los warlocks. Pero era un precio que nunca había dudado en pagar por obtener la vida eterna. Yo sería el legado de mi raza.

Fui hacia mis aposentos. Los pergaminos que había encontrado revelaban que solo un descendiente directo de la Dama Draconis podía utilizar el amuleto sin sufrir las consecuencias de su magia al quitárselo. Eso complicaba las cosas. Blodwen y Mardoc no sabían acerca de esto. Debía aguardar a que alguno lo utilizara y luego arrancarlo de su cuello para observar a qué tipo de consecuencias se refería.

Los dragones no habían creado el amuleto para favorecer a un líder digno como me había dicho mi padre, lo habían creado para proteger a Lisabeth Derosé y a sus descendientes. Si encontraba a aquellos que provenían de su linaje podría crear un hechizo que uniera su sangre a la mía. Recurriría a los secretos más oscuros de la magia negra para lograr que la sangre de Lisabeth Derosé corriera por mis venas.

Tomé un pergamino, siete vidas debían llegar a su fin, debía librarme de todos aquellos que pudieran interferir. Moje la pluma en el tintero: Blodwen y Mardoc. Los utilizaría para hacer la prueba con el amuleto y luego los eliminaría del juego. Adhara Selen Ithil, Aiden Moor, Zul Florian, Sorcha Hale, Lysha.

Me gustaba contemplar los nombres de mis víctimas y visualizar cómo terminaría sus vidas.



TIFFANY CALLIGARIS (Buenos Aires, Argentina 1988). Desde chica le encantaban los libros y las películas de Disney, en especial *La Bella Durmiente*. A una temprana edad descubrió *Star Wars* y la icónica frase «*I am your father*». *El Señor de los Anillos* y *Harry Potter* también fueron grandes influencias y de allí surgió una profunda fascinación por ese tipo de historias que la acompañaría para siempre. A los veintiún años mientras cursaba sus estudios de Derecho y tras meses de pensar en el personaje de Adhara, se decidió a escribir esta historia y así nació el mundo de Lesath. *Lesath Memorias de un Engaño* fue publicado en 2012. Mismo año en el que se recibió de abogada. Le siguieron *Lesath II El Trono Vacío* en 2013 y *Lesath III La Corte del Hechicero* en 2014, completando la trilogía. Entre sus libros favoritos están: *El Último Unicornio*, *El Señor de los Anillos*, *Harry Potter*, *El Sabueso de los Baskerville*, *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, *El llamado de la Selva*, *Un Mago de Terramar* y *Las Crónicas Vampíricas*. En su tiempo libre le gusta ir al cine, ver series, leer cuántos libros pueda, jugar con su fiel compañero Shiku, ir de *shopping* y hacer equitación. Actualmente está escribiendo su próxima saga.